

Nathaly Meléndez

La vida a través
del **ESPEJO**



**BASADO
EN HECHOS
REALES**



BookIt

Nathaly Meléndez

La vida a través
del

ESPEJO




Bookit

La vida a
través del espejo

La vida a través
del
espejo
Nathaly Meléndez



Bookit

1.ª edición: Julio 2017

Copyright

© Nathaly Meléndez 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-07-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o

desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

*A todas aquellas personas que alguna
vez han caído en el más oscuro abismo,
no desfallezcan,
no pierdan la esperanza.
Es posible volver a encontrar la luz.*

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

Agradecimientos

Esta novela es un poco más personal que el resto de las que he escrito, me toca de una manera tan íntima que es casi imposible separar lo que corresponde al personaje de Sofía de lo que ha sido mi vida. Durante un largo tiempo, creí que la oscuridad permanecería reinando mi vida y que aquel monstruo del espejo continuaría atormentando mi existencia, pero ya no es del todo así y es gracias a las personas que han estado conmigo desde

entonces.

De esta forma, agradezco a mi familia, porque más allá de las diferencias existentes, me han demostrado que su amor es incondicional, que nada de lo que ocurra en este mundo puede romperme, porque yo soy más fuerte, y es gracias a ellos.

Estoy agradecida a mi querido Miguel, mi sol, mi amigo y mi compañero. Gracias a ti, que fuiste capaz de encontrarme en aquel oscuro lugar y con tu luz conseguiste sacarme de ese abismo en el que me encontraba. Con tu amor y tu paciencia fuiste capaz de lograr que me viera a través de tus ojos, desde entonces reconozco que la

vista es perfecta. Te debo mi vida.

Agradezco a mi querido Vick, fuiste uno de los primeros en creer en esta novela, mi primer *beta reader*, que se enamoró de la historia de Sofía y vivió toda la tortuosa travesía que tuvo que atravesar. Gracias por tu cariño, por tus consejos y por tu fe en Sofía y en mí.

Gracias a todas aquellas personas que han estado conmigo, apoyándome, y que se han detenido a otorgarme una palabra de aliento. Por enamorarse de mis historias y creer en mi talento. Esto es para vosotros. Y para todos mis lectores, porque sin vosotros, no existiríamos nosotros, los escritores.

Nuestro espejo

En el espejo se refleja buscando una
verdad,

buscando allí el alma que nunca la
dejará atrás.

En el espejo se refleja,

esperando a quien hallar,

la única que conoce con total seguridad.

La del espejo la mira deseando poder
hacer más,

conociendo el sufrimiento sin poder de
este hablar.

La del espejo la mira consolando a su
igual,

con tan solo iguales muecas,

las únicas que sabe expresar.

La del espejo conoce,
la tristeza en la que aquella está,
pero lo que no sabe es como de ella
escapar.

En el espejo la busca,
queriéndose disculpar,
sabiendo que el destino las une por
siempre hasta el final.

En el espejo ella espera,
para poderle contar,
que si por aquella fuera la sacaría de
allá.

La del espejo profesa la más hermosa
verdad,
que aunque aquella pudiera,
seguirían por siempre juntas hasta el

final.

N. Meléndez.

Prólogo

Se levantó con la sensación de que el mundo daba vueltas y vueltas, como si estuviese en un carrusel del que no podía bajarse. El techo blanco de su habitación parecía girar sin parar. La misma sensación de siempre, que le hacía dudar y recaer en la satisfacción de las necesidades mundanas. Diez minutos más tarde, los mareos pendencieros no daban señales de marcharse esta vez, manteniéndose como signos de la debilidad que atravesaba su cuerpo después de tres días sin ingerir alimentos sólidos. La alarma del

despertador comenzó a sonar anunciando que era el gran día; el que abandonaría el nido y se marcharía lejos de casa a estudiar en la universidad.

Cerró sus ojos en un intento de recobrar fuerzas y que el mundo volviera a detenerse, en lugar de seguir dando vueltas. Después de lo que parecieron ser eternos segundos, logró mantenerse de pie, se miró en el espejo por primera vez después de tres días sin divisar cambios para ella significativos, lo que generó sentimientos de desprecio hacia el reflejo deprimido que parecía observarla a través del cristal. Detuvo su mirada detallando los redondeados muslos y contorneadas piernas que todas

sus amigas habían envidiado mientras estuvo en el colegio, pero que para ella, no era más que una acumulación de grasa y carne que le producía asco y repulsión hacía sí misma. Su aplanado abdomen distaba de ser perfecto también. Según Sofía, la grasa chorreaba hasta sus estrechas caderas, recordándole así lo gorda que se encontraba.

Cada vez que se miraba en el espejo, lo que ahí se reflejaba la motivaba a seguir luchando y no alejarse del buen camino, haciendo que los mareos y desganas valieran la pena, haciéndola ir al baño a limpiarse cada vez que, por algún desliz, osaba ingerir alimentos.

Se sintió enfurecida con la imperfección de su «voluptuosa» figura, así que se largó a bañarse e intentó que el agua limpiase la grasa que brotaba por cada poro de su cuerpo. Cubrió, como de costumbre, con holgadas capas de ropa su despreciable figura. Acostumbraba a refugiarse entre sudaderas de marca con colorido y abrigos que pudiesen enmascarar cualquier atisbo de grasa. Suspiró con nostalgia mientras contemplaba por última vez el que había sido su refugio durante toda su adolescencia, el único lugar en el que podía ser ella misma, donde su mejor amigo era ese que le reflejaba la cruel realidad, mostrándole

lo que otros le ocultaban o no querían ver. Una imagen distorsionada de su figura, como solían hacerlo sus amigas y familiares. No, el espejo era el único sincero en un mundo lleno de hipocresía y mentiras. Cuando dudaba que alguien le estuviera mintiendo, siempre recurría a él, obteniendo la verdad y nada más que la verdad, aunque esta siempre le causara pesar y dolor.

Llevó sus maletas fuera y, con un último suspiro, se marchó de su habitación.

El olor que inundaba la casa hizo al cuerpo de Sofía estremecerse. Su piel se tornó fría rápidamente y chorros de sudor se escurrían detrás de su nuca. El

desayuno estaba listo y la mesa desbordaba de comida, ocupada por panqueques, panecillos y pastel. También esperaban batidos, café y chocolate caliente. Era uno de los peores días para Sofía, fin de semana, en el que su madre se dedicaba a cocinarle los más deliciosos platos a su padre y a ella. Durante la semana se le hacía sencillo, sus padres trabajaban, así que pasaba la mitad del día generalmente sola pero, en días como aquel, no tenía a donde escapar.

—Hoy es tu último día, cariño. ¿Estás emocionada? Te he preparado un desayuno delicioso, come todo lo que quieras, dentro de media hora tenemos

que irnos, nos espera un largo viaje — dijo su madre emocionada.

—Sí, lo estoy —mintió—, pero tengo el estómago hecho un nudo, no me pasa nada de comida. Deben ser los nervios —intentó convencerla con una mueca disfrazada de sonrisa.

Su estómago crujía en silencio pidiendo que le regalara un panecillo o quizás una rebanada de pastel. Se estremecía por toda la comida dispuesta sobre la mesa. Su vista comenzaba a tornarse nublada y las exigencias de su madre se escuchaban a lo lejos, intentando convencerla de que tomara, aunque fuera, un vaso de líquido. La pesadez de su cuerpo la hizo reaccionar

con lentitud, pero accedió a ese vaso; más que por alejar la debilidad, por temor. Miedo a que esa sensación la llevase a flaquear, sucumbiendo a comer, a tirar todo el esfuerzo invertido y los logros que hasta ahora llevaba.

Su madre se sintió complacida y fue a buscar sus maletas para el viaje.

Al encontrarse sola, su corazón comenzó a acelerarse, el sudor cubrió su rostro y sintió cómo su respiración se entrecortaba. Quería comer, su cuerpo se lo pedía, sus demonios la incitaban a pecar, a darse por vencida y conformarse con ser una gorda asquerosa. Pero la imagen de su reflejo en el espejo la retornó al buen camino y

la ayudó a salir de la cocina, diciéndole a su padre que sería mejor esperar a su madre en el coche.

Ella tardó poco y, una vez se aseguraron de tener todo el equipaje cargado, iniciaron su viaje de cinco horas hasta su destino.

Sofía era la menor de tres hermanas, la última que faltaba por ingresar en la universidad y que, aquel día, comenzaba el inicio de su nueva vida. Su hermana mayor hacía un par de años que se había graduado y le habían ofrecido una propuesta de trabajo en el extranjero, al norte del continente, en una empresa de avances tecnológicos. Su otra hermana estudiaba aún en la universidad, con la

mitad de la carrera cursada. Vivía en un apartamento de la zona este de la ciudad. Sofía se mudaría con ella, su padre les había comprado el apartamento cuando su hermana mayor ingresó en la universidad.

Todas sus amigas estaban emocionadas por comenzar sus propias experiencias universitarias. Sus padres se sentían orgullosos de Sofía, siempre fue una alumna excepcional y una hija ejemplar, la chica modelo que todos deseaban tener a su lado, desde padres hasta maestros. Pero Sofía no quería tenerse a sí misma a su lado, no se consideraba la chica modelo ni ejemplar, pese a lo que todos decían,

odiaba su cuerpo y, desde hacía unos años, no había experimentado genuina felicidad. Se esforzaba por ser la mejor en todo, por lograr la perfección, esperando así, alcanzar un poco de alegría al ver cómo todos la admiraban o envidiaban. Pero eso nunca sucedía, simplemente surgían ganas de más, de llegar más lejos sin importar que tanto se ponía a sí misma en riesgo.

Ella era muy atractiva, su melena rojiza caía suavemente más allá de sus hombros, sus ojos chocolate hacían un perfecto contraste con su piel blanca y tersa. No era muy alta, sino más bien de estatura promedio. Poseía una hermosa figura, como un perfecto reloj de arena,

con curvas delicadas y una actitud desentendida que hacía enloquecer a más de un chico, y enfurecer a la mayoría de las chicas.

Comenzar la universidad representaba una nueva oportunidad, causar una impresión diferente y empezar de nuevo. Pero la presencia de su hermana la hacía sentir vulnerable e insignificante a su lado. Cuando entraron en la adolescencia, Isabel y Sofía tuvieron varios conflictos, siempre competían la una con la otra cuando se trataba de notas, amigos o chicos, sobre todo, amigos y chicos. Esos problemas dejaron cicatrices profundas en Sofía, que pasaron desapercibidas para todos,

incluso para ella misma por mucho tiempo, marcando su alma, obstaculizando la imagen que tenía de sí.

Ellas eran muy similares, no existían grandes diferencias físicas entre ambas. Isabel tenía una corta melena rojiza oscura, con un tono parecido de piel y ojos caoba. Sus curvas eran más pronunciadas que las de su hermana menor. Sin embargo, lo que las diferenciaba realmente, era su actitud totalmente extrovertida y sin límites que la hacían actuar antes de pensar. A pesar de sus diferencias y la vulnerabilidad de Sofía, se llevaban muy bien, Isabel era su mejor amiga y creía conocerla, al menos la mayor parte de ella. Una parte

significativa que permanecía oculta para el resto del mundo, devorándola desde dentro, en la oscuridad, poco a poco, alejándola a paso lento pero seguro de todos los que la amaban.

Capítulo 1

El viaje fue agotador, contemplaba desde la ventanilla del coche cómo los árboles y las montañas iban desapareciendo, dando paso a los elevados edificios y amplias autopistas. El cambio inminente que llamaba a la puerta le aterrorizaba, pero significaba la oportunidad de comenzar de cero, de poder dedicarse en cuerpo y alma a su sueño, poder alcanzarlo sin obstáculos ni impedimentos. No habría supervisión o fines de semana sin la necesidad de tener que escapar. Experimentaba la ansiedad hasta sus huesos, podía

olfatearla y olía a libertad.

Tras cinco horas de viaje en las que Sofía durmió o fingió estar dormida la mayor parte del tiempo para que su madre no insistiera en alimentarla, llegaron finalmente a su destino. La frustración pasó sin invitación nuevamente al ver como su hermana las esperaba con los brazos abiertos y un festín de bienvenida.

El apartamento era muy espacioso, las paredes blancas de la sala estaban adornadas con estantes de madera negra que se encontraban cubiertos de libros y fotografías de la familia. Un sofá negro descansaba frente al enorme ventanal que cubría la mitad de la pared este,

dando lugar a un pequeño balcón desde donde se podía observar la majestuosa puesta de sol. Dos sillones de color crema acompañaban al sofá, junto con una pequeña mesita que descansaba en el centro de la sala. La cocina era espaciosa, y una barra con sillas altas hacía las veces de comedor. Constaba solo de dos dormitorios, ambos con baño propio y con un gran ventanal similar al de la sala. Su cuarto era de color turquesa, con estantes y mobiliario blanco, muy pulcro, justo como ella. Dejó el equipaje en su habitación y se dirigió nuevamente a la cocina, donde se encontraban su madre y su hermana.

Presionada por su familia ingería

asqueada de sí misma poco a poco la comida de su plato, calculando mentalmente las cientos de calorías que tomaba. Sufriendo interiormente por pecar de esa manera, aguardando el momento justo para poder compensar el daño hecho.

Cuando se levantaron de la mesa, se marchó con naturalidad al baño. Cerró la puerta detrás de sí y le dio *play* a lista de reproducción en su teléfono móvil. Se miró en el espejo y se sintió asqueada, decepcionada por su falta de voluntad e inteligencia. Así que tomó la única medida correcta, se hincó sobre sus rodillas frente al inodoro y, utilizando su cepillo de dientes, lo

introdujo hasta que las arcadas comenzaron a expulsar el veneno de su cuerpo. Se mantuvo así hasta que todo hubo salido de su ya vacío estómago. Sintiéndose mareada y un poco débil, aguardo en el suelo del baño hasta que todo pasara y lograra mantenerse de pie. Se miró nuevamente en el espejo y el reflejo pálido pareció dirigirle una leve sonrisa que la gratificó en gran medida. Lavó muy bien sus dientes y se maquilló de nuevo, borrando los rastros del reciente suceso.

Después de una larga conversación para ponerse al día, se sintió muy agotada y decidió irse a la cama antes que el resto. Dio gracias al cansancio

que sentía su cuerpo, que hizo más fuerte la necesidad de descansar que la de saciar a su estómago vacío. Sin que hubiese transcurrido mucho tiempo, quedó sumida en un sueño profundo.

El aroma a café recién colado y pan tostado la despertaron somnolienta. Tomó fuerzas para salir y poder resistirse ante la comida que le aguardaba para el desayuno. Cada día era una lucha, una batalla que agotaba todas sus fuerzas y la dejaba exhausta.

Mordisqueó una tostada mientras su hermana y su mamá la observaban y, en cuanto se dieron la vuelta, la tiró a la basura. Se sirvió una taza de café con leche descremada y se unió a su madre y

hermana en la conversación.

—Estás más delgada, Sofi —saludó su hermana Isabel con una sonrisa en el rostro.

—Tú sabes cómo es tu hermana, siempre se ha cuidado mucho de lo que come —intervino su madre restándole importancia.

—Solo intento mantenerme sana. Las grasas y los azúcares son muy dañinos para la salud, eso lo dijo un nutricionista en un programa que vi —intentó sonar despreocupada para que no la descubrieran.

—Bueno, sí, es verdad, algo de eso escuché una vez en un programa —agregó su mamá con naturalidad.

—Sea lo que sea que estás haciendo, está teniendo un buen efecto. Te vez muy bien, Sofi —le dijo su hermana en un cumplido.

El rostro de Sofía se iluminó con una genuina sonrisa. Se sentía realizada, que los demás reconocieran que sus decisiones estaban teniendo el efecto deseado, era importante para ella. No habían preguntado qué era lo que estaba haciendo, simplemente se interesaron por el resultado, dándole a entender que el fin justificaba los medios.

—Iremos a pasear un rato, ¿os parece? Mamá, te vas mañana, así que deberíamos ir al centro de la ciudad y quizás después ir al centro comercial a

comer algo —sugirió animada Isabel a su madre.

—Me parece muy bien, así podemos aprovechar y llamar juntas a vuestra hermana para ver cómo le va en su trabajo.

—Yo... no me siento muy bien —tosió Sofía—, creo que deberíais ir sin mí. De todas maneras yo estaré aquí durante toda mi carrera en la universidad, así que tengo tiempo de sobra para salir.

—No seas tonta, estás bien. Iremos todas, la idea es compartir con mamá, no seas aguafiestas —se quejó su hermana.

—Bueno, la discusión ha terminado. Es momento de arreglarse —les ordenó

su madre.

Se encerró en su habitación para arreglarse pero, en cuanto cerró la puerta, se dejó caer en el suelo con impotencia, sentía como todo amenazaba con venirse abajo, sus sueños y aspiraciones. Tener la vida que quería ahora distaba lejano. No entendía por qué todos se empeñaban en perjudicarla, por qué todo el mundo se encontraba en su contra.

—¿Ya estás lista, Sofi? —Isabel llamó a su puerta insistentemente, poniendo nerviosa a Sofía, temerosa de ser descubierta.

—Cinco minutos más —le pidió secando las lágrimas de sus ojos.

Se calzó los *jeans* con rapidez junto con una sudadera. Se miró en el espejo mientras se hacía una coleta, pero no pudo mantener por mucho tiempo la mirada. Cabizbaja, se alejó de su reflejo, avergonzada por los pecados que cometería esa tarde.

Dispuesta a marcharse cogió su bolso y, al girar, el reflejo de una tableta de aluminio hizo que se acercara de nuevo a su armario. La sacó con delicadeza y leyó el nombre en la parte posterior.

—Dulcolax —murmuró, sintiendo que era su única salida.

Las imágenes llegaron a su mente, recordándole que hacía un par de meses,

en su última visita, había llevado consigo esos laxantes, pero luego había olvidado dónde los había dejado. Con una sonrisa en su rostro los tomó en sus manos rápidamente y los introdujo en su bolso.

El sol había brillado para ella en aquella mañana tan negra, mostrándole una luz, un rayo de esperanza. No estaría condenada después de esa tarde, tenía en sus manos la manera de remediar su futura conducta. Complacida se unió a su madre y a su hermana para emprender su paseo por la ciudad.

Caminaron por todo el centro de la ciudad, vieron gran cantidad de tiendas y adquirieron adornos para su casa. Su

madre compró algunos bocadillos dulces para su padre. Él no pudo acompañarlas en el viaje porque era un hombre muy ocupado, su trabajo absorbía gran cantidad de su tiempo. Pero, aun así, tenían una buena relación con él, era un padre y esposo amoroso, atento y preocupado que se esforzaba por darle lo mejor a su familia.

—¿Creen que estos dulces son suficientes o debo llevarle más? —les preguntó su madre sosteniendo dos bandejas de dulces típicos de la zona, balanceándolos en sus manos intentando decidirse.

—Si son para que se los coma apenas llegues, está bien, pero si quieres

que tenga para después, deberías llevar el doble —bromeó Isabel.

—Tienes razón, tu padre es un glotón cuando se trata de dulces —se rió divertida su madre.

—Papá no debería comer tantos dulces, no es bueno para su salud —intervino con seriedad Sofía. Mientras, en su mente, calculaba el número de calorías por cada paquete de dulces que llevaba su madre.

—Relájate, no está mal de vez en cuando —le criticó su hermana dándole un pequeño empujón que a Sofía no le causó mucha gracia pero que, para no ser considerada una pesada, decidió dejar pasar.

Continuaron caminando por un rato más hasta que entraron en una tienda que tenía ropa hermosísima.

—Ten, pruébate estos —su hermana tomó un par de vestidos mientras la instaba a entrar a los probadores.

—No, no quiero probarme ropa —se negó retrocediendo con la intención de alejarse de los probadores sin éxito, debido a que fue interceptada por los brazos de Isabel.

—A ti siempre te ha encantado probarte ropa. Vamos, los vestidos son hermosos. Los podrás llevar a la universidad, son bastante casuales. Pruébatelos —le insistió su mamá.

Resignada entró a los probadores al

tiempo que su hermana también lo hacía para probarse unos jeans. Se desvistió frente al espejo, pero apenas observó sus piernas, giró dando la espalda a su reflejo y continuó desvistiéndose. Aguardó unos momentos, temerosa, hasta que reunió el valor suficiente para mirarse. La repulsión hacia su reflejo comenzó a surgir. Odiaba la manera en la que el vestido se ajustaba a su cintura y caía sobre sus muslos asquerosos. Lo que veía la traumaba. Dispuesta a quitárselo de inmediato, la detuvieron las exigencias de su madre.

—Quiero verte —gritó su madre emocionada al otro lado de la puerta.

Resignada decidió obedecer y, con

la mirada gacha, salió de los probadores. Su madre la recibió con una sonrisa que iluminaba su rostro entero.

—Te ves hermosa —su madre la recorría con la mirada sin poder dejar de sonreír, sin embargo, a Sofía le incomodaba ser observada de esa forma.

—No es cierto. Detesto este vestido. Me veo... me veo gorda —dijo con asco, arrastrando las palabras.

—Estás loca. Te ves muy delgada, luce precioso en ti —su hermana la sacó del probador dándole el visto bueno, levantando ambos pulgares.

—Te lo compraré. Verás que cuando te lo pruebes luego, estarás tan encantada como nosotras —decidió su

madre dirigiéndose a la caja a pagar, ignorando la opinión de Sofía.

Derrotada se colocó de nuevo su ropa y le llevó a su madre el vestido para que pagara. Sabía que tendría que usarlo cuando su madre viniera de nuevo, y eso no le causaba placer. Pero, quizás en ese tiempo, podría bajar esos kilos de más que la hacían lucir mal en el vestido. Sí, esa era la solución, solo debía seguir bajando de peso hasta que el vestido se viera perfecto en ella, como en las modelos.

Ya con algo de hambre, su madre compró unas galletas de chocolate para comer mientras iban de camino al centro comercial. Ellas hablaban alegremente

mientras comían una galleta tras otra sin preocupaciones. Mientras, Sofía mordisqueaba milímetro a milímetro la primera galleta. Cada diminuto trozo en su boca era un calvario, se sentía avergonzada de sí misma. Sentía que todo el mundo la miraba y hablaba de ella, sobre lo repugnante que era. Tragaba con trabajo martirizándose con las calorías que estaba ingiriendo, había quemado muchas en la caminata, pero con aquella galleta lo estaba arruinando todo.

Tomaron un taxi para llegar al centro comercial y, el calvario que recién había experimentado, no era nada comparado con el infierno que se desataba ahora

dentro de ella. Se sentaron en la feria de la comida frente a una pizzería y se dirigieron a pedir dejando a Sofía para que cuidara las bolsas y reservara la mesa. El lugar estaba inundado de distintos aromas, aromas deliciosos que hacían que fuese más difícil para Sofía. Hacia cualquier sitio que observara, había comida, comida grasienta llena de miles y miles de calorías que ella quería ingerir, pero sabía que no podía. Que con un solo bocado sucumbiría y no podría detenerse hasta después de haberse envenenado. Entonces se sentiría culpable e iría al baño a sacarlo todo, pero no sería completamente efectivo, porque parte de esa grasienta

comida sería asimilada y la engordarían más y más.

La *pizza* llegó y, como temía, una a una, las rebanadas fueron llenándola. Tres pedazos descansaban ahora en su despreciable estómago mientras la culpa la carcomía desde dentro poco a poco, a medida que la digestión comenzaba a desarrollarse.

—Come una más, está deliciosa —la instaba su madre al tiempo que mordía su cuarta rebanada.

—Aunque, si estás llena, es mejor que lo dejes así para que más tarde le quede un espacio al helado —le decía su hermana con la boca llena.

En momentos como aquellos

detestaba a su hermana, no solo porque la instaba a comer para que se pusiera gorda, sino porque ella comía todo lo que quería sin importar la cantidad de grasa y azúcares que tuviera, sin preocupaciones; su metabolismo era lo suficientemente rápido para quemar esas calorías sin hacer que engordara. En cambio, Sofía, había estado cuidando su dieta desde que había tenido su primera menstruación, teniendo que esforzarse mucho más para permanecer delgada, resistiendo ante la tentación y teniendo que sobrevivir básicamente a base de lechuga y pepino.

—Voy al baño, tanto líquido hace que mi vejiga quiera estallar. Vuelvo

enseguida —se excusó, intentando mantener una expresión neutra mientras se marchaba en dirección a los baños.

Aguardó pacientemente hasta que quedó desierto e, introduciendo dos dedos a través de su garganta, pidió perdón frente al inodoro y expulsó todo el veneno que pudo de su sistema. Enjuagó su rostro y volvió a maquillarse para disfrazar la palidez de sus mejillas. Se observó en el espejo detenidamente, disculpándose con su amigo, que convenciéndola de su culpa, la indujo a tomarse el remedio para purgar todo de su cuerpo.

Caminó despacio hacia la mesa para evitar que se percataran de su mareo,

tomó asiento y convenció a su madre de que se sentía mal para que regresaran al apartamento. Sofía sabía que dentro de una hora el laxante haría efecto y podría purgar todos los rastros del pecado de su interior. Por eso, lo más inteligente era convencer a su familia de volver temprano.

—¿Realmente es necesario? —se quejó Isabel—. Aún quedan muchas tiendas por ver, además, tenía en mente entrar a ver una película en el cine.

—Podemos ir al cine cuando venga en otra oportunidad. Tu hermana se siente mal y es mejor que volvamos al apartamento —dijo su madre preocupada—. Al llegar te prepararé un

té y te meterás en la cama, lo mejor es que descanses.

Se tumbó en la cama en cuanto llegó, tomó el té que su madre le preparó y la sensación del líquido caliente bajando por su garganta hasta llegar a su estómago fue bastante placentera, le daba una falsa sensación de llenura que le agradaba. Esperó a que su hermana y su madre se marcharan a la panadería a comprar lo necesario para la cena. Entonces, estando sola, se encerró en el baño y permaneció ahí hasta que se sintió limpia de nuevo, regresando a la paz interior con la sensación de vacío y debilidad. Se mantuvo sentada mientras el sudor frío resbalaba por su nuca, con

la cara pálida y escalofríos recorriendo todo su cuerpo, sentía que podía morir en cualquier momento, pero una sonrisa débil se dibujó en su rostro. Ahora estaba limpia, tenía menos gramos que aquella mañana.

Su madre se quedó solo por ese par de días, después regresó a su ciudad, donde el mundo seguía adelante. Había trabajos que cumplir y citas a las que asistir. Se sentiría muy sola en casa sin ninguna de sus hijas, pero al menos contaba con su esposo.

Capítulo 2

Despertó temprano debido a la ansiedad que le producía lo cerca que estaban las clases. Debía formalizar su inscripción esa mañana, después de eso cursaría formalmente en la universidad. Nerviosa, se levantó con el estómago vacío, rugiendo por un poco de alimento; su sonido le alegraba el espíritu, le recordaba lo fuerte que era y su gran voluntad al luchar día a día, soportando las consecuencias del camino hacia su sueño.

No se miró en el espejo. Aunque el día anterior hubiese vomitado la mayor

de lo ingerido, sabía que una pequeña parte continuaba en su sistema, colaborando a que permaneciera obesa y despreciable.

Bebió dos tazas de café con leche desnatada y esperó largos minutos hasta que surtieron el efecto deseado. Corrió al baño para laxar cualquier rastro del veneno del día anterior. Cada vez que esto ocurría, sentía un inmenso placer, más que cuando vomitaba. Como si al hacerlo estuviese purificándose por dentro. Cuando se recuperó de la debilidad y los escalofríos que la recorrían después de vomitar, se marchó del apartamento con tiempo suficiente para llegar con anticipación a la

universidad. Tomó el autobús que la acercó sin mucha demora.

Las instalaciones estaban bastante concurridas con todos los estudiantes de las distintas carreras que dictaba la universidad. Buscó su nombre en los anuncios de las paredes y aguardó el turno para la inscripción. El proceso duró una hora, dejándole mucho tiempo libre para decidir qué hacer a continuación. Se encontraba pensando su siguiente actividad cuando tropezó con alguien.

—Lo siento. No fue mi intención— dijo una voz algo áspera pero gentil.

—No importa —respondió con indiferencia dirigiéndose al chico con el

que chocó.

Era un poco alto, como de 1,75 m de altura, de contextura promedio, con el cabello oscuro y ojos grisáceos. Cuando Sofía lo miró, él le dirigió una sonrisa amable que a muchas hubiese conquistado pero que a Sofía le dio la sensación de confort y confianza.

—Soy José Miguel —se presentó con cordialidad teniéndole la mano.

—Sofía —ella estrechó su mano en respuesta—. Fue un placer, pero debo irme. Nos vemos por ahí —se despidió sin más miramientos mientras se alejaba.

A pesar de tener amigas en su colegio, siempre fue muy reservada. Compartía lo necesario, las escuchaba y

aconsejaba, pero rara vez solicitaba el consejo o ayuda de alguien. Prefería guardar sus molestias y preocupaciones, además, nadie entendería lo que ella sentía y quería.

Caminaba por las instalaciones, conociendo lo que sería prácticamente su hogar durante los próximos cinco años o quizás seis. Recorría las canchas y los terrenos baldíos, que tenían marcas de llantas, aunque ella no reparó en esos detalles, cuando el ruido de un motor acelerado la asustó junto con un grito.

—¡Cuidado! —gritó la voz.

Sofía reaccionó justo a tiempo lanzándose a un lado del camino para esquivar la moto que casi la atropella.

Sus manos detuvieron su caída, quedando lastimadas por las piedras. Al igual que su pantalón, que se hizo jirones en ambas rodillas, producto de la caída.

—¡Maldición! —gritó Sofía enfadada y adolorida—. ¿Es que acaso aquí la gente no se fija por donde va?

Vio la moto girar para regresar en su dirección, lo que le causó temor al no saber contra quien se enfrentaría. En ese momento detalló a su atacante; se trataba de un piloto de motocross, usaba el uniforme reglamentario, casco que iba a juego con la motocicleta y con su traje azul.

—Lo lamento mucho —escuchó

decir al chico detrás del casco azul.

—Eso lo he escuchado bastante hoy —Sofía comenzó a sacudirse la tierra de su pantalón con un evidente cabreo que no pasó desapercibido para el piloto.

—Esta es una pista de *motocross*, deberías tener cuidado la próxima vez —dijo el chico al tiempo que retiraba de su rostro el casco y se limpiaba el sudor que corría por su frente.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella indiferente.

—Mucho gusto, mi nombre es Ángel —él extendió su mano cortésmente con una sonrisa brillante en sus labios.

—No puedo decir lo mismo. Soy Sofía —ella mantuvo la distancia con

desconfianza.

El desplante de Sofía intimidó un poco a Ángel, al igual que su actitud indiferente. La mayoría de las chicas suspiraban cuando él les hablaba, en cambio, ahí estaba aquella chica frente a él, sin el mínimo interés. Eso extrañamente comenzó a gustarle.

Ángel era un chico apuesto, de contextura promedio, músculos bien torneados y en buen estado físico. Su cabello negro un poco desmarañado caía de manera desprolija hasta sus ojos, de tez aceitunada y sonrisa deslumbrante, cautivaba a todas las chicas junto con esa mirada chocolate que derretía. A todas excepto a Sofía.

—¿Sabes dónde queda el baño?, necesito ir a lavarme.

—Sí, te llevaré, queda un poco lejos. Es lo menos que puedo hacer después de casi matarte —le dirigió una sonrisa ladina que en Sofía no tuvo el efecto deseado, porque ella no era de las chicas que se dejaban impresionar.

—En otras circunstancias me negaría. Pero tienes razón, es lo mínimo que puedes hacer.

Sofía no le dirigió la palabra en el corto trayecto. No se sentía lo más mínimamente atraída por Ángel, era bien parecido, pero detestaba la arrogancia que brotaba de sus poros y esa imagen de galán, que para ella no era más que

un cliché barato. Además, toda su energía estaba puesta en su sueño, nadie podría entenderla y quererla de verdad, porque nunca la conocerían, sino a esa máscara que durante tanto tiempo había usado y que ahora era parte de sí.

—Es por ahí —le señaló el pasillo que se extendía frente a ellos—. Al final cruzas hacia la derecha.

—Está bien. Adiós —se despidió a una distancia considerable de la motocicleta.

—¿No te acostumbraron a agradecer? Nos veremos por ahí —Él se despidió con una sonrisa al tiempo que se colocaba nuevamente el casco y se marchaba.

—Solo espero no tener que encontrármelo de nuevo —murmuró exasperada cuando se encontró finalmente sola.

Mientras enjuagaba sus manos en el lavamanos, se sintió mareada y se sujetó del lavabo como pudo. Enjuagó su rostro varias veces y al recuperarse se dirigió fuera de la universidad.

Hallándose, una vez más, sola en su nuevo hogar, revisó la nevera y preparó una ensalada que dejó a medio comer por ese sentimiento de culpa y remordimiento que surgían cada vez que probaba algún bocado. Abrumada por la tentación de la comida en la alacena, se arregló y partió a la universidad de su

hermana, esperando sorprenderla para pasar tiempo juntas. Prefería hacer cualquier cosa antes que quedarse sola mientras que todo ahí dentro la instaba a pecar y decaer.

Al llegar, Isabel realmente se vio sorprendida, de haber llamado antes Sofía hubiese sabido que tenía clases, así que su idea de pasar tiempo juntas tuvo que ser pospuesta. Incómoda por la situación, no deseaba dejarla sola, así que le presentó a su mejor amigo para que le hiciera compañía.

—Mucho gusto, mi nombre es David —se presentó con voz áspera el chico de contextura fornida y ojos café.

—Un placer, Sofía.

En los ojos del muchacho se reflejó una chispa cuando sus labios pronunciaron su nombre, quedando así prendado desde el primer instante.

Caminaron a paso lento por los espacios de la universidad. Él le mostró los alrededores mientras hablaba sin parar acerca de las cosas que le gustaban hacer y a lo que dedicaba el poco tiempo libre que le dejaba la universidad. Ella no prestaba atención a nada de lo que decía, no tenía el menor interés en recordar ninguna de esas cosas. Su objetivo era alejarse de ese apartamento y ya lo había conseguido. Ahora lo que restaba era mantenerse ocupada, caminar y ocupar las horas que

le quedaban por delante.

Se detuvieron en el campo de béisbol y él la invitó a sentarse a su lado en las gradas, mientras observaban al equipo entrenar. Sofía se sentó guardando la distancia. Su mirada se centró en un punto fijo a lo lejos, no era nada importante, pero le permitía que sus pensamientos cavilaran de un lugar a otro sin restricción alguna. Un leve toque en el hombro la sacó de su mente y la regresó a ese momento en aquel campo de béisbol.

—Me gustas. —David la tomó por sorpresa con su repentina confesión, mirándola directamente a aquellos ojos chocolate—. Deberíamos salir a comer

algo un día de estos y así poder conocernos mejor.

—No me parece buena idea —Sofía desvió su mirada, intentando tomar distancia de él—. Es muy probable que seas un buen chico, pero no estoy interesada. Aun si lo estuviera, nada sucedería.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó el chico desilusionado y confundido.

—Porque eres el mejor amigo de mi hermana. Eres atractivo, lo reconozco, pero eres parte de su territorio, todo esto lo es —hizo un gesto mientras extendía sus brazos señalando todo a su alrededor—. Nosotras tenemos un acuerdo, un pacto. Y no lo rompería por

nada del mundo.

Después de su última palabra se disculpó y regresó sola al lugar de partida de la caminata.

Eran varios los días de espera para el inicio de clases después de formalizar la inscripción, lo que representaba exceso de tiempo libre también. Así que allí se encontró Sofía sola una vez más, sintiéndose vacía y triste. Siempre entre una disyuntiva, saciar o aguantar. Cada vez se hacía más difícil mantener su decisión, cada día se volvía más doloroso e insoportable. Su fuerza de voluntad amenazaba con quebrarse en cualquier momento.

Se calzó y salió a correr con un

remolino de confusión en su cabeza. Cuando no pudo más, comenzó a caminar alejándose de los alrededores, observando a las parejas que pasaban a su lado tomadas de las manos. Sintió nostalgia de Oscar, de la relación que tuvieron, del amor que él le brindaba incondicionalmente. Lo que ellos tuvieron había sido hermoso, pero Sofía nunca pudo corresponder con la misma intensidad, sus sentimientos hacia él eran los de una gran y fiel amiga. Él siempre hizo su mejor esfuerzo, pero por más que lo intentaba, no conseguía entenderla del todo. No lograba comprender ese afán de Sofía de buscar siempre más, su autocrítica constante,

sus intentos de lograr la perfección. Pero, aun así, ofreció lo mejor de sí por hacerla feliz o al menos por desaparecer la tristeza de su mirada.

Continuó caminando y cuando se sintió abrumada por los recuerdos, trotó un par de manzanas hasta que el cansancio hizo que se detuviera. Fue en ese momento cuando se percató de que llevaba un par de horas andando y ahora se encontraba a unos diez kilómetros lejos de casa. No le preocupaba perderse, el sol aún estaba en lo alto del cielo, le quedaban unas horas más fuera. Además, había estado corriendo en línea recta, así que todo lo que debía hacer era girar y regresar en la misma

dirección por el camino por donde vino. Cuando se dispuso a regresar, se encontró con alguien conocido. José Miguel la observaba divertido a pocos metros de distancia.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Acaso me estás siguiendo? —Sofía cruzó los brazos sobre su pecho de forma defensiva.

—Eso debería preguntarte yo a ti. Vivo en los apartamentos que tienes en frente —una sonrisa se dibujó en su rostro antes de señalar un conjunto de edificios que se extendían por toda la manzana.

—Estaba caminando, lo llevo haciendo un rato —confesó

avergonzada, intentando recobrar el aliento.

—¿Cuánto es un rato con exactitud?
—preguntó mientras observaba las gotas de sudor recorriendo su frente y su pequeño escote.

—Unas horas, quizás unos diez kilómetros. Nada del otro mundo.

—Eso si es algo del otro mundo. Debes estar exhausta. Te invito a un helado para que recuperes algo de energía —no esperó su respuesta y se dirigió a un carrito de helados ubicado a pocos metros de distancia.

—No es necesario —intentó convencerle—. Además, eso tiene demasiado azúcar.

—¿Azúcar? Las mujeres siempre pensando en esas cosas —resopló—. Tranquila, para que el azúcar no te mate, pediré uno de yogurt para ti.

Se sentaron en una pequeña plaza a disfrutar del helado, José Miguel se percató de que algo debía haberle sucedido para caminar por varias horas sin rumbo, pero no le preguntó, pensó que cuando ella estuviese lista para hablarlo y sintiera que podía confiar en él, entonces se lo contaría. Así que se limitó a hablarle del clima, de las aves que caminaba frente a ellos y salían volando cuando un coche pasaba cerca. Ella sintió en varias ocasiones que se disponía a hacer alguna pregunta, pero

entonces se convencía de no hacerlo y continuaba con sus temas triviales.

Al terminar el helado, la convenció de que le dejara acompañarla de regreso a su casa. Caminaron uno al lado del otro por dos horas, él le contó su historia abiertamente. Tenía veinte años y recién comenzaría a estudiar en la universidad, siempre vivió en la ciudad, pero nunca fue muy sociable. Prefería pasar tiempo a solas, le gustaba dibujar y pintar. No era religioso, pero tenía fuertes valores y principios morales. Le contó acerca de su familia, era el mayor de cuatro hermanos, todos varones. La presión de su familia para que estudiara medicina que, después de un año en la

carrera, había desertado. Ahora seguía realmente su vocación. Sofía se limitó a escuchar, no le suministró ningún dato personal ni de sus intereses, solo expresaba pensamientos vagos en algunas ocasiones intentando seguir la línea de la conversación. José Miguel era paciente, sabía que no le contaría nada personal ese día, ni tampoco al siguiente o en una semana. Él la iría conociendo poco a poco, las palabras no serían necesarias y, después, cuando ella conociera todo de él, entonces abriría su corazón y descubriría ese gran amigo que él le ofrecía ser.

Sofía nunca se imaginó que encontraría en sus brazos el amigo que

siempre necesitó.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, el sol entró por la ventana sin hacer ruido. Como de costumbre, los diminutos rayos tocaron su rostro y la hicieron despertar. Se puso de pie y repitió la rutina de cada día; siempre hacía lo mismo, no soportaba mirarse al espejo por mucho tiempo, se ocultaba debajo de varias capas de ropa y después ocultaba sus ojeras con el caro maquillaje. Fingía una espontánea sonrisa y dejaba en la habitación todo lo que le atormentaba. Esa mañana tampoco desayunó. Llegó a la universidad un poco desubicada pero

una voz familiar apareció para socorrerla.

—Puedo ayudarte —afirmó la voz.

—¡José Miguel! —exclamó Sofía sorprendida.

—¿También estudias esta carrera?

La desenvoltura de la conversación le reveló que su recién adquirido amigo sería ahora también su compañero. Él se lo comentó la tarde anterior, pero Sofía no había prestado atención. Al menos no tendría que empezar desde cero ni preocuparse por tener esas primeras charlas superficiales en las que descubriría si tenía o no algo en común con las personas.

José Miguel era todo lo opuesto a lo

que proyectaba, era un caballero; le sostenía la puerta al pasar, iban juntos a clases y nunca la dejaba sola. En la universidad todo era diferente a la secundaria, las personas no te juzgaban por cómo te veías, no les importaba. Cada quien vivía su vida y no prestaban atención a la de los demás. Pero, aun así, ella seguía teniendo esa sensación de que todos la miraban sin importar a donde fuera, que observaban cada paso que daba. Criticaban su caminar y se burlaban de su figura, se sentía incluso perseguida en algunas ocasiones.

Las clases fueron más fáciles de lo que esperaba, cursar siete materias en comparación con las trece en el colegio

marcaba una gran diferencia. Para ser el primer horario de su carrera, no pintaba nada mal.

José Miguel era su compañero de estudio en cada una de esas materias, tenían ensayos e informes en parejas donde uno era el compañero del otro. Pero también les asignaban trabajos o ponencias en grupos, así fue como conocieron a Samanta y a Andrea, dos chicas muy enérgicas y buenas estudiantes. Andrea provenía de una familia pequeña, no conocía a su padre y tenía un hermano que aún estaba en la secundaria. Tenía una melenita rubia que caía en ondas hasta sus hombros combinando con ojos café y una piel

sonrosada, era de contextura fina y no muy alta. Samanta era una chica de tez morena y un hermoso cabello azabache hasta su espalda, era hija única y, como no era de la ciudad, vivía en un apartamento que compartía con dos chicas más.

—¿Qué te parece si estudiamos hoy?
—le ofreció su amigo después de la última clase.

—Me parece una buena idea.

—Vamos a comer e iremos a la biblioteca. ¿Te parece? —sugirió dudoso, porque con respecto a Sofía algo le hacía sentir que las cosas eran más complicadas de lo que parecía.

—¿Sabes qué? Me he acordado de

que tengo que hacer algunas cosas en el centro. Comeré algo en el camino y en unas horas nos vemos en la biblioteca —se levantó de la silla con algo de nerviosismo. Lo menos que quería era ir a comer, así que le pareció una buena excusa.

—¿Estás segura? Puedo acompañarte y comemos juntos, así no comerás sola —insistió con amabilidad.

—Estoy segura de ir sola, son cosas de chicas. Tú ve a comer. Nos vemos después —se despidió de él con un beso en la mejilla.

Esa semana llevaba tres días sin comer, recaía cuando no podía mantener su cuerpo de pie, entonces devoraba

todo a su paso y, horas más tarde, pedía perdón frente al inodoro intentando sacar todo ese veneno de su cuerpo.

Decidió ir al centro comercial más cercano a la universidad, caminó por largo tiempo sin hacer nada, con la mirada perdida, dejando a su mente irse a un lugar que incluso ella desconocía. Al cabo de un tiempo, entró a algunas tiendas para comprar una que otra cosa que necesitaba de artículos de aseo personal. Unos minutos después, su móvil sonó, el identificador de llamadas anunció de quien se trataba. Se sintió aliviada de haber hecho esas compras, sino su excusa resultaría difícil de creer.

—Hola, José Miguel —contestó en

tono alegre.

—¿Tardas mucho? —preguntó—. Estamos en la sala de estudios esperándote.

—¿Estamos? —preguntó con cierta desconfianza. Disfrutaba mucho de la compañía de José Miguel, no de una manera romántica, sino que compartir con él era sencillo; no la agobiaba con preguntas ni se molestaba cuando ella no le prestaba atención a algo que decía. Así que estudiar con alguien más, implicaría esfuerzo por su parte en parecer una persona sociable, cosa que realmente no era.

—Eh, sí. Estamos —aclaró su duda con tono pausado—. ¿Hay algún

problema? Pensé que era buena idea que Andrea y Samanta estudiaran con nosotros —dijo casi disculpándose por su atrevimiento.

—No te preocupes. Me has tomado por sorpresa, solo eso —tuvo que esforzarse por sonar amable y comprensiva. Ellas le agradaban mucho, pero no se sentía del todo cómoda rodeada de tanta gente.

Colgó la llamada después de despedirse de José Miguel, caminó hasta la salida y tomó el autobús de regreso a la universidad para enfrentar uno de sus temores.

El sudor se deslizaba por detrás de su nuca, resbalando a través de su

espalda mientras sentía como los músculos de su abdomen se contraían. El olor era sofocante, pan recién horneado junto a unos donuts de azúcar y otros rellenos de cremosa Nutella. Las tentaciones más difíciles reunidas en una sola mesa, burlándose de su débil fuerza de voluntad a escasos centímetros de ella. El deglutir de su amiga mientras devoraba un panecillo la atormentaba. No había apartado la vista del libro desde que José Miguel llevó la miseria a la mesa. *¿Por qué precisamente él le hacía esto?*, se preguntaba Sofía. Se encontraba en el mismísimo infierno y sin poder escapar a ningún sitio. Llevaban dos horas estudiando y se

estaban tomando un descanso. Pero ese descanso era para Sofía como recibir latigazos. Lo único que quería era salir corriendo de ahí, antes de que terminara sucumbiendo ante los deseos pecaminosos del ser humano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó José Miguel preocupado al ver su rostro sudoroso.

—Solo me duele un poco la cabeza —mintió Sofía intentando contener la debilidad de su cuerpo.

—Es mejor que te acompañe a tu casa —sugirió su amigo preocupado—. Ya hemos estudiado suficiente. Guardemos estos libros, pediremos un taxi.

—No es necesario, José Miguel —
negó ella con voz temblorosa apenas
manteniéndose de pie—. Puedo ir sola.

—¡De ninguna manera! —No había
escuchado un tono autoritario en su voz
en otra ocasión. Fue como el de un
hermano mayor, se dijo ella—. Vayamos
fuera y busquemos ese taxi.

Eso fue lo último que dijo él. Sofía
accedió de mala gana a ser acompañada,
pero carecía de la energía para estar
discutiendo. No tardó mucho en pasar un
taxi vacío, así que en veinte minutos
lograron estar en el apartamento.

José Miguel nunca había visitado el
apartamento donde Sofía vivía, así que
no pudo evitar detenerse a detallar las

fotos y libros de las repisas, y todo lo que saltaba a la vista en el resto de la sala. Quedó maravillado con la escena tras el ventanal. Sofía abrió la ventana para que éste pudiese presenciar mejor la majestuosa puesta de sol que estaba ocurriendo en el firmamento.

—Bonito apartamento —murmuró anonadado.

—Sí, eso creo. La vista es lo mejor del lugar —sonrió un poco apenada. No estaba acostumbrada a recibir visitas, ni cuando vivía con sus padres ni en el apartamento. Trataba de mantener su vida privada, muy privada.

Se quedaron en silencio por largos minutos, limitándose a presenciar el

milagro de la naturaleza. Aquello era nuevo para ella, se sentía bien teniendo a José Miguel ahí. Su compañía era gratificante. Además de ser el primer chico que no se había acercado a ella en plan romántico, así que eso le agradaba mucho más. Algo que ella detestaba era lo mal que la mayoría de los hombres lidiaba con el rechazo.

—¿Quieres que sigamos estudiando?
—preguntó sacándola de su conversación interna.

—No tengo muchas ganas de estudiar, José Miguel —se disculpó. Ya había tenido suficiente de estudios, por más perfeccionista y dedicada que ella fuera, sentía su cuerpo desfallecer si

hacía algo que requiriera un esfuerzo mental sostenido.

—Bueno, si quieres me voy para que descanses. Nos vemos mañana en clases. —Cogió su mochila dispuesto a marcharse.

—No es necesario que te vayas —le detuvo Sofía con tono suplicante—. Podemos ver alguna película.

Las intenciones de Sofía no eran del todo sinceras, le era indiferente ver una película o quedarse sentados sin decir nada, lo único que quería evitar era el hecho de quedarse sola en el apartamento, porque sabía que en el momento en el que José Miguel saliera por la puerta, resultaría muy probable

que su voluntad flaqueara y se diera un atracón de comida. Lo que la dejaría dolida, desmoralizada y muy decepcionada consigo misma. Así que tenía que lograr que él se quedara a toda costa.

—¿Estás segura? No quiero incomodarte, Sofía.

—Sí, lo estoy. Revisa en mi cuarto, hay varios DVD, selecciona alguno que te guste. Yo voy a tomar una ducha, en la alacena hay palomitas de maíz, solo debes meterlas en el microondas, presionas un botón y al cabo de unos minutos están listas —le indicó mientras desaparecía tras la puerta del baño.

—Está bien —accedió en un

murmullo.

Eso fue lo único que escuchó ella antes de tomar una larga y relajante ducha caliente. Al salir de la ducha, se percató que había tardado más tiempo del que pensaba, había invertido más de media hora, pero se sentía bastante renovada para aguantar otra noche sin un bocado, lo que la hizo sentir satisfecha.

Cuando entró a su habitación estaba vacía. Los DVD estaban dispersos en la cama así que supuso que debería estar en la cocina encargándose de las palomitas de maíz. Una sonrisa se dibujó en su rostro, una genuina, por primera vez en mucho tiempo. Podría *acostumbrarme a esto*, se dijo. Pasar

tiempo con un amigo, sin preocupaciones, nunca habían hablado de nada físico. José Miguel era un chico intelectual, con quien siempre se podía tener una conversación interesante. Ahora se daba cuenta de que estaba desaprovechándolo. Porque casi siempre se sumía en sus pensamientos e ignoraba lo que José Miguel le contaba, pero él, siempre paciente, no se molestaba, sino que comprendía.

Se dirigió a la cocina encontrando a su amigo conversando con su hermana Isabel, cualquiera que viera esa escena diría que se trataba de dos chicos que solo estaban hablando. Pero Sofía conocía muy bien a su hermana,

reconocería ese brillo en su mirada donde fuera, esa vocecita inocente y el contoneo de sus caderas al caminar de un lado al otro de la cocina, ese roce —accidental— de sus manos. A Isabel le interesaba su amigo y no estaba haciendo el más mínimo esfuerzo por ocultarlo. No podía decir mucho de José Miguel, ella no sabía cómo se comportaba cuando alguien le gustaba, parecía tranquilo, casi indiferente a su coqueteo. Sin embargo, conocía a los hombres y aún no había nacido un chico que se resistiera a los encantos de Isabel.

Ninguno pareció percatarse de su presencia en la cocina, una oleada de

furia inundaba su cuerpo. *¿Cómo era posible que su hermana estuviese haciendo todo aquel teatro?* Ellas tenían un trato, ya habían sufrido muchas veces por situaciones similares, así que habían llegado al acuerdo de que nunca se inmiscuirían en una relación con alguno de sus exnovios, amigos o compañeros de clases. Ese era el trato, y ahora ella parecía estar incumpléndolo sin ningún remordimiento.

—Veo que ya has conocido a mi hermana —intentó disimular la molestia en su voz, mientras pasaba entre los dos para sacar las cotufas del microondas.

—Eh, Sofí. No me habías dicho que traerías a alguien —se excusó con

fingida vergüenza sin apartar la mirada seductora de José Miguel—, de haberlo sabido hubiese usado algo más presentable.

—Creo que luces bien de esa manera —intervino él mientras le dirigía una mirada de soslayo.

—Como ya todos nos conocemos, nos marchamos. Si nos disculpas —tomó del brazo a su amigo para sacarlo de la vista de su hermana—, vamos a ver una película.

—No lo sabía, disculpa por entretenerte, Joc.

¿*Joc*?, se preguntó ella enfadada. Claro, ¿qué más podía esperar de su hermana?, ella si había podido rechazar

a su amigo David, pero a Isabel se le hacía inevitable mantener las manos lejos de sus amigos. Un retortijón la sacó de su debate interno haciéndola tambalear un poco.

—¿Estás bien?—le preguntó él preocupado mientras la ayudaba a sentarse.

—Sí, solo es un pequeño mareo producto del estrés y el cansancio. No te preocupes —mintió ella. Los días sin comer le estaban pasando factura a su cuerpo, así que, aunque le causara repulsión que otros la vieran contaminarse con tanta porquería, tomó un pequeño puñado de palomitas y las fue introduciendo una a una en su boca,

sin masticar.

—¡No te las comas todas! Aún no ha comenzado la película —bromeó José Miguel. Sin embargo, Sofía no lo tomó de forma graciosa y los pensamientos de culpa comenzaron a embargarla. Intentó disimularlos marchándose de la vista de los dos al irse a su habitación. Pero, a los pocos minutos, entró su hermana con el pijama más sexy que tenía y se sentó entre José Miguel y Sofía, autoinvitándose a la noche de películas.

En ese momento supo exactamente como se desarrollaría el resto de la velada.

Capítulo 4

Los rayos de sol colándose a través de la ventana la despertaron. Se sentó en la cama aún aturdida, miró a su alrededor y vio los recipientes donde la noche anterior habían colocado las palomitas de maíz.

—Entonces si fue cierto —se dijo en voz baja. Respiró profundo unos instantes recordando cómo había terminado lo que sería una velada divertida.

Isabel no apartó los ojos de José Miguel durante toda la película, su hermana acaparó las palomitas de maíz,

así que no tuvo que preocuparse por tener que resistir la tentación de ahogarse con todo el tazón. José Miguel se había comportado como un caballero, mantuvo la distancia con Isabel y siempre mencionaba a Sofía para que formara parte de la conversación. Aun cuando Isabel le había sugerido que pasara la noche en el apartamento porque era muy tarde, él, educadamente, se negó. Sofía lo acompañó abajo a esperar al taxi que minutos atrás llamaron para que viniera a recogerlo. Estaba complacida de que su amigo no hubiese mostrado un interés especial en su hermana. Por otro lado, sabía que eso para Isabel representaría un reto, y ella

amaba los retos.

Los sonidos de su estómago hambriento la hicieron levantarse; llevaba más de cuatro días sin tomar alimentos sólidos. Sabía que debía ingerir comida para que su cuerpo se mantuviera de pie, aunque se sentía horrorizada ante la idea. Después de debatirse sobre la necesidad de comer algo, decidió prepararse unos huevos y salir a correr después.

Lavó sus dientes y se observó por unos momentos frente al espejo; su rostro tenía una forma redondeada que, a pesar del peso perdido, aún no resaltaban los pómulos, aquello la decepcionaba. Miró sus dientes

observando como un leve tono amarillento se estaba comenzando a esparcir sobre ellos como consecuencia de tanta cafeína y del vómito constante que acompañaba a la ingesta de cada alimento. Caviló acerca de elegir otro medio para librarse de la grasa, llegando a la conclusión de que el ejercicio y los laxantes deberían ser suficientes para lograr su objetivo sin ser descubierta.

Sofía siempre se ocultaba debajo de capas de ropa, aun cuando lucía a la moda y aportaba aquel estilo propio que muchas envidiaban, evitaba la ropa que se ceñía a su cuerpo, sobre todo en el área de sus muslos. Muy pocas veces se

bañaba en una piscina o en la playa; no le gustaba que la vieran sin ropa, porque su figura le avergonzaba.

Corrió varios kilómetros intercalando el trote con algunos minutos de caminata. Pasó frente a los apartamentos donde vivía su reciente amigo José Miguel y se sintió tentada a llamarle, pero después giró y regresó a casa. Al llegar al apartamento, tomó una larga ducha y después de vestirse preparó una ensalada. Sin meditarlo mucho, fue introduciendo bocado a bocado hasta que no pudo más, quedando todavía en el tazón la mitad de la ensalada. Siempre sucedía lo mismo, cuando se disponía a comer parecía que

el estómago se le reducía a la mitad. Así como el hambre aparecía, con la misma rapidez se marchaba.

Al llegar a la universidad, aún faltaba una hora para empezar sus clases, así que se sentó en una de las mesas cerca del salón y, cuando estaba marcando el número de José Miguel en su teléfono, este apareció.

—Buenas tardes, Sofía —saludó efusivamente mientras le daba un beso en la mejilla.

—Buenas tardes. ¿Qué tal tu mañana?

—Algo repleta, tuve que buscar unos papeles que necesito para un curso que haré y después ayudé a mi primo en su

oficina —respondió con naturalidad sin dar muchos detalles. Al parecer no era un tema con mucha importancia así que ella decidió no insistir. Sin embargo, la curiosidad sobre otro tema particular la embargó y no pude evitar preguntar.

—¿Tienes novia o has tenido alguna vez? —Al ver la sorpresa en el rostro de su amigo aun inmutado, quiso corregir la pregunta para que no pensara que ella estaba interesada en él de esa manera—. Me refiero a que nunca has hablado de eso, así que tenía esa duda —dijo con fingida indiferencia.

—Ehh... —Se aclaró la garganta—. No, no tengo novia. Pero si he tenido. Tuve una relación con una chica por dos

largos años. Ella era mayor que yo un par de años, así que quería formar una familia, pero yo aún no estaba listo para algo así. Por eso terminamos hace un par de meses —el tono de voz que usó en esa última frase sonaba como a melancolía.

—No quería incomodarte con mi pregunta, lo siento —se disculpó arrepentida porque nunca lo había visto tan triste como entonces.

—Tranquila, no me has incomodado —sujetó su mano intentando tranquilizarla con una sonrisa en los labios que no llegó a iluminar su mirada.

Sofía suspiró aún arrepentida por haberse entrometido en sus asuntos, pero

luego le dirigió una sonrisa en respuesta.

—Ahora es mi turno —retorció sus manos en un gesto calculador—.

¿Novio? —preguntó curioso.

—No —respondió Sofía indiferente.

—¿Has tenido novio? Esa es la pregunta correcta, ¿cierto? —decidió reformular la pregunta mientras se reía—. Porque al parecer no te muestras comunicativa a menos que te haga las preguntas indicadas.

—Qué bueno saber que te divierto —replicó con fingida obstinación—. Sí, tuve uno, se llama Oscar, fuimos novios durante toda la secundaria, después me mudé y él se fue a una universidad en la costa del país —le explicó con algo de

indiferencia.

—No lo querías... —comenzó a decir, pero ella lo interrumpió

—No lo sé.

—No era una pregunta —corrigió él—. No le querías, lo he notado por tu tono de voz, no te has mostrado muy afectada porque la relación haya llegado a su final, o eso ha parecido —dijo mientras intentaba analizarla con esos ojos grises que no se apartaban de los suyos chocolate.

—Oscar fue el mejor amigo que pude tener, quizás ese fue el problema. Me recuerdas un poco a él —al final logró desviar el tema. No le gustaba que intentaran profundizar en sus

sentimientos. Ni siquiera ella lo hacía para que otra persona viniera a intentar meterse en su cabeza.

—Así que te recuerdo tu ex. Interesante —repitió él sin apartarle la mirada.

—No intentes ser seductor conmigo, a él no le funcionó y a ti tampoco lo hará —lo empujó del asiento para que se cayera.

—Sofía está mostrando sentido del humor —aplaudió sonoramente mientras se burlaba divertido por aquella faceta que estaba conociendo de ella.

—No te hagas muchas ilusiones —cortó en tono sombrío pero después no pudo disimular la gracia que le hizo su

comentario y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisita.

—¡¡Y ya ha regresado!! —dijo burlonamente.

Era de las pocas conversaciones que había tenido con José Miguel donde se había permitido bromear. Conversaron por un largo rato, hablando de tonterías, haciendo imitaciones de actores de películas e intentando adivinar las canciones preferidas del otro. Perdieron la noción del tiempo y, al mirar el reloj, se dieron cuenta de que iban con quince minutos de retraso a la clase. Al entrar en el salón, el profesor los miró con cara de pocos amigos teniendo que

reprimir las risas que querían salir. Así que al tomar asiento al final del aula, rieron en silencio como dos niños que acababan de ser descubiertos en mitad de una travesura.

Las tres horas de clase de esa tarde se tornaron demasiado extensas, salía un profesor y entraba otro de inmediato. Sofía había perdido la cuenta de la cantidad de apuntes que debía fotocopiar para leer durante el fin de semana. Agradeció que fuera viernes, porque no sabía cómo leería tanto material en solo dos días.

—¿Quieres venir al apartamento para una noche de lectura? —Decidió invitarlo mientras salían del aula de la

última clase.

—Me gustaría, pero he quedado con alguien esta noche. ¿Te parece si nos vemos mañana temprano? Llevo el desayuno —se aventuró a sugerir con una mirada expectante, con temor de que se hubiese molestado.

—Está bien. Nos vemos mañana.

—¡No te molestes, por favor! —gritó José Miguel de lejos.

—¡No lo haré! —le gritó ella en respuesta, sin girarse.

Llegó a su casa un poco decepcionada porque había planeado una noche de lectura para adelantar material, pero no podía culpar a su amigo por tener una vida aparte de los

estudios y querer salir a divertirse.

Le extrañó no encontrarse a Isabel en el apartamento, así que le mando un mensaje de texto.

Sofía: ¿Dónde estás? Estoy preocupada.

Al cabo de unos minutos, llegó la respuesta.

Isabel: Estoy bien, en una cena con un amigo. Regreso en un par de horas, no te preocupes.

Sabiendo que su hermana estaba bien, tomó una ducha y, después de ponerse algo cómodo, se dispuso a leer el extenso material que le esperaba. Sin embargo, un par de horas más tarde, no logró soportar el cansancio quedándose

dormida, soñando con Platón, Aristóteles, el dualismo y un sinfín de paradigmas acerca de la existencia o no, del alma y de la mente humana.

El sonido del teléfono la sacó del sueño profundo en el que estaba sumida. Buscó a tientas entre todos los apuntes que estaban esparcidos sobre su cama, tirándolos al suelo en un intento brusco por callar al móvil. El sonido agudo del timbre no dejó de atormentarla hasta que encontró el aparato bajo su almohada.

—¿Sofía? —preguntó esa voz enérgica que ella conocía.

—¿José Miguel? —preguntó aún adormecida—. ¿Qué sucede? ¿Por qué llamas a estas horas de la madrugada?

—Buenos días. No son madrugadas. Son las seis y media, y ya llevo un rato levantado. No pensé que te levantarías tan tarde.

—No me levanto tarde —se quejó—. Solo a una hora decente, al menos para la mayoría de las personas en la mañana de un sábado.

—Quizás. —Se escuchó su risa al otro lado de la línea—. Quería avisarte de que no podré estudiar contigo este fin de semana, sé que tenemos las evaluaciones en dos semanas, pero tengo que ayudar a mi hermano con algunas cosas y por la tarde tengo un compromiso que había olvidado. Discúlpame.

El silencio acaparó la llamada por extensos minutos. Sofía no sabía que decir, no estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones, nunca antes nadie le había cancelado nada, ni sus amigos, nadie.

—Discúlpame, Sofí, de verdad. Te compensaré el próximo fin de semana. Puedes matarme de cansancio mental si así lo prefieres —le rogó desesperado.

—Está bien, tampoco es para tanto. Nos vemos el lunes. Feliz fin de semana —se despidió sin esperar que su amigo respondiera antes de cortar la llamada.

Tardó media hora en levantarse mientras decidía lo primero que tenía que hacer ese día. Se sentó rápido en la

cama, por lo que al hacerlo, sintió como el mundo a su alrededor parecía dar vueltas y vueltas. Respiró hondo durante varios minutos, poniéndose de pie muy despacio cuando creyó que podía moverse sin caerse. Se dirigió a su espejo de cuerpo entero y, como hacía cada mañana, evaluó su situación actual. Se miró por minutos pero no logró ver nada diferente, así que ató su cabello y se dirigió al baño. Nunca había sido de las chicas que se pesan, el peso era su mayor miedo porque sabía que si se subía en él y marcaba un número que no quería, estaría en cama durante días, así que no podía darse ese lujo. Tomó una corta ducha, lavó sus dientes y se dirigió

a su armario con resignación.

No consiguió estar satisfecha con nada de lo que veía, así que solo sacó un pantalón de trotar negro, una camiseta blanca y un suéter gris dos tallas más grandes para ocultar su cuerpo. Recogió el móvil de la cama después de hacerla y decidió salir un poco de su zona de confort. Así que telefoneó a Andrea y a Samanta para que la acompañaran a estudiar, mostrándose pesimista antes de hacerlo, pero lográndolo de todos modos.

—Me parece muy bien, Sofía. Samanta acaba de llegar a casa porque habíamos quedado en vernos. Ya estamos saliendo. Pasaremos por un

supermercado, podemos llevar helado, patatas fritas y esas cosas —respondió Andrea emocionada cuando Sofía terminó de invitarla—. Nos vemos en treinta minutos, mándame tu dirección. —Y así se despidió antes de que Sofía terminara de asimilar todo lo que acababa de suceder.

Antes no estaba segura de que vendrían, pero ahora era un hecho que esas chicas se dirigían a su casa con montones de comida desbordantes de calorías. Esa, sin duda, era la peor idea que se le pudo haber ocurrido en mucho tiempo.

Su estómago gruñó e hizo una mueca.
—Estás muy equivocado si crees que

comerás algo esta mañana —señaló su estómago mientras se miraba al espejo—. ¿Quién sabe con cuánto veneno traerán esas chicas? Así que reservemos las calorías para entonces.

Entró en la cocina y preparó un poco de café mientras esperaba a Andrea y a Samanta. Trasladó todo el material de estudio a la sala y abrió el ventanal para que el frío de la mañana inundara el apartamento.

Media hora más tarde, estaban las dos alegres chicas revoloteando por su cocina.

—Tienes un apartamento muy bonito —halagó Samanta sin perder detalle de todo lo que había en la casa—. ¿Vives

sola aquí?

—Con una de mis hermanas; Isabel. Está a mitad de su carrera —dijo ella antes de que le preguntaran qué hacía su hermana.

—Es muy guapa, al igual que tú —señaló Andrea mientras observaba las fotos de la sala—. Pero no se parecen casi, a no ser por el cabello.

—Sí, somos muy distintas en todos los aspectos —suspiró—. ¿Qué hay en esas bolsas? Hay que guardarlas y poner manos a la obra. Esos apuntes no se leerán solos —desvió el tema de conversación con una mueca disfrazada de sonrisa, lo que le interesaba era concentrarse en otra cosa.

—Compramos helado de chocolate, patatas fritas congeladas, panes y salchichas para preparar algo de comer —anunció Samanta mientras sacaba los productos de las bolsas.

—Es sencillo, rápido y delicioso. La idea era invertir el menor tiempo posible en la cocina. —Andrea sonrió guiñándole un ojo a Sofía.

—Sí, es buena idea, chicas —devolvió la sonrisa con la mentira bailando en sus ojos.

Era una mala, pésima idea, pero aquellas chicas ni se imaginaban lo que le sucedía, nadie lo sabía. Las personas, después de un tiempo, pensaban que conocían a Sofía lo suficiente y

permanecían así, sin saber que un muro los separaba de conocerla de verdad. Para Sofía eso estaba bien o, al menos, eso pensaba.

Estuvieron estudiando durante varias horas; leyendo el material y tomando tiempo para discutir y tomar notas. En esas horas, Sofía llegó a la conclusión de que no había sido tan mala idea, ellas eran brillantes y vivaces, su compañía era amena. *En un futuro no muy lejano podría instaurar una amistad*, pensó.

Tomaron un descanso con los estudios para preparar la comida. Sofía se encargaba de las patatas fritas mientras las chicas preparaban los perritos calientes alegremente. Su mente

no podía dejar de hacer cuentas de las calorías, mirando horrorizada las cantidades que aparecían en su mente a medida que iban cocinándolas y el olor a salsas combinado con el del pan contaminaba el aire del apartamento entero.

El sonido de una canción de *Rihanna* interrumpió el tormento de la mente de Sofía.

—Mi móvil —se excusó Samanta al tiempo que salía disparada de la sala en busca del aparato que sonaba.

—Es su novio —dijo entre risitas Andrea.

Sofía se detuvo un momento a mirar a Samanta. Un leve rubor había cubierto

sus mejillas morenas y no paraba de sonreír mientras jugaba con su cabellera. Lucía muy enamorada, sin duda era su novio. Unos minutos después, regresó a la cocina con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Ha resultado muy mal esa llamada —bromeó Andrea.

—Félix siempre sabe cómo mejorar mi día. Es mi novio —se giró en dirección a Sofía para hacer la acotación, aún resplandeciente.

—Es un chico encantador si hace que sonrías de esa manera —opinó Sofía.

—Lo es. Aunque es muy difícil —suspiró sentándose en una de los banquetes frente a la barra del comedor

—, estudia en otra ciudad a unas tres o cuatro horas, así que no nos vemos tan seguido como me gustaría. La mayoría de los fines de semana, a menos que tengamos que estudiar —finalizó con otro suspiro recostando su cabeza en la mesa.

—Sí, me imagino —fue todo lo que Sofía logró decir. Era buena escuchando más no dando consejos.

—Tienes tu propio espacio, mira el lado positivo —Andrea trató de animarla—. Yo salía con un chico que estudiaba en esta ciudad y no paraba de acosarme. Todo el tiempo quería saber dónde estaba y qué estaba haciendo. Si le decía que tenía que estudiar, se ponía

pesado diciendo que no quería estar con él.

—¿Qué hay de ti, Sofia? —le preguntaron—. ¿Novio?

—Ehh... No —hizo una pausa mientras la miraban expectantes—. Exnovio, estuvimos juntos durante dos años, pero terminamos antes de venir a la universidad —les dio la espalda mientras terminaba de sacar las últimas patatas fritas y apagaba la hornilla, no le gustaba hablar de temas tan personales y menos cuando la miraban directamente a los ojos.

—Y, ¿qué pasó para que terminaran? —preguntó Samanta.

—Bueno. Nada. Él se iba a estudiar

a la costa, yo me vine aquí. No creo en las relaciones a distancia, no son para mí.

—Sí, es muy difícil. No lo recomiendo —dijo riéndose Samanta.

—¿Comemos? —preguntó Andrea mientras acariciaba su estómago, lo que hizo que las tres se rieran. Esta vez Sofía reía de verdad, una risa natural, despreocupada. Lo estaba pasando bien, aunque no se diera cuenta.

Al finalizar de comer, Sofía se dirigió al baño teniendo como primer impulso hincarse frente al inodoro, pero después recordó el color de su dentadura; la estaba blanqueando de nuevo, así que no era buena idea. Buscó

en el estante de detrás del espejo y tomó un laxante.

—Tendré que ir a comprar más el lunes —resopló mientras devolvía la tabletita al tarro de algodón donde las escondía.

Se miró en el espejo sintiéndose decepcionada, como ocurría siempre después de haber comido tanto. Sabía que en los próximos días debía asegurarse de remediar esas atrocidades.

Enjuagó su cara y volvió a la sala donde se encontraban sus amigas.

La tarde transcurrió sin muchas novedades. Se dedicaron a estudiar arduamente todo el material que

— pudieron hasta pasadas las seis, cuando tuvieron que marcharse.

— Lo hemos pasado muy bien, Sofi. Gracias. — Agradeció Andrea tomando desprevenida a Sofía y abrazándola.

— Es cierto, el próximo sábado podríamos estudiar en mi apartamento — sugirió Samanta dándole un abrazo y un beso en la mejilla

— Gracias a vosotras por venir — sonrió tímidamente Sofía un poco avergonzada por tanta efusividad.

— Sabes, mañana por la tarde iremos de compras, ¿te gustaría venir? — la invitó Samanta, tomando desprevenida a Sofía.

— Eh. No lo sé. Aún me quedan

cosas por leer y debo lavar algo de ropa.

—No es excusa. Estudias por la mañana y puedes lavar otro día. Acompáñanos —rogó Andrea mirándola como un tierno cachorrito.

Se quedó en silencio observando a sus dos nuevas amigas, que estaban de pie frente a ella, al parecer, queriendo pasar más tiempo en su compañía. Dudó por unos momentos, pero al ver sus rostros algo decaídos, aceptó.

—Está bien —aceptó resignada.

—Perfecto. Le pediré el coche a mamá y te pasaremos a buscar —informó Andrea mientras salía por la puerta.

—Nos vemos a las tres —le indicó Samanta desapareciendo junto a ella.

Cerró la puerta y se dejó caer en el sofá.

—Bueno, al parecer tus planes han cambiado, Sofía Montero —se dijo a si misma entre risas.

Risas, un sonido extraño que salía de los labios de Sofía. Eran contados los momentos en los que se permitía estar relajada, alegre, despreocupada de todas las cosas que día a día moraban en su mente, convirtiéndose en un molesto inquilino que no mostraba señales de marcharse.

Capítulo 5

Sofía despertó temprano esa mañana; una parte de ella se hallaba ansiosa y la otra, nerviosa por lo que tendría lugar esa tarde. Estaba acostumbrada a las salidas con sus amigas, iban siempre a los lugares a los que ella prefería; conocía la ubicación de las mejores tiendas de ropa y los sitios que siempre tenían ofertas de accesorios únicos. Ese era su mundo, un mundo conocido y controlado. En cambio aquella ciudad era extraña. Cada día le enviaba un nuevo reto, no podía saber lo que vendría a continuación. Hasta el

momento le había ido bien controlándolo todo, pero no sabía hasta cuando seguiría siendo de esa manera. Ni que representaría para ella perder ese control que le daba seguridad y la mantenía medianamente cuerda.

Esa mañana se dedicó a estudiar todo lo que pudo; hizo anotaciones sobre lo más importante y buscó aquellas cosas que no terminaba de entender de las lecturas. Cuando mantenía la mente ocupada, le era más fácil perder la noción del tiempo y, por lo tanto, olvidar la necesidad fisiológicamente del cuerpo de alimentarse. Al mirar el reloj sobre el espejo de su cuarto vio que marcaba las dos y media; las horas

habían transcurrido con rapidez y aún no decidía qué usar en esta salida de chicas.

Después de tomar una ducha rápida, fue a su armario y rebuscó entre toda las perchas hasta obtener algo que no le desagradara tanto. Encontró el vestido que su madre le había comprado. La parte superior era de un color azul marino que se extendía en pliegues horizontales por su torso y en la falda habían pequeñas florecillas de colores sobre el fondo azul marino, estas caían en capas hasta la parte superior de su rodilla con bastante vuelo. Se miró en el espejo y le gustó lo que vio, sus clavículas comenzaban a notarse, lo que

en verdad disfrutaba. Recogió su cabello en una coleta alta y omitió cualquier collar, dejando que sus clavículas fueran su más valioso adorno. Después de calzarse unas zapatillas oscuras, sonó su celular. Ya la esperaban abajo.

Se miró por última vez en el espejo, poniendo un poco de maquillaje y brillo en sus labios rosados, para luego marcharse del apartamento con una gran sonrisa.

—Guau. Te ves genial, Sofi —la halagó Samanta mientras Sofía se subía al coche negro.

—Sí, te ves muy bien, Sofi —concordó Andrea a modo de saludo

haciendo sentir algo incómoda a Sofía, no era muy buena recibiendo cumplidos, porque la mayoría de las veces, sentía que no eran ciertos.

—Gracias, chicas, ustedes también se ven muy bien.

—Bien. ¡Ahora a comprar! — anunció emocionada Andrea mientras pisaba el acelerador.

Caminaron por todo el centro comercial, entraron a varias tiendas donde compraron algunas prendas. Sofía decidió hacer uso de una parte de sus ahorros y renovar su guardarropa; se sentía muy confiada esa tarde porque al fin estaba alcanzando su meta. Así que quería prendas que mostraran eso.

Adquirió varios vestidos casuales, un par de pantalones que le entallaban bastante bien, blusas y muchos accesorios.

Ir de compras era la mejor manera para unir a un grupo de chicas. Samanta y Andrea ayudaron animadamente a Sofía a escoger las prendas, le indicaban cuando algo le lucía bien y cuando no al salir del probador. Sofía se comportó de la misma manera con ellas. Se sentía bien, la hacía sentir normal, al menos a una parte de ella. Porque el inquilino nunca se iba, aún estaba ahí en su cabeza martillando para asegurarse de que ella no se deshiciera de él, recordándole la cruda realidad. Aún le

faltaba para llegar a su meta, si se desviaba por el mal camino acabaría gorda, patética y sola. Pero lo que Sofía aún no entendía era que ya se encontraba sola. Era precisamente eso lo que le impedía estar con alguien, lo que le impedía creer que la podían querer realmente justo como era.

Exhaustas después de tanto caminar se sentaron en un café del centro comercial. Samanta fue hasta el mostrador y pidió tres *cappuccinos* y un par de galletas.

—Su pedido —dijo en tono juguetón Samanta mientras depositaba cada taza frente a sus amigas, poniendo las galletas en el centro de la mesa.

—Gracias —contestaron al unísono.

Conversaban entretenidamente sobre las compras realizadas cuando Sofía reparó en un salón de belleza que se encontraba a unos locales del café.

—¿Qué ocurre? —Andrea se giró mirando en la misma dirección que Sofía.

—Necesito un cambio —se puso de pie al terminar su café—. Vamos.

Samanta y Andrea terminaron su café lo más rápido que pudieron, guardando las galletas en sus bolsillos y siguiéndola al salón.

Sofía le explicó a la estilista lo que quería en su cabello y rogó no arrepentirse después. Sus amigas

estaban muy emocionadas y apoyaban la idea de aquel cambio.

—¿Está segura? —preguntó la estilista por tercera vez.

—Sí. Tíñalo todo —asintió cerrando los ojos.

Cuando abrió los ojos después de que estuviese terminado su cabello, casi no se reconoció; su larga melena caía en lisos mechones oscuros, con un flequillo que se expandía hasta sus pestañas. El color castaño oscuro estaba muy lejos de su antigua rojiza cabellera. Ahora se veía más interesante, misteriosa, incluso sexy.

—José Miguel se va a derretir cuando te vea, chica sexy —la abrazó

Andrea imitando lo que para ella era la versión seductora de la voz de José Miguel.

—Sí, estás que ardes —aplaudió Samanta extendiendo después el pulgar derecho en signo de aprobación.

—José Miguel y yo somos solo amigos. No estamos interesados el uno en el otro de esa manera —corrigió Sofía con obstinación.

—Pensábamos que salíais. Habéis estado juntos desde que iniciamos.

—Que decepción, se veis muy lindos juntos —murmuró Andrea haciendo un mohín.

—Lamento decepcionarlas, pero somos solo amigos —repitió Sofía

mientras pagaba haciendo énfasis—. ¿Qué tal si vamos a comprar más accesorios? Porque aún no encuentras nada que te combine con la blusa. — Cambió el tema de conversación hacia Andrea, no toleraba estar en el reflector mucho tiempo. Esos temas personales iban en contra de su zona de confort, así que los evitaba a toda costa. Su comentario funcionó y parecieron olvidarse del asunto.

Después de escoger accesorios durante una hora más, se dieron cuenta de que ya había anochecido, era tarde y al día siguiente tenían clases muy temprano. Así que llevaron a Sofía a su casa y se despidieron animadamente.

Cuando entró al apartamento, Isabel estaba en la cocina con uno de sus diminutos conjuntos de dormir, preparándose algo de cena.

—¿Qué te has hecho en el cabello?
—preguntó asombrada—. Se ve genial.

—¿Esto? —Sofía enredó entre sus dedos uno de los mechones que caía junto a su rostro—. Necesitaba un cambio.

—Te sienta muy bien ese cambio. Pareces otra.

—Gracias. Me siento otra —sonrió Sofía esta vez de forma genuina.

—¿Qué tal lo has pasado? Yo estuve estudiando en casa de Claudia todo el día, estoy agotada —utilizó ese tono que

ella conocía muy bien; lo usaba cuando encubría algo, dando justificaciones antes de hacer siquiera la pregunta. Lo que Sofía no entendía era que podría estar ocultándole Isabel—. ¿Quieres un sándwich? —Acercó su plato mostrándole el que ella se había preparado

—No, gracias. Ya he cenado con las chicas —mintió Sofía mientras se iba a su habitación—. Buenas noches, estoy cansada. Hablamos mañana —se despidió cerrando la puerta detrás de sí.

Ya había tenido suficiente con la comida de la tarde anterior. Ese día se mantuvo en pie con un poco de café con leche, un *cappuccino* más tarde y mucha

mucha agua. Tenía que contrarrestar los efectos de su desliz del día anterior. Estaba muy contenta con lo que el espejo le mostraba, así que no podía echarlo a perder siendo débil. Ella era muy fuerte, lo había demostrado, lo único que quería era seguir así.

Se levantó aún adormecida a la mañana siguiente, se duchó y se preparó para hacer frente al dilema de cada día. Ese día fue menos conflictivo, porque tenía ropa nueva. Optó por unos *jeans* viejos que antes no le quedaban bien y ahora le entallaban de maravilla. Sonrió al espejo cuando vio lo que había logrado con su determinación. Se puso una blusa blanca que compró el día

anterior. Esta caía suelta hasta sus caderas en una tela vaporosa. Le gustó lo que se reflejaba, se sentía realmente ella, ya no era la hermana de, la hija de o la novia de; ahora era Sofía, solo Sofía. Calzándose las zapatillas del día anterior, cepilló su cabellera ahora oscura, cogió su bolso con sus libros y se marchó sin haber probado bocado alguno. Estaba demasiado eufórica para detenerse a tomar café.

—Cambio de look —señaló sorprendido José Miguel cuando se sentó junto a ella en el salón de clases.

—Hola. Sí, me lo hice ayer.

—¿Y a qué se debe tal cambio? —La miró de esa forma profunda, intentando

ver detrás de ella para conocer el verdadero motivo. Esa mirada que solo él sabía echar.

—Necesitaba un cambio. Ya sabes, las mujeres hacen eso de vez en cuando.

—Lamento lo de este fin de semana. Te compensaré —dijo él con real arrepentimiento.

—Está bien —le tranquilizó Sofia—, gracias a eso he estudiado con Samanta y Andrea y lo hemos pasado muy bien este fin de semana.

—Me alegra. Aunque ahora me pondré celoso —bromeó José Miguel haciendo algo parecido a un puchero. Pero no salió muy bien.

—Hola, chicos —saludaron Andrea

y Samanta con un abrazo justo antes de que el profesor comenzara la clase. Así que rápidamente tuvieron que sentarse junto a ellos, en silencio.

Las clases fueron interesantes y agradeció haber estudiado como lo hizo, así se le facilitaron las cosas. Comprendió lo que cada profesor iba explicando y participó en cada clase cuando hacía alguna pregunta. Ese día estaba saliendo muy bien. Se sentía alegre, llena de energía, capaz de hacer cualquier cosa. Lo que realmente iba en contra de lo que debería ser, al menos fisiológicamente, porque aquel era el segundo día en el que Sofía no comía, nada reposaba en su estómago y,

extrañamente, los retorcijones no se habían hecho notar.

—Comamos algo —sugirieron Andrea y Samanta al salir de la última clase.

Sofía sintió que palidecía. No quería ir a comer. Podían ir a hacer cualquier cosa, pero comer era su actividad más temida.

—No tengo mucha hambre. Podéis ir vosotros si queréis —Sofía retrocedió instintivamente, enmascarando su miedo con indiferencia fingida.

—No hay forma de que vayamos sin ti —la arrastró prácticamente Andrea tomándola de la mano.

—Comerás aunque sea un poco. Ya

estas suficientemente delgada, ¿o es que quieres desaparecer? —Samanta frunció el ceño dejando claro su desacuerdo.

Era la primera vez que escuchaba que estaba delgada de parte de alguien de aquella ciudad. Se sentía muy bien, aunque ella no lo hubiera dicho como un cumplido. Esas palabras representaban el mayor halago que podrían hacerle.

—¡Vamos! —intervino José miguel mientras las empujaba a las tres hacia la salida.

Fueron al comedor de la universidad, cada quien escogió fácilmente lo que quería comer de las opciones que tenían. Por su parte, Sofía se sentía como en un campo minado, con

la sensación de que si pisaba en falso, alguna bomba explotaría. Al final eligió carne a la plancha, una ensalada que nunca antes había comido y una rodaja de piña. Vaciló acerca de si debía o no tomar un batido, prefirió escoger agua, no sabía la cantidad de azúcar que habían usado para prepararlo. Y las cantidades de calorías no dejaban de dibujarse en su mente en colores fluorescentes.

Se sentó junto a los demás mientras estos charlaban animadamente al tiempo que iban comiendo. Sofía comenzó a cortar la carne en pequeños trozos juntándolos con parte de la ensalada. Metió una cucharada en su boca, pero el

sabor del aderezo hizo que casi la vomitara. No podía comer eso, era imposible. Miró alrededor pero nadie se daba cuenta, así que una idea pasó por su mente. Cortó una y otra vez la carne en pequeños pedazos casi imperceptibles, cuando eran lo suficientemente pequeños, los mezcló con la ensalada y, la otra parte, la enredó entre las servilletas. Miró el plato y se sintió aliviada. Si lo veías daba la impresión de que había comido, que solo había dejado un poco. Así que sonrió mientras procedía a comerse la rebanada de piña. Era pequeña, no estaba tan dulce así que no sintió remordimientos, además, en ausencia de

su café matutino, una rebanada de piña no estaba mal.

Terminaron de comer y todos se despidieron. Andrea debía hacer unas cosas con su mamá; Samanta debía volver a su apartamento porque su novio había decidido sorprenderla visitando la ciudad, y José Miguel nuevamente la abandonó. Se había estado comportando muy extraño; antes Sofía tenía que ideárselas para poder estar sola y ahora él siempre se excusaba para marcharse, dejándola confundida.

Recorrió durante un tiempo los terrenos de la universidad sin rumbo fijo mientras escuchaba música desde su móvil. Siguió caminando hasta que llegó

a las pistas de *motocross* en los extremos de los terrenos. Varias motos conducían en la pista pero no se detuvo a detallar. Simplemente se sentó bajo un árbol frondoso, recostándose para seguir escuchando al lista de reproducción de música.

Capítulo 6

Mientras recorría la décima vuelta en la pista, se percató de una figura que se acercaba. Se detuvo por unos instantes, pero no observó por mucho tiempo, solo se sentó bajo un gran árbol que se encontraba cerca de ahí. Esa figura la conocía, estaba casi seguro, la había visto antes, aunque ahora lucía un poco diferente. La siguiente vuelta condujo cerca de ella, justo cuando se ponía de pie mientras sacaba algo del bolso que llevaba para después sentarse sobre él. Entonces lo supo, esa silueta, esa piel de porcelana, esos labios

rosados que ansiaba besar desde que la vio por primera vez y, sobre todo, ese provocativo trasero, nunca lo olvidaría.

Su cabello lucía distinto; se veía muy sexy, no podía dejar de mirarla. Ella movía la cabeza de un lado al otro al ritmo de la música que estaba escuchando. Si seguía mirándola de esa manera mientras conducía, tendría suerte de no tener un accidente.

Tenía una oportunidad enfrente y no podía desaprovecharla. Esa tarde tendría su número y mucho más. Se percató de que, cerca de ella, había agua empozada producto de la lluvia del día anterior. Una sonrisa malévola se dibujó en sus labios ante la idea que acababa

de cruzar por su mente y, en la siguiente vuelta, condujo a toda velocidad, ocasionando que gran parte de la ropa y cabello de Sofía quedara cubierto de agua y lodo.

—¡Idiota! —La escuchó gritar al girar.

Todo el lado derecho de Sofía había quedado empapado y sucio. Ella pensaba que su día era perfecto; después de esto lo que quería era golpear al estúpido que había sido el responsable. Se levantó molesta cuando vio a la motocicleta regresar en su dirección, deteniéndose justo enfrente de ella.

—¿Es que acaso no te fijas? —vociferó Sofía—, ¡mira lo que has

hecho! —Hizo señas bruscas señalando todo su cuerpo, ahora enlodado.

—Creo que se está convirtiendo en costumbre encontrarnos de este modo — Sofía enfureció cuando el piloto retiró el casco de su cabeza, dejando ver un rostro sudado, adornado con esa sonrisa deslumbrante que a muchas chicas derretía, pero no a Sofía.

¿Por qué a ella no?, se preguntaba interiormente mientras observaba que la molestia de ella solo se acrecentaba al ver su rostro.

—¡¿Tú?! —preguntó exasperada—, era lo que me faltaba. Claro, solo un idiota es capaz de hacer algo como esto —recogió su bolso y se marchó de allí,

dejándolo con la palabra en la boca.

—¡Espera! —le gritó Ángel.

—¿Y ahora qué quieres?
¿Ensuciarme el lado izquierdo para
terminar tu trabajo?

—Aunque no es mala idea... —
apareció esa sonrisa torcida tan
particular que hizo rabiar aún más a
Sofía—, no. Déjame llevarte a tu casa,
es lo menos que puedo hacer para
compensar el daño.

¡Solo di que sí!, gritaba
interiormente.

—Termina de aceptar de una buena
vez. Necesito llevarte a casa —juntó las
manos a manera de súplica haciendo un
mohín que lo hacía ver un poco tonto,

según Sofía.

—No puedo irme así —Sofía señaló todo el lodo que empapaba el lado derecho de su cuerpo.

—Cerca de aquí hay una manguera, la usamos cuando terminamos de practicar. ¿Me acompañas? —Señaló la dirección detrás de él con una mano mientras con la otra sostenía la motocicleta—. No tardaremos.

—Está bien —accedió aún enfadada mientras le seguía, cuidando mantener la distancia entre ambos.

Caminaron en silencio por unos minutos. Ángel intentaba disimular su mirada, pero adoraba cada centímetro de su cuerpo. No sabía que era, pero

había algo en sus ojos que lo hipnotizaban. Sí, las dos veces había estado molesta con él, pero era algo más. Sin embargo, detestaba que ella no lo mirara, que le fuese tan indiferente. A ninguna chica le había sido indiferente antes y eso hacía a Sofía mucho más deseable para él.

—Aquí es —señaló una manguera que se encontraba sobre un extenso suelo de cemento, donde reposaban algunas motocicletas.

—Está bien —Sofía dejó el bolso en el suelo, alejándose un poco mientras lavaba con el agua todo el lodo de su cuerpo y cabello. Cuando terminó, se percató de que la blusa ahora se le

ajustaba por completo al cuerpo transparentando su interior, dejando ver el sujetador blanco de encaje que llevaba.

—¡Perfecto! —exclamó con ironía al verse.

—En realidad pienso que es perfecto —Ángel sonrió mientras una mirada seductora cruzaba por sus ojos.

—No lo creo —cruzó los brazos sobre su pecho intentando ocultar lo que Ángel ya había visto.

—Si quieres... —Él se quitó el suéter del uniforme de práctica y se lo ofreció a Sofía, dejando ver la camiseta gris que llevaba debajo—. Hace un poco de calor ahí dentro, pero no huele

mal, tranquila.

—No lo sé —observó detenidamente con suspicacia la chaqueta que le ofrecía.

Era parte del traje regular que usan los pilotos motocross. El que Ángel usaba era azul oscuro y se iba degradando hacia arriba para llegar a un azul muy claro. El pantalón también era azul oscuro con delgadas líneas claras a los lados.

—A no ser que prefieras ir así todo el camino —señaló divertido su casi desnudez.

—Dame eso —Sofía le arrebató el suéter pasándolo con rapidez por encima de su cabeza para ocultar su cuerpo.

Le quedaba grande, al menos dos tallas, pero ella ya estaba acostumbrada a eso. Se sentía acogedora y olía distinto; una mezcla de un perfume con base de madera, sol, sudor y un olor aparte que le gustaba.

Es su olor, pensó. No puede gustarme su olor, es un idiota.

—¿Nos vamos? —preguntó Ángel subiéndose a la motocicleta.

—¿En eso? —preguntó estupefacta. Nunca antes se había subido en una motocicleta, y menos una de carreras.

—Disculpa, he dejado la limusina en casa —bromeó. Pero al ver que ella no se movía, tuvo que convencerla. —Es bastante segura. Además de esta forma

evito el tráfico de la carretera. Será divertido —explicó con esa sonrisa marca Ángel—. Toma —entregó el casco que anteriormente llevaba, y Sofía lo observó en silencio sin saber qué hacer—. Debo encargarme de tu seguridad. Súbete con cuidado y coloca las manos alrededor de mi cintura.

—Está bien —accedió refunfuñando al ver que era la alternativa más lógica.

Tomó aire y se subió con cuidado a la motocicleta. Estaba nerviosa, temía caerse o tener un accidente. Después de colocarse el casco, se apretó contra su cintura para no caer. Pudo ver la sonrisa de Ángel cuando lo hizo. No dijo nada, solo soltó el embrague y salieron de la

pista a mediana velocidad pero, en cuanto puso una rueda en el pavimento, comenzó a moverse a gran velocidad.

Quería cerrar los ojos y abrirlos en cuanto llegaran a su casa. Sin embargo, una parte de ella estaba extasiada, con un gran subidón de adrenalina. Nunca pensó que alguna vez se subiría a una motocicleta y ahora estaba haciéndolo con un chico que, aunque le costaba admitirlo, era bastante atractivo. Podía sentir sus abdominales bajo la camiseta, como si los trabajara en un gimnasio.

Tomó aire e intentó sacudir esos pensamientos de su cabeza, no quería volver a tenerlo cerca. Aquel chico era exasperante, tenía una gran capacidad

para sacarla de quicio. En especial con esa sonrisita de galán que detestaba y esa voz de “pequeña soy todo lo que necesitas”. No podía ser más plástico aquel chico. Seguramente no tenía nada en el cerebro. Su voz la sacó del vaivén de sus pensamientos cuando le preguntó de nuevo la dirección de su apartamento. No dijeron una palabra más hasta que se encontraron a un kilómetro de distancia, cuando una fuerte lluvia comenzó a mojar el pavimento. Él aceleró hasta llegar, minutos más tarde, al destino. Una vez estuvieron dentro del estacionamiento subterráneo, un diluvio empezó a caer del cielo. Nunca antes había visto una lluvia tan fuerte en esa

ciudad.

—¿Te has mojado mucho? — preguntó al estacionar la motocicleta.

—Solo un poco. Gracias — respondió ella al bajar, devolviéndole el casco.

—Ha sido un placer —le sonrió.

De pronto resonaron truenos y un leve apagón los acompañó. Solo fueron segundos. Seguidamente pareció llover aún con más fuerza.

—¿Quieres subir? Está lloviendo mucho y tú estás empapado, te puedes resfriar —ofreció ella por educación.

—Creo que sería buena idea — accedió Ángel sonriendo, pero algo sorprendido por su repentina invitación,

creía que le tocaría soportar la lluvia resguardado solo en el estacionamiento.

Antes de entrar en el apartamento, Sofía le pidió que se quitara las botas para que no ensuciaran el suelo. Entraron y ella abrió el ventanal para que la brisa fría, producto de la tormenta que había fuera, refrescara el lugar.

—Tienes un bonito apartamento — alabó Ángel mientras detallaba toda la sala—. ¿Tienes hermanas? —preguntó señalando una de las fotos de los estantes—. Son todas muy parecidas. Bueno lo eran, por el cabello.

—Eh, sí, tengo dos hermanas. Y sí, ya no nos parecemos tanto —contestó Sofía mientras tocaba su oscura

cabellera empapada.

—Lo prefiero así —se acercó él tocando uno de sus mechones. Ella se quedó inmóvil, levantó la vista y se quedaron así por lo que pareció una eternidad. Había algo en esa mirada que la llamaba, esos ojos chocolate, quería hundirse en ellos. No podía explicar por qué, era una extraña sensación que nunca antes había sentido con nadie.

Al ver su reacción, Ángel, avergonzado, retiró la mano. Sentía que el corazón iba a salirsele del pecho. Sus ojos café lo hipnotizaban. Sentía que lo conocían, pero era imposible.

—Ehh... Quiero decir que se te ve muy bien así el cabello —dijo

atropellando las palabras—, me gusta.

—Gracias —retrocedió ella sonrojándose—. A mí también me gusta. Te buscaré una toalla y algo de ropa seca.

Al cabo de unos minutos regresó con una toalla azul marino, un pantalón de hacer ejercicio y una camiseta negra.

—Eran del novio de mi hermana. Espero que te queden bien.

—Gracias —le sonrió—. Creo que sí. ¿Dónde puedo cambiarme?

—Mi habitación se encuentra por el pasillo a la derecha, hay un baño, puedes ducharte si quieres. No quiero que sea mi culpa si te refrías —le dijo mientras se metía al cuarto de Isabel

para cambiarse.

Tomó una deliciosa ducha caliente, se sintió relajada después de hacerlo. Cuando iba a vestirse, se percató de que no había cogido un pantalón así que, después de hurgar en las cosas de Isabel, encontró uno rosa de hacer ejercicio que le entallaba demasiado bien, haciendo notar sus curvas de una manera demasiado sexy para esa tarde. No se detuvo mucho frente al espejo, no tenía caso. Así que apenas terminó de arreglar su cabello, regresó a la cocina.

Programó la cafetera para hacer un delicioso café en esa tarde tan húmeda. Sintió pasos que se acercaban detrás de ella y, al girarse, no pudo evitar quedar

enmudecida. Ángel estaba frente a ella secando su cabello con la toalla, los pantalones de ejercicio le quedaban muy bien dejando ver la parte superior de sus bóxer grises. Tenía un torso muy bien trabajado; unos abdominales perfectos; pectorales definidos con un tatuaje en el derecho que le atrajo la atención, y también tenía músculos muy bien torneados. Era de ancha espalda y cintura un poco más estrecha. Notó como su piel estaba un poco más oscura, sedosa. Por más que lo intentaba, no podía apartar la mirada.

¿Habrá ido a la playa?, se preguntaba interiormente cuando él mismo contestó esa pregunta.

—Fui a la playa con unos amigos este fin de semana. Mi piel toma un agradable color con facilidad. ¿Te gusta? —le preguntó sonriendo.

Pero en su mirada se asomaba algo más. Deseo quizás, pero aún no lo conocía lo suficiente para saberlo. Quizás solo se divertía con ella, pensó Sofía.

—No veo mucha diferencia —se encogió de hombros con indiferencia fingida.

—¿Te incomoda tener a un hombre semidesnudo cerca? —atacó con esa sonrisa torcida que tanto la exasperaba.

—No. Me incomoda tenerte a ti semidesnudo en mi cocina —dijo ella

antes de poder procesar lo que iba a decir, arrepintiéndose en el mismo instante de esa respuesta.

—¿Por qué?, ¿te gusto? ¿O temes que tu novio se entere y se moleste contigo por meter a otro hombre en tu apartamento? —Ángel estaba sorprendido por su respuesta, pero no pudo quitar la expresión de diversión de su rostro.

—Ni lo primero, ni lo segundo. No tengo novio —dijo con enfado—. ¿Café? —preguntó en tono cortante para desviar la tensión que se estaba formando entre ambos.

—Sí. Con leche, por favor. Tres de azúcar. Me gusta dulce —usó un tono de

voz suave sin quitarle la mirada de encima mientras se ponía la camiseta.

—Será mejor que metas en la lavadora tu ropa, porque si no adquirirá un olor desagradable a causa de la humedad, el sudor y todo eso. La lavadora esta al final del pasillo. La colocas en automático y hace todo el ciclo.

—Gracias. Iré —se marchó entre risas divertido por la incomodidad que le provocaba a Sofía sus comentarios. No tardó mucho para volver junto a ella y seguir conociéndola mejor, porque hasta el momento, lo que sabía de ella no hacía más que avivar el impulso de tenerla cerca.

Sofía preparó el café con premura, nerviosa por la mirada penetrante de su acompañante. Tenía una inmensa facilidad para hacerla palidecer de los nervios. Pero en realidad se trataba de su mirada, cuando se miraban era palpable la conexión que ahí había. No sabía el por qué, cómo o cuándo, pero así era, y eso le asustaba mucho.

Le entregó el café dejándolo sobre la barra del comedor y se alejó de inmediato para preparar el suyo, que era muy distinto. Sofía lo prefería con leche descremada y nada de azúcar, claro está. Siempre intentaba reducir al máximo las calorías. Buscó en los estantes donde Isabel guardaba sus galletas para

ofrecerle algunas, después de unos minutos, encontró tres paquetes que dejó frente a él en cuanto ella tomó asiento justo a su lado.

Permanecieron en silencio algunos segundos hasta que Sofía decidió romper el silencio.

—Son las únicas que he encontrado —señaló los tres paquetes de galletas aun sin abrir—. Son de mi hermana. Yo no suelo comer esas cosas.

—Claro. La mayoría de vosotras se la pasáis cuidando lo que coméis —murmuró Ángel con una mueca de enfado—. Gracias. Son perfectas —sonrió dándoles un mordisco.

—Sí —hubo cierto rastro de tristeza

después del comentario de Ángel—. ¿Tienes hermanos? —preguntó para disipar la tensa atmósfera que se estaba formando.

—No —dijo poniendo rostro inescrutable—. Bueno sí y no. Tenía un hermano, pero murió al poco tiempo de nacer.

—Lo siento —Sofía se arrepintió de haber hecho esa pregunta.

—No te preocupes, eso sucedió hace mucho tiempo, cuando solo era un niño.

Entonces miró a Sofía y pudo ver en sus ojos una compasión y comprensión que iba mucho más allá de la que alguien le había transmitido y, lo que más extraordinario le parecía, era que

apenas la acababa de conocer. Sacudió la cabeza intentando sin muchos resultados borrar esos pensamientos que amenazaban con profundizar mucho más allá.

—Y tú, ¿tienes más hermanas? —preguntó Ángel.

—Solo las dos de la foto. La mayor se llama Daniela, se encuentra trabajando en el extranjero en una empresa de tecnología. Mi otra hermana estudia en la universidad, vivimos juntas —agradeció hablar de un tema normal, sin dobles sentidos ni nada que pudiera recrear esa tensión anterior—. Y tú, ¿vives solo?

—No, vivo con un primo. Aunque

prácticamente mi mamá viene cada semana para asegurarse de que tengo comida y ropa limpia —respondió con tono burlón—. Desde que se retiró de su trabajo no tiene mucho que hacer cuando mi padre está de viaje.

—¿Y qué hacen tus papás?

—Ambos son abogados. Mi mamá trabajaba en el área e impartía clases en la universidad hasta que decidió retirarse para pasar más tiempo con mi papá. Él es abogado penalista y siempre representa a peces gordos —se detuvo para hacer comillas con sus dedos—. Así que suele viajar mucho. Cuando mi mamá no lo acompaña, viene a verme.

—Una vida bastante interesante. Y

tú, ¿qué planeas ser cuando seas mayor?
—preguntó riendo, ocultando que realmente interesada.

—Estudio Ciencias Políticas. Y asumo que debes estudiar algo similar porque estudiamos en la misma facultad —se quedó mirándola de esa manera hipnótica que le aceleraba el corazón.

—Es la facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, eso engloba muchas carreras —corrigió ella—. Estudio Psicología. Quiero especializarme en psicología criminal —respondió sin conseguir dejar de mirar esos ojos chocolate que la envolvían.

—¿Hasta ahora me conoces lo suficiente para saber si soy un asesino

en serie o una especie de sociópata? — preguntó en tono divertido, sonriendo brevemente para después deslizar su lengua con lentitud por sus labios carnosos.

—No. Aún no puedo saberlo. Creo que requiero de más tiempo para poder descifrarlo.

—Puedes tener todo el tiempo que quieras —respondió de forma seductora.

¿Qué habrá querido decir con eso?, se preguntó Sofía confundida.

Esos dobles sentidos y esa seducción tienen que ser real, yo no puedo estar imaginándomelo todo, se quejaba interiormente.

Sofía se levantó bruscamente

después de ese comentario y se excusó para ir a colocar la ropa en la secadora. Ángel no parecía tener intención de despegarse ni un segundo, así que la acompañó. Cuando pasaban frente a su habitación vio su *Ipod* en la cama y se detuvo a detallar todo a su alrededor, con sus paredes turquesas y mobiliario blanco. Un enorme espejo ocupaba casi toda una pared, había una televisión de pantalla plana en la pared frente a la cama, un tocador blanco donde reposaba un *laptop* y muchos libros junto a la cama.

—Bonita habitación —halagó—, ¿qué tipo de música escuchas?

—Variada —dijo dirigiéndose a la

sala y deteniéndose en el balcón mientras veía la lluvia caer—, desde pop, rock, alternativa, country... No me gusta la metálica, reggae.

—Una chica con gustos muy variados.

—Todo depende de mi estado de ánimo.

—Y al parecer son muchos tus estados de ánimo —bromeó—. La pregunta es: ¿qué tan seguido cambias de estado de ánimo? Porque, ¿sabes que eso podría ser un signo de alguna enfermedad?

—Sí, pero los médicos aún no han conseguido un diagnóstico apropiado —sonrió ella siguiendo con su broma—.

Continúan haciendo estudios.

—Hazme saber tan pronto tengan un diagnóstico.

—Serás el primero en saberlo.

—Bueno, creo que el segundo, señorita, más bien el tercero. Porque primero debe saberlo tu médico —fue levantando los dedos a medida que enumeraba—, después tú y entonces me dirás. Así que soy el tercero en la fila.

—Que listo. Pensé que de tantos golpes y caídas, los pilotos de *motocross* tenían atrofiado el cerebro.

—Ya ves, la vida está llena de sorpresas —dijo sonriéndole como siempre lo hacía, obteniendo un respiro brusco de parte de Sofía.

—Al parecer sí. —Suspiró sumergiéndose en esos ojos chocolate que sentía como la fundían cada vez que la miraban—. Y, ¿qué me dices de ti? ¿Qué música te gusta? —desvió la mirada para que no pudiera ver rostro sonrojado.

—Cualquier música que se escuche bien. No tengo restricciones, tengo la mente abierta y mis gustos son variados —dijo haciendo énfasis en cada palabra, como intentando darle a entender algo a Sofía que ella no conseguía captar.

—¿Qué otras cosas haces? Además de las clases y la moto, obviamente.

—Trabajo cinco días a la semana en una empresa que distribuye alimentos.

No tiene nada que ver con mi carrera, pero gano un buen sueldo, así que no puedo pedir nada más.

—Y, ¿cómo tienes tiempo de hacer tantas cosas? —Sofía estaba sorprendida, no esperaba que Ángel fuese un trabajador, cuando lo vio por primera vez, pensó que sería un hijo consentido que despilfarraba el dinero de sus padres en carreras ilegales.

—Trabajo por la tarde y por noche al salir de la universidad. Algunos días tengo pocas clases, así que practico, al igual que los fines de semana —se encogió de hombros como si no fuera gran cosa, pero para Sofía lo era.

—Aún sigo pensando que son

demasiadas cosas.

—Soy muy activo, necesito estar ocupado. Tengo mucha energía que drenar —enarcó una ceja mostrándole esa sonrisa de muerte lenta. —Además, estoy en mi mes de vacaciones —agregó sin dejar de mirarla profundamente.

—Me imagino que ahora puedes descansar más —desvió la vista de su intensa mirada.

—No mucho. Como te dije, necesito drenar energía. En estos momentos lo hago con algo de ejercicio —dijo besando sus bíceps.

—El tatuaje que tienes —dijo con timidez—, es distinto a los que he visto antes.

—Sí. Esa era la idea. Me gusta el *motocross* y me gusta mi nombre. Así que pensé, ¿por qué no mi nombre en forma de moto?

—Sí, es muy original y bonito —admitió con timidez.

—Algún día te dejaré volver a verlo —le dijo sonriendo—, con fines educativos, claro está. Para que puedas determinar si soy un sociópata o no.

—Lo tendré en cuenta —trató de mantener un tono natural, pero sentía que el corazón amenazaba con salirse por su boca. Era increíble lo que aquel chico le hacía sentir.

Se acercó a ella y se detuvo a pocos centímetros adoptando la misma

posición de Sofía frente al balcón, para observar la lluvia caer. Permanecieron en silencio por un largo tiempo. Esta vez fue él quien decidió romper el silencio.

—Me gusta la lluvia —dijo absorto en las finas gotas de agua dulce que se deslizaban a través del vidrio del ventanal.

—A mí también —suspiró ella.

Lo observó en silencio mientras veía la lluvia caer con su mirada absorta como en otro mundo. Su cabello negro en pequeños rizos que caían en un corte refinado a un lado de su rostro. Se lo había cortado un poco desde la última vez que lo vio. Tenía un rostro fuerte, con mandíbula cuadrada y unos

penetrantes ojos chocolates. Esa piel que se veía tan sedosa en un bronceado extremadamente sexy. Y sus brazos fuertes y fornidos. Se preguntaba cómo sería ser abrazada por esos brazos, sentir el calor de ese cuerpo. Aún no podía creer que este chico que a veces lograba sacarla de quicio pudiera, al mismo tiempo, hacerla sentir tantas cosas.

Al cabo de pocos minutos, emprendieron una conversación llena de trivialidades. Hablaron de deportes, coches y del mercado laboral; cosas de las cuales Sofía conocía muy poco. Sin embargo, él se mostraba muy divertido cuando ella le preguntaba por algún

termino que empleaba. Se sentía en su terreno, ella lo intimidaba pero, en aquellos momentos, se sentía nuevamente él. Podía mantener su mente lejos de lo dulce que debían ser sus labios, del deseo de apretarse a su cintura y deslizar sus manos por ese provocativo trasero.

Poco a poco el ambiente se volvió más ligero, la tensión que se notaba entre ambos desapareció. Hablaban de una manera fluida y natural. Parecía que se conocieran de mucho antes y ahora fuesen dos amigos sentados disfrutando de una tertulia mientras tomaban café.

Él provocaba distintas sensaciones en Sofía, una de las que ella no lograba

aún identificar era esa sensación de bienestar que emanaba, la energía, el positivismo, las ganas de vivir. En ese tiempo que había estado hablando no había pensado en calorías, en su imagen frente al espejo o en el laxante que debía tomar para deshacerse de las pocas calorías de ese día. Junto a él, esas preocupaciones desaparecían.

El sonido de la secadora los sacó de la burbuja de ensoñación, de la tertulia que degustaban. Ese sonido era el aviso de que había terminado su ciclo.

Sofía se quedó sin moverse unos segundos y luego le sostuvo la mirada, intentando decir, aun sin saber si él comprendía, que no quería que la tarde

acabara. Ángel la miró de la misma forma. Había estado con muchas chicas antes, pero ella era distinta, la extraña conexión que le hacía sentir que con una mirada podía saberlo todo. Se miraron por largo rato diciéndose aquello que evitaban nombrar en voz alta. Hasta que Sofía miró hacia el firmamento donde el sol estaba terminando de ponerse. La noche estaba llegando, así que esa era la señal de que, sin duda, la tarde había acabado. Se levantó sin decir nada y fue hacia la secadora de dónde sacó la ropa y la dobló con cuidado. Al regresar le entregó el suéter y el pantalón de *motocross*.

—Creo que debería cambiarme y

devolverte la ropa —dijo señalando el pantalón y la camiseta que le había prestado.

—No es necesario. Puedes quedártelos. Aquí nadie los usa —dijo evitando mirarle a los ojos para no volver a sucumbir—. Además, te quedan bien.

—Entonces me los quedaré. Por ahora —sonrió—. Te los devolveré limpios.

—¿Los lavarás tú o tú mamá? —le preguntó con ironía.

—Los lavaré yo mismo —estalló en una carcajada casi contagiosa.

—Guau. Eso sería una de las sorpresas de la vida —bromeó ella.

—Sí. Te lo he dicho, la vida está llena de sorpresas —afirmó—. Creo que lo mejor es que me vaya ahora que ha dejado de llover. Si no, estarías obligada a darme alojamiento y ronco mucho por las noches.

—No roncas —dijo con una seguridad que a ella misma le heló las venas.

—¿Acaso me has espiado y me has visto dormir? —preguntó con un fingido asombro, dado que estaba más bien divertido.

—No. Pero imagino que no roncas —afirmó con timidez.

—No, no ronco y puedes comprobarlo cuando tú quieras —dijo

usando nuevamente ese tono seductor.

—Te acompaño abajo —replicó casi automáticamente ella con educación en un tono algo frío.

—Y volvemos a la edad de hielo —murmuró él mientras caminaba detrás de ella en dirección al ascensor.

Ninguno dijo nada en el ascensor, Ángel sostenía en la mano una bolsa donde llevaba su traje de prácticas y, en la otra, revisaba su móvil por primera vez desde que estaba con ella. Entonces vio un mensaje de uno de sus amigos y desfiló ante sus ojos la oportunidad de verla de nuevo. Se reusaba totalmente a marcharse y no saber nada más acerca de Sofía.

Una vez abajo, él se detuvo mientras se ponía el caso, dudó unos segundos y luego simplemente lo hizo.

—El viernes por la tarde habrá una fiesta de piscina en casa de un amigo. Me gustaría verte ahí —le pidió con esa mirada intensa, rogándole que aceptara. Eso era lo único que quería, verla de nuevo.

Ella dudó, no estaba segura de ir a una fiesta con gente que no conocía, totalmente sola. Se sentiría bastante incómoda. Él vislumbró lo que ella diría. Diría que no, y no podía permitir eso. Tenía que lograr que asistiera a como fuese.

—Puedes ir con algunos amigos, si

así te sientes más cómoda —se anticipó como si pudiera leer sus pensamientos. Entonces Sofía se percató de que, de alguna manera, él lograba hacerlo.

—Quizás puede que vaya —le dijo ella aún dubitativa.

—Bueno, al menos puedo mantener viva la esperanza —sonrió con esa sonrisa extremadamente *sexy*.

Ella dio media vuelta pero, cuando estaba a punto de subir al ascensor, se detuvo.

—Pero ¿cómo sabré la dirección? Necesito tú número o algo así —dijo un poco avergonzada por tener que pedirle su número de teléfono, porque si a él le interesaba ella, se suponía que debía

haberlo hecho primero.

—Está encima de tu nevera —
explicó con una sonrisa de satisfacción.

—¿Acaso sabías que diría que sí? —
preguntó sorprendida ante su audacia.

—No tiene nada de malo soñar —
sonrió dirigiéndole un guiño de ojo.

—No. Pero a veces cuando soñamos
mucho no logramos distinguir la
realidad de la fantasía.

—Bueno, si esto es una fantasía no
quiero despertar, porque me estoy
divirtiendo como nunca. Y si se trata de
la realidad, trataré entonces de no
quedarme dormido —la miró con esas
insondables joyas chocolate.

—¿Siempre eres tan suspicaz? —

preguntó con exasperación. Siempre tenía algo que decir, tan ocurrente, tan tan Ángel.

—No. Cuando estoy dormido no lo soy tanto —sonrió.

—Deja de hacer eso —pidió Sofía cansada de estar confundida con el remolino de sentimientos que él le causaban, que esa sonrisa despertaba.

—¿Hacer qué? —preguntó sorprendido con el ceño fruncido.

—Eso. Tú. Tú sonrisa.

—Ah. No sabía que te molestara tanto —usó un tono de ironía en su voz mientras la penetraba con esos espejos de chocolate.

—Buenas noches, Ángel —se

despidió Sofía fríamente.

—Y regresamos de nuevo. Es malo congelar y descongelar el chocolate, ¿lo sabías? —dijo nuevamente con esa sonrisa torcida suya.

¿Chocolate? ¿De verdad se había referido a sí mismo como chocolate?, se preguntaba confundida Sofía.

Justo pienso que sus ojos son como el chocolate. Y ahora que lo pienso mejor, todo él es como un delicioso chocolate con leche, se dijo en un suspiró en silencio. Deja de pensar esas cosas de ese chico, se regañó.

—Qué bueno que eres una persona y no un chocolate —le gritó al recobrar la compostura.

—Buenas noches, Sofía —se despidió en un tono seductor que hizo que un escalofrío la recorriera desde la cabeza, a través de la columna vertebral y hasta la punta de los dedos de sus pies.

—Buenas noches —repitió ella.

Después de una mirada más, se puso el casco y desapareció de su vista. Subió sintiéndose extraña. Entró al apartamento y lo sintió vacío. Él era brillante, emanaba pura vida. Cuando estaba en algún lugar, lo iluminaba todo. De eso se había percatado Sofía. En esos momentos el apartamento lucía estéril. Buscó sobre el frigorífico y encontró un trozo de papel con un número de teléfono y una nota que decía:

Espero que uses este número sabiamente.

Así que si eres sabia, me llamarás

A.

Sofía sonrió ante la suspicacia que caracterizaba a Ángel. Era exasperante la mayor parte del tiempo, pero eso la hacía sentir viva. Si de algo estaba convencida ahora, era de que las apariencias engañaban. Desde lejos Ángel parecía un galán prefabricado sin mucha materia gris en el cerebro, algo hueco y sin corazón. Pero era todo lo contrario. Era divertido, suspicaz, provisto de una seguridad y confianza tan grande que cuando entraba a una habitación, todo el mundo podía notarlo.

Además, tenía un sexappeal magnético, era extremadamente sexy, tenía un atractivo que rompía con los estereotipos y con el típico príncipe rubio y de ojos azules.

Este bombón de chocolate no tiene nada que envidiarle a la crema de vainilla, pensó Sofía ensimismada.

Y con ese simple pensamiento y nada de comida en el estómago, se fue a la cama, contenta como nunca antes lo había estado.

Capítulo 7

Sofía se levantó esa mañana con un ánimo diferente, más optimista, casi se podría decir que alegre. Pero cuando entró al baño todo eso desapareció en un instante.

La sangre le anunció que el precio de ser mujer le estaba cobrando la factura de cada mes y, justo como a veces le ocurría, se le había adelantado una semana. A causa de sus hábitos alimenticios, Sofía sufría un descontrol hormonal acusado, donde, en algunas ocasiones, pasaba meses sin ver menstruación, en otras ocasiones, podía

tener adelantos de hasta dos semanas. Su estado de ánimo también fluctuaba como resultado de este descontrol de su organismo.

Se metió en la ducha un poco disgustada de tener que lidiar con los efectos menstruales con una semana de anticipación. Recostó la cabeza en los azulejos fríos de la ducha, mientras dejaba que el agua caliente recorriera su espalda y la relajara. Aquella semana tenía evaluaciones parciales, así que la tensión y el estrés que padecería serían intensos. Lo único que agradecería era que su mente y cuerpo estarían tan ocupados e inmersos en estudiar, que los fuertes impulsos de comer que

acompañaban la visita menstrual, pasarían casi inadvertidos.

Se miró en el espejo y la alegría del día anterior se convirtió en una sombra, un vestigio de un pasado muy lejano. La realidad la embargó de nuevo, junto con la percepción de un cuerpo esculpido en grasa, lleno de imperfecciones y defectos que ocultar a los demás debajo de ropa holgada y kilos de maquillaje, para, al final, acabar dando un aspecto natural con algo de color a sus mejillas blanquecinas.

Revisó la nevera en busca de algo de comida. Las ganas de atracarse de comida hasta reventar resultaban casi incontenibles. Pero después de

profundas respiraciones pudo tomar solo un frasco de puré de manzana que ingirió con lentitud, junto con un té de limón, para darle al estómago esa sensación de saciedad que proporcionan los líquidos calientes.

Observó el reloj sobre la cocina que marcaba las siete quince, aún le faltaban casi tres horas para la evaluación, pensó en repasar en la sala pero un mensaje de texto de José Miguel la convenció para hacerlo en el salón de clases y repasar a su lado.

—Hola, Sofi —saludó él desde su asiento—. Te he guardado un sitio junto a mí.

—Hola, José Miguel —se acercó

dejando un beso en su mejilla—. Gracias.

—¿Qué tal tu tarde de ayer?

—Nada fuera de lo común. Un idiota me empapó con su moto. Lo mismo de todos los días.

—¿Pero no te ha pasado nada? —le preguntó preocupado.

—No. Estoy bien, tranquilo. Estudiemos. Ya ha sido mucha conversación por ahora —sugirió en tono cortante. Por alguna razón no quería darle detalles, no quería compartirlo con el mundo. Ángel era su secreto y por el momento quería que permaneciera así.

Después de dos horas presentando el examen, Sofía se sentía cansada

mentalmente, además de sentirse tensa y algo hambrienta. Pero, sobre todo, estaba de muy mal humor, no por el parcial que acababan de presentar, ella era muy estudiosa así que se sentía muy segura de su nota. El responsable era el monstruo que ataca a las mujeres cada mes y las vuelve más sensibles, a Sofía la convertía en alguien hipersensible, volátil, con un estado de ánimo casi inestable.

—¿Vamos a comer algo? No sé ustedes pero yo estoy hambrienta —les dijo Andrea mientras se estiraba.

—Yo también. Me muero de hambre —dijo Samanta mientras se tocaba el estómago.

—Yo tengo que ir a la oficina de mi primo. Hoy me toca trabajar y si no me voy ahora, no llego —se excusó José Miguel—. ¿Te llamo más tarde? —le preguntó a Sofía.

—Si tú quieres... —respondió ella confundida.

—Para ver si por la noche me paso por tu casa y estudiamos para el examen de pasado mañana.

—Cierto. Sí, claro. Solo déjame saber a qué hora vas—respondió Sofía aliviada de que se tratara de eso y no de algo romántico.

Cuando se machó, Samanta y Andrea la miraban con una sonrisa. Podía no conocerlas desde hacía mucho, pero

conocía lo suficientemente bien esas sonrisas.

—No pasa nada entre nosotros. Somos amigos —explicó Sofía poniendo las manos en alto.

—¿Y tú sigues pensando eso? —le preguntó con voz muy aguda Andrea.

—En realidad no sabes nada de chicos. Le atraes, Sofí, eres muy linda. ¿A qué chico cuerdo no le gustarías? —le cuestionó Samanta tomándola de los hombros.

—No es eso. Somos amigos. Solo eso —dijo con exasperación Sofía zafándose de los brazos de Samanta.

—Bueno, si quieres seguir creyendo eso, está bien. Vayamos a comer algo,

por favor, que me voy a morir de inanición —les rogó Andrea.

—Lo siento, no puedo, he quedado para comer con mi hermana —les mintió Sofía.

Sentía como las entrañas se le contraían. Tenía hambre, cuando llegara al apartamento comería lechuga hasta saciarse. Pero ir al comedor representaba ingerir montones de calorías y que su cuerpo se retorciera en más grasa de la que ya poseía. En esos días resultaba mucho más difícil que los demás lidiar con ello.

—¿Y no puedes cancelarlo? —le preguntó Samanta.

—No. Lo siento. Mañana, si queréis,

al salir de clases cocinamos en casa y estudiamos.

—Me parece genial. Pero esta vez algo sano —pidió Andrea, como siempre, con una sonrisa en sus labios.

—Claro.

—Nos vemos mañana, Sofía —se despidieron—. ¿Te llamamos? —Rieron desde lejos, imitando a José Miguel.

Llegó al apartamento con la sensación de tener el estómago estrujado. Sentía que podría comerse un elefante en ese momento, buscó en la nevera y sacó un litro de leche descremada, revolvió los estantes en busca de algo más para comer. No había ido a hacer las compras de la semana así

que no tenía mucho. Consiguió unos cereales y los volcó en un tazón con una enorme cantidad de leche.

Se sentó en el suelo de su habitación engullendo cucharadas de cereal en pocos segundos. Fue a la cocina y vació el resto de cereal que quedaba en la caja junto con otra cantidad considerable de leche. Cuando había comido la mitad de la segunda porción, sintió como algo en su cerebro hacia clic y ella recobraba la cordura. Miró con recelo el plato que reposaba en sus manos y la caja ahora vacía de cereales. Corrió hasta la cocina y vació el resto de cereal. Se llevó las manos al rostro asqueada y avergonzada por su atracón. Por esa razón detestaba

la visita del mes. Casi siempre se atiborraba de comida el primer día, sin poder controlarse para, más tarde, terminar hincada frente al inodoro pidiendo perdón.

Sopesó por unos momentos alguna otra solución, pero no la encontró. Así que al dirigirse al baño, tomó su cepillo e introduciéndolo en su boca se indujo el vómito para purgar de sí toda la porquería que en un momento de debilidad había ingerido. Se sentó mareada aguardando unos minutos para poder ponerse de pie. Lavó sus dientes cuando pudo levantarse y se miró en el espejo un poco menos culpable y más conforme consigo misma.

Tomó un poco de leche caliente desnatada y se dispuso a estudiar. Mientras estudiaba, el tiempo pasaba sin que ella se diera cuenta, no había preocupaciones, ni culpas, todo eso quedaba en un segundo plano porque se concentraba de lleno en todo el material que debía estudiar, y eso la complacía.

El bip del celular la distrajo. Dos mensajes aguardaban en su buzón de entrada. El primero era de Isabel, y el segundo de José Miguel.

Isabel: *No iré a dormir a casa. Me quedo en casa de Angélica.*

José Miguel: *Llego en una hora. La cena corre de mi cuenta.*

Detuvo su intensa jornada de estudio

y tomó una ducha rápida. Buscó entre sus cosas y se metió en un pantalón deportivo negro, una sudadera gris y una camiseta holgada encima. No se sentía cómoda con ropa que se le ajustara al cuerpo y menos en presencia de hombres. José Miguel era un amigo, así que no contaba mucho como un hombre, dado que él no la veía de esa manera ni ella a él.

Siguió estudiando un rato más, hasta que, casi una hora más tarde, el timbre sonó y supo que José Miguel ya había llegado.

—Espero que te guste la comida árabe. He traído unos *shawarmas* — anunció José Miguel poniéndolos sobre

la barra del comedor.

—Sí, me gustan. Bastante puntual.

—Sí. Mi mamá era muy exigente con eso. ¿Estás sola?—preguntó mirando hacia todos lados del apartamento.

—Sí. Isabel se quedará en casa de una amiga —respondió mientras preparaba un poco de café—. Esta noche solo somos nosotros dos.

—Ah, está bien —no pudo disimular la decepción, lo que no pasó desapercibido par a Sofía.

—¿Comemos primero o estudiamos?—preguntó Sofía ignorando el hecho de que su amigo quisiera ver a su hermana.

—Comemos.

Sofía comió lentamente, masticando

más veces de las necesarias, mientras sentía como la culpa la iba carcomiendo desde dentro. Al llegar a la mitad, su estómago se sentía totalmente lleno así que se paró y lo guardó en la nevera.

—¿No te ha gustado? —le preguntó José Miguel mientras se metía el último pedazo en la boca.

—Sí, es solo que yo no como mucho —se excusó Sofía.

—Sí, eso es cierto. Pocas veces te he visto comer algo y estás muy delgada. Deberías ir a un médico para que te recete algo para el apetito.

—No es nada. Pongámonos a estudiar para poder aprovechar el tiempo —le dijo ella con un tono

sombrío.

—Está bien, vayamos a estudiar entonces —respondió él sintiéndose incómodo.

Mientras José miguel se marchaba a la habitación a comenzar a estudiar, Sofía entro a su baño, buscó en el tarro donde guardaba los laxantes y se tragó uno enseguida. No podía permitirse asimilar todas esas calorías, menos después del atracón que había tenido por la tarde. Aguardó unos segundos y regresó a la habitación donde se encontraba su amigo.

El ambiente, que estaba un poco tenso, dejó de estarlo en cuanto se pusieron a estudiar. Debatieron cada

punto del material, hicieron anotaciones en sus cuadernos y grabaron lo más importante de la discusión en sus teléfonos. Pasaban las horas y ellos continuaban sumidos en su mundo de libros y material que memorizar.

—Ya es bastante tarde —dijo Sofía mientras miraba por la ventana de su habitación hacia el oscuro firmamento escaso de estrellas.

—Sí, es cierto. Creo que ya debo irme.

—Puede ser muy peligroso que te vayas a estas horas, José Miguel.

—No importa. No quiero incomodarte.

—No me incomodas. Me harías un

favor si te quedaras. Este apartamento me da miedo de noche. No me gusta quedarme sola —dijo Sofía en tono casi suplicante.

—Bueno, si lo dices así, pues no me dejas más opción que acompañarte —le dirigió una sonrisa cómplice.

—Gracias. Te quedarás en mi cuarto y yo me quedaré en el de Isabel —sonrió ella mientras retiraba los libros de su cama para irse a dormir—. Ah, por cierto, mañana vendrán Andrea y Samanta por la tarde para estudiar. Por si quieres venir.

—Intentaré venir —disimuló mientras le ayudaba a arreglar todo—. Pero debo trabajar con mi hermano.

Gracias por estudiar hoy conmigo.

—No tienes nada que agradecer. Yo también necesitaba estudiar. Que descanses. —Se despidió ella dándole un beso en la mejilla y marchándose luego de escucharle darle las buenas noches.

—Me van a matar a preguntas cuando sepan que has pasado la noche aquí y que estábamos solos —dijo en voz alta cuando entró en la habitación, refiriéndose a sus dos amigas.

Pero Sofía no estaba mínimamente interesada en José Miguel de manera romántica. Le habían estado picando las manos para escribirle a Ángel, tenía su número de teléfono, así que podía

hacerlo cuando quisiera. Sin embargo, no debía, no podía hacer algo así, aún no estaba convencida acerca de esa fiesta. Había pensado en hablarlo con Andrea y Samanta, incluso con José Miguel, pero no era el momento. Quizás después de la evaluación podía hacerlo. Sacudió esos pensamientos de su cabeza para poder conseguir dormir. No tenía tiempo para estar pensando en él.

Despertó antes de que su alarma sonara, escuchó un ruido en la cocina así que se lavó los dientes y fue de inmediato hacia donde había oído el ruido anteriormente.

—Buenos días —saludó José Miguel con una sonrisa mientras daba vuelta a

unos *omelettes* y la cafetera terminaba de colar el café.

—Buenos días —respondió ella enmudecida por el asombro.

—Disculpa el atrevimiento, pero después de que me has dejado quedarme, lo mínimo que podía hacer era prepararte el desayuno —sonrió dejando los *omelettes* en los platos.

—No era necesario, no desayuno mucho, de todos modos.

—Lo supuse, más motivos para preparar el desayuno —colocó unas tostadas en el centro de la encimera—. No sé cómo tomas el café, así que ahí si me retiro —se excusó tomando asiento.

—Tranquilo. Me gusta con leche

descremada y un sobre de edulcorante —le explicó mientras se lo preparaba y regresaba al poco tiempo a la encimera tomando asiento junto a él.

—Claro, porque hay que cuidar la figura —se rio.

—Sí, justo por eso —sonrió involuntariamente en respuesta.

Sentada junto a él, podía sentir su olor. Ya se había duchado, una pequeña barba incipiente comenzaba a cubrir su quijada y podía detallar su perfil, ese cabello casi rubio, junto con esos ojos que nunca te permitían estar seguro de su color exacto. En aquel momento eran una mezcla de gris y amarillo. José Miguel era bastante atractivo, ahora que

lo detallaba bien. Hombros cuadrados, torso ancho y piernas torneadas; quizás no tenía el físico casi escultural de modelo exótico que tenía Ángel, pero José Miguel también era atractivo. Al igual que su personalidad atenta y preocupada hacían de él un prospecto perfecto de novio para cualquier chica, cualquiera que no fuera Sofía.

—¿Qué ocurre que te has quedado mirándome fijamente? —preguntó terminando de tragar un trozo de pan.

—Nada. Miraba a través de ti, es un mal hábito —mintió para distraerlo—. Estaba pensando en todo lo que debo hacer hoy.

—Quizás pueda ayudarte un poco

con la noticia que te tengo —le dijo con una sonrisa infantil.

—¿Qué noticia podría ayudarme?

—No hay clases hoy, así que puedes dedicarte tranquilamente a las cosas que tengas que hacer.

—¿En serio? Y, ¿por qué? —preguntó Sofía con una mezcla de alivio y curiosidad.

—Los profesores asistirán a un taller obligatorio, así que esta semana solo tendremos clases los días en que están pautadas evaluaciones, es decir, jueves y viernes por la mañana —explicó con una alegría difícil de disimular.

—Estás muy contento por eso. No parecen cosas de alguien tan aplicado

como tú, que vergüenza —dijo con fingida sorpresa mientras se reían juntos.

—Sí. Es algo de lo que estar avergonzado, así que esto quede entre tú y yo —respondió entre risas.

Terminaron de comer sin parar de reír, pero la diversión no terminó ahí. José Miguel se dedicó a rociarla de agua mientras lavaba los platos, comportándose como un niño. Una faceta que nunca antes había visto de él y, aunque podía ser un poco molesta, le atraía que fuese con ella que se comportara de esa manera.

Después de un rato, José Miguel se marchó a su apartamento a dejar los

libros para luego ir a trabajar donde su hermano. Sofía no conocía a su hermano, pero sabía que ambos vivían juntos con otro amigo a unos ocho o diez kilómetros de distancia de su apartamento. De repente comenzó a sentir curiosidad por su vida, por su familia, su trabajo. Él le había contado todas esas cosas cuando se conocieron pero ella no le prestó mucha atención, así que no recordaba mucho.

No se sentía ella misma, hacía muchísimo tiempo que nadie le interesaba realmente y ahora le interesaban dos chicos totalmente distintos. Los retorcijones de sus entrañas la alejaron de su conversación

interna y se marchó al baño a limpiarse de todas las impurezas que había consumido el día anterior y parte de esa mañana.

Cuando dieron las nueve decidió ir a correr para quemar el resto de las calorías de esa mañana. Cada vez que el rostro de Ángel o el de José Miguel confluían en su mente, aumentaba la velocidad para que las endorfinas le nublaran y así no pensar en nada, solo en la sensación de cansancio que iban sintiendo sus piernas junto con el ardor en los muslos que le anunciaban que estaba quemando calorías. Continuó hasta que se quedó sin aliento, lo que la obligó a detenerse por unos momentos.

Al regular su respiración, regresó a su apartamento. Pero cuando se disponía a subir, una voz seductoramente familiar la detuvo.

—¿Haciendo ejercicio? —Ángel se encontraba recostado sobre una motocicleta deportiva que le daba un aspecto aún más sexy, junto con una chaqueta de cuero negra a medida y unas gafas estilo aviador.

—Ehh. ¡Ángel! —exclamó dando un salto sobresaltada—, ¿qué haces aquí? —preguntó con una voz demasiado aguda que no logró ocultar producto del nerviosismo que él le causaba.

—He venido a traerte la ropa que me prestaste —se acercó con una bolsa de

papel de alguna tienda y se la extendió —. La he lavado yo mismo —sonrió y sintió como su corazón empezaba a latir más rápido.

—Gracias —respondió Sofía, esta vez con indiferencia y frialdad mientras recibía el paquete—. No debías molestarte.

—No es molestia. Me dio una excusa para verte —se quitó las gafas de sol develando esos ojos chocolate que la miraban profundamente.

—Bueno, ya me lo has devuelto, cumpliste tu trabajo.

—Siempre estamos en la era del hielo o del fuego, pero nunca un intermedio —le dijo sin quitarle la

mirada de encima.

—Tengo que ir a ducharme, mis amigas vendrán a estudiar —intentó evadir su comentario conservando el tono frío y áspero, consiguiendo al mismo tiempo desviar la mirada de esos ojos que la hacían derretirse como chocolate junto al fuego.

—¿Vendrán contigo el viernes?

—Aún no lo sé, no se lo he comentado.

—¿Ah, no? —preguntó un poco molesto.

—No he tenido tiempo.

—Claro —resopló él con un tono helado y distante.

La miró por unos segundos, pero de

una manera totalmente diferente, casi gélida. Y entonces se giró y, sin mediar palabra alguna, con un simple gesto de mano, se marchó en su motocicleta negra. Sofía quedó entumecida por el desplante de Ángel, sí que sabía cómo ser un idiota. No entendía la razón de semejante molestia. No había dicho que no iría, solo que aún no estaba segura. Al parecer el ego de aquel chico se encontraba por las nubes. Subió al apartamento aún sorprendida por el arrebató de hacía unos momentos. Se metió en la ducha apenas llegó. Sus hormonas la estaban volviendo loca. Primero José Miguel y ahora, Ángel.

—¿Qué está pasando conmigo? —se

dijo en voz alta, demasiado alta. Pero no importaba, se encontraba sola.

Intentó relajarse y, después de una larga ducha, se dispuso a estudiar, dejando que su mente se concentrara en una sola cosa y dejara de ir de un pensamiento a otro entre las calorías que podría haber quemado con esas horas de ejercicio, el desayuno con José Miguel y la impulsiva visita de Ángel que había terminado en un desplante atroz.

Capítulo 8

A las doce y cinco minutos, sonó el timbre desvelando tras la puerta a sus entusiastas amigas. Andrea y Samanta les sonreían cargadas de bolsas de supermercado.

—Hola, ¿qué son todas esas cosas? —preguntó confundida Sofía mientras ellas se hacían paso hasta la cocina depositando las cosas en la nevera.

—Hola, Sofi —saludó Andrea junto con un abrazo—. Nos ha llamado José Miguel —dijo dándole una mirada de «¿tienes algo que contarnos?».

—Sí. Al parecer ha pasado la noche

aquí —dijo Samanta con mirada inquisitiva mientras terminaba de vaciar la última bolsa llena de pan integral, tortillas y cereal—. Cuando te estaba preparando el desayuno esta mañana, se dio cuenta de que no tenías prácticamente nada en la despensa. Así que nos ha hecho una transferencia y nosotras también hemos comprado unas cosas.

—Estás muy delgada, Sofi —le dijo Andrea en tono reprobatorio. Pero a Sofía le agradaba escuchar eso tan seguido.

—Esto es demasiado, decidme cuanto habéis gastado que os haré una transferencia bancaria —les dijo Sofía

avergonzada.

—No hemos gastado mucho, además, si nos quedamos hoy, consumiremos de esa comida también. Este es nuestro lugar de estudio, así que es lógico que aportemos —replicó Samanta con una sonrisa de complicidad.

—Bueno, entonces os devolveré la mitad de lo que hayáis gastado, y no hay discusión al respecto.

Samanta y Andrea asintieron resignadas, pues sabían que no tendrían más opción que aceptar. Después de que Sofía les hiciera un cheque con una cantidad adecuada, la atmósfera se volvió más ligera. Ellas aún estaban ansiosas por escuchar algo sobre la

noche anterior y el desayuno. Si supieran los pensamientos que ahora rondaban constantemente en su cabeza, no la dejarían en paz hasta que ella invitara a salir a José Miguel. Esa no le pareció tan mala idea, pero no quería que la relación de amistad que estaban construyendo se desmoronara a causa de eso, así que desechó esa posibilidad.

Andrea y Samanta no dejaron de acosarla hasta que les describió con detalles como estuvieron las cosas entre José Miguel y ella, obviando la atracción que creía que sentía por él. Charlaron animadamente mientras preparaban una ensalada capressa y unos bastones de pollo a la plancha.

Sofía se sintió aliviada con la comida, las calorías se iban calculando en su cabeza y no eran muchas, así que pudo masticar con un poco de tranquilidad y así saciar al monstruo que la visitaba cada mes. Pensó en contarles en ese momento acerca de Ángel, pero prefirió reservarlo hasta la mañana posterior a la evaluación.

A veces, le resultaba difícil acoplarse a sus nuevas amigas; antes su grupo de amigas era una especie de séquito donde ella era la abeja reina que ejercía pleno control sobre todo, así podía sentirse segura y evitar las sorpresas. En cambio, en ese momento, no era para nada de esa forma, seguía

teniendo pleno control de su vida, pero aquellas dos chicas eran una caja de sorpresas que le resultaba aterrador y agradable al mismo tiempo. Poco a poco sentía que podía tener esperanza, que quizás su lugar sí se encontraba en aquella ciudad, en ese apartamento, con esas entusiastas amigas, cada una única y especial.

Se dispusieron a estudiar como lo habían hecho la vez anterior, debatieron cada punto y tomaron anotaciones. Sofía les mostró las que había hecho con José Miguel, y así las complementaron. Permanecieron en eso un par de horas, tras las cuales apareció Isabel junto a David en una conversación bastante

entretenida, dado que no se dieron cuenta de la visitas hasta que llegaron a la cocina.

—Isabel, ellas son Andrea y Samanta —las presentó Sofía señalándolas—. Chicas, ella es mi hermana Isabel.

—Mucho gusto —respondieron las dos al unísono sin quitarle los ojos de encima a David.

—Igualmente —sonrió Isabel asintiendo con la cabeza—. Él es David, un amigo.

—Encantado de conocerlas. Hola, Sofía, es un gusto verte de nuevo —saludó con una ancha sonrisa.

—Hola, David —contestó con una

gélida mirada.

Samanta y Andrea miraban confundida a Sofía, conteniendo las ganas de comérsela a preguntas. Pero aguardaron a que Isabel y su amigo se retiraran.

—¿Acaso ha pasado algo entre vosotros? —preguntó Samanta en un susurro.

—No, me invitó a salir, pero lo rechacé.

—¿Estás loca? Si está buenísimo —dijo Andrea en una voz demasiado aguda.

—Silencio. Te van a escuchar —la mandó a callar Samanta.

—Es amigo de mi hermana, nosotras

tenemos reglas, y una de ellas es no meterse con los amigos de la otra. Por más atractivos que sean.

—Qué regla más estúpida —se quejó Samanta.

—Tienes razón —la apoyó Andrea.

—Bueno, si las señoritas han dejado de quejarse de mis elecciones amorosas, sería bueno que volviéramos a lo que nos concierne —se quejó Sofía.

—¡Está bien, mi comandante! —respondieron a una sola voz haciendo un ridículo gesto con la mano.

Siguieron estudiando concentradas a excepción del momento en el que David se despidió y ellas quedaron suspirando hasta que desapareció tras la puerta. Si

ellas actuaban de esa manera junto a él, se estremecía al pensar que pasaría cuando vieran a Ángel. Samanta tenía un novio al que amaba, Andrea, por su parte, acababa de salir de una relación y ya estaba de regreso al juego. ¿Qué era esa sensación que sentía que le devanaba los sesos?, ¿eran celos? Pero eso parecía imposible. Ángel y ella no tenían una relación, así que no tenía por qué sentir celos de que alguien más pudiese estar con él.

Cuando el sol se ocultó a lo lejos, las chicas se levantaron a prepararse algo de comida. Sofía no tenía ganas de comer, por más que su estómago le implorara por algo de alimento, así que

calentó un poco de leche descremada y agregó un sobre de edulcorante. Cuando lo tomó, sintió esa sensación de llenura temporal que hizo calmar su estómago.

Estaban agotadas, por lo que decidieron ver una película que ponían en algún canal del paquete de cable que pagaba su madre y, al terminar, se fueron a dormir. Sofía sacó un colchón inflable de su armario y le cedió su cama matrimonial a Andrea y Samanta. Fue una noche tranquila, lo único malo fue que la mañana llegó antes de que pudiesen notarlo.

Los pequeños rayos de sol que se colaban a través de la cortina la despertaron mucho antes de que sonara

la alarma del despertador. Se levantó de mala gana directa al baño, se metió en la ducha y, al cabo de unos veinte minutos, salió. Sus amigas aún dormían cuando ella terminó de arreglarse con su ropa nueva. Ante la posibilidad de verlo nuevamente, usó un pantalón blanco que se le ceñía muy bien a su silueta junto con una blusa de tela vaporosa sin mangas de color granate. La tarde anterior, cuando lo había visto, él lucía como recién sacado de una sesión de fotos, en cambio, ella se encontraba sudorosa y echa un desastre.

Cuando estaba tomando su dosis diaria de cafeína, Andrea y Samanta entraron en la cocina a medio arreglar.

—Buenos días —les dijo con una sonrisa desde la barra del comedor.

—Buen día, tú sí que madrugas —dijo Samanta sirviéndose un poco de café recién hecho.

—Es cierto, no has dejado ni que sonara la alarma —se quejó Andrea mientras se servía un cuenco de cereales con leche.

—El sol me ha despertado —hizo una mueca con indiferencia dándole otro sorbo al café.

En ese momento sonó el teléfono de Sofía dejando ver en el identificador de llamadas que se trataba de José Miguel.

—Buenos días. ¿Has recibido mi encargo? —preguntó alegremente al otro

lado de la línea.

—Sí. Y ya les he dado un cheque para que te lo entreguen. Gracias, pero no era necesario.

—Si lo era, estás muy delgada y eso es porque no comes —dijo en tono reprobatorio.

—Nuevamente te lo digo, no era necesario. Nos vemos en clases —colgó con frialdad.

—Eso ha sido frío —dijo Samanta con una mirada inquisitoria.

—Es solo que no me gusta que hagan esas cosas sin haberme consultado antes.

Hasta ahí llegó esa conversación. Se limitaron a comer en silencio, conversaron del clima que amenazaba

con ser húmedo y lluvioso y, cuando hubieron terminado de arreglarse, se marcharon a clases a presentar su parcial.

Salieron del examen exhaustas mentalmente. Había sido una semana de mucho estudio y aún faltaba un examen más al que se presentarían al día siguiente. Sin embargo, tenían el alivio de que se trataba de un examen de tipo analítico, así que con solo leer el material unas cuantas veces sería suficiente. Sofía fue una de las primeras en salir y aguardó impaciente hasta que sus amigos atravesaron la puerta.

—Tengo que hacerles una invitación —dijo ella con cautela.

—Sí. Cuéntanos —le animó Andrea.

—Ángel, un amigo, me ha invitado mañana a una fiesta de piscina por la tarde, me dijo que podría ir con los amigos quisiera, así que, ¿queréis ir? —preguntó aguantando la respiración, con la sensación de tener un nudo en el estómago.

—¿Un amigo? —preguntó pensativo José Miguel sin quitarle la vista de encima a Sofía.

—Un amigo —repitió ella desviando la mirada.

—¡Iremos a una fiesta! —exclamaron Samanta y Andrea. Tenían una extraña conexión que a veces las hacía decir las cosas al mismo tiempo.

—¿Cuál es la dirección? La necesitaré para pedirle a mamá el coche —le pidió Andrea.

—La dirección aún no la tengo. No le he dicho que iría.

—¡¿Qué?! —gritaron sus amigas.

—Estaba esperando a saber si vosotros queríais ir.

—Era más que evidente que queríamos ir. Ahora, ¿a qué esperas?, pídele la dirección. Llámale —insistió Andrea.

—Mejor le enviaré un mensaje —dijo sacando de su bolso el móvil y presionando enviar en la pantalla en cuanto lo hubo escrito.

Hola, soy Sofía, necesito la dirección

de la fiesta. He cambiado de opinión y asistiré.

Unos minutos después, el bip de su celular le reveló que el número al que envió el mensaje había respondido con la dirección. Solo eso, sin ningún saludo ni nada. Eso la decepcionó en gran medida. Aún no entendía que había hecho ella para que él se comportara de tal manera. Pero decidió dejar de darle vueltas al asunto. Cuando les dio los detalles de la dirección, el tema quedó ahí. Al finalizar el último examen de la semana irían a sus casas y Andrea los pasaría a buscar a eso de las tres de la tarde. La fiesta sería desde mediodía, pero no querían llegar tan temprano.

Sofía ansiaba verlo lo más pronto posible, se las había ingeniado de alguna manera para que ella no pudiese dejar de pensarlo.

Esa tarde pasó con rapidez, como de costumbre, Sofía apenas tocó la comida, un par de bocados y todo lo demás a la basura. Estaban muy entretenidos en cómo les había ido en el examen que acababan de realizar, así que no se percataron cuando Sofía se levantó y volcó la comida en la basura. Después de eso, estudiaron hasta pasadas las seis de la tarde.

Sofía llegó a su casa muerta del cansancio. José Miguel la acompañó hasta la entrada y luego se marchó.

Al encontrarse sola en el apartamento, todos esos pensamientos autodestructivos comenzaron a abrumarla de nuevo. Sabía que en su estado debía comer algo, así que tomó un frasco de puré de manzana y se sentó en el sofá a tomarlo mientras leía un poco, pero pasaba las páginas sin prestar especial atención a nada, solo pensaba en la siguiente tarde y los nervios dominaban su cuerpo. No sabía que debía usar, pensó en mandar un mensaje a Ángel, sin embargo, el recuerdo de su último desplante y la respuesta limitada la hicieron desistir.

Encendió el televisor de su cuarto cuando se cansó de leer sin sentido, el

programa que ponían le pareció aun más ilógico, así que tomó su *iPod*, se sumió en un mar de canciones de un grupo inglés, y así dejó que su mente se marchara y quedara la nada.

Despertó con el sonido del despertador al otro lado de la habitación. Escuchó los ruidos matutinos en la cocina, la cafetera estaba programada para hacer café a esa hora. Bostezó y se enrolló nuevamente entre las sábanas. Sabía que le vería y no tenía la más mínima idea de qué usaría. Quería verse lo más delgada posible. Los chicos adoraban a las chicas delgadas, ese era el mantra que por tanto tiempo estaba en la cabeza de Sofía.

Para ser realmente feliz debías ser delgada. Lo irónico era que, en las ocasiones en las que Sofía se encontraba más delgada, era cuando más infeliz se sentía. Siempre se había esforzado por ser la mejor en todo, por proyectar seguridad y perfección. Resultaba irónico que, cuando se trataba de su aspecto físico, era una persona muy insegura y frágil, incapaz de amarse y aceptarse como era. Por eso, al ser la mejor en todo, al controlar su alrededor, hallaba ahí una manera de apreciarse aunque fuese un poco. A lo largo de los años había construido una muralla que la separaba del mundo y en la actualidad usaba una coraza por piel que usaba

como un escudo que la protegía y servía de máscara para ocultar a los demás lo frágil que en realidad era.

Después de batallar para conseguir fuerzas de levantarse, lo logró. Tomó una larga ducha, se arregló sin mucho ahínco y salió a prepararse su dosis de cafeína. Tardó mucho más tiempo del habitual en acabarse el café. Llenó su vaso térmico con otra taza y salió del apartamento sin mucha prisa.

Capítulo 9

Al parecer, a todos sus amigos se les pegaron las sábanas porque llegaron al salón de clases en el momento en el que el profesor iba a cerrar la puerta. No tuvieron tiempo de saludarse de forma apropiada así que solo lo hicieron con un movimiento de cabeza. El examen fue como una bocanada de aire fresco, le dio a su mente el tiempo que requería para alejarse de todos sus problemas y concentrarse en el texto que tenía enfrente y debía analizar. Se tomó su tiempo, revisó sus respuestas dos veces. Cuando entregó su examen, sus amigos

ya se encontraban fuera.

—Te has tomado tu tiempo ahí dentro —dijo José Miguel ayudándola a cargar sus libros.

—Sí, eso es cierto —contestó Samanta.

—Solo quería verificar que las respuestas eran correctas. ¿Dónde está Andrea? —preguntó Sofía al notar que faltaba su entusiasta amiga.

—Se ha ido a su casa a comer y a cambiarse —dijo Samanta—. Como ella será quien nos pase a buscar a todos, debe estar lista antes.

—Cierto —respondió Sofía siguiéndole el paso a sus amigos, que se dirigían a la salida.

—Te acompaño a tú casa —ofreció José Miguel cuando llegaron a la entrada de la universidad.

—Bueno, nos vemos más tarde —se despidió Samanta con un beso en la mejilla de ambos.

José Miguel y Sofía caminaron en silencio desde donde les dejaba el autobús hasta su apartamento. Pudo notar que él tenía la intención de decirle algo pero por algún motivo no se animaba a hacerlo. No estaba segura de si quería saberlo o no. Así que simplemente decidió esperar hasta que él considerara propicio decirle lo que fuera que fuese eso.

—Nos vemos más tarde —se

despidió Sofía tomando los libros de las manos de José Miguel una vez estuvieron en la entrada de los edificios.

—Espera, Sofía.

—¿Qué ocurre? Parece que quieres decirme algo desde que venimos caminando, pero no lo terminas de decir —se quejó Sofía con obstinación. Al parecer eso de esperar hasta que el estuviera listo para decirlo, no era una posibilidad real.

—Sí —José Miguel se acercó acortando la distancia entre ambos—. Pero no estoy seguro —se detuvo mirándola con esa mirada cálida que le identificaba. Pero entonces Sofía recordó la mirada magnética de Ángel,

esa mirada que parecía leerla por completo.

—Pues entonces dímelo cuando estés seguro —dijo ella con una sonrisa y se despidió.

Al entrar se encontró de nuevo el apartamento vacío, completamente solo. Pensaba que el hecho de mudarse con su hermana implicaría verla más seguido. Pero Isabel tenía su vida y llevaba dos años viviendo sola, así que no estaba acostumbrada a pasar mucho tiempo en casa. Respiró profundo y decidió dejar de compadecerse, pues requeriría de una tonelada de confianza para encarar a Ángel.

Buscó en su armario, pero no

encontraba nada qué usar esa noche. Al final se decidió por una pequeña falda vaporosa en tonos fucsias y púrpuras con una blusa sin mangas color pastel en una tela semitransparente, ideal para una fiesta de piscina. Se calzó unas sandalias altas y guardó en un bolso un traje de baño y una toalla, aunque estaba más que segura de que no lo utilizaría. Ya la falda dejaba ver suficiente, no quería que Ángel la viera casi desnuda y supiera lo imperfecta que era y la gordura que ocultaba bajo esa ropa.

Sabía que debía comer. Habían sido casi cuarenta y ocho horas sin comer nada sólido, pero era un manojo de nervios. La idea de comer en ese

momento hacía que se le revolviere el estómago. Lavó sus dientes dos veces y buscó en los estantes de la cocina alguna botella de licor que llevar a la fiesta. Cómo no conocía al anfitrión, lo mínimo que podía hacer era llevar alguna bebida. Tomó una botella de vodka y una bolsa de papitas que sus amigas habían comprado el día anterior.

Una hora más tarde, sonó su móvil y Andrea le indicó que ya se encontraba abajo. Dejó una nota en la nevera para Isabel diciéndole que iría a una fiesta, así que llegaría tarde.

Sofía fue la primera que Andrea pasó a recoger, se saludaron como de costumbre y charlaron con entusiasmo

mientras iban de camino a los edificios donde vivía José Miguel. Él se sentó en el asiento justo detrás de Sofía y por último buscaron a Samanta para, finalmente, dirigirse a la fiesta.

La casa se encontraba a las afueras de la ciudad, tenía un gran jardín de grama y algunos árboles, donde se hallaban algunos coches. Andrea aparcó junto a una camioneta negra de una sola cabina. Al adentrarse se divisaba una casa de dos pisos con exteriores de piedra y grandes ventanales. Tocaron el timbre, aguardando que alguien atendiera.

Un chico de cabellera rubia se les acercó desde uno de los extremos de la

casa, se notaba que ya tenía un par de tragos encima. Dijo llamarse Andrés o quizás Samuel, habló muy rápido, así que no pudo diferenciarlo. Al final del terreno se encontraba una cabaña abierta con una gran piscina con la forma del símbolo infinito. Ya había muchas personas bebiendo y charlando animadamente; llevaban *shorts* playeros y las chicas pequeños bikinis y faldas muy cortas.

Buscó con la mirada a ese escultural modelo de tez aceitunada y oscuros cabellos ensortijados, para su desgracia, no lo encontró. Se sentaron en una de las mesas junto a la piscina y sus amigas no demoraron más de treinta segundos en

sacarse la ropa y desvelar sus diminutos trajes de baño. Andrea lucía un bikini de círculos blancos y rojos, mientras que Samanta llevaba puesto un bikini de piel de serpiente, lucían muy sensuales, lo que hizo sentir cohibida a Sofía. José Miguel continuó con sus pantalones cortos y camiseta blanca. Sofía agradeció llevar gafas oscuras para poder detallar sin reservas a José Miguel.

Al cabo de unos momentos, el escalofrío la hizo saltar, producto del roce de una mano en su cintura, giró para mirar al irreverente que había osado tocarla, entonces se encontró con una sonrisa seductoramente familiar. Se

miraron por extensos segundos, percibiendo como la atmósfera se iba cargando entre ambos; el mundo a su alrededor había desaparecido y ahora solo existían ellos dos. Ángel le sonreía y podía estar segura de su mirada bajo sus gafas oscuras. Llevaba unos pantalones cortos blancos con el torso desnudo adornado por el atractivo tatuaje en su pectoral. Sentía cómo él se la estaba comiendo con la mirada, y ella no se quedaba atrás. Podía notar como él resaltaba entre toda aquella gente, era imposible no darse cuenta.

—Ángel, me imagino —dijo en tono serio y frío José Miguel extendiéndole la mano y situándose junto a Sofía.

—¿Quién pregunta? —Todos pudieron sentir la pesada mirada detrás las gafas, acercándose a él en modo lento pero retador.

—Es José Miguel, mi amigo —intervino Sofía tomando lugar entre ambos con una intención fallida de disminuir los niveles de testosterona que flotaban en el aire.

Pero ninguno parecía siquiera haberla escuchado, las miradas referían que ahí se estaba desarrollando algo. Ángel irguió su espalda y colocó su mano en la de Sofía, eso pareció molestar a José Miguel, así que haciendo lo que mejor hacía, Ángel le mostró una de sus sonrisas con ese aire

de suficiencia. José Miguel dio un paso al frente con cara de pocos amigos.

—Sí, mi nombre es José Miguel — repitió su amigo sin quitarle la vista de encima a Ángel—, y no he escuchado nada de ti.

—Qué casualidad, yo tampoco he oído de ti —respondió con un tono petulante que hasta a Sofía le provocó ganas de golpearle en la cara.

—No tienes por qué, no eres muy amigo de Sofía para saberlo — respondió José Miguel, esta vez con un aire de suficiencia siendo él quien le retaba con la mirada.

—A ver, ¿qué es lo que pasa contigo? —le preguntó arrastrando las

palabras—. ¿Nadie te enseñó cómo se le habla a un hombre?

Justo cuando las cosas amenazaban con ponerse realmente mal, sus amigas aparecieron como enviadas por el cielo.

—Así que tú eres Ángel —Andrea dio un paso al frente uniéndose al grupo y disipando con su entusiasta voz la tensa atmósfera que se formaba.

—Vaya, al parecer todo mundo sabe mi nombre y, sin embargo, yo aún no sé los vuestros —cambió a un tono seductor dirigiéndose a Andrea y Samanta, que se encontraban en sus diminutos bikinis a un lado de José Miguel.

—Soy Andrea, es un placer —se

presentó su rubia amiga levemente sonrojada.

—Y yo soy Samanta —se introdujo su amiga sin ser intimidada por el modelo tropical.

—Mucho gusto, cariño —dijo en ese tono de galán cliché que tanto detestaba Sofía. Tomó la mano de cada una y tardó en dirigirle una sonrisa acorde a su tono.

—¿Cómo se habéis conocido? —preguntó Samanta en tono inquisidor.

—En las pistas de *cross* —respondió Ángel encogiéndose de hombros con naturalidad.

—¿Pistas de *cross*? —preguntó anonadada Andrea en dirección a Sofía.

—Sí, a las afueras de la universidad

hay unas pistas. Deberíais venir a vernos un día —las invitó Ángel en tono encantador, como siempre.

—¿En serio? —preguntó Samanta dándole a Sofía esa mirada de «tenemos que mucho de qué hablar».

—No entiendo por qué no nos lo contaste —preguntó con tristeza Andrea.

Sofía le echó una mirada a Ángel haciéndole saber que había otorgado más información de la que ella quería brindar con sus respuestas. Esa era la información que ella quería guardar para sí, pero él lo había arruinado todo. Le devolvió una mirada de disculpas y salió en su auxilio.

—¿Qué tal si os traigo unos tragos?

Debéis estar sedientas —les dijo con esa cantadora voz suya que olía a plástico y a Sofía le molestaba. Prefería al Ángel que era cuando estaban solos.

—Claro —dijo Samanta.

—Después de todo, ¿qué es una fiesta sin un poco de licor? —dijo Andrea sonriente.

—¿Un poco? —se burló Ángel—, montones diría yo. Todo lo que seas capaz de beber.

—Hemos traído unas botellas de vodka —Sofía sacó de su bolso playero las tres botellas—. Una la he traído yo y las otras dos las trajo José Miguel.

—Increíble —se giró para mirar a José Miguel, que aún no le quitaba los

ojos de encima—. Acompáñame a traer esos tragos —le pidió a Sofía tomándola del brazo.

—Claro. Ya regreso.

Ángel no la soltó hasta que estuvieron en la cocina.

—¿Qué te apetece? —preguntó quitándose las gafas y mirándola peligrosamente de cerca.

—¿Perdón? —dijo ella confundida. Siempre decía cosas con doble sentido, así que era muy difícil saber realmente a qué se refería.

—De beber —se rio mientras se mordía el labio.

Ella sintió desvanecer cuando él hizo eso. Toda su atención se fue a sus labios.

Labios carnosos y demasiado provocativos. Debían saber deliciosamente, se dijo.

—Vodka y zumo de limón con un poco de granadina, si tienes.

—Claro —dijo poniéndose a preparar la copa.

Ella le observaba detalladamente con una mirada de perdición oculta detrás de sus gafas oscuras. Se ruborizaba al preguntarse qué tan bien se vería debajo de esas bermudas blancas que caían casi demasiado bajo de sus caderas, justo en el borde que iba de lo sensual a lo erótico.

—¿Así está bien? —preguntó sacándola de su pequeña fantasía.

—Sí, perfecto —contestó tomando el vaso lleno de un líquido color rosa y con una rodaja de piña adornando el borde.

—¿Crees que tus amigas tomarán lo mismo?

—Sí, sí, estoy segura —asintió—. Se te da muy bien—. añadió ella.

—No tienes idea de todas las cosas que se me dan bien —levantó la vista de los vasos y mirándola con los ojos chocolates que ardían por algo que ella no comprendía.

—Lo más seguro es que sean menos de las que crees —respondió en tono de burla mientras se marchaba con dos copas en sus manos.

Ángel se quedó mirándola estupefacto, ella sí que le podía seguir el ritmo con sus comentarios. La observó marcharse sin poder dejar de mirarla. Pensaba que era hermosa, con una silueta provocativa y unos labios que anhelaba besar desde que la conoció. Ella representaba el mejor reto al que se había enfrentado y estaba emocionado de enfrentarlo y conquistarlo.

—Has tardado un poco ahí dentro — la acusó José Miguel cuando Sofia le entregaba a Andrea y a Samanta sus vasos.

—No ha sido mucho —contestó ella con indiferencia.

—Uno rosa para la señorita —Ángel se interpuso entre ambos depositando el vaso de Sofía en su mano—, y uno negro para el amigo —dijo con frialdad poniéndole el vaso en la mesa a José Miguel.

—¿Qué es? ¿Veneno? —le preguntó con sarcasmo—, ¿es un poco bajo no?

Sofía observó cómo se tensaban los músculos de la espalda de Ángel, quien se acercó con una sonrisa sin mediar palabra alguna con José Miguel que estaba cerca de la piscina y lo empujó haciéndole caer.

—No. Eso es bajo —una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro al ver al amigo de Sofía empapado—. Por

cierto, eso negro es lo que bebemos los hombres. Pero quizás es mucho para ti —tomó el vaso sobre la mesa y se marchó con una actitud de ganador. Que en palabras de Sofía significaban: un idiota total.

—¡José Miguel! —exclamaron todas aproximándose con rapidez al borde de la piscina para ayudarlo a salir. Pero este no aceptó su ayuda y salió solo.

Mientras que al otro lado de la piscina, Ángel se reía divertido con dos chicos más. Uno de cabello negro y otro rubio, con un aspecto de modelos de revista, pero no lo suficientemente sensuales para ganarle al bombón de chocolate. Incluso estando tan enfadada

con él como lo estaba, no podía dejar de pensar en su cuerpo, su abdomen, brazos fuertes, labios carnosos. Era su perdición, junto a él el control se anulaba.

José Miguel se fue, ella pensó en ir tras él, sin embargo, lo mejor sería dejarlo unos momentos a solas. Después de todo, Ángel, de alguna manera, lo había humillado y eso no debía hacerle sentir para nada bien.

Samanta y Andrea se olvidaron pronto del incidente y comenzaron a bailar al ritmo de la música, en parte porque tenían ganas de bailar, otra parte producto del alcohol. Al cabo de un rato, uno de los chicos que estaban con

Ángel le trajo otros tragos del mismo tono rosado, enviados por él. Sin embargo, él seguía al otro lado de la piscina sin acercarse.

Cuando volvió José Miguel venía con una cerveza en la mano, quizás alguien se la dio, dado que el lugar estaba ya repleto de desconocidos bebiendo distintas clases de licor y moviéndose al ritmo de las música que sonaba. Le pidió bailar y ella no se opuso. Bailaron por largo rato hasta que comenzó a sentirse mareada, por lo que tuvo que parar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó José Miguel.

—Creo que no —respondió Sofía

tambaleándose.

José Miguel puso su brazo debajo del de ella para servirle de sostén, la tomó de la cintura acompañándola lejos de la muchedumbre. Porque no quería que si sucedía un accidente todo el mundo lo viera. Miró atrás buscando a Andrea y Samanta, pero las vio a lo lejos bailando con dos chicos, así que no tuvo tiempo de regresar y la llevó fuera. Se sentaron en el césped uno al lado del otro por largo rato hasta que Sofía se sintió mejor y los mareos desaparecieron.

—Esta tarde iba a decirte algo — comenzó a decir José Miguel mirándola más cerca de lo necesario.

—Lo sé. Te dije que cuando estuvieras seguro.

—Lo sé.

Ella le miró mientras él permanecía en silencio intentando descifrar a través de sus ojos de lo que se trataba, justo como podía hacer con Ángel. Pero no sucedió. Sin embargo, había dudas dentro de ella que necesitaban ser despejadas, así que armándose del valor suficiente acercó su rostro y posó sus labios sobre los de él.

Sus labios se abrieron y cerraron en un movimiento rítmico algo mecánico, se trataba de un muy buen beso. Eran suaves, su boca sabía a una mezcla de saliva y cerveza. Fue un beso

técnicamente perfecto; ese fue el problema, algo le faltaba. Aguardó unos segundos pero no sintió nada. Mantuvo los ojos cerrados al separarse y al abrirlos se encontró con la mirada de su amigo, eso era, su amigo. Se miraron mutuamente sin lograr decir nada. Todo era tan confuso, más bien incómodo.

—¡No! —exclamaron los dos en un suspiro y rieron al ver que ambos pensaban lo mismo.

—No te lo tomes a mal, pero no se ha sentido bien —se excusó su amigo avergonzado.

—No ha habido química —respondió Sofía aliviada.

—Pensé que sería diferente —dijo

intentando hallar las palabras correctas —, es decir, tú eres muy hermosa, eres inteligente, serías una novia ideal.

—Lo mismo digo. Eres el modelo de novio, cualquier chica querría tenerte a su lado. Pero no se supone que sea así. No han estado las mariposas que sientes luego de un beso como ese. Lamentablemente no hay eso.

—Sí, es cierto. Fue... raro —hizo pausas para dejar claro dónde estaba el énfasis de la frase.

—Sí, lo fue —se rió ella.

—Sin embargo, te quiero mucho y me importas —le dijo con sinceridad mientras la tomaba de la mano—, como amiga, claro está.

—Tú también —respondió sonriendo—, como amigo, claro está.

Se rieron por unos minutos y luego, aliviados de que las cosas no se tornaran incómodas, regresaron a la fiesta para seguir pasándola bien. Cuando volvieron, Andrea y Samanta se apresuraron a su encuentro mirándoles con ojos escrutadores.

—¿Dónde estabais vosotros dos? —preguntó Samanta en un leve tono acusatorio.

—Nos hemos besado —anunció Sofía para aclarar todo de una vez, antes de que comenzaran con las indirectas y los comentarios acusatorios.

Sus amigas enmudecieron de la

sorpresa, no hacían más que mirar a uno y al otro sin decir palabra alguna.

—Y lamentamos decirnos que no ha funcionado —dijo José miguel mirando a Sofía—, simplemente no hay química.

—Si se han besado es porque se gustan —dijo confundida Andrea.

—Bueno yo le he besado para saber si me gustaba. Y cuando lo he hecho no he sentido nada. Ha sido como besar a un hermano —dijo con incomodidad Sofía por tener que darles explicaciones a sus amigas con tanto detalle.

—Ya, dejad de hostigarnos con vuestras preguntas y vamos a bailar —dijo José Miguel llevándoselas a bailar para acabar con esa conversación.

Las canciones pasaban y Sofía se iba desinhibiendo cada vez más, trago tras trago iban tomando y luego ya no importaba mucho lo demás. Lograba ver a Ángel en el mismo lugar charlando animadamente sin ninguna intención de bailar. El pantalón corto ya había desaparecido; su cuerpo estaba mojado y usaba un pequeño traje de baño negro que se le ajustaba quedando todo muy bien contorneado. No pudo evitar mirar hacia abajo, detallando el tamaño de su paquete. Avergonzada encontró su mirada y le sonrió descubriendo lo que había estado haciendo. Le hizo señas para que mirase de nuevo y, cuando lo hizo, quedó estupefacta. No sabía si era

a causa de los efectos del alcohol, pero parecía que hubiese cobrado vida y, por alguna razón, eso le excitaba. Desvió la mirada a causa de los mareos que comenzaron a embargarla de nuevo; deseó haber comido algo sólido ese día. La regla número uno que su padre le había enseñado cuando aprendía a beber alcohol, había sido: No bebas con el estómago vacío. Y, la segunda: No le aceptes una copa a un desconocido. Había roto ambas esa misma tarde. Sintió que se desvanecía, pero respiró profundo hasta que esa sensación desapareció.

Siguió bailando con sus amigos sin volver a mirar en dirección a Ángel ni a

su paquete. Aunque no podía pensar en otra cosa, lo intentó con determinación. Después de varias canciones, se percató de una melenita roja que bailaba en la distancia. Se trataba de Isabel, David y una amiga. Se preguntó qué hacía ella ahí Y, cuando se disponía a acercársele, uno de los amigos de Ángel le cerró el paso invitándola a bailar, se trataba del chico que los había recibido horas antes.

—Sí, claro —respondió Sofía a su invitación.

—Mi nombre es Samuel —dijo sonriéndole.

—Sofía —tuvo que alzar la voz para que lograra escucharla a través de la música tan alta.

—¿Hace cuánto que salís?

—¿Qué salimos quiénes? —preguntó ella confundida.

—Ángel y tú —señaló con la cabeza a su amigo que se encontraba aún al final de la piscina.

Ella se quedó enmudecida, no sabía que decir. Era ilógico que alguien pensara eso.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó algo enfadada ante tal aseveración.

—Ángel me lo ha dicho. No lo hubiese pensado y menos porque están tan distantes.

—Así que Ángel te ha dicho eso —giró para encontrar la mirada de Ángel,

quien le sonrió y después pasó el dedo pulgar por la boca limpiando unos restos de licor. Se veía sensual y pecaminoso.

—Lo que pasa es que he necesitado tiempo para lidiar con su problema — susurró ella al oído.

—¿Su problema? —repitió Samuel confundido.

—Sí, su problema. Allí abajo — señaló la zona de su paquete.

Vio el rostro de Ángel palidecer al entender lo que le estaba diciendo a su amigo. Pero luego, una sonrisa torcida se dibujó en su rostro y pudo ver como sus labios le decían *Touché*.

—Oh —respondió Samuel al entender a lo que se refería.

—Dile a tú amigo que no se preocupe. Una cirugía plástica lo arreglará todo —sonrió con suficiencia y se marchó.

Le pidió a Samanta que la acompañara al baño para luego ir a buscar a Isabel. Entró y se miró unos momentos al espejo. Su mente le decía que no olvidara que el alcohol tenía muchas calorías, que de nada serviría tanto sacrificio si ahora corría por su cuerpo un veneno incluso peor. Respiró intentando calmarse, pero sabía lo que tenía que hacer, así que, introduciendo dos dedos hasta su garganta, hizo salir todo el licor que pudo de su organismo.

Las piernas le flaquearon y su piel se

tornó fría. Se miró en el espejo una vez más, orgullosa de su pálido reflejo. Enjuagó su boca varias veces con un enjuague bucal que había allí y lavó su rostro. Pellizcó sus mejillas para darles un poco de color. Después del vano intento, regresó con su amiga que le esperaba fuera.

—¿Habéis visto a José Miguel? — preguntó Andrea cuando llegaban a la piscina.

—No. ¿Acaso no estaba contigo? — preguntó Sofia.

—Fui a bailar con un chico y lo dejé bebiendo. Al regresar no estaba.

—Vamos a buscarlo —dijo Samanta a Andrea.

—Os alcanzo después de hablar con Isabel —dijo Sofía mientras iban a buscar a su amigo desaparecido.

—Que enorme placer el verte aquí, Sofía —David se acercó.

—Hola. Os he visto hace unos minutos e iba a acercarme. ¿Dónde está Isabel?

—Ha recibido una llamada y ha salido a hablar fuera.

—¿Cómo os habéis enterado de esta fiesta?

—Mi primo es el dueño de la casa —respondió con una sonrisa que no le agradó a Sofía, especialmente porque apestaba a alcohol, demasiado alcohol.

—Ah, ya veo —retrocedió

estableciendo una distancia entre ambos.

—¿Y tú? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Un amigo me ha invitado.

—¿Qué amigo? Quizás lo conozco —arrastró las palabras a causa de los efectos del alcohol.

—Ángel —susurró.

—¿Ángel? —preguntó con soberbia mientras le miraba desde lejos—. No sabía que le conocías.

—Nos conocemos desde hace poco —respondió con voz cortante. No esperaba darle detalles a alguien que apenas conocía y menos que estaba en tal estado de ebriedad.

—El tipo es un idiota, Sofía —

avanzó unos pasos, lo que hizo que ella retrocediera más.

—Lo sé. Pero ese no es tu problema.

—No te conviene que te metas con alguien así. No vale la pena —advirtió molesto.

—No tienes ni idea de nada, David. Es a él a quien no le conviene estar conmigo —Sofía respondió con una expresión inescrutable y oscura—. Pero ¿sabes qué?, eso no te concierne. Hazte un favor y bebe un café. No te avergüences más —terminó de decir saliendo en busca de su hermana.

Recorrió los jardines y alrededores durante un largo rato sin encontrar rastro de ella. Así que se sentó en la entrada

sobre un gran tronco recostado en la pared, estaba cansada de ese largo día. Sintió unos pasos acercándose y lo observó mientras llegaba hasta su lado, deteniéndose a escasos centímetros. Llevaba ahora un pantalón negro y una camiseta de cuello blanca.

—¿Escapando? —Hizo una mueca que nunca antes había visto en nadie más. Era una mezcla de una sonrisa intentando ser contenida. Hacía que las comisuras se encogieran un poco y sus carnosos labios se pronunciaban un poco hacia adelante. Era una mueca patentada marca Ángel.

—No. Buscaba a mi hermana —respondió con voz temblorosa.

—Pensé que te habías ido con tu novio —se acercó apoyando su mano derecha en la pared a un lado de la cabeza de Sofía. Escuchaba como su corazón latía desbocado y podía sentir la respiración pesada de Ángel también.

—No es mi novio —fue lo que ella alcanzó a decir, producto de lo nublada que tenía la mente al tenerlo tan cerca.

—Entonces dejas que te besen tus amigos. —Sonrió maliciosamente mirándola de esa manera intensa sabor a chocolate.

—¡Me estabas espiando! —acusó con enfado.

—El beso pareció no gustarte mucho, sino no hubiese durado tan poco

—prosiguió ignorando su acusación.

—No puedes saber eso.

—Si me besaras no querrías hacer otra cosa, no podrías volver a besar a nadie más y no podrías pensar en nada más que eso. Besarme —el aliento de Ángel produjo que un escalofrío recorriera su cuerpo al susurrarle al oído.

Sus ojos ardientes encontraron los de ella en una danza de deseo. El más puro deseo. Su mirada descendió a sus labios lo que hizo que él mordiera los suyos y, sin aguantar más la tensión que se arremolinaba entre ambos, posó sus labios sobre los de Sofía en un intenso beso que al cabo de segundos fue

cobrando intensidad. Como un incendio alimentado por vientos huracanados, convirtiéndose en un beso salvaje y apasionado. La tomó por el cuello apretándola contra sí. Sofía apretó con fuerza su espalda fornida con ambas manos, mientras la lengua de Ángel se abría paso dentro de su boca y ella respondía a su encuentro. Nada más importaba, solo estaban ellos dos. Pero cuando la mano de Ángel se deslizó por su cintura, oscuros recuerdos nublaron la mente de Sofía haciendo que se separara con brusquedad, tanto que la hizo tambalearse entre jadeos. La mirada de Ángel encontró la suya confundido por su reacción y, antes de

que él pudiese decir algo, ella se marchó.

—Debo irme —dijo Sofía y se marchó deprisa.

Buscó por la casa con premura a sus amigas, quienes se encontraban cerca del coche, al parecer su búsqueda tampoco había dado resultado. No había rastro de José Miguel.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a sus amigas intentando recuperar el aliento.

—No lo hemos encontrado. Le hemos dejado un mensaje de voz, pero no ha contestado —respondió Samanta con resignación.

Sofía le llamó al cabo de unos

segundos pero tampoco le respondió.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Se abrazó a su torso para combatir la fría brisa nocturna, tratando de disipar aquel beso y los oscuros recuerdos que vinieron después.

—Yo pienso que debemos irnos. Mañana, si no se ha comunicado, podemos venir y hablar con alguien. Porque en estos momentos estoy muy cansada —dijo Andrea entre bostezos.

—Está bien. Vámonos —accedió Samanta subiendo al asiento trasero del auto.

—¿Has encontrado a tu hermana, Sofía? —preguntó Andrea.

—No. También le he dejado un

mensaje. ¿Estás segura de que puedes conducir? —preguntó Sofía desde el asiento del copiloto.

—Sí. Buscando a José Miguel se me ha despejado la cabeza. Cuando lo vea me va a escuchar. Debería habernos avisado para que no nos preocupáramos —dijo enfadada Andrea.

—Hombre, al fin. No tienen la más mínima consideración —habló Samanta recostándose.

Condujeron en silencio hasta que la dejaron en el apartamento. Sofía les insistió en que se quedaran a dormir pero pasarían la noche en el apartamento de Samanta, que no vivía muy lejos de allí, así que eso la dejó más tranquila.

Entró esperando encontrarse a Isabel, pero no estaba allí.

Tomó una ducha caliente para eliminar el sudor y el olor a alcohol que exudaba de su cuerpo; no tardó tanto como quería. Intentó dormirse, pero el recuerdo de ese beso apasionado con Ángel no abandonaba su mente. Nunca antes tuvo un beso como ese, no había deseado tanto a alguien como lo hacía ahora. Ansiaba esos brazos sobre su cuerpo, que esa boca recorriera su cuello e inundara la suya en un beso apasionado como el de hacía una hora. Pero no sería posible, ese beso había sucedido porque ambos estaban bajo los efectos del alcohol. En esa fiesta había

chicas mucho más hermosas y *sexys* que ella. Él podría tener a la que quisiera, no se conformaría con Sofía y todo su equipaje.

Capítulo 10

Despertó temprano con un fuerte dolor de cabeza. Después de asearse, buscó entre sus cosas y se tomó una pastilla para el dolor. Se asomó a la habitación de Isabel, y ella dormía plácidamente en su cama aún con ropa del día anterior. Se dirigió a la cocina y, al tomar su dosis matutina de cafeína, preparó una sopa de vegetales para desvanecer la pesada sensación que tenía su cuerpo. Como producto de todo el alcohol que había bebido y no había salido en el baño, junto con la pesadez que provenía del poco alimento que le

estuvo dando a su cuerpo en los últimos días.

La sensación de bienestar que le otorgaba el líquido caliente a su estómago se sentía muy gratificante; vació su plato en pocos minutos. Sintiéndose mejor, buscó sus libros y se dispuso a estudiar en el balcón, aprovechando la serenidad que reinaba esa mañana.

Isabel se despertó a mediodía, comió de la sopa que Sofía había preparado y regresó a su habitación para seguir durmiendo unas horas más. Como era de costumbre, Sofía se perdió entre sus apuntes estudiando, perdiendo la noción del tiempo hasta que alguien llamó a la

puerta. Al abrir, un hombre con un paquete en la mano se encontraba fuera.

—¿Es la señorita Sofía Montero? — preguntó leyendo la etiqueta del paquete.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarle?

—Esto es para usted. Firme aquí por favor —le entregó la guía de entrega señalando la línea donde debía firmar.

Le entregó un recibo junto con el paquete y, sin explicar quién lo enviaba, se marchó. Era una caja plana de color azul y blanco. Al abrirla, entre unos papeles de seda azul, se encontraba un *short* de tela color beige junto con una nota.

Pasaré mañana por ti a las ocho en punto. Te sugiero que vayas preparada,

iremos de caminata.

PD: Usa el regalo que te he mandado.

A.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Sofía. Estaba totalmente sorprendida. Ángel quería salir con ella y no solo eso, se había tomado la molestia de mandarle un regalo con la explicación de todo. Si hubiese llamado, quizás Sofía terminaría negándose y, para no arriesgarse a que ella se negara, había hecho aquello.

Pasó el resto de la tarde dedicándose a estudiar porque sabía que no tendría oportunidad al día siguiente. Estaba muy emocionada. Cada vez que cerraba los ojos solo podía imaginar esos carnosos

labios sobre los suyos. Él la estaba volviendo loca, pero esa sensación era muy afrodisíaca. Entre pensamientos intensos y besos apasionados, Sofía logró dormirse con una sonrisa en los labios esperando la mañana siguiente para su anhelado encuentro.

Despertó antes de que la alarma del despertador sonara. En un solo movimiento se levantó de la cama y se metió a duchar. Al salir lavó bien sus dientes, cepilló debidamente su cabello en una alta coleta. Se colocó los pantalones cortos que Ángel le había enviado y le sorprendió lo cortos que eran. Le quedaban un poco más arriba de la mitad del muslo, ella no estaba

acostumbrada a ir tan descubierta, no obstante, había sido un regalo e intentó no pensar en su obesa figura y en cómo se veía en ellos. Buscó una playera blanca holgada y metió otra en su bolso, junto con un protector solar, una botella de agua y unas barritas de cereal. Se calzó los zapatos deportivos y le gustó como se veía en el espejo. Había perdido alrededor de dos kilos desde que empezó la universidad y eso la alegraba. Colocó mucho brillo en sus labios para que se vieran provocativos; quería que él la besara, pero no haría nada para presionarlo. Quería saber si se trataba del alcohol o en realidad había algo más entre ellos.

A las ocho en punto sonó un bip en su celular, indicándole con un mensaje de texto que ya se encontraba abajo esperándola.

—Buenos días —saludó con una sonrisa marca Ángel.

—Buenos días —respondió—. Gracias por el regalo.

—Gracias por usarlo.

—No has traído tu motocicleta hoy.

—No. Para lo que tengo planeado no era lo más prudente, así que si no tienes ningún inconveniente, viajaremos en taxi.

—Por mi está bien.

Caminaron hasta la entrada donde había un taxi ya esperándoles. Sofía

disminuyó un poco para poder apreciarlo desde lejos. Ángel llevaba unos pantalones cortos de un color similar al de ella, le llegaban un poco más abajo de las rodillas, usaba una camiseta gris y zapatos deportivos.

Le abrió la puerta trasera del taxi para que subiera y entró detrás de ella. Dentro, Ángel llevaba una bolsa de la cual sacó dos gorras grises que tenían el nombre de alguna tienda y un dibujo de una motocicleta de cross. Cogió una y delicadamente la colocó en su cabeza pasando cuidadosamente la coleta por el orificio posterior de la gorra.

—Perfecto —murmuró cuando terminó de colocársela.

—Gracias —murmuró en respuesta, sonrojada.

El trayecto no duró más de veinte minutos. Él no dijo nada, así que ella no se atrevió a romper el silencio. No quería que el conductor escuchara su conversación, así que esperó. Quería saber, ¿por qué ella? ¿Por qué no llamó? Su cuerpo tan próximo, sus manos a escasos centímetros. Temblando, ansiando un leve roce que desatara en ella una corriente por todo su cuerpo, porque cuando la tocaba, así se sentía.

—Entonces este es el lugar misterioso —dijo Sofía al bajar del taxi.

—No. Aquí comienza la búsqueda del lugar misterioso —respondió

poniéndose sus gafas de sol.

Frente a ellos se extendía un amplio camino que ladeaba una colina y comenzaba a ascender a través de ella. Había unas cabañas en las que vendían comida junto al camino y muchas personas se encontraban trotando o haciendo un picnic sobre el césped. Todo estaba verde y floreado, con un imponente sol que brillaba en el cielo despejado. La energía que emanaba de ese lugar era vida en su punto más puro.

—Realmente nunca había tenido una primera cita como esta —exclamó Sofía entre sonrisas.

—Nunca habías salido conmigo antes.

—¿Sabes que generalmente eres bastante arrogante?

—Yo no diría arrogante. Solo sé que conmigo todo es mejor —dijo con esa sonrisa que hacía que se derritiera como chocolate.

—Arrogante.

—Sí. Arrogante. —Rio él.

—Entonces, ¿comenzamos? —preguntó ansiosa.

—Claro. Lo que quiero que veas está en la cima de esa colina —señaló en la lejanía a la colina que tenían frente.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó asustada. Eso parecía quedar muy lejos para ir caminando.

—Dos horas como máximo.

Tranquila.

—Espero que ya hayas hecho esto antes.

—Sí. Un par de veces —Sofía frunció el ceño imaginando como había ido allí con otras chicas antes.

—Con ninguna otra chica. Sé que has pensando eso cuando has fruncido el ceño —tocó con su dedo índice entre las cejas de Sofía.

—Caminemos —contestó ella apartándose y adelantándose en el camino.

Caminaron durante una hora. Ángel no era de las personas que podían estar tranquilas, al cabo de poco tiempo de iniciar la caminata, comenzó a lanzarle

hojas de los árboles o pequeñas florecillas. En varias ocasiones la hizo correr para escapar de que le hiciera cosquillas. Un niño, fue el primer pensamiento que le vino en esos momentos. Era como un niño inocente en algunas ocasiones. En realidad era una caja de sorpresas, mucho más complejo de lo que pensó en un principio. Cada minuto que pasaba era uno en el que iba perdiendo el control de su vida. Él era una tormenta que amenazaba con arrasar con todo el orden que ella se había asegurado de conservar durante tanto años.

Decidieron descansar a mitad del camino, recostándose en las raíces de un

frondoso árbol.

—¿Quieres una barra de cereal? — preguntó Sofía mientras sacaba dos barras integrales de su mochila.

—Has venido preparada, me gusta —sonrió mordiendo suavemente su labio inferior. Y luego aceptó la barra que le ofreció ella.

El corazón de Sofía se estremeció en respuesta.

—¿Por qué los has comprado? — Señaló la tela que cubría sus piernas, desviando la mirada de sus carnosos labios.

—Te confesaré un secreto —acortó la distancia entre ambos—. Tienes unas piernas de infarto, son bellísimas.

Esperaba verlas en la fiesta pero no lo has hecho, así que no me has dejado otra alternativa.

—¿Y cómo sabías que los usaría? — preguntó mirando a través de esos iris chocolates, ahora al descubierto sin las gafas de sol.

—No lo sabía —confesó él con esa mirada tan intensa que podía derretir un glacial si se lo propusiera—. Pero esperaba que lo hicieras y lo has hecho.

—Me pareció descortés no hacerlo.

—De ahora en adelante tendré a tu educación de mi lado entonces.

—No te confíes. Puedo ser descortés si me lo propongo —le retó.

—No puedo esperar a ver eso —

respondió como siempre con esas frases doble filo marca Ángel.

—Creo que hemos descansado suficiente —se puso de pie de inmediato, guardando la mitad de su barra de cereal de nuevo en la mochila, quería evitar esas conversaciones—. Quiero llegar a ese lugar tan misterioso.

—Bastante ansiosa, al parecer —dijo volviendo a levantarse sobre sus pies.

—No me gustan mucho las sorpresas.

—Pues la vida está llena de sorpresas. Y si me tienes a mí en tu vida, será como una montaña rusa.

—No me gustan las montañas rusas

—contestó mientras se hidrataba.

—Después de hoy, cariño, ya no pensarás lo mismo —dijo en ese tono de galancito, guiñándole un ojo.

—No hagas eso.

—¿Hacer qué? —La miró confundido.

—Eso. Hablarme en ese tono y de esa manera. Yo no soy como las demás chicas que se deslumbran con tu físico y se creen toda esa fachada de plástico —escupió ella molesta para marcharse cuesta arriba caminando lo más rápido que podía sin saber si él la seguía o no.

Unos minutos después, unos brazos la detuvieron, obligándola a retroceder y girar para encararlo.

—Sé que no eres como las demás, eso lo tengo bastante claro. No estoy acostumbrado a que no se deslumbren —confesó con sinceridad haciendo el gesto de comillas con sus dedos.

—Entonces no lo entiendo. ¿Por qué me invitaste?

—Por qué no eres como las demás —respondió penetrándola con esos insondables ojos chocolate. Pidiéndole en silencio que no se marchara y que le dejara demostrarle que no era como los demás.

—Tú tampoco eres como los demás —respondió Sofía leyéndole el pensamiento.

Él sonrió ante su respuesta y

continuaron con la caminata sin volver a hablar del tema. No intercambiaron palabras cuesta arriba. Se detenían de vez en cuando a admirar la vista y tomar algunas fotos; Ángel era quien las tomaba, era muy bueno con la cámara. Él había dicho que había muchas cosas en las que era bueno, ésa era una de ellas. Fotografió a Sofía desde distintos ángulos cuando ella no lo notaba. Pero cuando se percató de lo que hacía, intentó cubrirse en vano, porque él no se detuvo, tomó más y más fotografías. Por extraño que pareciera para ella, él quería recordar cada minuto de ese día a su lado.

Resignada, no tuvo más opción que

posar para él haciendo distintos gestos y muecas, lo que ocasionó que no parara de reír. Estar con Ángel le hacía sentir bien, libre, despojada de todo el equipaje que siempre llevaba encima. No podía pensar en nada más que no fuera él y ella. Los prejuicios y pensamientos autodestructivos desaparecían. En esos momentos era una chica normal que se divertía con un chico, que era feliz.

Llegaron a la cima de la montaña con dificultades para respirar producto de tantas carcajadas en el camino. Cuando Sofía estuvo en la cima, quedó totalmente anonadada por la belleza del lugar. Se lograba ver toda la ciudad

desde ahí arriba. Los altos edificios en la lejanía, las carreteras y las casas a las afueras. Parecía otro mundo, como si se estuviese viendo la Tierra desde el espacio.

—Es hermoso, ¿cierto? —le susurró Ángel al oído.

Sofía solo asintió, enmudecida aún con tan increíble vista. El aire frío rozaba las copas de los árboles y les acariciaba el rostro. Se sentía intocable ahí arriba. Ángel se mantuvo detrás de Sofía y, antes de que ella pudiese oponerse, la abrazó desde atrás. En esa ocasión, ella no se opuso, solo se quedó admirando el paisaje.

—Gracias. Esto es... —dijo en un

susurro sin poder terminar la frase.

—No tienes que agradecerme todavía. Este no es el lugar misterioso del que te hable.

—¿Ah, no? —Se liberó de su abrazo para poder mirarle a esos ojos chocolates que la observaban de manera ardiente.

—Ven. —La cogió de la mano y la llevó a un extremo de la montaña.

Sofía no entendió hasta que escuchó el sonido del agua impactando contra las rocas. No podía creerlo. Una sensación de miedo le recorrió la columna vertebral. Sofía le temía a las alturas. Y tenía un mal presentimiento por la sonrisa divertida que adornaba el rostro

de Ángel mientras admiraba su cara de terror.

—Bajaremos con un arnés —confesó afirmando a su mayor miedo.

—¡No!

—Sí.

—Detesto las alturas —dijo llena de pánico.

—Este es un arnés doble, yo estaré justo detrás de ti asegurando el camino —dijo mostrándole todo el equipo.

—Podemos morir si nos caemos en esa cascada.

—No bajaremos por la cascada —se burló—, lo haremos por tierra, estamos a pocos metros de altura. No elegiría un lugar muy alto para tu primera vez —

dijo con esa sonrisa y frases doble filo.

—No quiero morir.

—Podemos morir cruzando la calle, tener un choque en el coche, ser asesinados como producto de un robo, ahogados con un pedazo de pan... las posibilidades son infinitas. Nada es cien por cien seguro. Para morir se necesita estar vivo —intentó calmarla—. Y lamento decírtelo, pero morirás algún día.

Ella le miró con recelo, aún escéptica por su idea.

—Pero no morirás hoy —le aseguró después al ver su expresión aún asustada.

—No me dejes caer —le pidió

Sofía.

—No lo haré. Te lo prometo —Y eso sonó a una promesa que iba mucho más allá de todo eso. Él lo sabía y no le importaba.

—He hecho esto muchas veces. Tranquila.

Le colocó con cuidado el arnés asegurando todas las correas. Ubicó el casco y los guantes. Ató las sogas a una cadena que había en la cima, que indicaba que era un sitio para escalar. Después, se colocó detrás de ella engarzando sus arneses, separó las piernas y ella hizo lo mismo. Pusieron una mano en la cuerda y la otra en la que colgaba. Entonces se dispusieron a

descender.

Podían sentir el rocío del agua empapándolos. Cada paso que daba iba disminuyendo su miedo. La adrenalina que sentía era refrescante. Podía ir observando las copas de los árboles, los pájaros en sus nidos dando de comer a los polluelos. Cuando llegaron abajo, no podía creerlo, era una experiencia única. Con mucha diferencia se trataba de la mejor cita que había tenido en su corta vida.

—¿Satisfecha de haberlo hecho? — preguntó sonriente retirando los arneses y los cascos.

—Ha sido una increíble primera vez —contestó sonriente.

—¿Quieres meterte primero o comemos? —preguntó mientras dejaba el bolso en el suelo.

—¿Meternos? ¿Al río?

—Sí. ¿Acaso nunca te has bañado en un río?

—Sí. Pero no he traído traje de baño.

—No lo necesitas. Si quieres puedes nadar desnuda, no me molestaría —Ahí estaba de nuevo esa mirada ardiente refulgiendo en esos ojos chocolates.

—No es una opción.

—Bueno. Puedes bañarte con ropa. Tengo algo de ropa en el bolso que podría quedarte bien.

—He traído algo también.

—Bueno —dio un paso en dirección al río quitándose los zapatos, la camiseta empapada por el sudor y el agua de la cascada y las bermudas para dejar ver un ajustado bóxer de licra color negro. Contorneaba muy bien sus partes, tan bien que a Sofía se le hizo difícil retirar la mirada.

—¿Has dicho que comeríamos? ¿Hay un cafetín cerca? —preguntó ella desviando la mirada.

—No. He traído unos sándwiches, porque sabría que no desayunarías —respondió en tono reprobatorio.

—¿Cómo lo sabías?

—Cuando hemos tomado café me has dado galletas sin probar siquiera una.

No probaste bocado en la fiesta aparte de los tragos, y has guardado la mitad de tu diminuta barra de cereal.

—Bastante observador.

—Solo de lo que me interesa —se encogió de hombros perturbándola con esa sonrisa de doble filo.

—Entonces agua primero —huyó de su mirada metiéndose al río totalmente vestida, a excepción de sus zapatos deportivos.

—¡Está helada! —gritó Ángel titiritando de frío una vez de dentro.

—Niñita —se burló Sofía riéndose.

—¿Así es esto entonces? —La sujetó de la pierna y la acercó abruptamente a su cuerpo. Sus piernas se enroscaron

alrededor de la cintura de Ángel de forma automática, ocasionando que Sofía se asustara de la voracidad con la que su cuerpo le deseaba. Él sujetó su cintura sin retirar esa mirada intensa de la suya, pero se mantuvo así sin acercarse más. Sofía pensó que la besaría, pero no fue así. Permanecieron entrelazados un largo rato hasta que ambos decidieron salir del agua, dado que estaba casi a punto de congelación. Sacó una pequeña toalla de su bolso y se secó.

—Me cambiaré por esos árboles. Tú puedes ir sacando esos sándwiches — dijo sin mirarle a la cara.

Se cambió rápidamente, regañándose

a sí misma por lo que había pasado. Las cosas estaban poniéndose muy raras entre ambos y la incapacidad de poder controlar la situación la sacaba de quicio. Cuando regresó, él ya se encontraba vestido. Llevaba las mismas bermudas pero con una camiseta blanca de cuello redondo.

—Toma —le entregó un sándwich.

—¿Pan integral? —preguntó anonadada.

—Sí. No quiero hacer que rompas la dieta —se burló.

Sin quererlo, todos esos pensamientos volvieron. Por más integral que fuese ese sándwich, su mente calculaba las calorías y veía

reflejada la imagen grasienta de su cuerpo. Sin embargo, Ángel había hecho todo esto por ella, no podía despreciarlo.

—Aunque sea la mitad —rogó en cuanto la encontró con la mirada fija en el sándwich como si tuviera que tomar una decisión difícil.

—No. Me lo comeré todo —aseguró con una sonrisa a la que Ángel sonrió complacido.

Comieron en silencio. Ella decidió masticar rápido sin darle tantas vueltas al asunto y, seguidamente, bebió el resto de agua de su termo. Él sonreía alegre porque le hubiese gustado su sándwich.

Volvieron al inicio del camino sin

reparar mucho en algún tema en específico. Hablaron del clima, de deportes, de noticias y de las evaluaciones que a ambos les esperaban la siguiente semana en la universidad. Al cabo de una hora, estaban de regreso donde el mismo taxi les esperaba. Al parecer, Ángel calculó perfectamente el tiempo que les llevaría toda la cita. En definitiva, era bueno en muchas cosas, de eso no quedaba la menor duda.

—Espero que después de lo de hoy decidas escribirme —dijo una vez llegaron a los edificios donde estaba su apartamento.

—Espero que tú también lo hagas —sonrió ella.

—Lo haré.

—Tu gorra —se la quitó para entregársela.

—No, es tuya. Quiero que tengas algo mío —dijo nuevamente con esa mirada que la hacía sentir como de gelatina o chocolate derretido.

—Que tengas una bonita tarde — Sofía se inclinó hacia él dejando un beso en su mejilla.

—Haré el intento. Espero que tú si lo logres. Gracias por aceptar pasar conmigo este día —se despidió él con un tortuoso beso en una de las comisuras de sus labios.

El corazón de Sofía parecía reventar y un extraño hormigueo se extendió por

toda su piel.

—Adiós—se despidió Sofía marchándose y sin mirar a atrás.

Entró en el apartamento con una sonrisa en el rostro, sintiéndose liviana como una pluma. Se dirigió directamente al baño y tomó una ducha caliente para evitar algún resfriado. Había sido el mejor día en mucho tiempo. Nunca pensó que él sería el responsable de algo así. Después pensó en que la había visto sin una pizca de maquillaje y con el cabello despeinado, que bochornoso. Pero él en ningún momento se fijó en eso. Ángel solo había visto a una chica única e impresionante que se veía hermosa aun en esas condiciones. Pero

para Sofía eso resultaba imposible.

11:59 p.m.: ¿Duermes?

A.

Sofía leyó el mensaje con detenimiento, sintiendo como un sentimiento desconocido para ella comenzaba a extenderse en su cuerpo. No pudo evitar sonreír. Le había resultado imposible conciliar el sueño desde que había regresado a casa.

12:01 a.m.: No he podido hacerlo. ¿Por qué sigues tú despierto?

S.

12:07 a.m.: Planeo como conquistar al mundo.

A.

No pudo evitar reírse. A veces le

resultaba difícil adaptarse a las diversas tonalidades de la personalidad de Ángel. Por otro lado, por extraño que pareciera, no podía concebir que fuese de otra manera. Al cabo de unos segundos sonó su móvil indicando en la pantalla que el conquistador estaba llamando.

—¿Así que conquistar al mundo? —preguntó Sofía en un tono juguetón.

—Sí. Conquistar el mundo de una sola persona —ronroneó él.

—¿Ese cliché te ha dado resultado alguna vez?

—Tenía la esperanza de que lo tuviera —bromeó—. ¿Qué planes tienes para mañana?

—No verte —bromeó también—. Debo estudiar y hacer un poco la limpieza del apartamento.

—¿No verme? Cuidado con lo que dices, podría sentirme herido —respondió con fingida indignación—. Entonces el lunes eres mía después de clases —terminó con ese tono de doble sentido que la hizo estremecerse.

—No estoy segura de poder, esta será una semana bastante saturada —se disculpó.

El silencio se hizo notar y solo escuchaba la respiración al otro lado de la línea telefónica por unos segundos.

—¿Que te parecería al final de la semana? —se apresuró en preguntar,

temiendo la posibilidad de que saliera de su vida.

—Suenas tentador —meditó Ángel con un tono sedoso—. Aceptaré con una condición.

—¿Cuál? —preguntó ella con cautela.

—No podrás negarte a mi invitación.

—Está bien. No lo haré.

—Creo que ahora si puedes ir a dormir, descansa, Sofía.

—Que descanses, Ángel.

Se dejó caer en su cama, sintiéndose extrañamente plena. El sonido de su estómago la sacó de su ensoñación; las ansias, detestaba esa sensación. Levantarse de la cama representaba una

amenaza, el peligro de sucumbir ante la nevera. Se acurrucó en la cama bajo las cobijas y dejó que el sueño la cubriera, librándola de sus temores

Capítulo 11

Los días pasaban con una lentitud exagerada, el viento soplaba sin piedad anunciando época de lluvia. Los mensajes de Ángel le alegraban el día, a veces, le era difícil mantener la concentración en algo que no fuera él. Algo que Sofía aún no notaba, era que Ángel había traído cierta paz a su vida; los pensamientos atormentadores y las ideas denigrantes de sí misma ya no se lograban escuchar en su mente. Permanecían allí, solo que rara vez lograba escucharlas. Pero ese día, la ilusión de felicidad amenazaría con

desmoronarse y arrastrar de nuevo a Sofía a su oscuridad.

—Estos días luces más animada —
señaló José Miguel.

—Sí, lo estoy.

—¿Es por ese Ángel? —preguntó
con recelo.

—Aún no estoy segura.

—¡Vayamos al cine! —gritó a sus
espaldas Andrea interrumpiendo su
conversación.

—Me parece buena idea. Hace
mucho tiempo que quiero ver una
película —dijo Sofía.

—Me gustaría acompañaros, pero no
puedo. He quedado con mi primo en que
trabajaría medio turno —se excusó José

Miguel con sus amigas.

—Es una pena —dijo Samanta haciendo un mohín.

Se despidieron de su amigo para proseguir con su salida al cine. Primero decidieron ir a comprar unas cosas al centro de la ciudad, el novio de Samanta la visitaría esa noche y quería sorprenderlo con un conjunto de lencería de impacto.

—¿Qué hay de ti, Sofía? Dijiste que habías tenido novio antes —la interrogó Samanta.

—Sí, es cierto. Pero nunca hablas de eso —mencionó su amiga Andrea.

—Sí, tuve un novio. Lo fue durante todo el colegio. Era mi mejor amigo —

dijo casi en un hilo de voz. Y entonces un sinfín de imágenes del pasado comenzaron a atormentarla, haciéndola sentir vulnerable y temerosa de nuevo; como aquella vez.

Un hilillo de sudor se deslizó por su nuca atravesando su columna vertebral, su boca se secó en cuestión de segundos y el pánico de ese momento amenazó con volver a arremeterla. En ese momento sus amigas la sacaron de la ensoñación en la que se encontraba sin percatarse de lo sucedido.

—¿Y por qué terminasteis? — preguntó Samanta mientras se decidía entre un conjunto de encaje rojo y uno color rosa pastel.

—Las cosas simplemente no funcionaron —respiró profundo, intentando recobrar el control—. Después me mudé, así que no tenía mucho futuro —se retiró a divagar mirando el sinfín de conjuntos de lencería que adornaban las paredes de la tienda.

—Seguro era mono —dijo Andrea —, porque al parecer tienes buen gusto. Ángel es un bombón —terminó diciendo con una risa cantarina.

—Sí, es cierto. ¿Y qué ha pasado con él? ¿Salís o qué? —preguntó Samanta mientras seleccionaba un sujetador color perla.

—No —negó ella dando un

sobresalto.

—¿En serio? —la acusaron con una mirada de incredulidad.

—Bueno, no lo sé —suspiró confundida—. Salimos hace un par de días y fue inesperado, todo con él resulta abrupto e inmanejable —dijo consiguiendo fijar su vista en un provocativo conjunto color vino. Se preguntaba si realmente se vería bien en él. Si lograría que sus voluptuosas curvas encajaran ahí o luciría como un chiste de mal gusto.

—Entonces te gusta —dijeron ambas al unísono.

—No lo sé. Quizás sí. —Se ruborizó.

—Deberías probártelo —Samanta acercó el conjunto que llevaba tiempo observando—. Se verá muy bien en ti —la animó.

—No lo sé. No tengo donde usarlo —Sofía retrocedió intentando disuadirlas.

—En cualquier ocasión. Quizás cuando Ángel y tú decidan llevar las cosas al siguiente nivel...

—¡Por Dios, Samanta! —le reprochó Sofía aún más ruborizada.

—Es algo natural que pasa cuando las parejas deciden hacerlo. No es nada del otro mundo, Sofí —dijo ella ajena a lo que estaba mal en su comentario.

—Todo a su tiempo. No te preocupes

—intervino Andrea acercándose hasta ella en un abrazo—. Ahora, ve y pruébate ese sexy conjunto —la empujó hasta los probadores.

Resignada, Sofía decidió probárselo. No entendía cómo sus amigas podían hacer esas cosas mientras observaban como les quedaban a las modelos de los posters. No conseguía entender cómo andaban por el mundo exudando tanta confianza y seguridad en su aspecto. Sofía tenía una extrema confianza en sus capacidades; la necesidad de controlar todos los aspectos de su vida la llevaban a la búsqueda de un perfeccionismo inalcanzable. Todo partía de dos hechos anudados de su

vida, dos marcas de tinta indelebles en su piel y en su alma que se habían plasmado en una misma época. Eso representó el comienzo del calvario que llevaba y del control que necesitaba para sentirse segura. Seguridad, todo se resumía a eso.

Sin embargo, sus amigas debían haber pasado por momentos duros también, pero ahí estaban, sin aparentes preocupaciones, buscando lencería que lucir a su respectiva pareja (al menos Samanta), aun cuando se quejaban de esos kilitos de más que desearían perder, o del pequeño exceso de piel y carne que se asomaba sobre el pantalón. Aun con esas quejas en las

conversaciones comunes del sexo femenino, nunca las vio dejar de comer helado, chocolate y crecientes cantidades de pan en distintos momentos del día. No las escuchaba diciendo que tenían que hacer ejercicio o que lo habían hecho, a pesar de los defectos comunes que todos los seres humanos poseen, ellas no se esforzaban en cambiarlos. En cambio, para Sofía, era un intenso calvario, cada vez que se miraba en el espejo no veía más que grasa asomándose sobre sus bragas o en sus gruesos muslos. Cada vez que se miraba, se topaba con la cruda verdad y se motivaba a hacer lo necesario para hacerlo desaparecer...

—¿Todo bien ahí? —preguntó Andrea desde el exterior.

—Ehh... sí, todo bien —respondió con nerviosismo. Todavía no había comenzado a desvestirse, las manos le temblaban. No había manera en que pudiese verse bien con aquello. Estaba diseñado para mujeres esbeltas y hermosas, ella no era una de ellas, se convenció.

Aun así, se despojó de sus pantalones y camiseta, se quitó el sujetador y lo reemplazó por el de color vino, colocándose las bragas de encaje sobre la suyas azul pálido. El color oscuro hacía resaltar su piel blanquecina y su cabello lucía más oscuro y lustroso.

No se parecía ella, por un minuto se apreció como realmente era, no esa imagen distorsionada de sí misma. Se veía hermosa. Y ahí la oscuridad arremetió contra ella como siempre hacía; no se veía hermosa, se veía gorda. Si perdía un par de kilos, quizás luciría mejor. Siempre se decía lo mismo, un par más y estaré bien, pero nunca se detenía ahí. Se puso su ropa de nuevo y salió del probador como si hubiese sido golpeada por una modelo. No podía comprar ese conjunto, luciría como un chiste, se dijo a sí misma.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaron sus amigas preocupadas—. El color es hermoso. Estamos seguras de que luces

espléndida.

—No me ha convencido del todo —
dijo casi en un susurro.

—Eso... —comenzó a decir Samanta
mientras arrancaba el conjunto de sus
manos—, no puede ser cierto. Así que te
lo llevarás.

—No, no hagas eso —Sofía intentó
detenerla sin éxito.

—Sí. Así tenga que comprártelo yo,
te lo llevarás —se dirigió con una
sonrisa triunfal para hacer la compra.

—No podrás ganarle, así que solo
acéptalo —dijo su otra amiga dándole
una palmadita en el hombro.

Salieron de la tienda sin ninguna
prisa mientras revisaban en sus teléfonos

los horarios del cine y la cartelera para ese día. Vieron las distintas películas que se anunciaban, escogiendo al final una que todas ansiaban ver. Aún faltaban un par de horas para la misma, así que a Sofía le pareció buena idea invitar a Isabel, pero su teléfono la mandaba al contestador de inmediato.

Decidieron dirigirse a su universidad, cuando vas en coche privado y no en transporte público, todo resulta más cercano. Condujeron alrededor de veinte minutos hasta llegar a su destino. Sofía insistió en que se quedaran en el coche, ya que no tardaría mucho. Caminó por los salones donde solía estar sin encontrar rastro alguno,

estaba por darse por vencida cuando divisó a lo lejos una figura familiar. Se acercó deprisa y le sorprendió por la espalda tocando su hombro.

—David —le saludó.

—Hola, Sofía —dijo sorprendido dando un salto.

—No quería asustarte —se disculpó—. Solo quiero saber si sabes dónde está mi hermana.

—Sí, vino un chico a verla. Lo vi en la fiesta, creo que rubio, y después se fueron.

—¿Un chico rubio de la fiesta? —preguntó confundida.

—Sí, bueno, quizás no del todo rubio. Pero algo parecido. Creo que

estaba con vosotras en la fiesta.

—No, eso no es posible. Solo estábamos nosotras y —entonces se detuvo—, José Miguel —dijo para sí. Pero no podía ser cierto, solo se habían visto una vez en su apartamento. Desechó de inmediato ese pensamiento y se despidió con prisa de David.

Subió al coche a toda prisa queriendo sacar de su mente todas las imágenes que comenzaban a atormentarla. Permaneció sin decir nada, inmersa en sus dudas, rogando al cielo que no fuese cierto. Si fuera verdad, alguno de los dos le hubiese comentado algo. ¿Sería por esa razón que José Miguel la había besado? ¿Para saber

cuál de las dos hermanas era hacia quien se sentía atraído?, ¿la amistad sería real o se trataba de una artimaña para estar más cerca de su hermana? Y en caso de ser cierto, ¿por qué razón Isabel lo había ocultado? Ella sabía la razón, tenían un pacto, un pacto devenido de un conflicto del pasado.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —preguntó inquieta Andrea.

—¿Y tú hermana? —preguntó Samanta al ver que no respondía.

—Tiene que estudiar —les mintió—, ¿podéis llevarme a casa? Quiero cambiarme y dejar los libros.

—Está bien —aceptaron sin decir más.

Mientras tanto, Sofía se sumía en sus pensamientos. Si era cierto, ¿por qué le había gustado Isabel y no ella? No se trataba de que le atrajese José Miguel, se trataba de lo de siempre, su desdén por ser perfecta, por tener el control y por ser quien siempre ganara. Quizás él se sentía atraído por su hermana porque era esbelta y hermosa. Sofía no podía competir con ella, se convencía. Se dejó alcanzar por todos los pensamientos de autodesprecio.

Aparcaron frente al complejo de apartamentos, Sofía miró al vacío llenándose de valor para salir y afrontar la realidad.

—Nos vemos en el cine. —Salió del

coche antes de que insistieran en pasar a buscarla.

Entró al apartamento para dejar sus cosas, encontrándose en el sofá de la sala una mochila familiar, sintió como el pulso se le aceleraba y quedó congelada en el momento. Después de lo que parecieron interminables minutos se acercó a la mochila y, sin hacer ruido, se aseguró de que se trataba de la de su amigo. Sintió una punzada en su corazón cuando descubrió que así era. Se aproximó a la habitación de Isabel escuchando tras la puerta las risas y los rastros de besos apasionados. Las lágrimas brotaron a borbotones de sus ojos, deslizándose con prisa por sus

pálidas mejillas. Tiró sus libros en la cama sin importar si hacía ruido y salió a tropel de su residencia cerrando la puerta en un golpe sordo que se escuchó en todo el piso del consorcio. Pensó en tomar el ascensor, sería más rápido, pero sentía la necesidad de descargarse de alguna manera, así que eligió correr escaleras abajo. Notaba como se ahogaba y la saliva se le atragantaba, producto de los gemidos y las más doloridas lágrimas. ¿Cómo su hermana había sido capaz de hacerle eso? Era su amigo, el primer amigo que hizo en la nueva ciudad que la abrumaba tanto a veces. Quizás él no tenía conocimiento del pacto, pero Isabel sí. Le pareció

estar experimentando un *deja vu*, aquella historia se la conocía muy bien. El romance duraría un par de semanas, tiempo durante el que su amigo se iría distanciando de ella de forma progresiva después de que Isabel lo hubiese usado lo suficiente. Y, cuando él se apartara de Sofía, sería la hora de aburrirse, abandonarlo y conseguir otro pasatiempo nuevo. Era justo lo que había ocurrido con Lucas cuando estaban en sexto de primaria, y con Daniel en tercero de secundaria.

Se dejó caer en el suelo del estacionamiento atrayendo las rodillas hasta su pecho, abrazándose como si su vida dependiera de ellas. Se sentía

traicionada, desvalida. La confianza en el mundo había sido quebrantada. Porque si tú hermana podía hacerte algo semejante, solo quedaba esperar lo peor del resto del mundo. Respiró profundamente hasta que se sintió más calmada. Limpió las lágrimas que aún se escurrían por sus encendidas mejillas y colocó un poco de maquillaje en su rostro intentando borrar las señales de que había estado llorando.

Comenzó a caminar sin rumbo fijo, con la mirada perdida en la nada, sintiéndose vacía. *Un paso más*, se repetía, *solo debes dar un paso más*. Y al cabo de un tiempo, se encontró frente a la universidad. De manera consciente

no era su intención terminar ahí, pero sentía que era el único lugar que en parte era suyo, que nadie jamás podría quitarle. Anduvo por toda la universidad sin prestar demasiada atención a las personas que transitaban a su alrededor y, entonces, se detuvo ahí, en el lugar donde lo vio por primera vez. Intentó encontrarlo, pero no divisó su uniforme ni su motocicleta por ningún lado. Se sentó por un largo rato bajo el árbol donde se había sentado esa vez y esperó con la mirada fija en el firmamento. Al cabo de media hora de esperar sin éxito, se levantó y se marchó sin mirar atrás.

Se sentía decepcionada, la vida no estaba interesada en sonreírle. Caminó

sin muchos ánimos hasta la cafetería y entonces divisó su figura a la distancia, se encontraba con unas chicas que no paraban de sonreír de esa manera estúpida, como si lo que estuviese diciendo resultara gracioso, pero en realidad no lo era, su propósito simplemente era hacerlo sentir perfecto y que él se fijara en ellas. Sin más remedio que resignarse se adentró en la cafetería, pagó un *cappuccino* sin azúcar, como siempre, y se sentó en la mesa más retirada del lugar. Se tomó el café en un par de sorbos y después se quedó con la mirada perdida en la nada. Ya no sabía qué hacer, no tenía a donde ir. Le había escrito a sus amigas que no

se sentía del todo bien y no podría acompañarlas. El móvil no había parado de sonar desde entonces, así que se limitó a apagarlo. No quería hablar con nadie, no quería hacer nada.

Él la reconoció al instante, esas curvas, la piel de porcelana y la cascada oscura cayendo sobre sus hombros. Así como la reconoció, supo que algo iba mal. Sin ninguna delicadeza se alejó de sus entusiastas acompañantes y se dirigió hacia la cafetería. Pasó por un lado de su mesa, pero ella se encontraba pérdida en algún lugar, por lo que se percató de que no lo había notado. Se fijó en que su vaso se encontraba vacío y decidió comprarle otro *cappuccino*.

La observó desde lejos queriendo confortarla, tomarla en sus brazos y decirle que fuera lo que fuese que ocurriera, todo estaría bien. Pero sabía que si hacía eso no daría buenos resultados. Después de tanto cavilar en el asunto, se acercó con detenimiento y depositó la taza frente a ella.

Sofía se sorprendió al ver una mano que sostenía una taza de café en su mesa. No tenía ánimos de hablar con nadie. Cuando alzó la vista y lo encontró ahí de pie frente a su mesa, una mezcla de sentimientos se arremolinaron dentro de sí. Aunque nunca lo reconocería, sentía celos de esas chicas que charlaban tan animadamente con él, junto con alegría

de tenerlo ahí a escasos centímetros para poder tocarlo. Pero las imágenes de lo sucedido en su apartamento entre Isabel y José Miguel embistieron con fuerza y le recordaron que no quería estar cerca de nadie en esos momentos. Su mirada se cruzó con la de Ángel y algo extraño sucedió. Esa mirada estuvo cargada de una inmensa comprensión y entendimiento, parecía como si pudiese leerla, como si ante sus ojos fuese transparente. Y contrario a todas sus expectativas, él simplemente se limitó a esbozar una sonrisa y se marchó.

Sofía se vio golpeada por un muro de incertidumbre. No esperaba esa reacción por su parte, la expectativa era

ser acosada por las preguntas e ironías que caracterizaban la personalidad de Ángel. Aún no terminaba de acostumbrarse a la extensa tonalidad de matices que lo conformaban.

Perdió la noción del tiempo mientras se encontraba sentada en esa mesa. Encendió su teléfono móvil y revisó los dieciocho mensajes que reflejaba su pantalla y, uno a uno, los fue eliminando. Aún quedaba una hora para que el sol se ocultara, así que, llenándose de ánimo suficiente, decidió caminar de regreso a casa. Saliendo de la universidad una camioneta se detuvo a su lado y, al bajar la ventana del copiloto, divisó una sonrisa familiar.

—¿Te llevo a algún lado? — preguntó con esa sonrisa torcida tan particular.

—Estoy bien, Ángel. Caminaré.

—Si insistes en caminar sola, me obligarás a seguirte a seis kilómetros por hora hasta que me asegure de que has llegado bien —expresó mientras abría la puerta para que subiera, sin apartar esa mirada magnética que la hacía a veces contener el aliento.

—No lo harías —le retó Sofía dubitativa.

—¿Estás segura que quieres retarme? —dijo en una especie de siseo, como el de una serpiente a punto de atacar.

A Ángel le gustaba ser el depredador, era su elemento. Nunca nadie le había ganado, si él quería que algo pasara, se encargaba de que las cosas sucedieran de una determinada manera. Sofía no era la excepción.

—Está bien. Aceptaré solo porque no quiero a un loco persiguiéndome durante una hora —subió refunfuñando a la camioneta, sintiéndose vencida.

No dijeron nada durante todo el trayecto. Él se dedicó a jugar con el reproductor saltando de una canción a otra cuando se aburría, esperando que con este acto Sofía se alterara y dijera algo; cualquier cosa era mejor que verla mirar al vacío con la mirada perdida sin

vida. Se detuvo frente al edificio donde ella vivía, sintiéndose como un estúpido por no haber aprovechado el tiempo, hablar con ella, invitarla a salir, tantas cosas que pudo haber hecho y no hizo. Ahora estaban ahí frente a su casa, ella se marcharía y, a juzgar por su estado de ánimo, no creía posible que contestara sus mensajes. No obstante, Sofía permaneció allí, inmóvil en el asiento del copiloto sin decir nada, dirigió la mirada hacia arriba donde se suponía que estaba su apartamento y contuvo la respiración, era como si solo observar desde fuera le causara daño. Ángel la observó confundido, tomándole milésimas de segundo entender que, lo

que fuera que le estaba haciendo sentir mal, se encontraba ahí arriba, en su apartamento. Quizás era su madre, su hermana o incluso su novio. Sabía que Sofía le había dicho que no tenía novio, pero su actitud de la fiesta cuando se besaron y en el río, le daba la impresión de que alguien más estaba en su mente.

—Tengo mucha hambre —comenzó a decirle para atraer su atención—. ¿Quieres ir a comer algo primero? No tardaremos mucho.

Ella se mantuvo en silencio alternando la mirada entre Ángel y el apartamento. Era como si pudiese leerle la mente, y eso la aterraba. Además, sin importar lo mal que se sentía, pensar en

la comida, en las calorías deslizándose por su garganta hasta su estómago siendo transformada en grasa que se acumularía en sus partes menos deseables. Eso resultaba mucho peor que tener que regresar al apartamento. Pero ahí estaba, mirándola de esa manera como solo él podía hacerlo, y quería complacerlo, por extraño que resultara para ella misma. Quería hacerlo feliz, porque cuando aparecía todo era más brillante, todo resultaba mejor. Cuando Ángel entraba a cualquier lugar iluminaba todo su alrededor, nadie podía evitar mirarlo y él era consciente de eso. Sofía necesitaba parte de esa claridad, se sentía atraída como una polilla a la luz.

Es como el sol, pensó.

—Sácame de aquí —respondió
dándole una mirada de complicidad.

Capítulo 12

Aparcaron en un sitio de comida rápida a un par de cuadras de distancia de su edificio. Sofia sintió como el estómago se encogía y gotas de sudor se deslizaban por su nuca, temía a esos lugares, porque en ellos se encontraban sus más oscuras tentaciones. Toda su familia y amigos habían llegado a creer que Sofia detestaba esa comida porque disfrutaba más de la comida saludable. Sin embargo, no podían estar más equivocados, Sofia adoraba las hamburguesas, los nachos y las patatas fritas, le gustaba su sabor. Pero la culpa

que sobrevení­a luego era mucho peor, al igual que el castigo que le aguardaba.

Ángel notó como la expresión del rostro de Sofía se tensó, y la tranquilizó.

—Aquí preparan unos emparedados integrales que son la sensación, puedo pedirte uno de esos —pasó uno de sus brazos sobre sus hombros, atrayéndola frente al mostrador. Sofía se tensó en cuanto Ángel la cubrió en la mitad de un abrazo.

—Me das un emparedado Primavera y una hamburguesa Terremoto, por favor —explicó su pedido al chico de anteojos que se encontraba detrás del mostrador.

—Ya no tenemos emparedados

Primavera. ¿Otra cosa que deseen pedir? —respondió en voz aplanada el chico.

—Entonces creo que no pediremos nada —respondió con enfado Ángel—. No sé para que aparece en el menú si no lo tenéis. Vámonos —se quejó con exasperación.

Sofía no lo había visto así, siempre estaba de un extraño buen humor. Aquello la hizo sentirse culpable, él ya había pedido una hamburguesa y había dicho que tenía hambre, no podía hacerle eso.

—Está bien. Pídeme una hamburguesa pequeña. No hay problema —mintió con una mueca disfrazada de

sonrisa.

—¿Estás segura? Podemos ir a otro lugar. No te preocupes por eso —dijo de manera dulce intentando convencerla.

—Estoy segura. Pídeme una hamburguesa con patatas, por favor —pidió esta vez usando un tono autoritario.

Ángel se limitó a pedir las hamburguesas junto con dos zumos embotellados. Sofía pensó que comerían en el local, pero él los ordenó para llevar y en poco tiempo se encontraban de regreso en la camioneta.

—¿Por qué no hemos comido en el local? —preguntó confundida.

—He pensado que no estarías muy

interesada en estar en un lugar lleno de gente. Además, debo admitir que prefiero estar a solas contigo —le mostró esa sonrisa extremadamente seductora que le erizaba la piel.

—Y, ¿a dónde iremos? —Desvió la mirada para ocultar los efectos que tenía su sonrisa sobre ella.

—¡Espera y verás! —respondió muy emocionado.

Condujeron de regreso al apartamento, lo que la tomó por sorpresa. Esperaba ir a cualquier sitio, pero nunca de regreso ahí. Tocó la bocina para que el vigilante abriera el portón de la entrada. Este, al ver a Sofía, procedió a darle paso. Pasó por

el estacionamiento techado atravesando el sótano hasta llegar a la parte descubierta, al lugar más lejano en una inclinación. Cuando apagó el motor, ella aún no comprendía. La instó a salir del coche haciéndole señas con las manos para que se apresurara. Cuando se reunió con él frente a la camioneta, entendió porque ese en lugar en vez de cualquier otro. La vista era de ensueño, se podía ver gran parte de la ciudad, como pequeñas luces de navidad. Era hermoso, un suspiro involuntario se escapó de su boca sin darse cuenta. Ángel se volvió a mirarla y, manteniendo una sonrisa genuina, tomó su mano y la llevo a la parte de atrás de

la camioneta.

—¿Qué haces? —preguntó nerviosa cuando la levantó del suelo colocándola en el cajón de la camioneta.

Sacó del interior la comida que habían pedido junto con una enorme toalla, que imaginó, la llevaba siempre para ducharse después de los entrenamientos en las pistas de *motocross*. En pocos minutos estuvo junto a ella. Levantó del suelo del cajón su motocicleta y la recostó sobre la puerta, buscando el suficiente espacio para estar cómodos, extendiendo el encerado con el cual la cubría bajo sus pies. Colocó la comida sobre el techo de la camioneta y, después de sentarse

sobre él, le tendió la mano a Sofía para que subiera a su lado.

—Me da miedo, puedo caerme —rechazó su invitación.

—Te prometo que si eso pasa, no te dejaré caer —la convenció manteniendo extendida su mano, mirándola de esa manera que la atravesaba y que veía a través de ella, intentando ahuyentar a sus demonios.

Inhaló con fuerza armándose del valor suficiente, cerró los ojos en un intento de encontrar dentro de sí las agallas necesarias y, cuando los abrió y lo vio ahí esperando con la mirada más sincera que nunca notó en él, dejó que la ayudara a subir.

—¡Guau! —exclamó al ver el cielo estrellado junto al pesebre a sus pies.

—Sí, por eso te he traído aquí —dijo respondiendo a esos pensamientos internos que había estado maquinando desde que aparcaron.

—Entonces llevas a todas tus citas a ver las estrellas —trató de disipar la atmosfera peligrosamente romántica que amenazaba en instalarse. Vio como su rostro se desencajó de la impresión, él no esperaba ese comentario pero, como hacía siempre, no dejó que eso afectara su buen humor.

—No, suelo llevar a todas mis citas a un hotel —le dijo adoptando el mismo tono de voz que ella.

—Predecible —contestó sin mirarlo.

—Adquieres esa actitud cuando has sido tú quien ha comenzado —la acusó—. Yo también sé jugar. Y tú eres quien terminará perdiendo más. Recuérdalo.

Sofía lo miró enmudecida. Aquello era justo lo que ella hacía, él tenía razón, había demostrado ser mejor jugador que ella. Por un instante se sintió desarmada. No podía darse el lujo de caer, pese a sus intenciones, ella tenía muy claro que hombre era él, no le molestaba, no pretendía cambiarlo, aunque Ángel se esforzara en demostrar el mejor lado de sí, eran las imperfecciones lo que le atraían, el saber que también el sol podría cubrirse

de oscuridad.

Él la miró esperando una respuesta en contraataque pero lo que recibió fue una sonrisa que lo confundió. Cuando perdió su mirada en el cielo estrellado, creyó que era el momento de saber que le sucedía.

—¿Qué te ha pasado que no quieres entrar a casa? —preguntó preocupado.

Sofía se tensó y, sin retirar la mirada del firmamento, respondió con voz monótona y fría:

—No ha sido nada, no sé porque supones eso.

Él sabía que mentía, algo había sucedido. Sin embargo, era consciente de que no lograría nada hostigándola.

Así lo dejó correr.

Sofía se sintió culpable por haber usado ese tono con él, observó cómo Ángel se quedó callado y adquirió una actitud distante en respuesta mientras se dedicaba a disfrutar de su hamburguesa.

—No sé cómo puedes comer esto a estas horas y seguir viéndote así —lo señaló con ciertos celos.

—¿Así cómo? —preguntó en tono burlón.

—Sabes muy bien cómo. Así, como si vivieras del ejercicio —dijo con resignación dándole un diminuto mordisco a su hamburguesa.

—Siempre estoy en movimiento. Me levanto temprano a correr, debo hacer

ejercicios de peso para poder sostener mi motocicleta en el aire. Necesito muchas calorías para no descompensarme —explicó en mitad de unas risas.

—Aunado al hecho de que los hombres tienen el metabolismo mucho más rápido que las mujeres. Estúpida naturaleza y necesidad de reproducción. Como si a todas las mujeres les interesara tener hijos —respondió con molestia Sofía.

—Es algo hermoso poder hacerlo. No sé por qué una mujer no querría —la miró confundido.

Sofía sintió como muchas cosas dentro de ella se movían y tuvo que

morderse la lengua para no responderle. ¿Cómo alguien no iba a quererlo? Se mofó en su cabeza. Porque no todas estaban interesadas en ponerse como unas vacas, llenarse de estrías y celulitis, junto con el hecho de tener que luchar contra ello todo el tiempo después del embarazo.

—Dime tres cosas de ti. Cosas que hayan sido importantes o que ahora lo sean —le pidió él para cambiar el clima de tensión que evidentemente se había instaurado sin saber el por qué exactamente, pero no estaba interesado en adentrarse en esas aguas.

A Sofía le sorprendió la pregunta. No era algo que le hubiesen preguntado

antes. Mordisqueó unas patatas fritas mientras pensaba. Había tantas cosas, cosas inconfesables sobre todo a alguien que apenas conocía, pero que en el fondo era como si pudiera entenderla mejor que nadie.

—Mi primer beso lo tuve a los catorce años con mi primer novio, si es que a esa edad puede hablarse de noviazgo realmente —sonrió recordando aquel primer beso inocente y las mariposas que había sentido—. Nunca aprendí a montar bicicleta y soy una obsesiva del control y la limpieza. No soporto el caos, debo planificar y controlar todo, si no, no me siento segura —confesó ella finalmente,

arrepintiéndose de haber dicho esa última cosa, algo tan personal y tan suyo, que no se había atrevido a decir a nadie más.

—¡¡No sabes montar bicicleta!! — exclamó sorprendido—. ¿Cómo es posible que alguien no sepa hacerlo? Es inaudito —se burló.

—Deja de burlarte —se quejó—, lo intenté una vez y, cuando casi me caigo, tuve mucho miedo y decidí no hacerlo.

—No puedo creerlo —continuaba burlándose, pero se detuvo al ver la expresión enfadada de Sofia—. Disculpa, ya dejo de burlarme —respiró profundo para dejar de reírse—. Sabes que realmente no puedes controlarlo

todo, ¿verdad? Es algo imposible. Y, ¿qué tiene realmente controlarlo todo? ¿Dónde está la adrenalina y la expectación ante lo que podría ser y desconoces? —preguntó con gran exaltación.

—No me gustan las sorpresas —respondió secamente Sofía. No le agradaba el hecho de que le dijeran que no podía controlar su vida, le restaba poder y eso la enfadaba.

—Está bien. No diré nada más —dijo al verla tensa de nuevo.

—Mi primer beso lo tuve quizás a los cuatro años con mi primera novia, soy todo un galán desde mi nacimiento —dijo regodeándose—. Al principio

era realmente malo en *motocross*, no creo que existiese alguien que lo hiciera peor que yo. Estaba tan cansado que pensé en renunciar, ese día mi papá habló conmigo, tenía diez años entonces, y me dijo que nada que valiera la pena resultaba fácil, que podía abandonar y él me seguiría amando pero, quizás, más adelante me arrepentiría de haberme rendido.

—Eso es realmente lindo, lo que te dijo tú papá —dijo Sofía con ternura imaginándose al pequeño Ángel de diez años llorando y dándose por vencido. Nunca pensó en él cómo alguien que pudo haber sido así en algún momento. Por una extraña razón, creía que siempre

había sido así de decidido, confiado y seguro de sí mismo.

—Pensé que siempre habías sido bueno en todo. Eso es lo que no te cansas de parlotear —se burló ella.

—Desde entonces si lo soy. No me estaba esforzando realmente. Enfrenté mis miedos a ser bueno, porque era eso, miedo al triunfo —dijo él con la mirada en el cielo y por un instante lo pudo ver cómo era, desprovisto de esas defensas, de la coraza de seguridad y egocentrismo—. Me parece que me faltaba la tercera cosa —dijo recobrando el tono arrogante de siempre—. Estudié ingeniería en gas en el occidente del país.

La boca de Sofía se abrió del asombro. Ángel ingeniero, era difícil de creer, así como aún era difícil de creer que estudiara algo relacionado con política, en lugar de estudiar algo relacionado con su pasión, quizás ingeniería, pero mecánica.

—Sí, lo sé, puedes quitar esa cara de incredulidad. Lo hice por mis padres, por complacerlos. O, mejor dicho, por creer que así los complacería. No pude estar más equivocado. Después de dos semestres me sentía muy frustrado, cada día me daba cuenta de que no era algo que me gustara. Hasta que en unas vacaciones ellos hablaron conmigo y preguntaron qué pensaba que hacía con

mi vida. Que la juventud no debería desperdiciarse haciendo cosas que no quieres y, aunque no les entusiasmaba la idea de que me viera rodeado de enredos políticos, era lo que deseaba y estaba bien. —Terminó con una sonrisa de melancolía, dándole un sorbo a su zumo.

—Tienes muy buenos padres —dijo ella devolviéndole la sonrisa.

—Sí. Y tú deberías dejar de jugar con la comida y terminártela —recriminó en un tono reprobatorio al ver que apenas había mordido la hamburguesa.

—No tengo mucha hambre —mintió, rogando que su estómago no la delatara.

—Al menos la mitad. No has comido nada, por favor —le pidió con esos insondables ojos chocolates—, si no me sentiré culpable por dejar que me convencieras y no ir a otro lugar donde comprar algo que si estabas dispuesta a comer.

—Está bien, la mitad, y la otra te la comerás tú que necesitas todas esas calorías —sonrió.

—Está bien, es un trato válido— engulló el último bocado de la hamburguesa.

Terminó de comer en silencio, pasándole la otra mitad intacta de la hamburguesa. Jugeteó con las patatas comiéndolas una a una, intentando

mantener a la culpa a raya.

—¿Qué tal van las cosas con tu novio? —intentó preguntar con un tono despreocupado. Pero el simple hecho de preguntar ya reflejaba un interés particular en la respuesta.

—Ya te dije que no tengo novio. Pero ¿qué pasa contigo y las chicas de esta tarde? —preguntó sin intentar ocultar el interés en su inquisidora pregunta.

—No pasa nada realmente, las acababa de conocer —dijo con una sonrisa—, no estés celosa.

—No lo estoy —respondió con enfado—, y para acabarlas de conocer se veían muy interesadas.

—Eso tiene que ver con vosotras, no conmigo. A las mujeres les atrae lo contrario a lo que dicen que quieren. Quieren un príncipe azul que las salve, que bese el suelo por donde pisan, entonces se convencen de que eso no existe o de que sería aún mejor poder convertir a un opuesto en eso todo, cortesía de vosotras —dijo con suficiencia.

—No creo estar siguiendo tu discurso.

—Me ven a mí y eligen ver lo que quieren ver. Alguien que no entra en sus moldes perfectos, pero creen que por amor podrían hacer que encaje, moldearme y convertirme en ese

príncipe azul. O en otras ocasiones es el hecho de ser diferente, se convencen de que no podrán tenerme en una relación seria y de alguna manera eso aumenta su interés, y todo esto sin yo hacer nada, realmente. Todo esto ha ocurrido en sus cabezas, antes de que yo siquiera diga mi nombre —enarcó una ceja negando, recalcando lo estúpido que le parecía todo eso.

—No lo veo de esa manera. En realidad no creo haber visto a un hombre de esa manera —se encogió de hombros con indiferencia.

Porque lo que le atrajo de Ángel fue su mirada, que aún no entendía, y esa extraña conexión. Él no sabía que a ella

no le interesaba que él ni nadie fuese su príncipe azul, porque ya no creía en eso, ni siquiera quería una relación. Era él quien continuaba apareciendo en su vida pero, una vez aparecía no quería que se marchara, porque la hacía sentirse mejor.

—Eso parece y por ello me atraes como lo haces —confesó sin vacilación mirándola con esos ojos chocolates que podían ver a través de ella.

Sofía sintió como su respiración se volvía más pesada. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué su afán de complicarlo todo con sentimientos expresados? Él sonrió complacido por la respuesta corporal que había obtenido. Sabía que ella no

aceptaría a viva voz lo que sentía, pero su cuerpo lo había hecho por ella. Él se acercó con lentitud sin apartar su mirada hasta poder estar tan cerca que sentía su perfume cítrico y el aroma floral de su champú. Ella era deliciosa. Pero entonces, cuando iba a besarla, ella se estremeció del frío y volteó el rostro.

—Está helando aquí —dijo aún sonrojada.

Tomó la toalla y la pasó por encima de ambos. Pasándole antes su brazo por encima de sus hombros.

—¿En serio piensas hacer eso? —Se alejó de él, por lo que el brazo de Ángel cayó a continuación.

—Bueno, hay dos opciones: puedes

abrigarte tú dejándome a la suerte de este clima y que pesque un resfriado. O puedes compartir y dejarme hacer lo que estaba haciendo —dijo dedicándole una sonrisa seductora.

—¡¡Deja de hacer eso!! —exclamó exasperada.

—¿Hacer qué? —preguntó él con fingida inocencia sin dejar esa sonrisa.

—Eso —Sofía señaló en gestos circulares a su boca—. Piensas que puedes poner esa mirada y esa sonrisa que, porque me parece seductora, acabaré cediendo a tus encantos.

—No sabía que me consideraras seductor —dijo en un ronroneo.

—¡Ya basta! —exclamó—. Si no

dejas de hacer eso dejaré que pesques un resfriado.

—Ok. Está bien, está bien —levantó ambas manos en señal de tregua.

Volvió a posar su brazo sobre sus hombros y los abrigó con la amplia toalla acolchada. Hablaron por largo rato de vanidades. Estar con él a veces resultaba tan fácil como respirar. No podía aburrirse de sus mil tonalidades. Él siempre conseguía ser lo que ella necesitaba en ese momento, manteniendo ese brillo que tanto envidiaba. Podía ser temerario y arrogante, así como podía llegar a ser tierno y preocupado, sin dejar de ser en ningún momento él mismo. Siempre de alguna manera el

mismo Ángel.

Cuando se cansaron de la misma posición bajaron del techo y se sentaron dentro del cajón de la camioneta, continuando las superfluas conversaciones. Sin darse cuenta, Ángel había estado jugando con el cabello de Sofía colocándolo detrás de su oreja cada vez que un mechón caía sobre su rostro. Continuaron de esa manera hasta que ella se quedó dormida en sus brazos.

Él no podía dejar de observarla, se veía tan serena y hermosa; como si eso que la había logrado perturbar tanto hubiese sucedido a años luz. Logró recostarla en el suelo y se acomodó a su

lado, reposando la cabeza de Sofía sobre su pétreo pecho. La abrazó como si se tratara de la última vez; no sabía cuándo tendría una nueva oportunidad. Si algo había aprendido con Sofía era que todo podía esfumarse en cualquier momento. Ella iba en contra de todas sus expectativas y, con ese pensamiento en mente, se sumió en un sueño profundo consciente de que se trataba de uno de los momentos más perfectos de toda su vida.

Capítulo 13

Se despertó en mitad de una ensoñación profunda. Abrió los ojos poco a poco y se exaltó al ver como el cielo comenzaba a aclararse. Miró alrededor, confundida, y vio que estaba envuelta en los brazos de Ángel, sentía su respiración pesada en un lado de su cuello. Permanecía inmóvil contemplando sus opciones. Necesitaba moverse, pero no quería abandonar la posición en la que estaba, el calor de su abrazo. Comenzó a moverse con cuidado, entonces sintió como sus brazos la apretaron con mayor fuerza,

era Ángel estremeciéndose aún dormido. Permaneció así varios minutos hasta que obtuvo la señal de que estaba despierto o, al menos, de que la parte baja de su pantalón lo había hecho. Esperó que fuese una reacción involuntaria de su cuerpo, no quería imaginar que estuviese teniendo un sueño húmedo con ella. Él ronroneó sobre su cuello y la apretó más a su cuerpo, por lo que su erección fue más evidente.

—Buenos días—saludó aún adormilado.

—Muy buenos días los tenéis tú y tu amigo, al parecer —se desligó de sus brazos para ponerse de pie.

—¿Ah? —Bajó la vista sobre sus

pantalones, lo que hizo que esbozara una sonrisa torcida—. Sí, son unos muy buenos días siempre que amanezca contigo.

—Termina de despertarte. Se me va a hacer tarde para ir a clases y a ti también para lo que sea que tengas que hacer —Sofía extendió la mano para que se pusiera de pie.

—Igual llegaré tarde porque tengo que ir a casa y todo el asunto —se bajó de la camioneta mientras terminaba de sacar el letargo de su cuerpo.

—Puedes subir si quieres, darte una ducha y preparamos algo de comer. Así no pierdes tanto tiempo —ofreció ella como si no se tratara de gran cosa. Pero

sintiendo como los nervios la carcomían, al pensar de tenerlo en su cuarto, en su ducha. Detuvo sus pensamientos ahí, no quería seguir divagando respecto a Ángel.

—¿Quieres que suba? —La miró detenidamente, recorriendo su cuerpo.

—Solo estoy siendo educada. Así que deja de hacerte ilusiones —lo dejó hablando solo dirigiéndose al ascensor sin reparar en si la seguía o no.

Entró en el apartamento fijándose en que nadie más se encontraba ahí; estaba desierto. Encendió la cafetera mientras se dirigía a encender el calentador del agua. Ángel entró al apartamento como si se tratara de la primera vez que lo

hacía y, después de cerrar la puerta detrás de sí, permaneció de pie sin moverse.

—¿Qué haces ahí inmóvil? — preguntó Sofía sin entender su actitud recientemente tímida.

—No sé dónde puedo ducharme. Esperaba que tú me lo dijeras. No es mi casa para andar en todo mi apogeo — dijo él en una mueca.

—Acabas de recibir modales, al parecer —se burló Sofía—. Pasa a mi habitación mientras yo me ducho y después puedes hacer lo mismo —dijo sin mirarlo, dirigiéndose inmediatamente a su habitación.

—Está bien —la siguió él—. Esta

vez me he traído mi propia ropa. Siempre tengo en la camioneta para después de las prácticas.

Entró al baño cerrando la puerta detrás de ella, pero se detuvo y retiró el seguro de la misma dejándola entre abierta. Sabía que eso significaba una invitación y ella lo deseaba. Cada vez que tenía su cuerpo cerca, la respiración se le entrecortaba y ansiaba que la tocara. Aquellos que pensaban que los hombres eran quienes pensaban en esas cosas, no podían estar más equivocados. Ella lo quería ahí y ahora, sabía que no tenían una relación seria pero eso no le importaba. Le deseaba con todas sus fuerzas. Cuando estaba cerca de él los

demonios desaparecían y el inquilino permanente se veía acallado por esa voz aterciopelada y su personalidad de mil tonalidades.

Se desvistió con premura, introduciéndose seguidamente en la ducha. Lavó su cabello dos veces, frotó su cuerpo con la esponja de baño dándole tiempo a su acompañante de que decidiera entrar, pero no lo hizo.

Ángel permanecía en la habitación por primera vez sin saber qué hacer, las señales que le enviaba Sofía siempre eran confusas, en un momento todo estaba bien y al siguiente era distante. Se debatía qué hacer; tenía claro que se trataba de una invitación o podría ser

también un voto de confianza. Decidió darle el tiempo suficiente de cubrirse con una toalla. Escuchó cómo se cerraba el agua, después el secador de cabello. Al cabo de unos pocos minutos, este se detuvo. Se acercó a la puerta aún dudoso, sin más, optó por entrar.

Ahí estaba ella con los cabellos aún húmedos que caían como una cascada sobre su espalda. Estaba cubierta por una pequeña toalla color carmesí que le llegaba a mitad de sus pálidos muslos. Sintió como sus latidos aumentaban con solo mirarla. Se aproximó a zancadas y, colocando ambas manos en la base de su cuello, posó sus labios sobre los labios entreabiertos de Sofía producto de la

sorpresa al tener a Ángel irrumpiendo en su baño sin mediar una palabra. Era como un fuego abrasador que quemaba ahí donde él la rozaba. El beso no tardó en volverse apasionado, su lengua jugueteando dentro de su boca como si fuese dueña del lugar. La apretó contra su cuerpo queriendo fundirse en uno solo. Las manos de Sofía se deslizaban en la bronceada espalda fornida de Ángel, no había más que una niebla borrosa en su mente en ese momento.

Una mano se deslizó a la cintura de ella y la apretó más contra su cuerpo, gimió entre besos y jadeos. Su mano continuó deslizándose hasta llegar porción desnuda de su muslo. El

contacto de su suave piel y el deseo de su cuerpo convirtieron la pasión en una profunda excitación que Sofía sintió de inmediato en la presión del pantalón de Ángel. No existía más que sus cuerpos enlazados. La mano de él ascendió por su muslo hasta donde la toalla aún la cubría y, en ese momento, las imágenes comenzaron a atacarla sin parar; el forcejeo, el sonido del teléfono y ella encerrándose en el baño. Lo apartó con todas sus fuerzas haciendo que tropezara con el lavamanos. Sofía aún jadeaba intentando recuperar el aliento, su corazón latía a mil por hora pero ya no de deseo, sino del más profundo terror. Ángel la miró confundido por lo

sucedido, su corazón aún latía desbocado y su respiración era frenética, ahora la confusión lo embargaba; ella había dado la invitación, él nunca hubiese hecho algo que Sofía no quisiera. Observó en sus ojos el pánico y una punzada de culpa se extendió en su pecho; no quería que le temiera, ni que estuviese asustada. Intentó acercarse pero ella simplemente retrocedió. Quería abrazarla a su cuerpo y decirle que todo estaba bien.

—Sofía, no quiero hacerte daño. Está bien. No tienes que hacer nada que no quieras. Nunca te obligaría a hacerlo —susurró como si hablara con un animal herido.

Ella simplemente asintió y su cuerpo se relajó un poco. Ángel dio un paso y esta vez no retrocedió. Se acercó lentamente y la abrazó como si se tratara de alguien frágil, temiendo romperla. En ese instante, Sofía hizo lo que en todo este tiempo no había hecho, Sofía lloró. Las lágrimas salieron a borbotones, cayendo como una cascada sobre sus mejillas. Ángel no dijo nada, solo se mantuvo sosteniéndola hasta que ella se separó y se marchó sin más a vestirse.

Cuando él salió del baño, Sofía ya no se encontraba ahí. Se vistió de prisa, no creía haber tardado tanto en ducharse. Temió que se hubiese marchado dejándolo ahí. La encontró en

la cocina preparando panqueques. Había vuelto a ser la misma de siempre con su máscara usual. No dijo nada de lo sucedido, tenía muchas preguntas, pero eran preguntas que ella no respondería, al menos no ese día.

—Te he preparado tres panqueques. ¿Está bien o son pocos? —preguntó con una sonrisa, como si nada hubiese sucedido.

—Está bien así. Gracias. Se ven muy bien —sonrió en un cumplido.

—No hay de qué —sirvió una taza de café que dejó frente a él mientras ella le daba sorbos a la suya.

—¿No comes conmigo? —preguntó con cara de pocos amigos—. No me

gusta comer solo.

—Estoy preparándome un batido. A estas horas no me da mucha hambre — mintió como de costumbre, sentándose frente a él con un vaso cuyo líquido tenía un color rosa claro.

—Deberías alimentarte bien —se quejó él con el ceño fruncido.

—Lo hago —respondió ella de manera tajante. Era un tema que no estaba dispuesta a discutir. Y él, como buen entendedor que era, decidió dejar correr el asunto. Algo que siempre había tenido claro Ángel era que había que saber escoger sus batallas.

Después de desayunar salieron del apartamento en silencio. Sofía quería

evitar cualquier tipo de pregunta que Ángel pudiera hacer, por temor a que estuviese relacionada con lo acontecido. Se había engañado al pensar que podría estar con él, ¿cómo? Si ni siquiera pudo soportar que se le acercara lo suficiente. Ella pensaba en eso mientras iban en el coche. Ángel, por su parte, se creía un monstruo, se sentía culpable y la mirada de pánico en los ojos de Sofía le perseguía, no podía evitar culparse por ser quien la había ocasionado. Se bajaron del coche al llegar a la universidad, Sofía se dirigió a clases sin mirar atrás, sin percatarse de que Ángel le seguía.

—¿Qué crees que haces? —preguntó

confundida al notar su presencia.

—Te acompaño a clases.

—No es necesario, me has traído hasta aquí y es suficiente. Gracias. Nos vemos después —intentó despedirse, pero él la detuvo tomándola por el brazo y haciendo que girara para encararlo. No se iba a deshacer tan fácil de él después de la noche que habían compartido juntos.

—Quiero hacerlo, eso se supone que es ser un caballero, acompañarte —dijo aun sin entender el porqué de su afán en alejarse de él—. ¿No se supone que a las mujeres les gustan esos gestos?

—Yo no los necesito —suspiró exasperada ante sus intentos románticos

que nunca acababan, solo porque él creía que eso era lo que ella quería.

—¡No quieres que te vean conmigo!
—le acusó en tono arrogante—. Es eso. Si fuese otro me sentiría profundamente herido. En cambio, tengo curiosidad — se cruzó de brazos esperando una respuesta de su parte.

—Sí, es cierto —confesó ella con resignación—. Si mis amigas nos ven juntos comenzarán a hacer preguntas, ponerle nombre a lo que somos; algo que ni siquiera yo sé ni estoy interesada en etiquetar —Ángel le sonrió con esa que era su sonrisa.

—¿Qué quieres que seamos? — preguntó rozando su rostro con tan solo

dos dedos.

—No quiero hacer esto ahora. Y te he dicho que dejes de hacer eso — retrocedió con enfado alejando su mano de su rostro.

—Está bien. Será como tú quieras — se mostró aparentemente resignado pero aún con esa sonrisa de suficiencia.

—Nos vemos —se despidió Sofía dando media vuelta para marcharse.

—Espera —la detuvo de nuevo tomando el rostro de Sofía entre sus manos para después besarla con suavidad.

Fue un beso tierno que poco a poco comenzó a encenderla, pero no como sus besos apasionados, este era delicado,

sutil, la punta de su lengua acariciaba sus labios y se encontraba suavemente con la suya. Se separó con dulzura plantando después otro beso en la comisura de sus labios, marchándose con esa sonrisa que la estremecía. La dejó ahí jadeando, sentía como el calor había aumentado descendiendo hasta sus entrañas y, entonces, se dio cuenta de que esa era su intención. Era una manera de probar que aunque no quisiese admitir frente a sus amigas, ellos tenían algo, él la hacía sentir así, viva. Y también había sido una manera de que ansiara nuevamente su encuentro, que contara las horas para volver a sentirlo. Resignada tuvo que admitir que había

tenido éxito.

Giró y el mundo se vino abajo, sus amigas la miraban estupefactas y José Miguel, un poco más atrás, la observaba con reprobación. Los recuerdos de la habitación de su hermana regresaron y le dirigió una mirada de enojo. Se acercó a ellas sabiendo que lo que venía a continuación era la etapa interminable de preguntas y los por qué insaciables.

—Habéis dormido juntos, ¿verdad?
—preguntó Samanta inquietante.

—¿Estáis saliendo? —preguntó Andrea escandalizada.

—No es cierto —dijo José Miguel en tono molesto.

—Sí, bueno... no —explicó confusa

Sofía

—¿Si habéis dormido juntos? — preguntó incrédula Samanta.

—¿O si salís juntos? —preguntó su otra amiga.

—Es decir, no hemos dormido juntos. Al menos no en ese sentido — explicó con detenimiento—, y no estamos saliendo.

—Ah, ¿no? —Andrea la miró confundida.

—Entonces esa clase de beso en pleno pasillo para que todos lo vean y sepan que estas ocupada. ¿Ese beso no ha significado nada? —preguntó Samanta reflejando lo incrédula que estaba..

—Bueno, sí... —titubeó Sofía—, o no. ¡¡No lo sé!! —exclamó confusa, escondiendo el rostro entre sus manos.

—Lo que sea que tengáis... yo quiero algo de eso —sonrió su amiga Andrea llevándola del brazo para su primera clase.

Agradeció el momento en que las clases comenzaron, no pudo contestar ni siquiera la cuarta parte de las preguntas que la amedrentaban sin parar. Prometió contestarlas durante el almuerzo, siendo la única manera de que desistieran de atormentarla.

La voz del profesor resonaba a lo lejos, pero ella no se encontraba en clases, se hallaba en el pasillo, en el

momento del beso. Ángel la había sorprendido, ahí adelante de todos. Sofía se había convencido de que solo lo hizo para molestarla, él no parecía ser de los chicos que se enganchan tan fácilmente. Su mente vagó todo el día sin ser del todo consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Almorzó con sus amigas sin probar bocado, simplemente se limitó a cortar, cortar y cortar en trozos diminutos la comida, mientras afirmaba o negaba de vez en cuando a sus preguntas para dar señales de estar al tanto de la conversación. José Miguel la miraba desde lejos, incrédulo por lo acontecido. Ella parecía ser una chica lo

suficiente inteligente para enredarse con un tipo como él, pensó. Todo lo que reflejaba lucía como un engaño, una trampa en la que las mujeres caían sin vacilación y, a su parecer, Sofía se había sumado al montón.

Caminaron por los alrededores de la universidad, percatándose ya cuando era demasiado tarde hacia donde se dirigían. Ahora se encontraban frente a las pistas de motocross mientras media docena de motos sacudían el polvo frente a ellas a gran velocidad.

—¿Quién es Ángel? —preguntaron sus amigas con desespero mientras veían las distintas motos intentando hallar una señal de él.

—Es el de negro —les señaló Sofía mientras la motocicleta se encontraba en el aire para aterrizar metros más adelante. Ya había memorizado su motocicleta, era inconfundible porque llevaba el mismo diseño del tatuaje de Ángel en uno de los costados.

—¡Guau! —exclamó Andrea impresionada.

—Es bueno —expresó Samanta uniéndose al asombro.

—Cuando no está atropellando personas sí, lo es —sonrió Sofía recostándose sobre el árbol de siempre, recordando el momento en el que se habían conocido hacía tan solo unos días.

—No es tan impresionante —
contestó José Miguel con recelo.

—Solo estas celoso —exclamaron
sus amigas sin desviar la mirada de la
pista.

—Creo que se ha equivocado de
hermana, entonces —contestó Sofía de
forma fría y tajante.

José Miguel palideció ante el
comentario; Sofía claramente había
expresado que sabía de lo de su
hermana. Pero él no entendía como se
había enterado. No encontraba que
decir, se quedó mirándola intentando
expresar una excusa que nunca llegó.
Así que ella se marchó caminando
alrededor de la pista para alejarse de él.

Su amigo comenzó a seguirla llamándola desde la distancia, sin embargo, no estaba interesada en sus excusas, solo quería alejarse.

—¡Espera! —le pidió sosteniéndola del brazo.

—¡No tengo nada que hablar contigo, así que suéltame! —exigió con enfado alejando su brazo.

—Pero yo si tengo que hablar contigo. Déjame explicarte —le pidió tomándola esta vez de ambos brazos.

—Que no tengo nada que hablar ni escuchar. Suéltame te he dicho —se sacudió aún más enfadada.

—Pero es que... —comenzó a decir José Miguel cuando una motocicleta se

detuvo justo a su lado y el piloto de equipo negro se bajó enfurecido interponiéndose entre ambos.

—¿Y tú qué demonios crees que haces? —le dijo el piloto quitándose el casco para desvelar un rostro de ojos chocolates enfurecidos.

—No es tu problema. Estoy hablando con mi amiga —replicó José Miguel haciendo énfasis en ese «mi», ya exasperado.

—Creo que ella ya te ha dejado claro que no quiere hablar contigo —se detuvo frente a Sofía a escasos centímetros de él sin relajar la postura tensa de su cuerpo.

—¡Basta los dos! —exigió Sofía

separándolos sin vacilación—. Tú, no tengo nada que hablar contigo —dijo señalando a su amigo—, y tú, no necesito que me defiendan —señaló esta vez a Ángel.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Ángel a Sofía aún con la mirada encendida por la furia.

—No. No quiero que lo hagas —se encontró diciendo en un hilo de voz mientras con sutileza alargaba sus dedos y los deslizaba por el rostro de Ángel. Él la miró incrédulo ante este gesto, sabiendo que a la distancia los observaban sus amigas. Su expresión se relajó y le plantó un beso en la comisura de los labios.

—Nos están mirando —susurró al oído divertido.

—Entonces creo que debemos comportarnos —contestó ella también en un susurro.

Le sonrió como solo él sabía hacerlo y regresó a las pistas. Sofía se volvió encarando a su amigo, que aún se encontraba a escasos metros de ella. Lo observó decepcionada y, sin poder soportar un minuto más frente a él, se marchó con Andrea y Samanta sin decir nada.

Capítulo 14

Los siguientes días, todas las conversaciones hacían referencia a Ángel. Sus amigas no se cansaban de saber sobre él; tenía algo que al parecer las hipnotizaba a todas de una u otra manera, esas cosas que en su mayoría hacían molestar a Sofía.

Fueron unos días duros, la tentación se encontraba en todas partes, sus amigas no concebían la idea de estudiar sin comer algo dulce y ella tenía que controlarse para no sucumbir a sus deseos y pecar. Así que, para reforzar su voluntad, incrementó el ejercicio,

aumentando la cantidad de tiempo ocupado entre la universidad y este para tener menor tiempo de pensar en comida o escuchar a su cuerpo que le rogaba por un poco de alimento, más allá de ensaladas esporádicas e interminables líquidos.

Ángel era un poco impaciente, toda la semana estuvo escribiéndole a la espera de una señal que le dijera que Sofía ya no estaba tan ocupada, mientras tanto, disfrutaba del tiempo que le quedaba de vacaciones. Esa semana asistió a dos fiestas como de costumbre y consiguió números de teléfono de chicas que no llamaría. Hasta que, a la mañana siguiente después de una

conversación consigo mismo, sintió vergüenza. Nunca antes había esperado y actuado en función de lo que tenía que ser, sino en base a lo que quería, y lo que en esos momentos más deseaba era verla. Así que no había ningún impedimento para hacerlo. Con la energía recargada, se marchó a buscarla.

Sofía se encontraba en la sala de su apartamento entre apuntes estudiando para un examen que tenía la semana siguiente. Solo pudo descansar un par de horas. Ella aún llevaba un diminuto pijama de dos piezas de satén de color vino, había sido un regalo de su abuela, la camisola caía delicadamente sobre su torso mientras que el pantalón corto se

ajustaba a sus curvas, cubriendo justo lo necesario. La cafetera gorgoteaba impregnando de aroma a café todo el apartamento, mientras ordenaba la sala en espera de que sus amigas desocuparan la ducha. El sonido del timbre la hizo saltar; no esperaba a nadie tan temprano en la mañana, el reloj apenas marcaba las ocho de la mañana. Se dirigió a abrir pensando que quizás se trataba de alguien de la junta del condominio de los edificios, encontrando una sorpresa tras la puerta.

—Buenos días —saludó Ángel con una sonrisa sosteniendo dos bolsas en sus manos.

—Buenos días —respondió Sofía

casi tartamudeando.

Él la recorrió con la mirada sin disimulo, devorando cada centímetro de su piel, admirando lo provocativa que lucía con ese conjunto color vino. Sofía sintió como se ruborizaba por la intensidad de su mirada.

—Muy buenos días, ahora que te veo —agregó al subir la vista a sus ojos con esa sonrisa seductora.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó, aún asombrada.

—Anoche dijiste que estudiaríais hasta tarde. He supuesto que habíais amanecido y no tendríais muchos ánimos para cocinar, así que he pasado a comprarnos el desayuno —depositó un

beso en la esquina de los labios para dejar sobre la encimera de la cocina las bolsas.

—Te lo agradezco mucho. Pero tú sabes que no como mucho en el desayuno.

—Ni en el almuerzo o la cena —bromeó él—, y por eso te he traído un yogurt que me han dicho que es bajo en todo, y un *cappuccino* grande, pero veo que ya has hecho café. Quizás debería haber llamado primero —hizo un gesto que dejaba ver la incomodidad que le había supuesto que su plan no saliera como esperaba.

—Sí, estaba preparando un poco. Pero nada le gana a un *cappuccino* —

arrebató el vaso de su mano sonriendo —. Gracias —agradeció dejando un beso corto en los labios.

—¿No te da vergüenza que salga algunas de tus amigas y vea que me acosas? —se burló acorralándola junto a la nevera.

—Eso sería lo último que pensarían —replicó ella con diversión sin poder apartar su mirada.

Ángel se acercó y la besó manteniendo ambos brazos sobre la encimera para continuar aprisionándola, apretó su pelvis para que sintiera lo que provocaba en él tenerla cerca. Ella gimió en sus labios introduciendo su lengua dentro de su boca, presionando

con fuerza sus manos en su fornida espalda. El sonido de la puerta los obligó a separarse. Nadie se asomaba aún, y se limitaron a intentar disimular los restos de alteración emocional.

—Sofía, ya hemos desocupado la ducha —decía Andrea mientras terminaba de desenredar su rubia cabellera sin percatarse aún de su visitante. Levantó la vista para decir algo más y se quedó enmudecida al ver a Ángel que sonreía manteniendo su brazo en la cintura de Sofía.

—Buenos días —saludó él con esa sonrisa única.

—Buenos días —parpadeó varias veces, perpleja—. No sabía que

teníamos visita.

—He pasado para que desayunemos juntos y a robar un rato a mí no... — comenzó a decir sin quitar la mirada se Sofía, divirtiéndose por el color que tomaban sus mejillas —a robar a Sofía más tarde.

—Claro. Puedes robártela —sonrió Andrea complacida—. Iré a decirle a Samanta que nos han traído el desayuno —se rio ante la escena desapareciendo de su vista.

—¿Tú no...? —se quejó Sofía cruzando los brazos sobre su pecho esperando una aclaración.

—Es muy divertido hacerte enfadar —fue todo lo que dijo arropándola entre

sus brazos.

—No lo hagas —le pidió ella liberándose, dejando a Ángel un poco confundido por la situación. Podía ofenderse ante sus desplantes o podía seguir intentando llegar a ella. Sabía desde el principio que con ella no resultaría sencillo así que por más intentos que hiciera en alejarlo, no lo conseguiría, porque él pensaba que valía la pena.

Resultó un desayuno muy animado; Samanta y Andrea no pararon de interrogarlo sobre cosas que Sofía ya conocía, ella, sin embargo, permanecía en silencio. Cualquiera chica estaría más que satisfecha con lo que ocurría. Ángel

había aparecido con el desayuno, actuaba como caballero con sus amigas, todo iba sobre ruedas. Pero Sofía temía perder su independencia o, mejor dicho, el control, porque el tsunami Ángel representaba eso; era impulsivo, perseverante y determinado, nada resultaba un obstáculo para él. Él representaba todo lo que ella temía; el caos.

—¿Me acompañas abajo un momento? —le pidió Ángel con una mirada calculadora.

—Está bien. Chicas vuelvo en momento —se excusó saliendo del apartamento.

—¿Qué ocurre?

—Ya verás —dijo mientras bajaban en el ascensor. Antes de que las puertas abrieran, le cubrió los ojos con su chaqueta y la condujo varios pasos adelante.

Sofía se quejó cuando lo hizo, porque seguía detestando las sorpresas. A pesar de todo lo que Ángel representaba, las sorpresas eran algo que ella no podía controlar y eso lo detestaba.

—Ábrelos —le pidió entusiasmado.

Cuando Sofía abrió los ojos se encontró frente a ella una bicicleta de montaña color negro. Se sintió confundida sin comprender realmente. Ella no sabía conducir bicicletas,

entonces detalló que solo había una y lo entendió.

—¿Me vas a enseñar a montar en bici? —preguntó incrédula.

—¡Te voy a enseñar a montar en bici! —afirmó él con una sonrisa infantil.

—¿Por qué haces esto? —preguntó ella conteniendo las lágrimas y dándole la espalda para ocultarlo. El desayuno, la bicicleta y como la defendió el día anterior la confundían. Ella quería tomarlo sin compromiso no quería ilusionarse, pero él aparecía haciendo todas esas cosas.

—Porque quiero hacerlo —se plantó frente a ella dándole un beso corto—,

porque puedo. Y porque iremos mañana a dar un paseo tú y yo.

—Eso es inesperado. Como tú — murmuró ella conteniendo el aliento.

—Lo tomaré como un cumplido — sonrió satisfecho tomando lugar detrás de ella para enseñarla a andar en bicicleta.

Resultó más complicado de lo que imaginaba o quizás fue el hecho de que Ángel fuese su instructor. Tenerlo tan cerca, el olor su perfume y el aroma característico de su piel resultaban ser distractores poderosos. Se mantuvo sosteniendo el asiento todo el tiempo, sin dejarla caer en ningún momento.

—Intenta mantener el equilibrio —le

indicaba desde atrás—, pedalea manteniendo derecho el manillar, si no terminarás contra la pared.

—Eso intento, pero me pones nerviosa —se quejaba ella intentando hablar y mantenerse sobre ruedas al mismo tiempo; algo que resultaba demasiado complicado.

Las manos de Ángel se acercaron a sus caderas, la piel le quemaba justo ahí donde las había posado, la respiración se entrecortaba y no pudo seguir manteniendo el equilibrio. Él reaccionó en el momento justo logrando mantener de pie el aparato. La ayudó a bajar de la bicicleta y permaneció ahí mirándola. Sin decir más, posó los labios sobre los

suyos. Fue un beso suave y gentil, pero Sofía no se conformaría con tan poco cuando había probado el fuego, no estaba dispuesta a renunciar a él tan pronto. Cerró sus brazos sobre el cuello de Ángel y se apretó a su cuerpo con fuerza, ante esto, él comenzó a besarla con mayor ímpetu, la atrajo a una pared cercana y levantó sus piernas sirviéndose de la pared como apoyo. Sofía enroscó las piernas alrededor de su cintura sin pensarlo y continuó con los besos, aprisionándolo entre sus brazos que ansiaban más de él. Pero él se detuvo y la colocó de pie en el asfalto con gran dificultad. Respiraba bruscamente, aún dominado por el fuego

que surgía entre ambos. Sofía lo miró aturdida sin entender el porqué de su rechazo.

—No me mires así —le suplicó él con voz pesarosa leyendo sus pensamientos—. No es lo que imaginas.

—No entiendo —negó ella intentando recobrar la compostura.

—No debe pasar así —se acercó de nuevo con lentitud sin quitarle los ojos de encima a Sofía, que lo observaba dolida.

—Tienes razón. Nada de esto debía pasar —retrocedió evitando su contacto, abrazándose a su propio cuerpo, incómoda. Se sentía expuesta y vulnerable por haber dejado que todo se

saliera de control.

—No es a eso a lo que me refería, y lo sabes.

—Está bien. Ya es hora de que regrese a estudiar —contestó Sofía dirigiéndose al ascensor.

—Pasaré por ti mañana al amanecer —recorrió la distancia entre ellos con rapidez y dejó un beso en la mejilla de Sofía.

Ella se sintió desfallecer, después de tanta pasión lo más humíllate que podía pasarle además de haber sido rechazada, era que se despidiera con un beso en la mejilla. Quiso decirle lo mal que se sentía pero significaba admitir que le importaba, así que hizo todo lo opuesto,

se marchó sin despedirse. Para ella no había más nada que decir.

El resto de su día se tornó gris o, al menos, esa fue su percepción. Había logrado estudiar con éxito pero, para cuando sus amigas se marcharon y se encontró sola en un apartamento vacío, el monstruo volvió para devorarla. No conocía en absoluto del pasado amoroso de Ángel y se sintió humillada ante su rechazo. El recuerdo de las chicas que charlaban cómodamente con él cerca de la cafetería y todas las demás que coqueteaban con él en la fiesta, taladraban su mente como agujijones de abejas a los que era alérgica, uno detrás dentro se volvían cada vez más letales.

¿Cómo querría él estar conmigo?, se decía, *cuando puede tener a la mujer que desee, cuando lo desee.* Pero las cosas no podían terminar de esa manera. Sofía era mejor en muchos aspectos y si no estaban juntos, sería porque ella lo decidiera no porque lo hiciera él. Un par de kilos menos, solo un par, se prometió, y todo estaría mejor. Ya no dolería mirarse en el espejo y la báscula no se burlaría nunca más de su miseria.

Se levantó y se marchó a correr. Cada día se convertiría en un nuevo desafío, en un reto que vencer, en calorías que quemar y gramos que perder. Hasta que lograra su meta, hasta que fuese feliz verdaderamente.

Capítulo 15

El reloj marcaba las seis de la mañana cuando llamaron a la puerta. Sofía había regresado tan cansada que solo había pensado en ducharse y descansar, olvidándose por completo de su cita de ese día. Se levantó aún adormecida y, al abrir la puerta, ahí se encontraba con su típica sonrisa torcida y sus lentes estilo aviador.

—Buenos días, dormilona —la saludó dirigiéndose a la cocina.

—Son las seis de la mañana —respondió con exasperación frotando sus ojos, detestaba que alguien tuviese la

osadía de levantarla de la cama.

—Te dije que nos veríamos al amanecer —señaló el horizonte, donde el cielo empezaba a aclararse y el sol se alzaba—. Ve a arreglarte que yo prepararé un poco de café.

—Está bien. Si quieres comer puedes servirte lo que quieras.

Tomó la ducha más corta de su vida. Se metió deprisa en unos pantalones negros junto con una camiseta blanca y unas zapatillas deportivas grises. Salió de la habitación recogiendo su cabello en una coleta. Ángel la miraba desde la cocina con una sonrisa seductora.

—Me gusta —dijo sin dejar de mirarla con lo que Sofía detectó como

lujuria.

—Solo dame mi café y nos vamos — dijo ignorando su comentario.

—Aquí lo tienes, sin azúcar —dejó frente a ella la taza espumosa—. He cocinado un desayuno nutritivo para comer una vez estemos allí. Pero come una barra de granola antes, por favor.

—Me la comeré por el camino — respondió ella aún de mal humor por la intromisión, así que la tomó del mostrador y la introdujo en su bolso—. Vamos antes de que se haga tarde.

—Me alegra que estés ansiosa —se acercó posando un beso en su mejilla—, pero tienes razón, es mejor que nos marchemos.

Al bajar, Sofía divisó las dos bicicletas aparcadas en el estacionamiento, de una de ellas colgaba un bolso. No podía creer que se encontraran ahí, que él hubiese regresado y planeara una salida al aire libre juntos. *Él no puede sentirse atraído*, se repetía. Ella era una más, una conquista que agregar a su extensa lista.

—¿Crees que es buena idea ponerme al volante? —Sofía se detuvo a unos pasos recordando su falta de equilibrio.

—Iremos despacio, tranquila. Además, tomaremos una vía poco transitada, cerca del apartamento hay una carretera que nos llevará a un

parque a las afueras de la ciudad. Allí es donde vamos.

—¿A las afueras? ¿Cuánto tiempo nos tomará eso?

—Una hora más o menos. Así que es mejor que comencemos.

Resultó más sencillo que el día anterior, al no tener a Ángel sujetándola podía concentrarse. Avanzaron despacio, pero una vez en el camino, Sofía fue perdiendo el miedo e incrementó la velocidad. Compitieron por largo rato, ella sentía la adrenalina, las piernas le quemaban anunciando que se trataba de un ejercicio efectivo y beneficioso para sus metas, así que eso le sumaba satisfacción. El clima era

perfecto, con un cielo despejado y el olor a naturaleza impregnaba su piel, el rocío se divisaba en las hojas de los árboles y el césped junto a la carretera; era un día hermoso para estar fuera. Sofía quiso sobrepasarlo sin percatarse de un bache que la desestabilizó, él avanzó con rapidez interponiéndose entre su cuerpo y el pavimento ocasionando que aterrizara sobre algo menos áspero; su cuerpo. Sofía comenzó a reír sin parar. Hacía mucho tiempo que no reía de esa forma, pero encontrarse en esa situación la hizo sentirse de esa manera. Y, sin percatarse, se sintió plena, por unos momentos se sintió libre y en paz consigo misma. Ángel tenía ese

efecto en ella.

—En lugar de reír, podrías levantarte —le pidió Ángel preso bajo su cuerpo.

—Es una opción —dijo sonriente sin poder parar de reír—. La otra es quedarme así. Estoy muy cómoda.

—Entonces tendré que levantarte —colocó uno de sus brazos bajo las piernas de Sofía moviendo su cuerpo a un lado.

—Por eso Oscar no logró enseñarme a montar bicicleta —rió ella con nostalgia—, siempre terminábamos así. Ninguno tenía buenos reflejos como los tuyos.

—¿Oscar era tu novio? —preguntó intentando enmascarar su interés.

—Eh —dudó ella sin saber responder.

—Solo quiero conocerte —la observó con esos ojos chocolate que podían ver a través de ella sin esfuerzo.

—Sí, él fue mi novio un par de años —respondió sin saber cuánta información podría compartir sin sentirse expuesta.

—¿Dónde lo conociste?

—En tercero de primaria, en el patio del colegio —tenía la mirada perdida en cielo mientras recordaba aquellos momentos—. Yo me caí provocando que mis rodillas se lastimaran al aterrizar, él me ofreció su ayuda y desde entonces fuimos amigos. Cuando se acercaban

mis quince años todos decían que seríamos la pareja perfecta, así que en mi afán por lograr la vida perfecta nos hicimos novios el día de mi cumpleaños.

—¿Y qué pasó después? ¿Por qué se acabó?

—Él planeaba ir a la universidad cerca de la ciudad donde vivíamos, mis planes estaban aquí. Así que no le vi sentido a seguir con una relación destinada al fracaso y terminé con él al final de mi último año.

—Dura. Me gusta —dijo con una sonrisa seductora—, y después, ¿saliste con alguien más?

—Nada serio, salí con Daniel y después eh... —las imágenes de ese día

la desorientaron, presentando dificultades para mantener el hilo de la conversación—, después terminamos y me vine aquí.

—¿Estás bien? —Tocó su frente y su cuello para comprobar su temperatura —, estás pálida. Podemos volver si quieres.

—Estoy bien —mintió—, ¿qué hay de ti? ¿Novias?

—Sí, digamos que más de las que te imaginas. Nada realmente serio. En la actualidad no tengo novia.

—¿Eso es todo? —preguntó anonadada—, esperaba más detalles.

—No me gusta mucho hablar de ello. Es mi pasado y ya te dije lo que

necesitas saber —respondió en tono tajante.

—Yo contesté a todas tus preguntas. Lo menos que merezco a cambio es que hagas lo mismo —le pidió con las misma seriedad.

—Está bien —dudó él tomando aire—. Hice cosas inmaduras, salí con varias chicas al mismo tiempo. Era un imbécil en mi adolescencia. No me enorgullezco, pero es parte de quien soy ahora.

Sofía lo miró confirmando todas sus suposiciones. ¿Cómo tomarlo en serio? Si él nunca lo había hecho. Estaba ahí, frente a aquel chico físicamente perfecto que decía exactamente lo que las

mujeres esperaban escuchar. Quiso preguntar si en ese momento había alguien más. Había dicho que no tenía novia pero eso no descartaba el hecho de que no saliera con alguien más.

—No lo hagas —le pidió él con expresión seria.

—¿El qué? —cuestionó despertando de sus pensamientos.

—Darle vueltas a lo que te he dicho y hacerte hipótesis de lo que no he dicho.

—No hago tal cosa.

—Si lo haces —levantó su barbilla con delicadeza para mirarla a los ojos—. En este momento estoy aquí, somos tú y yo. Seremos tú y yo siempre que

quieras.

Esas palabras la hicieron sentir incómoda, así que Sofía se alejó recostando su espalda sobre el césped, observando cómo los rayos del sol se colaban entre las frondosas copas de los árboles. Todo resultaba nuevo y extraño para ella. Lo que sentía no lo había sentido antes, pero no admitiría eso frente a Ángel. Él se tumbó a su lado manteniendo escasos centímetros entre ambos, observando cada movimiento pero sin hacer ninguno. Sofía estiró su mano y entrelazó sus dedos con los de él; un gesto que era suficiente para expresar lo que no podía decir. Él se quedó inmóvil por la sorpresa, antes de

responder apretando su mano con fuerza.

El estómago de Ángel interrumpió su descanso y optaron por dejar de aplazar su desayuno. Él creía que se trataba de un gesto romántico que ella agradecería siempre, una chica normal lo haría. Sin embargo, para Sofía ver la comida provocaba en su cuerpo arcadas. Recordó la mañana en la que le había preparado panqueques como desayuno, lucían muy parecidos, se había tomado la molestia de cortarlos en triángulos y adornarlos con fresas; ella nunca se hubiese preparado algo así. Él comía animadamente mientras Sofía cortaba en pedazos cada vez más pequeños su porción.

—¿No te han gustado? —preguntó con esa mirada profunda que teñía al borde de la decepción.

—Claro que sí —mintió—, solo es que suelo cortar la comida así de pequeño—introdujo un pedazo en su boca para no hacer sentir mal a Ángel y entre conversaciones y sonrisas olvidó sus preocupaciones y terminó ingiriendo todo de su plato.

Juguetearon tontamente y ella se sintió más libre de los demonios que la perseguían. Sin quererlo, Ángel se convirtió desde entonces en su verdugo, todo comenzó con esos panqueques, más tarde el helado de chocolate que la convenció de comer y la pizza del

almuerzo que dedicó a comprar. Mucho más de lo que hubiese comido en un solo día. Mucho más de lo que su cuerpo necesitaba.

—En un mes tendré una competencia en una pista a unas cuatro horas de aquí. Hay un par de hoteles cerca y me gustaría que asistieras —dijo mientras la sostenía de la cintura una vez llegaron al edificio donde ella vivía.

—No lo sé —se tensó a su lado al pensar en el hotel.

—Puedes ir con tus amigas y pedir una habitación. Todo lo que necesito es que estés ahí —le rogó con esos hermosos ojos color chocolate en los que sentía poder derretirse.

—Está bien. Haré todo lo que pueda.

—Gracias —la alzó del suelo mientras daba vueltas—. La semana que viene regreso a clases y no podré verte tanto como quisiera. Pero quiero que estés ahí, conmigo y por mí.

Ella sonrió sin afirmar ni negar nada; no quería asegurarle que estaría ahí por él. No cuando ni siquiera sabía lo que él significaba en su vida. Lo besó con toda la ternura que encontró y se despidió mientras en el horizonte el sol también se despedía.

Cuando él se marchó, se encontró de nuevo sola y esta vez el monstruo rugió con fuerza. Su mente comenzó a calcular las calorías consumidas, los

panqueques, el helado y la pizza. No podía creer que hubiese sido tan estúpida y tan débil para sucumbir y todo por complacer a un chico. ¿Dónde estaba su dignidad? ¿Dónde estaba su orgullo? Sus metas se habían visto obnubiladas por un chico recién llegado, que con su estúpida sonrisa y su incandescente brillo la hacía perder la cordura. Y él no parecía querer irse a ningún lugar lejos de su vida.

Sin encontrar otra solución, se arrodilló frente al lavabo intentando sacar de su estómago lo más que pudiese, que resultó ser muy poco. Revolvió el baño hasta encontrar los dos últimos laxantes que quedaban y se

los tomó de prisa, aguardando impaciente que hicieran efecto y poder purgar de su sistema tanto veneno.

Ese día comenzó la larga caída en su vida, ese día marcó el inicio de ese triángulo amoroso: Ángel, Sofía y el monstruo del espejo.

Los siguientes días fueron un calvario, Sofía pensó que con el tiempo la carga se haría más liviana y las cosas mejorarían, pero el monstruo no tenía intenciones de ir a ningún lugar y Ángel tampoco. Aun cuando las advertencias de él se cumplieron y no disponía del mismo tiempo que antes, se las arreglaba para desayunar juntos, almorzaba con sus amigas y, en algunas

ocasiones, aparecía con la cena. Todos esos gestos significaban mayor cantidad de ejercicio, un incremento en el consumo de laxantes y en los intentos de vomitar la comida.

Sofía se las arreglaba para que él no sospechara nada, pero al transcurrir el tiempo resultaba más agotador y la culpa era mayor. Había dejado de mirarse en el espejo de su habitación, porque cada vez que caminaba frente a él, el asco y decepción la sobrepasaban. La solución era sencilla, acabar con el calvario que se había convertido su vida, todo se limitaba a terminar con él, ponerle fin a una relación que no tendría futuro. Él nunca dejaría de tener esos gestos, y ella

nunca le diría que dejara de hacerlo, porque eso significaba tener que confesar uno de sus secretos, uno que él no entendería y que al final terminaría por separarlos igualmente.

Capítulo 16

Faltaba un día para el campeonato de Ángel. Él se había marchado ese día, mientras que Sofía contaba las horas para salir de clases e ir a empacar. La idea de estar lejos de casa en un hotel a un par de habitaciones de distancia de aquel chico tan sexy le aceleraba el pulso. Las cosas entre ellos se habían enfriado un poco desde esa vez en el estacionamiento, las palabras *no debe pasar así* se le habían tatuado en la mente y ahora aparecía esta oportunidad que le helaba la sangre. Sofía se había esforzado haciendo ejercicio, logrando

perder un par de kilogramos contra todo pronóstico en esas semanas. Pero un fin de semana con él, sin excusas de por medio, era atemorizante. Él comía como nadie más y pretendía que ella lo hiciera al menos en parte, lo que arremetía contra sus metas.

—¿A qué hora partimos mañana? —preguntó Samanta al salir de su última clases.

—A eso de las seis, creo —respondió Sofía alejando todas sus preocupaciones—. Ángel compite a las doce, así que quiero llegar antes.

—Claro, para desearle suerte —dijo Andrea simulando como besaría a Ángel.

—Quizás —sonrió Sofía—, solo quiero que me vea antes y que sepa que cumplí.

—Y, ¿llevarás el conjunto que compraste hace unos meses? —susurró Samanta en voz baja cuando pasaban por uno de los pasillos atestados de estudiantes que urgían por comenzar a disfrutar de su viernes.

—No lo sé. No es que vaya a pasar algo —explicó Sofía en un hilo de voz mientras se sonrojaba.

—Estas de broma, ¿no? —Samanta la miró sorprendida.

—¡No puedes pensar que no pasará nada! —exclamó Andrea—. Estaremos en un hotel, a cuatro horas de aquí.

Habrá bebida, música y desenfreno como suele haber en ese tipo de competiciones.

— Y qué? No significa que yo vaya a actuar como una más del montón —se quejó Sofía ante la presión de sus amigas.

—Lo que Andrea intenta decir —dijo Samanta con la mirada que siempre usaba cuando sentía que no estabas considerando lo obvio de la situación y ella sí—, es que habrán chicas, un montón de ellas anhelando llevárselo a la cama. Así que no permitas que eso suceda.

—  Samanta!! —exclamó Andrea ante la brusquedad de sus palabras—.

No la asustes.

—Quizás tengas razón. Pero si eso sucede no pienso hacer nada para evitarlo. Solo probará si él vale la pena o no. No pienso acostarme con él como un patético intento para que no lo haga con otras; porque eso no asegura nada. Si él quiere acostarse con otras lo hará indistintamente de que yo tenga sexo con él o no —contestó Sofía con una dureza que nunca antes hacía usado con sus amigas.

—Tiene razón. Discúlpanos, lo harás cuando quieras hacerlo, sin presiones de por medio —dijo Andrea disculpándose e intentando reducir la tensión que las rodeaba.

—Sí, discúlpanos, Sofía. Lo último que necesitas es que tus propias amigas te presionen —se disculpó Samanta tomándola de la mano—. Ahora debemos marcharnos a empacar.

—Gracias. Ahora a empacar —respondió Sofía.

—¡A empaacaar!—exclamó Andrea con extrema efusividad.

El viaje resultó ser agotador, los minutos avanzaban a una velocidad extremadamente lenta, lo único que pasaba por su cabeza era llegar y encontrarlo ahí. Aunque luego el nerviosismo la embargaba sobre qué decir. Por más que quería convencerse de que se trataba de una salida más, no

lo era; sus amigas tenían razón, aunque fuese horrible admitirlo.

—Estás nerviosa —dijo Andrea sin quitar la vista de la carretera.

—No lo estoy —negó Sofía enderezándose en el asiento del copiloto.

—No era una pregunta —señaló su amiga—, puedo notarlo.

—Bueno, quizás un poco—admitió después de un largo suspiro.

—¿Qué sientes por Ángel? Me refiero a que si quieres una relación seria con él.

—Si te soy sincera, no lo sé.

—Para haber decidido hacer un viaje de cuatro horas sin importarte el

material que tenías que leer, debes sentir algo importante. ¿No crees? —dijo con una sonrisa de complicidad, de esas que solo las amigas saben dirigirte.

—No quiero perderme. Cuando estoy con él siento que soy otra, de alguna manera consigue que me olvide de mis problemas. Pero lo que él es, lo que él representa, no es compatible con una relación y no creo que yo esté interesada en una tampoco.

—¿Qué él no es compatible? —expresó con incredulidad Andrea alzando la voz.

—Shhhh —intentó silenciarla Sofía debido a que Samanta se encontraba dormida en el asiento trasero.

—A mí me parece que está muy interesado en una relación seria, a menos que tenga todos esos gestos con todas las chicas con quien sale. Y con respecto a lo otro, a veces es necesario perdernos para poder encontrarnos realmente.

Con esas palabras, Sofía se sumergió en un silencio profundo mientras su amiga se dedicaba a tararear las canciones de la radio. Quizás tenía razón y si Ángel la hacía cuestionarse tantas cosas, podría ser porque estas no representaban quien era realmente. Él la atemorizaba y era un reto, resultaba difícil estar a su lado. Pero una vez dijo que las cosas que realmente valían la

pena nunca eran fáciles. La pregunta era: ¿estaba ella dispuesta a apostar todo por él? No lo sabía.

Tuvieron que detenerse en varias ocasiones para poder dar con el hotel correcto. Ángel les había reservado una habitación doble a tres habitaciones de distancia de la suya. Se registraron en la recepción y subieron a su habitación. Era un hotel cómodo, lo mejor que la pequeña ciudad podía ofrecer, una alfombra verde se extendía por lo que correspondía al pequeño *lobby*. Había alrededor de cien habitaciones, con un estilo rudimentario y colonial, la madera predominaba en todo el lugar. Tenían un patio central adornado con gran cantidad

de plantas floridas y helechos, con bancos de cedro en sus proximidades. Poseían una piscina en forma circular que tenía un desnivel que dividía el lado de niños de los adultos. El reloj de la recepción marcaba quince minutos pasadas las once de la mañana y el calor resultaba abrasador.

Un agradable chico de ojos zafiro las guió a su habitación y, antes de retirarse les dio su número, el joven debía rondar los veinticinco años. Sin hacer mucho alboroto dejaron su número sobre el tocador. La habitación era cómoda y sencilla, dos camas matrimoniales se encontraban apoyadas contra la pared separadas por una mesita de noche de

caoba y una pequeña lámpara en su superficie. Tenían un tocador sobre el que se encontraba incrustado en la pared un televisor. Las dos ventanas de la habitación ofrecían una vista a la piscina y al pequeño bar.

—No sé ustedes, pero yo voy a cambiarme —dijo Sofía rebuscando en su maleta algo menos caluroso que sus pantalones—. El calor es abrasador ahí fuera.

—Yo también me cambiaré. Usaré algo más cómodo —expresó Samanta.

—Yo estoy bien como estoy —dijo Andrea recostándose en una de las camas mientras que sus amigas revoloteaban por la habitación.

Veinte minutos más tarde, se encontraban de nuevo en el coche. Samanta llevaba unos pantalones a media pierna color salmón mientras que Sofía llevaba una falda corta junto con una blusa vaporosa color vino que se ajustaban al aspecto que le daban sus botas cortas de gamuza negra.

—Ángel se desmayará cuando te vea así —dijo Samanta.

—Espero que no, porque tiene un campeonato que ganar —se rio Sofía mientras se ajustaba las gafas de sol.

Llegaron al lugar de la competición y se encontraba atestado de gente por todos lados. Fue difícil estacionar, pero consiguieron hacerlo cerca de la pista.

Buscó a Ángel entre la multitud y lo divisó hablando con varios jóvenes contemporáneos. Se acercó sin llamar su atención, queriendo tomarlo desprevenido, pero en el momento correcto su mirada se encontró con la suya y, para su sorpresa, se apresuró a su encuentro con esa mirada intensa que la hacía sentir que se desvanecería.

—Pasaba por aquí y pensé en... —comenzó a decir nerviosa Sofía, pero se vio interrumpida por los labios de Ángel que se estrellaron sobre los suyos como una hoguera. Sus manos la tomaron por la cintura apretándola contra él, fue un beso lleno de anhelo de su piel, de su sabor, de su olor. El mundo desapareció

a su alrededor, solo estaban los dos queriendo fundirse en uno solo; fueron los segundos más lagos de su existencia. Y cuando se alejó, Sofía gemía por su ausencia.

—Has venido —sonrió dándole un corto beso—, has venido por mí —usó esa sonrisa de suficiencia que usaba cuando creía haberle ganado en alguna cosa.

—Vi...ne. Vine —dijo Sofía con voz entrecortada—, por mí —sonrió ella con esa misma sonrisa que él había usado.

—Sigue engañándote a ti misma.

—Y tú sigue siendo un egocéntrico —lo acercó de su chaqueta dándole otro beso.

—Iremos a almorzar después de la competición y si estas cansada podemos ir al hotel y ver alguna película. Lo que tú quieras —dijo él midiendo cada palabra que utilizaba para no espantarla.

—Podemos ir a tomar algo y después ir al hotel —respondió ella intentando aparentar que no entendía sus señales. Necesitaba sacar valor de cualquier sitio, pero no quería estar ebria para lo que quería hacer.

—Está bien. Gracias por venir. Debo ir a calentar, dar unas vueltas. Pero tú —arregló el cabello de Sofía detrás de sus orejas—, quédate aquí dándome barras para que pueda verte.

—Siempre —respondió Sofía antes

de poder procesar lo que decía.

Ángel se marchó sonriendo y ella se aterró ante el significado de sus palabras. Siempre había dicho, eso implicaba que quería algo serio y a largo plazo con él, que estaba dispuesta a estar ahí cuando la necesitase. ¿Cómo podía haber dicho algo así, cuando no era capaz de admitir lo que sentía por él?

El campeonato comenzó a las doce en punto, el disparo avisó a los competidores que era momento de comenzar. Había visto a Ángel durante sus prácticas pero ahora que lo veía correr junto a otros competidores podía apreciar lo bueno que era. Se movían

como uno, él y su motocicleta, como si fuese una extensión de su cuerpo. Era rápido y contundente, avanzaba entre los otros con una precisión aterradora, cada salto, cada giro, cada movimiento era calculado por un fin determinado; ganar. Sofía lo percibía todo como si estuviera en África observando el reino animal, Ángel era un león y todos los demás, presas a las que tenía que hacer caer. Era un juego, una cacería, depredador y presa. Se preguntó si él sería así con todo lo que se proponía; si se trataba de una conquista más, otro trofeo que obtener, otro logro que anotar. Detestaba la idea de que ella significara eso en su vida, pero entonces se enfrentaba a su

propia hipocresía porque él, de alguna manera, representaba lo que era; todo se trataba de control y de poder, de conquista y perfección. Aun cuando en el fondo tuviese sentimientos profundos por él, siempre habría una parte de ella que lo vería de ese modo.

Nunca se había visto a sí misma en un lugar como ese, siendo víctima del sol, el calor abrasador y el polvo. Y ahí se encontraba con sus amigas, en una competición de motocross. No tenía nada en contra de eso, solo que no le agradaban los deportes o las competencias de autos. Sin embargo, se permitió vivir la adrenalina del momento y se perdió entre vitoreas y

gritos, tomó cerveza por primera vez en su vida y, a pesar del desagradable sabor, era lo único que calmaba su sed. Chocó manos con extraños cuando Ángel se posicionaba a la cabeza de la competencia y maldijo por lo bajo en los momentos en los que se veía rebasado. Resultó una experiencia única, totalmente fuera de su zona de confort, de la normalidad y de su control, probó la adrenalina de lo inesperado y le gustó.

Su determinación era la clave de sus victorias. Ahí, en la última vuelta, recordó el relato de Ángel a unos diez años rindiéndose, si aún fuese ese pequeño niño y se hubiese rendido, no

estarían ahí ahora, no habría llegado tan lejos, no sería el chico que la hacía cuestionarse a sí misma. Y viéndolo llegar a la meta, conquistando la victoria, lo admitió, estaba aterrada porque ya no solo se trataba de ella, porque rozaba la esperanza de momentos felices cada vez que estaba a su lado, porque le gustaba más de lo que podía admitir y lo quería en su vida de manera permanente, sin importar las veces que fuera necesario desafiar a su propio monstruo.

Se aproximó unos pasos y se detuvo al observar como los presagios de sus amigas parecían cumplirse ante sus ojos. Como cuervos caían sobre él para

celebrar la victoria.

Podría tener a cualquier chica, la que desee cuando desee, se dijo.

Respiró hondo dispuesta a volverse y regresar al hotel, pero él la sorprendió una vez más, haciéndose paso entre la gente para llegar frente a ella. La miró con esa sonrisa que le cortaba la respiración sabiendo con exactitud lo que ella había pensado, como siempre, y entonces la besó, un beso corto pero lo suficientemente apasionado para hacer correr la electricidad por todo su cuerpo.

—¿A dónde pensabas ir sin mí? —la acusó.

—Solo quería regresar al hotel y

dejarte celebrarlo —dijo intentando recobrar la compostura.

—Para poder celebrar te necesito — pronunció cada palabra con un tono que dejaba entrever sus oscuras intenciones.

—Entonces deberíamos ir a celebrarlo —respondió ella, hipnotizaba por su seductora voz y penetrante mirada.

—¿Quieres dar una vuelta por la pista primero? —susurró al oído mientras rozaba su espalda baja desnuda con su pulgar.

—No lo sé —susurró en respuesta —, temo caer.

—No te dejaré caer. Lo prometo — la tomó de la mano llevándola hasta la

pista.

Se subió temblorosa a la motocicleta, cerrando sus manos alrededor de la cintura de Ángel con fuerza. Ya había montado en una moto con anterioridad, pero en esa pista de terreno tan irregular era algo muy distinto. El sonido del motor acelerando hizo crepitar su corazón y se apretó con mayor fuerza. Entonces se desplazó con rapidez por la pista y, desde ese ángulo, todo lucía más excitante, la adrenalina fluía como una droga. Sofía no quería que se detuviera, con cada salto todo adquiría un color más brillante, la vida tenía un sentido más interesante. Lo lamentó cuando se detuvo en la línea de

llegada, aún podía sentir toda esa adrenalina corriendo por su cuerpo.

—¿Por qué nos detenemos? —se quejó.

—Calma, mi adicta a la adrenalina —dijo ayudándola a bajar de la motocicleta—, por hoy fue suficiente, estoy cansado y sediento.

—Lo dejaré pasar porque has ganado —sonrió dándole un pequeño beso en la comisura de sus labios.

—Me vas a matar, mujer —la tomó de la cintura para fundirse en un beso que duró menos de lo que Sofía quería y que solo ocasionó que un intenso calor se propagara desde su vientre, queriendo más.

—Dejemos la motocicleta en la camioneta y vamos a beber algo — sugirió soltándose de su cintura.

El bar se encontraba atestado de gente, la música sonaba muy alto y varias parejas se sumían en el hechizo del baile, siguiendo un movimiento sensual, podía sentirse el deseo desde que ponías un pie en el bar. Resultaba difícil mantener la mirada y no querer un poco de eso. Se acercaron a Samanta y Andrea, quienes bebían en una mesa cerca de la pista con un grupo de chicos bien parecidos.

—Sofía, te hemos estado buscando —dijo su amiga acercándose con un tono un poco más alto de lo normal que

reflejaba que no era su primera cerveza.

—Es cierto, pero hemos imaginado que estabas con Ángel —dijo Samanta.

—Sí, hemos dado una vuelta a la pista en su motocicleta. Ángel ha ido a buscar algo para beber —explicó antes de que preguntaran por él. Regresaban a la mesa cuando divisó un rostro muy familiar y una sonrisa involuntaria se apoderó de su rostro.

Capítulo 17

—¡Sofi! —exclamó un joven aproximándose desde una mesa cercana.

—¿Oscar? —preguntó sorprendida —, ¿qué haces aquí?

—He venido a ver la competición. ¡Dios, estás hermosa! —La rodeó en un abrazo que la elevó unos centímetros del suelo.

—¿Interrumpo? —preguntó Ángel con una expresión inescrutable mientras sostenía con fuerza el par de cervezas que llevaba en la mano. Su expresión obligó a Oscar a depositar de nuevo a Sofía en el suelo.

—Chicos, él es Oscar —les presentó Sofía—. Oscar, ellas son Andrea y Samanta —dijo señalándolas—, y él es Ángel —se detuvo frente a él sin saber cómo presentarlo.

—Un placer —respondió con una sonrisa.

Ángel se limitó a asentir conteniendo los celos que estaba sintiendo. Sabía que no se trataba de una relación seria, no lo habían definido, pero ella había viajado por él, no para estar coqueteando con figuras del pasado. Así que, sin avisar, se alejó perdiéndose en la pista. Sofía apenas notó que se había marchado, extrañaba su hogar y Oscar le recordaba a casa, después hablaría con

Ángel. En ese momento quería tener un trozo de ese pasado donde podía controlar su vida y no habían sorpresas o imprevistos.

Charlaron alrededor de una hora. Sofía comenzó a sentir que el calor se volvía más sofocante, pero al parecer a nadie más le afectaba, el sudor corría por detrás de su nuca y anheló sumergirse en una piscina. Las palabras de Oscar se fueron apagando hasta que solo veía mover sus labios sin lograr escuchar lo que decía. Su cabeza comenzó a sentirse más pesada de lo normal, al igual que su cuerpo, levantar la mano se volvió un trabajo demasiado complicado. Su visión se fue

oscureciendo como un televisor viejo, desde los bordes hasta que lo único que veía eran los ojos cafés de Oscar, escuchó a alguien a la distancia gritar su nombre y, después, no hubo nada más que oscuridad.

Ángel observó como todo sucedía en cámara lenta. Se encontraba en el bar tomando otra cerveza y vio desde lejos a Sofía comenzar a moverse de manera extraña, pensó que quizás había bebido mucho pero no había ningún vaso cerca de ella. Su cuerpo se movió una vez más con pesadez y después se desplomó frente a sus ojos. Oscar la atrapó antes de caer sin saber qué hacer, la llamaba sin obtener respuesta. Andrea y Samanta

se aproximaban desde el otro extremo de la pista, atemorizadas. Pero en un minuto, Ángel se encontraba a su lado.

—¡Sofía, vamos, responde! —la llamaba sin obtener respuesta. Al ver que no reaccionaba, introdujo ambos brazos bajo su cuerpo inmóvil y la levantó en peso.

—¿Qué haces? No tienes ningún derecho en hacer eso. —Oscar se paró frente a él intentando arrancársela de los brazos.

—Necesita aire. Hago más que tú en lugar de quedarme inmóvil, y voy a sacarla de aquí —respondió quitándoselo del camino de un empujón.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaron

sus amigas agitadas.

—Se ha desmayado, la sacaré a tomar aire para que reaccione y después la llevare de regreso al hotel —les contestó Ángel dirigiéndose a la puerta del bar.

—Vamos contigo.

La llevó a la camioneta recostándola en el asiento con cuidado. Encendió el aire acondicionado con la esperanza de que sirviera de algo y así sucedió. Sofía abrió los ojos con pesadez y sintió el mundo removerse con fiereza. Apretó los ojos con fuerza respirando profundo antes de abrirlos de nuevo. Escuchó la voz de Ángel, quien discutía no muy lejos con una voz familiar. Hizo el

esfuerzo para sentarse encontrando de inmediato unas manos que la ayudaron a sentarse.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Andrea con ojos llorosos.

—Nos has dado un buen susto ahí dentro —se quejó Samanta sin retirar el brazo que la sostenía.

—Lo siento. No sé por qué. No sé qué me ha pasado. Antes me sentía bien —se disculpó con la boca seca.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —preguntó con expresión molesta Samanta.

—Esta mañana con vosotras.

—La última vez que comiste algo sólido —corrigió la pregunta, haciendo

énfasis en la última palabra. Debido a que esa mañana Sofía solo había aceptado tomar un *cappuccino* y un yogurt de fresa con la excusa de no estar bien del estómago.

—Ayer por la mañana —contestó intentando sonar sincera. Ella sabía que el desmayo era producto de que su cuerpo no probaba nada sólido y sustentable desde hacía tres días.

—Iremos por algo que comer y te veremos en la habitación. Ángel te llevará —dijo Andrea.

—No es...

—No intentes resistirte. Nos veremos allí —respondió Samanta tajante, marchándose hacia el coche.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Ángel apareciendo por el lado del conductor.

—Ehh... sí, mejor —contestó sorprendida por su repentina aparición.

—Entonces lo mejor es que vayamos directo al hotel para que descanses.

Aparcó en el hotel y, antes de que ella bajara de la camioneta, él ya se encontraba junto a su puerta para ayudarla. No aceptó retirar su brazo mientras caminaba en caso de que se sintiera débil de nuevo. Subieron en el ascensor y se sintió confundida cuando se detuvo a tres habitaciones de la suya.

—Mi habitación queda por allí —le señaló.

—Lo sé. Pero aquí puedo vigilarte hasta que ellas lleguen —la tomó de la mano ayudándola a entrar.

La habitación era exactamente igual a la suya, con la única diferencia que en lugar de dos camas, había una sola en el centro de la habitación. Su olor estaba esparcido por todo el lugar, inhaló cerrando los ojos en una acción refleja, para cuando abrió sus ojos se encontró con un Ángel muy intrigado.

—Me gusta el olor —admitió avergonzada.

Se limitó a sonreír de esa manera que lo caracterizaba y la ayudó a recostarse. Se tumbó junto a ella cambiando canales en el televisor sin

prestar especial atención a ninguno en particular. La tensión era evidente en el lugar. Sofía quería que le tocara, estaba tan cerca, sin embargo, le sentía tan lejano. Transcurrieron unos minutos para que Sofía no pudiese soportar más la tensión. Acercó su mano a la de él, trazando círculos en su muñeca, él se detuvo y levantó su mirada anhelante, sintió como las respiraciones de antes se volvían más profundas. Continuó rozando con sus dedos el brazo de Ángel ascendiendo por su pecho hasta llegar a su rostro. Le miró por unos segundos invitándole a besarla, pero él se quedó ahí inmóvil, podía ver el deseo en sus ojos, pero al mismo tiempo la duda.

Acercó su rostro y posó sus labios sobre los de él con cuidado, él se quedó quieto, cuando ella se disponía a alejarse, le devolvió el beso, uno con más fuerza y deseo. Su boca se cerraba sobre la suya esparciendo fuego, sus manos bailaban sobre su cintura dudando acerca de avanzar. Con un solo movimiento la cambió de lugar y ahora ella estaba sobre él. Sintió sus manos sobre sus muslos desnudos rozando y apretando. Sofía ahogaba los gemidos entre los besos. Deslizó las manos bajo su camiseta tocando el firme abdomen bajo ella y los fuertes pectorales, él estaba caliente, literalmente, era como un horno portátil, pensó.

Las manos de él comenzaron a ascender descansando sobre su trasero, pero no se detuvo ahí, introdujo sus manos bajo su blusa y la sacó sobre su cabeza, sin dejar de besarla por mucho tiempo. Sofía le levantó la camisa en respuesta apretándose más a su cuerpo, queriendo sentir su calor, piel con piel. Pero todo comenzó a venirse abajo, los recuerdos aparecieron golpeándola con toda la fuerza que poseían y ella esta vez no pudo contenerlos. Se retorció en los brazos de Ángel alejándose con prisa, marcando una distancia prudente de sus caricias. Ella le deseaba pero no podría tenerle, estaba marcada.

El rostro de Ángel se volvió una

máscara de preocupación, esa expresión en Sofía acechaba de nuevo y el detestaba ser el culpable, hacerle temer.

—Tranquila, tranquila. No tienes que temerme. No pasará nada que no quieras que pase —susurró manteniendo las manos en alto. Al ver que Sofía no respondía, se acercó un poco—. Si he hecho algo que te ha asustado, perdóname no volveré a hacerlo.

Sofía levantó la mirada sin entender lo que salía de su boca. ¿Cómo podía pensar él que era el responsable? Si él era luz, estar con él le daba una plenitud que no había sentido nunca, dejaba de sentirse vacía. Pero claro, ella nunca le había hablado de sus sentimientos y, por

más que pareciera que leía su mente, no podía hacerlo, simplemente era buen observador, atento a los detalles que algunos pasaban por alto.

—Tú no tienes la culpa —dijo finalmente después de mirarlo por largo rato.

Recogió la blusa del suelo y volvió a vestirse, sentándose muy cerca de Ángel quien aún la miraba con culpa. Se veía tan grande pero tan pequeño a la vez, acongojado, inocente. Le sonrió con dulzura y, después de tragar varias veces, decidió abrirse por primera vez y compartir parte de su oscuridad. Era lo mínimo que podía hacer.

—No eres tú —sostuvo su rostro

entre sus manos heladas y temblorosas.

—No eres tú, soy yo. Conozco la frase —dijo él desviando la mirada—. Pero siempre terminamos siendo.

—No es así, te lo aseguro —lo sujetó de la barbilla para que volviera a mirarla—. Hace más de un año salía con un chico —comenzó a decir.

—Oscar—le interrumpió.

—No. Daniel —corrigió. No podía dejar que pensara que Oscar sería capaz de algo tan bajo—. Él era impulsivo y un desastre en todo lo que te imagines, era un chico malo y, por una extraña razón, me atrajo, era un reto controlar lo que parecía incontrolable. Mi madre enloqueció cuando supo que salíamos y

yo no la escuché, pero debí hacerlo, no sé cómo lo hacen, pero las madres siempre tienen la razón cuando se trata de sus hijos —sintió que las palabras se atragantaban en su garganta y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Cerró los ojos buscando alivio y, cuando los abrió, lo encontró en la mirada de Ángel, le dirigió una sonrisa de apoyo para que continuara con su relato.

—Era muy apasionado, las cosas a veces se subían de tono pero lograba controlarlo. En una ocasión fuimos a la casa de uno de sus amigos, al principio estábamos acompañados pero al cabo de una hora se fueron, dejándonos solos.

Fuimos a la habitación y comenzamos a jugar. Yo creía que tenía el control, que podía parar cuando así lo quisiera, que decir no sería suficiente —la voz de Sofía se entrecortó, siendo necesario reparaciones profundas para poder proseguir—. Intenté que parara cuando comenzó a subir mi falda y acercarse con su miem... pero me sostuvo con el peso de su cuerpo sobre mí. Cerré los ojos pensando que así todo pasaría y cuando despertara todo habría terminado. No fue así. Comenzó a introducirlo dentro de mí.... Estaba aterrada, no me soltaba. Entonces mi teléfono sonó, eso lo distrajo. Así que me lo quité de encima como pude, salí

corriendo a coger mi bolso que estaba en la cocina y me encerré en el baño hasta que todo pasara.

El rostro de Ángel se transformó en una máscara de odio e impotencia al imaginarse a alguien haciéndole semejante daño, quería encontrarse al culpable y borrarlo de la faz de la Tierra.

—¿Qué sucedió después? —logró pronunciar.

—Su amigo llegó y yo me fui sin mirar atrás. Intentó detenerme, pero no había nada que quisiera escuchar. Desde entonces toda mi vida empeoró. No fui capaz de decirles a mis amigas porque amenazaba a la imagen que había

construido, no pude decirles nada a mis padres, porque eso significaba darle el gusto a mi madre de restregarme que ella tenía razón. No hubo nadie que pudiese ayudarme, porque simplemente no lo permití —las lágrimas comenzaron a caer como cascadas por sus mejillas y sintió que se había quitado un peso de encima al hablarlo por primera vez—. Es la primera vez que se lo cuento a alguien —admitió entre sollozos.

Ángel se aproximó, acunándola entre sus brazos, queriendo poder tener el poder de borrar todos esos malos recuerdos de su mente, darle la paz que necesitaba, brindarle algún tipo de alivio.

—Estoy aquí. Todo va a estar bien. Estoy aquí —le susurraba repitiéndoselo como un mantra.

El sonido del móvil de Ángel los interrumpió. La pantalla anunciaba que era Samanta quien llamaba. Sofía no sabía en qué momento intercambiaron números telefónicos, asumió que fue en el momento en el que perdió la conciencia.

—Ya vamos para allá —respondió antes de colgar.

—Estaré aquí durante todo el tiempo que así lo decidas —dijo besándola dulcemente.

—¿Por qué? —preguntó ella aún incrédula ante el hecho de que no saliera

corriendo y quisiera permanecer a su lado. Ella era como una *Barbie* a la que la habían sacado de su estuche para jugar pero no habían conseguido hacerlo del todo, aun así, ya no era una *Barbie* nueva, no tenía el mismo valor.

—Porque me importas, he intentado demostrártelo todo este tiempo —le dijo tomándole ambas manos.

—Pensaba que esto era algo casual y sin ataduras.

—Después de verte con ese Oscar no estoy muy seguro de que quiera eso.

—Yo tampoco —admitió ella por fin —, ¿te gustaría que fuese algo serio? —preguntó desviando su mirada.

—Quiero algo serio y exclusivo

entre nosotros —respondió con esa sonrisa suya.

—Está bien —lo abrazó con fuerza mientras inhalaba todo el olor posible—. Regresaré en una media hora. Espérame —le pidió al marcharse de la habitación.

Se sintió extrañamente liviana al atravesar la puerta, se había quitado un gran secreto de encima, la había escuchado sin juzgarla, sin emitir comentarios lascivos, había dicho las palabras que durante tanto tiempo anheló escuchar. Estaba ahí, le demostró que no pensaba ir a ninguna parte, todo dependía de ella.

Devoró la hamburguesa y las patatas

fritas sin detenerse a pensar en las calorías o cuantos gramos subiría. Estaba famélica y no le interesaba su peso en esos momentos. Sus amigas la miraban sorprendidas porque nunca antes la habían visto comer realmente, comer y disfrutar la comida, que no era lo mismo que mordisquear la comida como Sofía solía hacerlo a menudo, por no decir siempre.

—Realmente tu cuerpo necesitaba esas calorías, amiga —dijo Samanta mientras sorbía con la pajilla su té helado.

—Sí, estaba hambrienta. Gracias.

—¿Cómo te ha tratado Ángel? —preguntó Andrea desde la otra cama.

—¿Te ha atendido bien? —preguntó Samanta levantando una ceja para dar a entender el verdadero significado de su pregunta.

—Sí, lo ha hecho. Pero no de la manera sucia en la que te imaginas —respondió lanzándole una de sus almohadas—. Estamos juntos —confesó a sus amigas al cabo de unos minutos sin poder evitar sonrojarse ante tal aseveración—. Juntos en una relación seria y exclusiva.

—¿Cómo ha pasado? —Samanta casi ase ahoga con su bebida.

—Pensé que no estabas segura de tus sentimientos —dijo Andrea al tiempo que se acercaba a la cama donde yacían

sus amigas.

—No lo estoy, pero hoy todo ha cambiado. No puedo explicarlo, pero él me hace bien de muchas maneras y lo que siento cuando estamos juntos no lo había sentido antes. Solo pienso en estar con él, nadie más.

—Suenas a que posiblemente estés enamorada —dijo Andrea dándole un breve abrazo.

—No lo sé. No sé si tengo espacio para enamorarme, hay tantos sentimientos dentro que no sé si cabe ese —confesó Sofía en un débil lamento.

—No es algo que puedas decidir o sobre lo que tengas control, Sofía. Solo pasa y, cuando pretendes hacer algo para

evitarlo, ya es muy tarde —dijo Andrea con un deje de nostalgia en su voz.

Capítulo 18

El golpe de la puerta lo hizo levantarse; sabía que era ella, había estado mirando el reloj cada cinco minutos desde que se marchó. No se había sentido tan necesitado de alguien desde que tenía ocho años. Siempre se sintió muy independiente, valiéndose por sí mismo, haciendo lo que quería hacer. Sus padres le dieron mucha confianza desde pequeño y él nunca los defraudó. Ahora estaba ahí, en la habitación de un hotel, necesítandola como al aire para respirar, aunque no lo admitiría frente a ella.

—Hola —saludó Sofía mordiéndose el labio mientras sostenía en sus manos una botella de vino tinto.

—Y me has traído un regalo —se hizo a un lado, dejándola pasar.

—Nos, en realidad —corrigió sentándose en la cama—. Hace un rato todo estuvo bastante tenso y pensé que necesitábamos un trago.

—Muy considerado por tu parte —inquirió tomando asiento a su lado.

—Todo lo que te dije hace una hora... —comenzó a decir antes de ser interrumpida.

—No tienes que preocuparte. No le diré a nadie, nunca contaría algo que puede causarte daño. —Tomó su rostro

entre sus manos y la besó.

—Creo que no necesitaremos esto por el momento —sonrió con picardía y dejó la botella de vino en el suelo.

Ángel la atrajo hacia su cuerpo con dulzura, la besaba con mucha delicadeza, como si en cualquier momento fuese a romperse, no quería traspasar los límites y que ella se quebrara justo como había sucedido hacía más de una hora. Él había estado con muchas mujeres en el pasado, sin embargo, la cautela y la espera no habían sido rasgos característicos en él, hasta entonces.

Sofía comenzó a acelerar el beso. Aun cuando las manos de Ángel

permanecían estáticas en su cintura, las de ella se deslizaban arriba y abajo de su espalda por encima de su camisa. Anhelaba su calor, el contacto piel con piel y lo que estaban teniendo no era suficiente. Introdujo sus ansiosas manos debajo de la camiseta y sintió como él se estremecía ante sus manos heladas. Él sentía como ambas respiraciones se volvían pesadas y sus pulsaciones se aceleraban. Ella desconocía el esfuerzo sobrehumano que él realizaba para no arrancarle la ropa en ese instante, pero Sofía no se detenía, buscaba más.

Cuando arañó su espalda y mordió su labio, Ángel vio cómo su autocontrol salía por la puerta. Se colocó sobre ella

y sacó la blusa por su cabeza en un solo movimiento; cada beso le quemaba como brasas calientes. Se dispuso a quitarle los zapatos pero estos habían desaparecido antes de notarlo. Colocó las manos en su cadera para quitarle la falda y se detuvo en seco para mirarla. Quería demostrarle que ella era quien decidía, que podía parar todo aquello cuando así lo deseara. Sofía lo miró con vacilación y con sus propias manos desabrochó el botón y la hizo deslizarse por sus piernas hasta caer en el suelo. Él se quedó admirándola con la boca entre abierta, no podía creer que existiera alguien así de perfecto. El contraste del color vino de su conjunto de encaje con

la palidez de su piel eran la combinación perfecta, una obra maestra. Ahí estaba ella sin saberlo, ajena de su belleza y de su seducción. Sofía tiró de su pantalón sin poder seguir soportando la intensidad de la mirada de Ángel, lo atrajo hacia su boca y continuó besándolo con furia y lujuria. Desabrochó sus pantalones mientras sus dedos temblorosos se lo permitían con dificultad, al tirar hacia abajo admiró como el bóxer negro que usaba se ajustaba a sus partes íntimas como si fuesen una sola piel. Se sintió avergonzada cuando él levantó la mirada descubriendo como ella lo observaba. Se sonrió de esa manera en la que solo

él podía hacerlo y la besó de nuevo. Sus manos recorrían su espalda desnuda, el contacto con su piel caliente la hacía sudar, pero este sudor era diferente, era erótico de alguna manera. Él deslizó sus manos por su espalda baja y su trasero. Cada roce, cada caricia elevaba la tensión entre ambos, él temía arruinar las cosas y que ella saliera corriendo, huyendo de él. Sofía sintió el cuerpo de Ángel tensarse y entendió su preocupación, ella también temía no poder hacerlo. Pero se sentía distinta, aliviada de alguna manera. Solo estaban los dos en esa habitación, los fantasmas se habían ido. Quería una sola cosa, y no era precisamente parar.

—¿Estás segura? —logró preguntar con la respiración entrecortada.

Sofía lo miró sorprendida porque aún pensara que después de haber llegado tan lejos ella se detendría. No quería pensar, no quería detenerse, porque pensamientos más oscuros asediarían su mente. Sabía que quizás ella no era el estereotipo de las mujeres que lo perseguían, no era alta ni muy delgada y cada segundo que pasaba sin tener sus manos sobre ella pensaba en lo ridícula que se veía con ese conjunto y en lo tonta que había sido al pensar que se vería bien. Abrazó su cuerpo sintiéndose vulnerable bajo la mirada angustiante de Ángel. Quizás era él

quien no estaba seguro de continuar, ella no lo culpaba. ¿Cómo podía estarlo?

—Si tú no quieres, no hay problema, podemos dejarlo aquí —contestó desviando la mirada mientras se ponía de pie para vestirse de nuevo.

Ángel la miró incrédulo mientras la escuchaba. ¿Cómo podía pensar siquiera eso? ¿Cómo un hombre podía resistirse a ella?

—Te deseo más que a nada. Pero no quiero que huyas de mí. —La tomó de la mano, acercándola de nuevo a la cama.

—Nunca lo haría —contestó antes de fundirse de nuevo en los besos de Ángel.

Esta vez no hubo ningún pensamiento o creencia que los detuviera. Cada beso

anunciaba que no había vuelta a atrás y que ninguno deseaba que la hubiese. Los labios de él comenzaron a llenar de besos su clavícula muy despacio. Sofía se estremecía ante su contacto, fue descendiendo con calma hasta su vientre plano, acarició sus caderas y besó sus muslos.

—Eres hermosa —murmuró entre besos.

Regresó hacia arriba y la besó sin prisa, mientras sus manos jugueteaban con el broche de su sujetador. Sofía se ruborizó cuando le besó ambos senos, lo hizo con la delicadeza de un ángel. Se apretó a su cuerpo una vez más y giraron para que ella quedara sobre él. Sus

manos resbalaron por su espalda baja y se encargaron de sus diminutas bragas, ella se encontraba totalmente desnuda ahora mientras él recorría con sus manos su cuerpo. El éxtasis de sus besos y su piel la hacían marearse, sentía que se le nublaba el pensamiento. Se sintió expuesta en un momento de lucidez recordando que su compañero aún no se encontraba desnudo. Tiró de su bóxer hacia abajo y lo notó sonreír entre sus labios.

Cada caricia quedó grabada en su memoria y, en ese momento, nada más importó, no existía Daniel, ni las otras mujeres que hubo antes de ella, ni el monstruo del espejo; solo estaban ellos

dos, en el Nirvana o algo muy parecido. Fue uno de los momentos más perfectos, su suave tacto y preocupación. Oscar siempre la trató como si fuese lo más importante, la quería, ella notaba en cada beso que él la deseaba, pero nunca fue recíproco. Esta vez era muy diferente.

Fue la experiencia más gratificante y al mismo tiempo dolorosa para Sofía. En las películas no mencionan el dolor que siente la mujer y/o lo traumático que puede ser para muchas. En ese momento quiso detenerse, lágrimas de dolor corrían por su rostro mientras él intentaba no hacerle daño. Se detuvo, pero ella no lo permitió, aunque pareció

que transcurrieron horas y horas, solo duró unos segundos. Ángel la acunó en su pecho confortándola y lamentando mucho su dolor, creyó que al menos por ese día había sido suficiente. Sin embargo, el calor seguía ahí, cada roce continuaba encendiéndolos como al principio, él no haría nada, pensaba que ella requería descansar. Sofía no estaba de acuerdo y confirmó que, a veces, las películas si tienen razón. Resultó, con diferencia, una de las mejores tardes de su vida.

Se quedaron dormidos alrededor de media hora, Sofía despertó sedienta. Calzándose sus pantis, buscó su blusa y bebió algo de agua del pequeño

frigorífico blanco ubicado en una de las esquinas de la habitación. Abrochó su falda y, cuando se disponía a calzar sus botas, Ángel despertó.

—¿A dónde ibas? —se sentó en la cama, aún somnoliento—, ¿pensabas irte sin decir nada?

—Bueno, no quería despertarte y quería encontrarme con las chicas —respondió incómoda. No sabía lo que se suponía que hacías después de acostarte con alguien.

—Prefieres ir con tus amigas que quedarte conmigo —dijo en voz baja con incredulidad—, ¿justo ahora?

—No quiero que te molestes. No sabía si querías que me quedara.

—Eres mi novia. ¿Por qué no querría que te quedaras? —preguntó atrayéndola de nuevo a la cama—. Además, acabamos de estar juntos, créeme que lo último que quiero es que te marches por esa puerta.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Que veamos la televisión juntos?

—Tengo otras ideas en mente —contestó desprendiéndola de su falda una vez más.

La noche transcurrió entre besos y caricias, Sofía aprendió la diferencia entre tener sexo y hacer el amor esa noche. Ángel le susurró que con ella prefería hacer el amor, aunque el sexo resultaba bastante divertido. Sin

embargo, esa vez no logró saber si se trataba de amor o simplemente se había tratado de sexo.

Despertó cuando los rayos de sol atravesaron la habitación por el pequeño espacio que dejaba la cortina descorrida. Abrió los ojos sintiéndose liviana, despertando reparada completamente, con la sensación de haber tenido un sueño bastante entretenido. Al abrir los ojos comprobó que no se trataba de un sueño. Los brazos de Ángel rodeaban su cuerpo mientras la cabeza de Sofía descansaba sobre su pecho desnudo, sintió su cuerpo carente de ropa bajo la sabana, ruborizándose de inmediato. Había

dormido con él antes, pero con ropa de por medio. Intentó moverse y terminó de espaldas a él cuando un reflejo matutino le indicó que había despertado.

—Buenos días —susurró a su oído.

—Buenos... días —dijo en respuesta.

—¿Qué quieres hacer hoy? —La hizo girar para poder ver sus ojos.

—No lo sé. Conocer el lugar quizás.

—Me parece bien. Pero primero comer, estoy hambriento, anoche no cenamos —dijo con una sonrisa provocativa—, bueno, al menos no comida. ¿Y qué te parece si además te enseño a andar en motocicleta? —preguntó divertido.

—No lo sé. Se ve muy complicado y me da miedo —se mostró dudosa, retrocediendo.

—Ya veremos. Ahora a ducharnos —palmeó su trasero levantándola de la cama en brazos.

—¿Ducharnos? ¿Juntos? —preguntó incrédula.

—Sí, juntos —repitió alzando la voz—. Además, no hay nada que no hayamos visto antes el uno del otro. ¿Y no has escuchado lo del calentamiento global, que se derriten los polos y la contaminación? Tenemos que ser responsables y ahorrar agua.

—Sí, claro —rió Sofía—. Todo sea por el calentamiento global.

Sintió que le pertenecía, al menos durante ese día. Hicieron todo lo que ella quiso y en compañía de sus amigas. Ángel no era de los tipos demandantes que querían su atención exclusiva, él disfrutaba siempre y cuando ella lo incluyera en sus conversaciones y planes. Intentó enseñarla a montar en motocicleta, pero no lograba mantener el peso, así que fue un intento fallido, sin embargo, nunca antes la vio reír tanto. Se sentía amena, que pertenecía, esa era la familia que ella había elegido. Pasaba mayor tiempo con ellos que con su hermana, con quien compartía apartamento. Fue un día perfecto mientras duró. Sofía no se preocupó por

lo que comía, ni cuantas calorías consumía, lo único que importaba era pasarlo bien, y así fue. Se marcharon a casa cuando comenzaba a atardecer. Sofía regresó con Ángel en su camioneta siendo seguidos por Andrea y Samanta en su coche.

Esa noche fue la primera de muchas en las que él se quedó a dormir en su habitación. Desconocía cómo funcionaba todo ahora con respecto a su relación seria y formal, pero le agradaba su compañía por las noches. Lo que no contemplaba es que con esta compañía había incrementado el número de comidas juntos, los detalles, los dulces. Todo iba en aumento junto con la voz del

monstruo del espejo que se rehusaba a darse por vencido. No había manera de escapar siempre, las excusas eran limitadas y Ángel bastante astuto para encontrar la manera.

Las dificultades fueron incrementando mientras Sofía se las arreglaba para no desvelarle lo que sucedía. Aun cuando, cada día, se daba cuenta de que se estaba enamorando, no era suficiente, eso solo lo complicaba más. Quería que existiera un botón para resetear y, por más duro que le pareciera, el haber accedido a una relación con Ángel fue su propia sentencia.

Capítulo 19

Esa tarde, después de una ardua semana en la universidad y escasos momentos en los que había podido verlo, Ángel buscó a Sofía para ir a su apartamento, su primo daría una fiesta y estaban invitados, al igual que sus amigas.

—¿Quieres algo de beber, amor? — preguntó él cuando llegaron a la cocina.

—Agua está bien.

—¿Has comido bien hoy? — preguntó mientras le servía agua.

—No tenía mucho apetito —mintió ella. Los últimos días estaba

sobreviviendo de frutas.

—Estás muy delgada. Puedes enfermarse.

—Estoy bien. Tranquilo. Vamos a tu habitación que aún es muy temprano para que alguien aparezca —le distrajo Sofía como siempre lo hacía. El sexo era su debilidad, lo había descubierto, así que cuando Ángel comenzaba a preocuparse demasiado por su alimentación, simplemente lo distraía.

Siempre eran muy precavidos, o la mayoría de las veces. En algunos momentos se descuidaban y casi era demasiado tarde antes de solucionarlo. Estar con él la hacía sentir deseable, hermosa, *sexy*; algo que no sentía

cuando se miraba en el espejo. Su reflejo lo único que le decía era que estaba gorda, que tenía que bajar peso, que aparecía de vez en cuando con el sujetador inadecuado.

Por esa mirada de deseo en sus ojos, ella sentía que debía continuar; los esfuerzos, el ejercicio hasta agotarse, los días a base de fruta, todo por esa mirada. Si pudiese decirlo en lugar de ahogar todo lo que ocurría... Sentía que él quería a una falsa, a alguien que no existía, que no era más que una máscara. Él siempre tan confiado y seguro de sí mismo; ella la apariencia de la seguridad hecha persona. Pero solo era eso, una apariencia.

Los besos acallaron las voces en su cabeza con los reproches y negativas. Las primeras veces le costaba trabajo dejar de inhibirse u ocultar la mirada cuando Ángel la desvestía. Aun se cubría al levantarse de la cama para ir al baño. Él, al contrario, disfrutaba desfilando desnudo por la habitación para que ella lo observara. No tenía nada fuera de lugar, todo perfectamente tonificado y del tamaño justo.

Estaba hambrienta cuando terminaron. Él se mostraba con esa mirada de suficiencia, a sabiendas de que la había hecho pasar un muy buen rato. Siempre se interesaba en saber si ambos la pasaban igual de bien.

Casi se atraganta con el emparedado que Ángel le había preparado, estaba delicioso, tanto el emparedado como el *chef*. Pero después del último mordisco, la asaltaron de nuevo los pensamientos recurrentes de su monstruo. La calculadora automática mental se puso en marcha apenas él salió de la habitación para ayudar a arreglar el lugar para la fiesta. En cuanto lo hizo, Sofía salió disparada al baño expulsando todo el veneno que tenía dentro. Se sentía culpable tanto de comerlo como de haberlo expulsado. Esa ambivalencia estaba a la orden del día cada vez que estaban juntos. Enjuagó su rostro y con maquillaje cubrió los

restos de su acto expiado. No conseguía mirarse ni siquiera en el espejo. Al salir se tomó uno de los cocteles que había sobre la barra para borrar de su cabeza a esa asfixiante vocecita. Cuando Ángel llegó hasta ella, ya tenía tres tragos encima. La miró con preocupación porque no era el comportamiento común de Sofía, nunca la había visto beber tanto. Se aproximó a ella con cautela y ella le besó. Veía en sus ojos lo que le diría y no estaba dispuesta a escucharle, así que una vez más le calló como ella sabía hacerlo, solo que esta vez no se percató que fuesen del todo responsables.

Tras ese día, no pudo hacerlo más y

el mundo comenzó a desmoronársele sin poder evitarlo. La única solución que consideró posible fue la huida, y así hizo. Actuó poco a poco. Cuando la llamaba para quedar en algún sitio a comer, ya había quedado con sus amigas, no tenía apetito o ya había comido. Cuando accedía a acompañarlo, cortaba en trozos muy pequeños la comida, haciendo el amago de ingerir sin llegar a hacerlo realmente. En las ocasiones en las que debía dar algún bocado, lo devolvía en una servilleta cuando él desviaba la mirada.

—¿Amor, quieres venir al apartamento? Haremos hamburguesas — le dijo por teléfono.

—Tengo mucho que estudiar, quisiera ir, pero esta noche no puedo. ¿Qué te parece si vienes temprano mañana?

No podía comer más, su cuerpo estaba asqueado de tanto veneno y todos sus planes siempre involucraban algo de comida. Ella quería a Ángel, pero más se quería a sí misma o, mejor dicho, a los ideales de sí misma.

—Últimamente estas muy ocupada —ella pudo notar la ironía en su voz—. Estoy comenzando a pensar que me evitas.

—No lo hago —mintió—. Si lo hiciera no te hubiese pedido que vinieras mañana temprano. No puedo

acostarme tarde, estamos a mitad de semana. Asisto a más clases que tú, recuérdalo.

—Claro, las clases —respondió en tono inexpresivo.

—Ángel... —comenzó a decir ella.

—Tengo que colgar. Hablamos mañana —dijo con un tono distante y colgó.

—¿Por qué todo es tan difícil? —se preguntó—, ¿por qué no puedo tenerlo todo? El cuerpo que quiero, el chico y paz mental. En lugar de eso parece que el cuerpo y el chico están en lugares opuestos en mi palestra de opciones. Cada paso que doy hacia una meta, me aleja de la otra. Debería ser sencillo, a

los chicos les gustan las chicas delgadas, no deberían querer darles comida para cerdos.

Se levantó para mirarse en el espejo. El reflejo sonrío le indicó que sus esfuerzos estaban por dar frutos. No podía flaquear, su premio eran los elegantes huesos que se asomaban en sus hombros y pelvis. Llevaba con orgullo un collar como de diamantes, los huesos de la clavícula que se marcaban en su cuello era su medalla recién adquirida. No obstante, se veía y aún no era suficiente, recordaba sus encuentros con Ángel, su desnudez y el orgullo con el que la llevaba. En cambio, ella detestaba esa parte, el momento de ser

expuesta ante sus ojos, de exhibir su desnudez, una desnudez del todo imperfecta. Se enjuagó el rostro, borrando los rastros de sus actos.

Abrió la nevera y, de pie frente a esta, sonrió por la ironía de saber que existiendo tanta comida allí no podía consumirla. Sería un regalo divino despertar un día y que todo ese calvario desapareciera, así pensaba ella. Estaba cansada de vivir de esa manera, sin embargo, no conocía otra.

Los primeros meses con Ángel fueron lo más cercano a ese mundo ideal, porque eran escasos los momentos en los que se encontraba sola y se sentía vacía. Con el paso del tiempo, las

ocupaciones de cada uno salieron a relucir y el período de luna de miel estaba por acabar.

Él no le escribió esa noche, se acostó en su cama esperando cualquier mensaje de su parte, pero no sucedió. No habían peleado o discutido antes, aquella tampoco había sido una discusión, pero era evidente que estaba molesto y tenía razón, ya se le estaban acabando las excusas a Sofía, sabía que todo esto podía llevarla al fin de su relación, pero no podía hacer nada al respecto. Si tenía que escoger entre Ángel y su vida como la conocía hasta aquellos momentos, la respuesta era obvia. Primero ella y siempre ella.

—Buenos días —respondió él desde el otro lado del teléfono a la mañana siguiente.

—¿Qué tal lo pasasteis ayer? —pregunto con fingida emoción.

—Bien. Lo mismo de siempre —contestó en tono frío y distante.

—¿Te pasarás por aquí antes de ir a la universidad?

—Estoy cansado. Quizás nos veamos más tarde.

—Está bien, como prefieras —respondió Sofía, esta vez con leve molestia en su voz.

—¿Eso es todo? —preguntó él como si su tiempo valiera oro y no pretendiera desperdiciarlo con Sofía.

—Sí, es todo —contestó ella antes de colgar.

—¿Quieres que vayamos a comer algo y después estudiemos? —sugirió Andrea al salir de clases.

—No estoy de muy buen ánimo hoy. Lo siento, no he dormido bien esta noche —le dijo ella mirando hacia todos los lados con la esperanza de que Ángel apareciera, pero se vio decepcionada cuando no lo hizo.

—Sí, justo te iba a preguntar por eso —la detuvo Andrea obligándola a mirarla directamente a los ojos—, ¿te encuentras bien?

—Sí, no debes preocuparte. Solo que Ángel y yo hemos tenido una

discusión, eso creo.

—No lo digo solo por tu estado de ánimo, sino también a tu salud. Estas muy delgada, y me refiero a «muy» en mayúsculas. Y antes de que me agradezcas, no es un cumplido.

—Estoy bien, de verdad —mintió.

—Si tú lo dices. Igual deberías chequearte con un médico. Vamos, te llevo a casa —dijo su amiga dando por terminada la otra conversación.

—¿Dónde está Samanta?

—Su novio ha aparecido y la ha raptado. Lo típico de vosotras, las que tenéis novios —rio—. A todo esto, ¿qué ha pasado entre tú y José Miguel? No podéis estar en la misma habitación sin

que uno de los dos invente una tonta excusa y abandone el lugar.

—Se ha estado acostando con mi hermana —lo vomitó sin pensar en la dureza de sus palabras—. O tienen un amorío. Es difícil saberlo.

—¿¡Qué!?! —gritó su amiga una vez dentro del coche—. ¿Cómo? ¿Cuándo? Y, ¿por qué no estábamos enteradas?

—No puedo dar respuesta a tus dos primeras preguntas. Pero respecto al por qué, solo puedo decirte que no me lo dijeron. Lo supe por accidente.

—¿Y tú que piensas al respecto?

—¿Yo? —preguntó riendo irónicamente—. Creo que «traicionada» es la palabra más idónea. Pero no quiero

saber nada más.

Andrea era una persona amable y prudente, cuando Sofía levantaba las murallas que impedían ver sus sentimientos, respetaba su intimidad con la esperanza de que, cuando estuviese lista, compartiría sus pesares, por eso se habían vuelto tan buenas amigas. Una buena amiga no atosiga, sino que otorga el tiempo justo hasta que estés lista para hablar.

¿Comemos juntos?

Ángel.

Observó la pantalla de su móvil deseando teclear una respuesta que acortara la distancia emocional que se habían instalado entre ambos. Entonces

recordó su imagen en el espejo, la pantalla de la balanza una semana atrás cuando se pesó, y supo que había subido un kilogramo. No podía. Quería fundirse en sus brazos, pero él la estaba alejándola de su ideal, la empujaba en la dirección contraria. Tenía que retroceder y recobrar el control de su vida. No más, no más se convencido.

Voy a estudiar con las chicas, quizás luego. Lo siento mucho.

Sofía.

Esperó. No obtuvo respuesta.

Miró a su alrededor presa del pánico, temía perderle. Se había estado convenciendo de que no tenía problema en elegirse a ella, pero mentía. Pensar

en una vida sin él le hacía difícil respirar. ¿Valdría la pena poder tener un cuerpo ideal si para conseguirlo perdía a la persona que quería? Aunar todos sus problemas y tomar decisiones en plural era la peor parte, el *nos* iba incluido en todo. Ya no eran sus metas, sino nuestras metas. Nuestro futuro, nuestra vida. ¿Eso incluiría su cuerpo? ¿El haber estado en una relación le hacía perder el poder sobre su cuerpo? Ángel siempre bromeaba diciendo que ella era solo suya, aunque lo negara. Recordó uno de sus encuentros. Estaba colocándose sus pantis, él la miró y, con una sonrisa traviesa, le dio una palmada juguetona en su trasero.

—Ey —exclamó Sofía enojada—, ¿qué haces? ¿Quién te ha dado permiso para hacer semejante cosa?

—Tú cuerpo es mío —la tomó por el brazo haciéndola regresar a la cama para que quedara atrapada entre sus brazos—. Tú eres mía, aunque quieras negarlo.

—No lo soy —se quejó ella.

—Sí, lo eres —la besó, mordisqueando su cuello en una travesura.

—Y, ¿por eso me maltratas? —preguntó ella con fingida indignación—. Deberías tratarme bien.

—Lamento decepcionarla, señorita, pero hoy tengo intenciones de

maltratarla mucho —contestó Ángel volviendo a retirarle sus bragas.

Se consumía al pensar que no tendría más de él, de sus bromas, de sus travesuras, de sus invenciones. De ese ser tan brillante frente al cual se sentía como la luna, girando en torno a él, valiéndose de su luz por ser incapaz de proyectar la propia. Rebuscó en su bolso, tomó uno de los laxantes como si se tratara de una pastilla de menta y se sumió entre apuntes para no pensar más en él.

Los golpes incesantes de la puerta la obligaron a abandonar su lectura y dirigirse hacia la puerta.

—Ya que estás estudiando con las

chicas, he pensado en pasar a traer comida —dijo Ángel sonriente, pero su expresión cambió de forma drástica al ver que estaba sola. No lo había visto antes tan molesto.

—Ángel —fue lo único que alcanzó a decir Sofía mientras él se abría paso hasta la cocina.

—¿Y bien? —preguntó con los brazos abiertos dando vueltas por el apartamento—. No veo a las chicas. ¿Están en tu habitación? O, ¿es que de pronto se han hecho invisibles?

—Estoy sola —confesó ella—. No tenía ánimos para estar compañía de nadie.

—¿Ahora soy nadie? —preguntó

indignado—. Si te has aburrido de esta relación y no estás interesada, dímelo y saldré por esa puerta sin mirar atrás. Pero ya basta de excusas, de evitarme y de mentir —exigió alzando la voz.

—No se trata de eso. ¿Cómo puedes siquiera pensarlo? No podría aburrirme o no estar interesada. —Trató de acercarse, pero él retrocedió con una máscara de enfado que lo dominaba.

—Entonces dime de qué se trata todo esto. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—No es nada, solo que he tenido muchas obligaciones con la universidad. Es todo —dijo, atreviéndose a mentirle en la cara.

—¡Para de mentirme ya! —exclamó

—. ¡Deja de tratarme como un imbécil! Ten la decencia de decirme la verdad, es lo mínimo que puedes hacer.

—¿De qué verdad hablas? — preguntó confundida. La conversación estaba tomando una dirección inesperada.

—Sé que se trata de otro hombre. No me interesa saber quién es. Solo quiero escuchar la verdad de tus labios antes de enterarme por boca de otra persona. Si alguna vez te importé, dímelo.

Sofía sintió como el color abandonaba su rostro, señal que le hizo entender que estaba en lo correcto, pero no podía estar más equivocado. Sentía que estaba en medio de una terrible

pesadilla. No sabía cómo habían llegado hasta ese punto. No creyó haberle dado motivos a Ángel para dudar de ella de semejante manera. Entonces comenzó a rememorar en su cabeza las excusas, el estar evadiéndolo, las mentiras. Era lo más obvio que una persona podía llegar a deducir, hasta un niño lo pensaría. Podía refutarlo una y otra vez, sin embargo, Ángel no le creería, la opción era decirle la verdad. Contarle de una vez por todas su realidad, confesarle su eterno secreto.

—No es verdad. Nunca te engañaría —dijo casi en un susurro.

—Entonces si no es eso, dime la verdad —le pidió—, o daré por

terminado esto.

—No puedo darte la respuesta que quieres. No tengo nada que decirte.

Por un momento esa respuesta lo tomó por sorpresa, en el fondo él esperaba que ella terminaría diciéndole la verdad y todo se arreglara. La miró incrédulo, incapaz de decir algo por unos minutos.

—Yo tampoco tengo más que decir. Es mejor que me vaya, ya no tengo nada que hacer aquí. He acabado con esto.

—Ángel... —Intentó detenerle Sofía, conteniendo las lágrimas.

Él se detuvo manteniendo por unos segundos más la esperanza pero, cuando Sofía no pudo articular una palabra, se

marchó cerrando la puerta tras de sí y con ella el capítulo de sus vidas.

—Lo siento —pronunció finalmente Sofía al vacío antes de dejarse caer en el suelo frío del, ahora, apartamento vacío.

Miró a su alrededor recordando cada uno de los momentos vividos ahí con él. Abrazó sus rodillas a su cuerpo, sintiéndose vacía. Viendo como el corazón se le hacía pedazos. Dolía como nunca antes había dolido. Lloraba como si fuese desgarrada en carne viva. Con el dolor de perderle, y el dolor de ser ella la responsable. Pudo detenerle y no lo hizo. Se eligió a sí misma, como había prometido que haría.

Regresó a su habitación con un paso a la vez, su cuerpo le estaba pasando la factura de una semana sin ingerir alimentos sólidos. Se tambaleó sin dejarse caer pero, al entrar, el mundo pareció venirse abajo; las fotos de distintos momentos juntos adornaban la habitación. Su cepillo de dientes de repuesto estaba en el baño junto con un par de camisetas. Lloró de nuevo con la esperanza de que el dolor la abandonara, de que desapareciera y regresara a estar en calma. Y, con ese pensamiento en mente, se quedó dormida.

Despertó en mitad de la noche producto de una pesadilla que no logró

recordar y una fuerte punzada en su vientre. Se sentó esperando que el dolor físico pasara para levantarse a por algún calmante. Sintió su vientre acalambrase, así que ingirió sin pensarlo dos pastillas para el dolor. Se dirigió al baño percatándose de que una pequeña mancha roja había aparecido en su pantis de algodón. Se alegró de que su período hubiese decidido visitarla, ya que tenía dos semanas de retraso, pero en la vida de Sofía no había un ciclo regular, este se alargaba a veces más de lo normal.

Sofía no salió de su apartamento en dos días, agradeciendo estar libre de evaluaciones y unas amigas dispuestas a

fotocopiar sus apuntes. En esos días se levantó de la cama cuando el cuerpo lo necesitó, su consumo de líquidos fue poco y su ingesta de comida inexistente. Él era una excusa, su abandono era una excusa para no comer y, después de tanto tiempo, volvió a sentirse hueca, como un cascarón vacío.

Capítulo 20

Ese día fue al baño por primera vez y le sorprendió no seguir sangrando. Los últimos días el sangrado había sido muy leve, pequeñas manchas y rápidas punzadas en el vientre se presentaron. Recordó las últimas ocasiones en las que estuvieron juntos y no fueron tan responsables como debieron. Se estremeció al concebir la posibilidad y lo negó de inmediato.

—Es absurdo —dijo en voz alta

Se negó a dejarse abrumar por las posibilidades y, por primera vez en dos días, tuvo un motivo para salir. Se

arregló y marchó a la farmacia más cercana, la cual quedaba a unas cuatro calles del apartamento. Se debatía sobre cuál utilizar de las cuatro marcas distintas que le ofrecía la farmacéutica, decidió comprar dos al azar, ambas de marcas diferentes con la finalidad de corroborar los resultados. Destapó la caja encontrando el pequeño instructivo plegado, el recipiente para la orina y el dispositivo de la prueba. Respiró hondo rechazando cualquier pensamiento negativo. Segundos después, esperaba los cinco minutos correspondientes para tener un resultado confiable en ambos bastoncitos. Sintió que se trataban de los cinco minutos más largos de su

existencia. Se dispuso a contar los segundos para no pensar. Al sonar el cronómetro de su reloj, se detuvo contrayendo la respiración. Se acercó lentamente tomando el bastoncito y ahogó un grito al ver el resultado. Corroboró de prisa con la otra prueba y el resultado fue el mismo. Dos bandas, positivo.

El mundo comenzó a moverse y ella cayó al suelo. Sus peores pesadillas se estaban cumpliendo.

—Esto no puede estar pasándome — dijo entre sollozos—. Yo no quiero un bebé, no puedo. Yo no quiero ser mamá, no quiero cambiar pañales. No quiero parecer un elefante y vivir el resto de mi

vida de esa manera. ¿Dónde quedan mis sueños y mis metas? ¿Dónde queda mi futuro? ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Las imágenes de su vida de ahí en adelante la acechaban. Ángel y ella habían terminado, no podía contarle nada. Quizás pensaría que era de ese otro con quien lo estuvo engañando, según sus acusaciones anteriores. Vio desvanecerse su vida perfecta y su imagen, sus ideales y sus logros, todo por algo que no quería. Mientras que la mayoría de las mujeres soñaban con la boda perfecta, la familia y los hijos, esas eran cosas que no le quitaban el sueño por las noches a Sofía. Sus sueños

eran de grandeza profesional, de crear una sólida carrera y lograr reconocimientos profesionales.

Buscó en internet la página de las empresas que fabricaban las pruebas para investigar acerca de la fiabilidad de las mismas, sabiendo que siempre existía un margen de error, así que lo mejor sería realizarse una muestra de sangre y la prueba en un laboratorio clínico. Encontró la dirección de uno a unas cuantas calles y no dudó dirigirse allí.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó una señora no mayor de cuarenta años que se encontraba en administración.

—Vengo a hacerme una prueba —
Sofía tragó grueso sintiendo que los
demás la observaban—, de embarazo.

—Sigue por el pasillo a mano
derecha, la segunda puerta. Allí te lo
harán, me traes el recibo y pagas aquí—
le indicó gentilmente.

—Gracias —respondió marchándose
por el pasillo que le indicaron.

—¿Estás en control con algún
especialista? —preguntó la enfermera
mientras tomaba la muestra de sangre.

—No. Llevo poco tiempo en la
ciudad y no tengo ninguno —respondió
avergonzada. Esa era una de las
primeras cosas que debía haber hecho
cuando decidió tener una vida sexual

activa.

—Puedo recomendarte uno, aquí tienes —le entregó la tarjeta de un ginecólogo. «Doctor Leopoldo Bonillo», pudo leer en ella—. Llamas al número que aparece y pides la cita. Puedes venir a por el resultado de la prueba mañana —colocó la muestra en un tubo de ensayo con su nombre—, sin importar los resultados, sería bueno que los leyera tu ginecólogo.

—Gracias —dijo Sofía—, los recojo mañana.

Pagó los exámenes en administración y salió de allí sintiéndose más humillada y estúpida que antes. Lo más inteligente hubiera sido ir a un ginecólogo en la

ciudad desde comenzó a mantener relaciones sexuales con Ángel, usar algún método anticonceptivo además del preservativo. Ser responsable. Sabía que se estaba castigando por una vez de irresponsabilidad. Pero era un error que le costaría muy caro, y sería imperdonable.

Esa resultó ser otra noche en vela o, mejor dicho, de escasos momentos de sueño. Se levantaba cada hora verificando que ya había amanecido y podría ir a recoger los exámenes. Cuando el reloj marcó las seis decidió que no podía seguir en cama. Sabía que le quedaban dos horas para poder ir a por los exámenes, pero no tenía caso

estar acostada si no podía descansar realmente. Arregló el apartamento, se duchó y, en aquella ocasión, ni siquiera logró terminarse el café.

Llegó en el momento justo en el que abrían el lugar. La señora que le indicó la dirección, la saludó de manera amigable y sonrió.

—Vengo a recoger los resultados a nombre de Sofía Montero —pidió ansiosa.

La mujer buscó en un archivador y le entregó un sobre blanco.

—Aquí tienes. Que tengas un buen día —le deseó.

—Gracias, eso espero —murmuró—. Que tenga también usted un buen día.

No esperó a salir del laboratorio para abrir el sobre y develar el resultado. Observó unos números que indicaban niveles de HCG en mililitros que no logró descifrar. Así que se guió por la interpretación que reflejaba que la prueba había dado negativa.

Sintió como el alma volvía a su cuerpo y no pudo evitar sonreír. Nunca había estado embarazada, simplemente se trataba de un error en las pruebas. Todo había un mal susto. A pesar del alivio, por más extraño que sonara, aún no estaba del todo convencida. Buscó en su bolso la tarjeta que le habían entregado el día anterior y pautó una cita para el día siguiente, así estaría cien por

cien segura de que todo estaba bien y de que su mundo no se vendría abajo de nuevo.

—Buenas tardes. ¿Cómo estás? —preguntó el médico desde su escritorio cuando Sofía entró a la consulta dos días más tarde.

El especialista parecía tener unos cuarenta y tantos años, era un hombre muy bien conservado, de apariencia atlética, alto y con finos reflejos plateados en su cabello oscuro que indicaban experiencia.

—Bien, ¿y usted? —preguntó con cortesía mientras tomaba asiento en la silla frente a su escritorio.

—Muy bien. Veo que ya has

rellenado el formulario de tu historia médica y antecedentes. Cuéntame, ¿es tú primera vez asistiendo a consulta? ¿Cuál es tu motivo de la consulta en esta ocasión? —preguntó sacando una planilla de uno de los cajones del escritorio frente a él.

—Ya he asistido hace un año con un especialista de mi ciudad. Pedí una cita para hacerme un chequeo general y porque... —dudó antes de terminar la frase—, porque hace un par de días comencé a tener dolores en el vientre, junto con un sangrado leve distinto a la menstruación. Hoy ha llegado mi período de forma regular, pero siento que hay algo mal.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste relaciones sexuales?

—Hace unos cuantos días —desvió la mirada, ruborizándose.

—¿Usaron preservativos? O, ¿usas algún tipo de método anticonceptivo?

—No estoy en control porque hace poco que comencé a ser activa sexualmente. Lo usual era usar preservativos, pero en una de las ocasiones, hace más de un mes, no lo hicimos, él me aseguró que no había terminado dentro, así que no había riesgos.

—Ese no es un método seguro si no quieres quedarte embarazada. ¿Te has realizado algún tipo de prueba de

embarazo?

—Sí, me realicé dos pruebas caseras que resultaron positivas, por lo que fui a hacerme una sanguínea y el resultado fue negativo. Así que me recomendaron que le trajera los resultados a un especialista —dijo, ofreciéndole la prueba realizada.

—Vamos a realizarte una ecografía abdominal primero, antes de ver estos resultados. Siéntate en la camilla y levántate la camiseta —pidió con sutileza caminando hasta el aparato.

Sofía siguió sus instrucciones, bajándose un poco el pantalón para que el médico pudiese aplicar con comodidad el gel. Respiró profundo un

par de veces, como si se tratara de un procedimiento doloroso. El doctor colocó el aparato sobre su vientre presionando de un lado hacia otro mientras observaba el monitor. Sus ojos se movían en diversas direcciones como si buscara algo.

—Al parecer todo está bien, tu matriz y ovarios lucen perfectos de acuerdo a tu edad. Puedes limpiarte y sentarte nuevamente. —Le ofreció unas toallas de papel para retirar el exceso de gel.

De nuevo en su escritorio, observó detenidamente los resultados de su prueba y los que había impreso la máquina ecográfica.

—Está claro que no estás embarazada —Sofía sintió como había estado conteniendo la respiración durante mucho tiempo y ahora podía respirar de verdad. Entonces observó el rostro del doctor y supo que aún tenía algo por decir.

—Los niveles de HCG son relativamente altos, puede que vayan en descenso. Lo que parece indicar que sí has estado embarazada —Sofía se sintió palidecer—. Esos dolores que has sentido pueden haber sido producto de tu cuerpo expulsándolo, el embrión desprendiéndose. Según la fecha de la última relación sexual que indicaste en tu historia —le señaló las que había

anotado en la planilla—, tenía alrededor de seis semanas. Eso implica un retraso de dos semanas, por lo que me intriga saber, ¿cómo pasó desapercibido para ti?

—Mi ciclo no es regular. Puedo llegar a tener casi dos meses de retraso —explicó avergonzada. No sabía que tendría que contar esos detalles.

—Es un descontrol hormonal importante. Tú peso se encuentra al límite, junto con amenorrea. ¿Tienes algún tipo de problema alimenticio? Eso no está reflejado en tu historia clínica, lo cual es importante y debería estar aquí —le reprochó el médico hojeando los formularios entregados.

—Digamos que como menos que otras personas y hago mucho ejercicio —respondió Sofía en un intento de disfrazar la verdad.

—Define menos que las demás personas —le pidió—. ¿Cómo ha sido tu alimentación durante estas últimas seis semanas?

—He estado muy ocupada con la universidad, estudiando, así que no contaba con suficiente tiempo para comer. Escasas veces hacía dos comidas al día —le mintió. Su alimentación había sido mucho peor de lo reflejaba, pero nunca lo admitiría.

—Eso no es adecuado. El cuerpo funciona con comida, es su combustible.

El no hacerlo provoca que tus órganos tengan que funcionar de manera forzada y se deterioren con mayor facilidad. Si a esa situación le añades un ser en pleno crecimiento dentro de ti absorbiendo nutrientes que necesitan ambos y tú no consumes... ¿qué crees que pasará? —le preguntó.

—No lo sé. Uno de los dos no sobrevivirá.

—Exacto. En este caso el cuerpo humano se adapta lo suficiente, hace lo necesario para sobrevivir y autopreservarse. Ese embrión representa una amenaza para tu organismo, así que requiere una decisión; si él se queda, tu cuerpo se acerca a la destrucción.

Quizás el embrión logre sobrevivir, pero provocará un parto prematuro. Si el embrión desaparece, tienes mayores probabilidades de sobrevivir —le explicó con condescendencia.

—¿Está diciendo que es mi culpa? ¿Qué mi cuerpo lo mató por no comer lo suficiente? —preguntó Sofía con reproche. No podía pensar en eso, no podía dejar entrar al remolino de pensamiento culposos que se aproximaban.

—No he dicho eso. Mi intención es explicarte por qué ha sucedido o ha podido suceder. Vamos a realizar un examen mañana u hoy mismo si así lo prefieres, para revisar de nuevo tus

niveles de HCG en la sangre y ver si se encuentran entre los niveles normales. Me traes los resultados la próxima semana antes de que tu período termine, los revisamos y decidimos un plan de control. ¿Te parece?

—Sí, me parece bien —respondió ella abrumada.

Le tomaron la muestra en el laboratorio donde se encontraba la consulta del ginecólogo. Le avisaron de que en dos horas los resultados estarían listos si deseaba esperar, o podía pasar buscándolos al día siguiente. Decidió esperar mientras intentaba pensar en cualquier otra cosa que no involucrara la posibilidad de un bebé dentro de ella.

Esa posibilidad nunca antes había rondado por su cabeza, pensar que había estado ahí y ya no, la hacía enloquecer. No sabía cómo sentirse. ¿Feliz por qué su vida no se vería afectada? O, ¿triste por ser el monstruo que lo asesinó?

Transcurrieron las dos horas mientras ella se debatía entre esas dos preguntas. No se había movido de la silla de la recepción en ningún momento. Vio pasar a una pareja no mucho mayor que ella, la mujer estaba embarazada de quizás unos cinco meses, iban tomados de la mano y desaparecieron en el interior de la consulta donde ella había estado hacía más de dos horas. Su corazón se encogió y, por un segundo,

extrañó algo que no sabía que tenía. Respiró profundamente y buscó sus resultados; al mirar los números de HCG, entendió que estos habían disminuido.

Decidió caminar hasta el apartamento, vagó por mucho tiempo hasta que pasó cerca de un parque en el que decidió sentarse un rato. Estaba desierto cuando llegó, pero media hora más tarde, se encontraba repleto de niños con sus padres. Los observó desde un banco intentando, sin éxito, desviar la mirada. Los ojos se le llenaron de lágrimas sin poder ocultarlo y, sin fuerzas, dejó que sucediera, lloró.

—Nunca quise ser madre —se dijo

—, la idea de cuidar de alguien y de preocuparte durante toda una vida para que más tarde te abandonen, no es muy atractiva. Los niños son ruidosos e insoportables; yo no quiero eso, no quería eso. Pero tampoco pensé que sería responsable de la muerte de uno. Yo lo he hecho, es mi culpa; todo lo que hice lo mató. Si hubiese prestado atención, si hubiese visto las señales... entonces tal vez hubiese podido salvarlo —sollozó—. Pero ¿después qué? Criar sola a un niño que nunca he deseado tener. ¿Cómo funcionaría? Hubiese encontrado la manera, tal vez.

Se sintió vacía, perdida y sin rumbo fijo. No sabía si habría sido mejor no

haberlo sabido nunca, porque el que no sabe es como el que no ve. Es como si no existiese. Ahora, ¿qué se suponía que haría con todo aquello? ¿Llorar la pérdida de algo que no sabía que tenía y que se enteró que existía cuando ya lo había perdido? ¿Acaso tenía sentido sentirse mal?

Caminó y caminó sin rumbo, se detuvo frente al enorme edificio donde se hallaba su apartamento, subió hasta la azotea y dejó que el frío viento que por ahí pasaba golpeará su rostro y se llevara sus lágrimas. Se sentía miserable, culpable, pero, sobre todo, desmerecedora de cualquier amor y acto de cariño. ¿Quién podría quererla

después de lo que había hecho? Había sido su culpa y de nadie más, era una homicida. Si las personas supieran de lo que había sido capaz, nadie podría quererla. Pero ¿a quién engañaba? El único que realmente importaba era él, y él nunca la querría de vuelta. No después de lo que ella había hecho. La odiaría por eso, estaba segura. Y ella lo merecía.

Se detuvo cerca del borde de la azotea mirando al vacío, no merecía vivir, lo mínimo que podía hacer era poner fin a su vida para equiparar las cosas. Aunque nada de lo que pudiese hacer en aquel momento le traería de vuelta. Pensó en dar un paso, solo un

paso y el dolor se iría. Una ráfaga de viento la empujó hacia atrás haciendo que aterrizara sobre su trasero.

—No sé en qué estaba pensando —sollozó—, he estado a punto de cometer la estupidez más grande de mi vida. Tengo que ser fuerte. Tengo que poder sobrevivir a esto. Solo que no sé cómo. —Sollozó de nuevo por un largo rato hasta que sintió que no quedaban más lágrimas para ser derramadas.

—No sé en qué estaba pensando —suspiró—. No existen finales felices para chicas como yo.

Decidió abandonar la azotea cuando las gotas de agua comenzaron a caer del cielo, no le hacía mucha gracia

marcharse a su apartamento, sin embargo, ya no tenía otro lugar al que recurrir. Porque su lugar preferido en el mundo había dejado de serlo cuando ella permitió que Ángel saliera por la puerta sin darle ninguna explicación. Cuando bajó, una sorpresa se encontraba frente a su puerta, una figura encorvada descansaba sobre la alfombra. Su rostro palideció cuando la observó con detenimiento y una expresión de reproche se cruzó por su cara.

Capítulo 21

—¿Qué haces aquí? —preguntó intentando ocultar su sorpresa.

—He venido a verte. Estaba preocupado. No te he visto en la universidad estos días —su expresión era de cansancio, podía ver como unas ojeras incipientes se asomaban bajo sus ojos chocolate, que ya no tenían el mismo brillo de antes. Quería fundirse en sus brazos pero tenía demasiadas cosas que procesar.

—Vamos a entrar. Hace calor aquí afuera —dijo mientras abría.

—Estás delgada. Muy delgada.

¿Estás enferma? —preguntó preocupado.

—No estoy enferma. ¿Café? —ofreció ella con tono distante para desviar la atención.

—Deja de intentar distraerme. Me preocupas. No luces bien.

—Ya, en serio, ¿a qué has venido? Si es eso, ya me has visto. Ya puedes irte —le contestó con enfado, mostrándose a la defensiva.

—Te conozco. Tenías los ojos rojos cuando hemos entrado. Has estado llorando. Es por nosotros. Si es así perdóname, lo siento —avanzó unos pasos acercándose para tocarla.

—No todo se trata de ti. Deja de ser tan egocéntrico y narcisista —se marchó

llevando su bolsa a su habitación. Los laxantes se encontraban a la vista cuando entraron, así que los tomó de inmediato y los introdujo en su bolso.

—¿Qué son? —inquirió saber, curioso.

—Nada que tenga que ver contigo. Has terminado conmigo, ¿recuerdas? —le recordó de manera mordaz antes de ocultarse en el baño.

Se miró en el espejo observando su rostro demacrado, pudiéndolo ver por primera vez. Ahogó un grito cuando se observó; había llegado lejos. Subió su camisa y observó la marca de sus costillas y los huesos de sus hombros.

—En verdad lo maté —dijo en un

susurro al observar su demacrada figura.

Escuchó desde el baño y no oyó nada. Solo había silencio. Así que, extrañada, salió con premura.

—¿Qué es esto? —Ángel se encontraba frente a ella, sosteniendo la prueba de embarazo en una de sus manos y las pastillas en la otra.

Sofía quedó en enmudecida.

—¿¡Qué es esto!?! —volvió a preguntar, alzando la voz.

—¿Con qué derecho revisas mi bolso? —le reprochó arrebatando la bolsa y las pastillas de sus manos. No tuvo éxito intentando quitarle las pruebas, porque él se aferró a ellas con fuerza.

—Quería ver que pastillas tomabas y por qué las ocultabas. Estaba preocupado —hizo una pausa—, para encontrarme con esto —le señaló los resultados.

—Eso no es lo que piensas.

—Quiero la verdad. Y esto —abrió los resultados enseñándolos—, es una prueba embarazo que dice negativo y están los valores remarcados. ¿Por qué te has hecho una prueba de embarazo y no me lo has dicho?

—Porque terminamos, esa es la razón. Y me la hice porque tuve un retraso y las pruebas caseras que me hice dieron positivas —le susurró.

—¿Las? —preguntó confundido.

—Sí, dos.

—Pero dieron positivas y después la otra negativa. ¿Qué significa? —Se sentó. Sofía podía ver su expresión, era como si le hubiesen arrojado un jarro de agua fría.

Pensó en mentir, ocultarle la verdad y seguir con su sufrimiento en solitario. Pero no podía aguantar por mucho más tiempo. No se trataba de algo que pudiera esconder, él tenía derecho sobre ese bebé que ella mató. Tenía derecho a escuchar la verdad. Y ella debía cargar con la culpa y con todo el odio que él pudiese sentir, porque se lo merecía. Había matado a su hijo.

—He ido hoy al ginecólogo y me han

hecho otro examen. Una ecografía, y estaba embarazada —intentó mantenerse firme pero una lágrima se deslizó por su mejilla dando paso a otra más.

—¿Cómo que estabas? —preguntó mientras temblaba—. ¿Has hecho algo?

—No. ¿Cómo puedes pensar eso? —preguntó indignada—. Lo perdí, eso me ha dicho el doctor. Tenía alrededor de seis semanas; mi cuerpo lo expulsó.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No me he alimentado bien estas semanas —confesó por primera vez frente a él—, así que mi cuerpo decidió matarlo para poder sobrevivir. Fue mi culpa —dijo rompiendo en llanto.

—No digas eso. No fue tu culpa —la

consoló estrechándola entre sus brazos —. Pero ¿por qué no te alimentabas bien? No lo entiendo. —Pudo ver en su mirada un brillo que le decía que ya sabía la respuesta.

Sofía respiró profundo y tomó la decisión más difícil pero más acertada. Eligió compartir su secreto y permitirle conocer la oscuridad que durante tanto tiempo la había estado consumiendo.

—Desde que tengo quince años he estado luchando contra esto —comenzó sin mirarle a los ojos—, la comida es como veneno, ¿sabes? Cuando como, siento como si mi cuerpo se retorciera. No puedo parar de contar las calorías y los gramos de grasa que consumo. La

cantidad de ejercicio que debo hacer para bajarlo.

—¿Por qué? Si eres hermosa —le susurró acariciando con suavidad una de sus mejillas. Podía observar en sus ojos oscuros que hablaba honestamente.

—Porque cuando me miro en el espejo no veo lo que tú ves, solo gordura. Veo a la niña gorda de la que su propia familia se burlaba y a la que ponían sobrenombres. Veo a la chica que, por más que se esforzaba en su adolescencia, no conseguía perder peso. A la que Daniel se encargó de destrozarle la percepción que tenía de su cuerpo. Y a la que después de que los laxantes se convirtieran en su salvación,

dejó de ser esa niña gorda. Me esforcé por no volver a serlo, para que no volvieran a llamarme de esa manera. Luché por ser realmente buena en todo lo que hacía, por ser la mejor, para que me reconocieran por mis logros, no por mi peso.

—No eres esa niña. Incluso si subieras de peso, seguirías siendo hermosa para mí. No te amo por como luces —le dijo obligándola a mirarlo a los ojos y confirmarle lo que le decía.

—¿Me amas? —preguntó sorprendida.

—Sí, te amo. Eres maravillosa ahora y lo eras cuando te conocí. Cuando estoy contigo es como si estuviera en la cima

del mundo —le sonrió.

—Yo también te amo —confesó ella —, pero no puedo regresar contigo. Lo que hice mató a nuestro bebé. Y yo no lo quería ¿sabes?, nunca quise un hijo y ahora me siento culpable.

—Yo si quería y quiero tener hijos, a su debido tiempo —confesó él—, pero no es tu culpa. No estaba en tus manos. No debes culparte por eso —intentó él calmarla.

—Incluso si eso es cierto, estar contigo es doloroso. No me malinterpretes, lo paso muy bien, demasiado; me haces olvidarme de mis demonios, de la balanza y del espejo. No obstante, cuando regreso aquí y estoy

sola, todo vuelve con más fuerza que antes y me siento horrible, culpable y echa un desastre —recuperó la distancia entre ambos porque en esos momentos su cercanía dolía y mucho.

—No sabía lo difícil que era para ti estar a mi lado —se quedó observándola con dolor en la mirada—. Creía ser bueno para ti, como tú lo eres para mí.

—Lo eres, de verdad. Pero no para la vida que he llevado. Siempre quieres comer cuando salimos, cosas deliciosas pero llenas de calorías y grasa, es un calvario. Por eso no podía más... —dijo, dejando la frase en el aire.

—No podías más y comenzaste a

inventar excusas y, cuando no funcionó, empezaste a evitarme.

—Sí, así fue —confirmó ella sintiendo que ya no tenía nada más que esconder, que se había mostrado finalmente como era. Si era sensato se alejaría de ella y saldría con una de las tantas chicas de portada que estaban detrás de él.

—Lo que veo cuando te miró es perfección. Cuando estás desnuda frente a mí, pienso en que no he visto nadie más hermosa antes. Eres una diosa de cabellos oscuros y piel de porcelana. Ningún espejo será más sincero que yo. Eres perfectamente imperfecta — recorrió con un dedo su rostro con un

palpable tono de admiración.

—No soy así. Lo dices para hacerme sentir mejor —rehuyó su mirada, no toleraba que la viera de esa forma porque no lo merecía.

—No. Lo digo porque es la verdad —sostuvo su barbilla, haciéndola volver la mirada—. Eres hermosa y no es justo lo que te estás haciendo.

—Cuando me miro al espejo no es lo que veo —contestó ella con la mirada perdida.

—Entonces esconderemos los espejos.

Seguidamente, Ángel se puso de pie y tiró el espejo que se encontraba en la habitación de Sofía, haciéndolo

pedazos.

—¿Qué haces? —preguntó ella mientras daba un salto—. ¿Te has vuelto loco?

—No —respondió todavía eufórico—, estoy más cuerdo que nunca.

—¿Cómo haré ahora para arreglarme? —preguntó ella al borde de la histeria.

—No los necesitas. Lo que necesitas es empezar a mirarte en el reflejo de mis ojos —tomó su rostro con dulzura—, lo que necesites ver, ellos te lo dirán.

—Es una locura lo que dices —respondió en una media sonrisa.

—Haré lo que esté en mis manos, y más para que estés bien —respondió

besándola.

—Estoy bien —mintió.

—No es cierto, y lo sabes. Te amo demasiado para ver cómo te destruyes —le confesó él finalmente.

—Puedes amarme ahora. No te preocupes por el qué pasará luego —contestó Sofía tomando sus manos—. Te amo. ¿No es eso suficiente?

—Sí. Pero quiero poder amarte por muchos años en perfectas condiciones —respondió acunándola entre sus brazos.

—Tú realmente me conoces —susurró ella apretándose más a su cuerpo—, puedes ver a través de mí como nadie más puede hacerlo.

—Te conozco mejor de lo que alguien en media vida podría llegar a conocerte —le dijo besando su frente.

—Me he sentido sola, Ángel. Realmente sola, desvalida, que todo a mi alrededor se desmoronaba —sollozó—. ¿Cómo saldremos adelante?

—El cómo no lo sé, pero te aseguro que lo haremos —le prometió.

Él se quedó esa noche consolándola, abrazándola en la cama hasta que se quedó dormida. Verla así, tan vulnerable y sabiendo todo lo que sabía, hizo que la considerara más frágil. No podía imaginar cómo alguien podía soportar tanto sufrimiento sin pedir ayuda. Convenciendo a todo el mundo a su

alrededor de que nada pasaba. Se sintió impotente y se odió a sí mismo por no haberse dado cuenta, por no haber mirado con detenimiento, por pensar que estaba con otro cuando era mucho más grave lo que le sucedía. Se culpó por haber agravado sus problemas, por la comida que le obligó a comer, por empujarla cada vez más y más a esa oscuridad. Después pensó en ese pequeño bebé que estuvo un mes en su vientre, en todo lo que pudo haber sido. Las lágrimas corrieron por su rostro mientras miraba el techo de la habitación de Sofía.

Fue la primera noche desde que terminaron en la que Sofía durmió de

verdad, sin pensadillas, sin desvelarse. Un sueño pleno y tranquilo. Al despertarse y ver la cama vacía a su lado, temió que Ángel se hubiese marchado. Se lavó los dientes y caminó con cautela a la cocina, preparándose mentalmente para lo peor. Cuando lo volvió a ver recuperó el aliento y una sonrisa adornó su rostro.

—Buenos días —lo abrazó ella de espaldas.

—Buenos días —Ángel se giró para saludarla con un beso—, pensaba sorprenderte con un desayuno en la cama.

—El que estés aún aquí ya es para mí una sorpresa —bostezó, sentándose

en la encimera.

—¿Por qué me iría? —preguntó confundido.

—Porque soy un desastre —admitió bajando a uno de los bancos de la mesa.

—Yo también soy un desastre y no tengo problemas con eso. ¡¡Sorpresa!!

—Colocó una ensalada de frutas frente a ella.

—Guau. —No podía evitar mirarla. Se sentía feliz.

—Es lo más saludable que he conseguido preparar —admitió avergonzado.

—Es perfecto —sonrió de manera genuina, dándole un casto beso.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, eso creo. ¿Y tú? —preguntó por primera vez, porque en estos últimos días era una pregunta que no se había hecho. ¿Cómo le afectaría a Ángel? ¿Cómo se sentiría?

—Creo que también mejor. Todo esto es demasiado, nunca imaginé que pasaríamos por algo así y detesto no haber estado ahí, acompañándote. Lo siento, realmente lo siento. He sido un idiota.

—No te preocupes, fue mi egoísmo. De habértelo dicho, sé que estarías ahí sin dudarlo. Lamento no haberlo hecho antes.

—Te amo —susurró él en sus labios.

—Yo también te amo —acortó la

breve distancia con un beso.

—¿Estás lista para volver a clases?

—Creo que ya es hora de enfrentar la realidad. Siempre y cuando estés ahí conmigo.

—Lo estaré —le respondió—, siempre que así lo quieras.

Sofía continuó fingiendo, cuando lo haces durante tanto tiempo, resulta difícil detenerte de repente. Ángel pensaba que por el hecho de que ella se hubiese sincerado acerca de su problema, con eso las cosas se solucionaban, ya no se sentiría tan mal y él procuraría una elección de comidas saludables. Sin embargo, el peso de esos demonios que le carcomían el

alma, eran mucho más fuertes que eso. La atormentaban de la misma forma que antes, nada había mejorado, no se trataba de comer saludable, aun de esa manera se trataba de comida, alimentos que su cuerpo procesaría y almacenaría.

Una mañana al levantarse, se había encontrado su nevera repleta de frutas, verduras, yogurt y carnes magras. La despensa contenía distintos productos *ligh*t, 0% de grasa, integral, etc. Todos cortesía de Ángel. Sofía casi enloquece. Con respecto a la pérdida, el panorama tampoco era favorable, él no volvió a mencionar nada al respecto y ella en respuesta decidió callar lo que sentía. Cuando pasaba por un centro comercial

o corría en el parque, su mirada se perdía en los niños que jugaban y sus ojos se humedecían al ver pasar a una mujer embarazada. Había pensado que podría solucionarlo sola, que con el tiempo el dolor se marcharía y la culpa tan solo sería un sentimiento difuso en el fondo de su alma, pero cada día era como descender más y más dentro de un enorme agujero negro. Pensó en hablarlo con Ángel, pero lucía tan tranquilo, tan inmerso en sus clases y sus prácticas de *motocross*... Además, se avecinaban más competiciones y no quería ser el motivo de su distracción.

Fue una vez más al ginecólogo sin decirle nada a Ángel, revisó los

exámenes y una ecografía transvaginal. En aquella ocasión, el doctor logró enseñarle una pequeña mancha (resto de bolsa) que aún no acababa de desprenderse, lo que resultó ser la prueba que necesitaba para saber que había sido real, que había estado ahí. Le recetó unas píldoras para terminar de expulsar y una ducha vaginal que le explicó cómo usar. Optó por un anticonceptivo en inyección que debía aplicar mensualmente, tomando las medidas necesarias para no tener que atravesar de nuevo por tan tortuosa experiencia.

Observaba con tristeza la pequeña mancha de su ecografía y lloraba

interiormente por lo que había perdido.

Las clases no eran suficiente distracción para dejar de pensar en su pérdida, y las conversaciones de sus amigas nunca antes le habían parecido tan superfluas y banales, hasta entonces. Pero ¿cómo podrían ellas saberlo si habían decidido callarlo? Ese día decidió que estaba cansada, que su cuerpo no aguantaría durante mucho más tiempo sentirse de esa manera, porque acabaría por terminar con su vida, así que, buscando en la guía telefónica, encontró el número de una psicóloga y decidió concretar una cita para el día siguiente. Ya no tenía nada que perder. Sentía que estaba tocando fondo y, sin

más sitio donde caer, solo quedaba encontrar la manera y empezar a subir.

Tomó el teléfono y concretó una cita para la tarde siguiente. Cuando no puedes tú solo, cuando sientes que no encuentras la salida y las fuerzas han menguado, solo queda una cosa por hacer, y es pedir ayuda.

Capítulo 22

Era una tarde lluviosa, por lo que tuvo muchos inconvenientes para lograr salir del apartamento, hubiese sido muy sencillo contárselo a Ángel cuando la llamó para encontrarse esa tarde pero, sin motivo, se descubrió mintiéndole, diciendo que no estaba en casa, que estaba haciendo unas compras. Se preguntó por qué lo hacía y no encontró una respuesta que aceptar a viva voz pero, en el fondo, eran muchos los motivos. Aceptar que necesitas ayuda profesional en ocasiones está mal visto, comienzan los rumores, y más cuando se

trata de la carrera que estas estudiando. Por otra parte, algo entre ellos había cambiado y no encontraba manera de arreglarlo, así que cuando preguntara el motivo, no podría decirle la verdad. Al final se trataba de una mentira para ocultar una gran verdad, una muy dolorosa.

Contrario a lo que siempre se imaginó, no había una recepcionista que la esperaba frente al consultorio; este se encontraba en el segundo piso de un centro clínico ocupacional, de esos que tienen contactos con las empresas para que sus trabajadores se hagan los exámenes de rutina. Tocó la puerta dos minutos antes de la hora pautada.

—Adelante —escuchó decir a una voz femenina desde el interior.

Abrió la puerta y un pequeño pasillo se extendía delante, a su derecha se encontraba un baño privado y a su izquierda un ventanal cubierto por cortinas color cielo. Al finalizar el pasillo giró a la derecha encontrándose frente a ella una biblioteca con libros de autoayuda y un montón de cojines sobre la extensa alfombra gris que cubría el suelo. Un marco dividía ese espacio de la habitación del fondo, donde se encontraba la terapeuta sentada detrás de un escritorio de madera. Las paredes tenían color aguamarina cubiertas con algunos cuadros de paisajes montañosos

y de playas. Frente al escritorio, había una silla negra acolchada. Sobre este había una jarra de agua con dos vasos, una caja de pañuelos de papel que hicieron contener la risa a Sofía y una agenda.

—Buenas tardes, Sofía. ¿Te ha costado llegar hasta aquí? —preguntó con amabilidad la terapeuta. Su edad parecía rondar los treinta años, era alta, de cabello claro y ojos rayados entre grises y café. Tenía tez blanca y mejillas sonrosadas. Le pareció muy atractiva. Pensaba encontrarse a alguien mayor, con una actitud más seria y distante.

—No he tenido problema en llegar.

—¿Cuál crees que sería tu motivo de

consulta? Cuéntame acerca de esas cosas que te perturban —preguntó cuando se sentó.

—Bueno, por dónde empezar. Desde hace unos cuatro meses estoy saliendo con alguien, ha sido una relación maravillosa, él me reta, hace que vaya más allá y que me atreva. Hace un mes algo cambió, porque me enteré que estaba embarazada o, mejor dicho, que tuve una pérdida. Todo se vino abajo desde entonces —le contó Sofía intentando mantenerse firme, explicándole seguidamente cómo habían sucedido las cosas.

—¿Se estabais cuidando? ¿Fue algo imprevisto, o sabíais que podía

sucedier? —preguntó la terapeuta con la misma amabilidad del comienzo.

—No lo teníamos planeado y me siento culpable por lo sucedido. Nunca he querido tener hijos, no estaban en el panorama. Me veía como alguien exitosa, con una gran carrera profesional. Tener una familia no estaba en mis planes. Incluso en ocasiones pensé que si me quedaba embarazada en algún momento, consideraría la idea de perderlo. Lo sé, soy una persona horrible —se interrumpió desviando la mirada

—No lo eres. Lo que hacemos es distinto a lo que pensamos. Puedes pensar muchas cosas y terminar

haciendo algo diferente. ¿Te ha pasado?

—Sí, a menudo —rió.

—¿Por qué te sientes culpable? Te enteraste cuando lo habías perdido, es algo que no estaba en tus manos.

—Lo sé, pero yo no lo quería antes y por eso me siento culpable. Y molesta —admitió a media verdad.

—¿Molesta? Háblame de eso.

—Me quitaron la oportunidad de decidir. Me enteré cuando era demasiado tarde, me quitaron el poder de la elección. De haberlo sabido antes, hubiese hecho las cosas diferentes.

—¿Es la oportunidad de decidir lo que realmente te molesta?

—Creo que sí.

—¿Y cómo describirías esa molestia? ¿Dónde la sientes? —preguntó y Sofía la observó sin tener idea de lo que se refería—. Sofía, las emociones se representan en distintas partes del cuerpo, por lo general se reflejan en algún lugar del torso; quizás en la boca del estómago, en el corazón o en la garganta.

—La siento en la boca del estómago y es también como una impotencia que me hace difícil respirar. Que me hace querer gritar.

—¿Qué haces normalmente cuando estás molesta?

—Salgo a correr o caminar. Me alejo de las personas para no descargar

mi molestia y frustración con ellos.

—Son opciones sanas, pero lo que hacen es calmarte, y las emociones deben ser expresadas, liberar al cuerpo de la tensión que producen porque, si no, se acumulan y te conviertes en una olla a presión, estallando por cualquier cosa quizás desproporcionadamente a la razón actual —le explicó.

—Quizás. A veces me pasa.

—Es necesario que descargues eso. Así que trabajaremos con ello —sacó una hoja blanca de una de los cajones de su escritorio y se la entrego junto con un lápiz.

—En una columna vas a escribir la situación que desencadena tu molestia o

emoción, en la siguiente el pensamiento que pasa por tu mente. Después, la emoción junto con la sensación corporal que la refleja. Sigues un comportamiento alternativo al que haces, que te permita liberar la emoción sin hacerte daño ni a ti misma ni a terceros.

—Creo que podré. ¿Y cuándo debo hacerlo?

—Cada vez que tengas una emoción negativa que te produzca malestar —le indicó.

—Está bien. Lo haré.

—Me gustaría que profundizáramos más en la culpa. ¿Qué más me podrías decir?

—No sé, solo eso —tomó aire y,

después de pensarlo por escasos segundos, decidió ser sincera. Su intención era recibir ayuda y no podría recibirla si no era del todo honesta al respecto—. Quizás de haberlo sabido al inicio, me hubiese cuidado. No me alimenté bien ese mes. Realmente viví a base a líquidos prácticamente.

—Y, ¿por qué razón hiciste eso? —preguntó mostrándose sorprendida.

—Porque a veces no tenía hambre y otras sí, pero temía subir de peso. Tengo problemas alimenticios desde mi adolescencia —rió con ironía—, y no puedo creer que lo esté admitiendo. Nunca lo había dicho en voz alta de esta manera.

—Es positivo que lo reconozcas. Entonces, ¿te sientes más que culpable, responsable de la pérdida?

—Sí, prácticamente eso me dijo el doctor y tiene razón; yo lo maté.

—No digas eso, no lo sabías. Así que no lo hiciste —la calmó—. ¿Qué te asusta de subir de peso, Sofía?

—Ser gorda, verme horrible, que nada me quede bien. Fracasar, porque tuve algo de sobrepeso cuando era niña y mi propia familia me molestaba al respecto. Cuando crecí me prometí que nunca más volvería ahí, que les haría tragarse sus palabras y demostraría a todos y a mí misma que yo era más que ese peso. Así que me esforcé por ser la

mejor en todo y en ser delgada, pero aún así seguían recordándomelo como antes, así que me esforcé más y más hasta que solo fue un mal recuerdo.

—¿Crees que eres delgada ahora?
¿Crees que has llegado a tu meta?

—Sí, bueno no, si perdiera un par de kilos más creo que sí —admitió ella con voz temblorosa.

—Hagamos algo. Ponte de pie —le pidió dando la vuelta al escritorio y parándose frente a ella—. Te voy a dar una lámina de papel, te tumbarás y haremos el contorno de tu figura.

—Está bien, creo —asintió recostándose sobre la lámina. Notó el marcador rodear su figura y se sintió

insegura, no quería ver el resultado. Sabía que se encontraría con una figura robusta y gorda.

—Puedes levantarte y mirar —le pidió la terapeuta señalando la pequeña figura a sus pies.

—Te has equivocado. Es más pequeña que yo —se quejó con molestia.

—No, no lo he hecho. Esta eres tú —levantó el papel del suelo, colocándolo frente a ella—. Así de pequeña eres tú. Puedo ver tus huesos asomarse en tu clavícula y hombros, eres delgada, así de delgada.

—No es posible. No soy así —se negaba a aceptar.

—Tú misma reconociste hace un rato que tenías problemas con tu alimentación. Bueno, le han traído un precio a tu cuerpo, has perdido grasa, sí, pero también masa muscular, lo que no es bueno. Podrías haber tenido los resultados que querías con una buena alimentación. Es vital que la tengas.

—Lo sé. Pero me resulta difícil creer que me veo así. Aunque ahora que lo pienso, hace poco me miré en el espejo y lucía demacrada. Siempre, cuando me miraba en el espejo, observaba esas áreas complicadas en el cuerpo de una mujer, pero no veía mi rostro, mi cuello, o lo pequeñas que se han vuelto mis muñecas —confesó con

un nudo en la garganta, sujetando sus manos—, y la prueba de lo lejos que ha llegado esto ha sido ese pobre bebé que ha pagado un precio que no debía.

—Estas aquí ahora, has buscado ayuda. Eso es importante y muchos no tienen el valor de reconocerlo y hacer algo al respecto, como tú lo has hecho. Esa culpa que sientes, no tiene razón de ser. Hay cosas sobre las que no tenemos control. No puedes culparte por algo sobre lo que no tenías conocimiento, Sofía —respiró la terapeuta mirándola con una comprensión que solo había visto antes en los ojos de alguien más, en los ojos de Ángel.

—Si la culpa estuviese sentada

frente a ti, ¿qué le dirías?

—No lo sé —respondió ella sin pensar.

—Haz el intento —le pidió—. Si yo fuera esa culpa, ¿qué me dirías?

—Le diría que me hubiese gustado haberlo sabido y haber corregido mis hábitos antes de que le afectara de esa manera a ese bebé. Sin embargo, no pude porque no lo sabía. Así que no es mi culpa. Es mi culpa dañar mi cuerpo como lo hago, quizás, pero no lo que le sucedió a ese bebé. No lo es —respondió Sofía conteniendo las lágrimas de sus ojos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con amabilidad.

—No lo sé. Creo que aún siento culpa, pero soy consciente de que no es muy racional hacerlo porque no estaba bajo mi control. Pero necesito un cierre. Decir adiós, no sé. Ni siquiera tuve tiempo de acostumbrarme a la idea — admitió Sofía sintiendo un leve alivio.

—Eso ya es algo positivo. Te mandaré otra asignación. Escribirás una carta, en ella expresarás todo lo que tengas guardado para decirle a ese bebé y para despedirte. ¿Te parece la idea?

—Hacer una carta es una buena idea si alguien la recibe, no si no podrán leerla —confesó ella con desconfianza.

—Aunque ahora te muestres renuente, te va a permitir desahogarte y

te dará ese alivio emocional que buscas con respecto a eso —le explicó.

—Lo haré. Solo porque usted es la profesional —accedió entre risas.

—Cuando comiences a hacerla querrás terminarla porque tú quieres, no porque yo te la he asignado. Voy a mandarte una cosa más, no es opcional, es necesario. Te vas a comprometer a hacer las tres comidas diarias, que sean comidas sólidas. Puedes elegir opciones saludables, pero debes alimentare.

—¿Tres? Es mucho —se quejó Sofía.

—No es mucho, es lo que necesita tu cuerpo junto con dos meriendas. Si quieres puedes ir a un nutricionista para

que te ayude a diseñar un menú que se adapte a ti y a tu estilo de vida. Siempre y cuando sea saludable.

—Está bien —accedió a regañadientes.

—Nos vemos en quince días a las dos de la tarde. ¿Está bien?

—Sí —respondió Sofía mientras pagaba el precio de la consulta.

—Entonces nos vemos en quince días. Ese mismo día por la mañana confirmo la cita contigo enviándote un mensaje de texto. Que tengas una linda tarde —se despidió.

—Buenas tardes —se despidió Sofía abandonando la consulta.

Al salir de allí, se sentía removida a

nivel emocional. No estaba del todo convencida de tener que mirar tan dentro de sí misma, pero ya había dado el primer paso y no se acobardaría. El teléfono no había parado de vibrar mientras había estado en la consulta. Cinco llamadas perdidas y tres mensajes de texto de Ángel se reflejaban en la pantalla de su móvil. Marcó su número, devolviéndole la llamada.

—Disculpa, me he dejado el móvil en casa. ¿Qué tal tu tarde? —preguntó tratando sonar lo más natural posible.

—Practicando, ha estado ruda. Estaba preocupado, amor. ¿Estás bien? —Escuchó que preguntaba con una voz realmente preocupada desde el otro lado

de línea.

—Estoy bien. Ya estoy en casa — mintió, apenas tomando un taxi que la llevara al apartamento—. Estaba por tomar una ducha. ¿Nos vemos más tarde?

—Eh, claro. Paso en una hora o quizás más. ¿Hay algún problema? Debo entregar unos libros primero.

—Está bien. Nos vemos entonces — Sofía agradeció que no le hubiese dicho en media hora, debido a que ahora contaba con suficiente tiempo para llegar y poder tomar esa ducha.

Durante aquellos días, Ángel no paraba de preguntarle cómo estaba, como si tuviese miedo de que se

quebrara en cualquier momento, y eso ya le estaba molestando. Más cuando a él parecía no importarle lo sucedido.

El tráfico era inexistente y lo agradeció. En quince minutos se encontró entrando en su apartamento. Tomó una larga ducha y, aun así, contaba con tiempo de sobra. Pensó en la tarea, una de ellas, la de la carta, sentía que no había nada que decir. Era absurdo escribir una carta si el destinatario nunca podría leerla. Tomó una hoja en blanco y un bolígrafo, pero su mente se encontraba justo como esa hoja, vacía. Entonces recordó como habían sido los últimos días, desde el momento en que esa prueba había dado positivo hasta la

consulta con el médico. Se sintió abrumada y herida, las ganas de llorar eran incontenibles así que se permitió hacerlo y las ideas comenzaron a fluir.

Querido bebé:

Esta simple frase ya causa un conflicto en mi interior. Quiero contarte todo lo que tú venida y partida han causado en mi vida. Me siento inmensamente adolorida, un dolor que nunca antes había sentido, noto cómo mi pecho se oprime al recordar, al traer a mi mente todo lo que experimenté durante esos días de confusión. Aún hoy duele, duele mucho, pero ese dolor no se encuentra solo, siento rabia, molestia y culpa que comprimen mi

abdomen y hacen que me cueste respirar. Supongo que de alguna manera intento castigarme por haberte perdido.

Pienso mucho en ti, ¿lo sabías? No soy una hipócrita, aunque a veces me siento como tal respecto a este tema; pero tú eres diferente, tú eras especial. Sé que no te quise antes de pensar en nacer, rechacé tu existencia sin importar los por qué. Pienso que te condené y te crucifiqué. Consideré tu posibilidad como un obstáculo en mi camino; me horrorizaba la idea de que tuvieses un destino y siento culpa por ello, una culpa intensa que me atraganta y oprime.

Debes pensar: ¡qué vientre tan frío en el que habitaba!, una monstruosidad, quizás, una asesina a sangre fría. Tal vez es cierto y no merezco tu perdón. Pero todo fue antes de saber que tenía un pequeño huésped habitando en mi interior. La noticia me llegó muy tarde y no pude darte la bienvenida.

Ahora, en mis sueños, vivo atormentada, perseguida, hostigada por la culpa que me carcome desde dentro. Si bien mis manos no causaron tú partida, aun así están llenas de sangre, asesinato por negligencia. Porque te asesiné antes de haber nacido, suprimí cualquier posibilidad

de tu existencia en mi mente, no había espacio para ti en mi vida y mi cuerpo obedeció, te expulsó.

Pero ¿sabes?, aunque no te tuve, has dejado un vacío, un abismo inexplicable en mí que amenaza con acabarlo todo. Continúo buscando respuestas, explicaciones que nunca obtendrán lo que buscan. Me siento sin rumbo, intentado recoger los pedazos de mi frío corazón cuando te fuiste, experimentando un dolor inagotable, llorando, acallando los gritos de ira hacia mí por hacerte daño. Fingiendo ante el mundo que nada ha sucedido, que estoy bien, cuando la verdad es que no lo estoy. No tengo nada bajo

control.

Cada vez que los recuerdos vienen a mi mente, me encuentro preguntándome, cuestionándome toda una vida planeada, toda una vida decidida. Me pregunto cómo serías. ¿Te gustaría dormir sobre mi pecho? ¿Te tranquilizaría mi presencia en las noches de pesadillas? Todas son cuestiones vacías, sin vida, que traen de nuevo culpa, por no haberlo sabido, por no haberme cuidado, por no haberte querido.

Si lo hubiese sabido, te hubiese amado con todo lo que soy. ¡Cómo te amo aunque ya no estés! Hubieses sido el bebé más amado de este mundo, mi

hermoso y pequeño niño. No habría nada más importante que tú. Mi amor se refleja ahora en lágrimas de dolor, enfado e impotencia, porque no puedo hacer nada, porque no puedo tenerte. Porque tengo que aceptar que no estás.

Quiero que sepas que si busco ayuda para salir adelante, no es porque pretenda olvidarte ni dejarte atrás, es porque ya no puedo vivir con tanto dolor, porque quiero honrarte siguiendo adelante, demostrando que fuiste y eres importante, que fuiste tú quien finalmente me acercó a la luz. Pero no desde el dolor, la rabia y la culpa, sino desde la alegría por haber tenido la oportunidad de gestarte, de

acogerte aunque fuesen solo unas cuantas semanas.

Has marcado mi vida de una manera que nadie jamás podrá llegar a entender; ahora siempre habrá un antes y después de ti. Me has hecho más fuerte de lo que nunca pensé que sería. Me has enseñado que soy capaz de ver más allá de mí, que no soy tan egoísta como pensaba. Me has dado la oportunidad de ser mamá. Simbolizas el fruto de un amor sin barreras, de un hombre maravilloso capaz de aceptarme tan rota como estoy. Eres mi esperanza.

Deseo que no tengas miedo allí arriba donde estés, que puedas

*perdonarme y no me guardes rencor. No
tuve elección. No tuve oportunidad de
decidir, de haberla tenido te hubiese
escogido a ti.*

Atentamente,

Te ama, Mamá.

Las lágrimas corrían por su rostro con premura al terminar de escribir la carta. Quería arrancarse el corazón para que dejara de doler tanto como lo hacía. Un arrebató de impotencia la hizo lanzar los libros sobre su cama. Al hacerlo, sintió una bocanada de alivio que no duró mucho. Así que comenzó a lanzar todo a su paso, las lágrimas seguían resbalando; ya no se trataba de un llanto de dolor, sino de ira e impotencia. Lanzó

las cosas una y otra vez sumergiéndose en la marea de caos que ella misma ocasionaba, perdiéndose en el ruido ensordecedor que emergía de los objetos al chocar contra el suelo y las paredes. Entonces observó las fotografías sonrientes de los dos que la miraban desde la pared y, sin soportar un segundo más, rasgó cada una de ellas, eliminando los rastros de esa relación feliz que no volvería a ser como antes. Estaba en una especie de trance liberador, generando una catarsis del maremoto de emociones que había estado ocultando. Su trance era tan fuerte, que no escuchó la puerta abrirse ni los pasos apresurados hacia su

habitación.

—¿Estás bien? —se aproximó al lugar dentro del caos en el que se encontraba sentada.

—No. No lo estoy —respondió ella como si se encontrara distante.

Ángel levantó la carta que yacía junto a ella en el suelo y, al leer la primera frase, la sostuvo en sus brazos en un intento de refugiarse ante tanto sufrimiento.

—Todo estará bien. Ya pasará —susurró al oído.

—¿A ti no te importa? —preguntó deshaciendo su abrazo para encararlo.

—Claro que me importa. ¿Cómo puedes pensar que no es así? —le

cuestionó indignado.

—No te importa, has seguido adelante sin mirar atrás por un segundo. Pero ¿sabes?, el hecho de que tú lo hayas superado en un abrir y cerrar de ojos no quiere decir que yo lo pueda hacer —le reprochó alzando la voz.

—No lo he hecho. Pero hay cosas que no están bajo nuestro control, Sofía, y deberías ser capaz de entenderlo.

—¿Cómo entenderlo cuando yo lo he matado? ¡Fue mi culpa! Incluso si no lo fue del todo, tengo responsabilidad en ello. ¡No lo entiendes!

—Si lo hago. Pero no debes culparte. Todo estará bien —intentó calmarla.

—No lo estará, no ahora. Siento que esto me ha estado carcomiendo durante todo este tiempo y ya no puedo más. Me he cansado de fingir como lo haces tú — replicó con exasperación.

—¿Por qué no lo has hablado conmigo? —le cuestionó dolido.

—Porque tú eres todo positivo y es imposible intentarlo si estas siempre de esa manera. Porque a su vez estás esperando que me quiebre en cualquier momento.

—No es cierto —respondió con la misma mirada de las últimas semanas, esa mirada de compasión y tristeza.

—Sí lo es. Noto cuando te tensas al verme frente al espejo. Cuando me

observas mientras comemos y vigilas si voy al baño con esa mirada de compasión, esa que tienes justo ahora — señaló su rostro con desdén—. No soporto un minuto más así. No soporto que me mires de esa manera. Estoy cansada de eso.

—No te miro de esa manera. Solo me preocupo por ti.

—Lo entiendo, pero no puedo. Y en estos momentos, cada vez que te veo, recuerdo la culpa y me carcome. Así que no puedo estar contigo. Lo siento — terminó diciendo casi en un susurró, sintiendo una descarga liberadora al poder confesar por fin la verdad.

—Está bien, me iré. Si quieres estar

sola, lo entiendo —respondió él marchándose de la habitación.

—Necesito estar sola, pero no solo por hoy —dijo Sofía provocando que Ángel se detuviera en seco en el marco de la puerta.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó sin volver la mirada.

—Lo mejor para mí ahora es que terminemos. Han pasado muchas cosas y yo necesito encontrar la manera de lidiar con ellas sin que nos afecte. Hasta que eso suceda no puedo estar contigo.

—Entiendo. Si así lo prefieres...

—No te pediré que me esperes. Sería estúpido hacerlo —hizo una mueca que trató de ser una sonrisa pero

no lo logré—. Puedes estar con quien quieras.

—Menos contigo —suspiró él—. No saldré con alguien porque me digas que puedo hacerlo. No necesito tu permiso.

—No tienes por qué comportarte de esa manera.

—¿No? —respondió exasperado alzando la voz girando para encararla—. Yo también lo perdí, no te quedaste embarazada sola. La última vez que lo revisé, se necesitaban dos para que eso sucediera, ¿o me equivoco? Y actúas como si fueses la única afectada —se quejó—. Siempre he querido tener hijos, han estado en mis planes y sueños desde que tengo memoria. Me dolió lo que

pasó, y mucho. Pero no iba a cargarte con mis sentimientos cuando ya estabas bastante mal con los tuyos, no quería que aumentara tu sensación de culpa. Sin embargo, te enfadas porque no te he culpado, porque para ti eso hubiese sido una forma de demostrar que me importaba. Pero, para mí, era una manera bastante sádica de hacerlo, porque te causaría más dolor.

—No lo sabía —respondió Sofía sintiéndose culpable por haber dicho todo lo que dijo.

—¡Claro que no! ¿Cómo lo ibas a saber? Nunca me has preguntado. Porque te es muy difícil ver más allá de tu subjetividad —explicó cambiando de

exasperación a molestia en segundos—. Dices que te miro con compasión, cuando lo único que pasa por mi cabeza es tristeza y culpa por haberte torturado, por haber hecho que empeoraras y que te fuese tan difícil estar a mi lado. ¿Alguna vez has pensado en eso? ¿En cómo me afectó enterarme?

—No, no lo hice —respondió en un hilo de voz.

—Claro, porque es imposible pensar en cómo lo que haces afecta a los demás. Y ahora haces todo esto para ponerme a mí en el papel del villano, como el culpable, el insensible, el monstruo. Y quieres alejarme como alejas a todos, para justificar tu creencia

de que estas sola, pero que eso no importa, porque no necesitas a nadie. Pero si estás sola, Sofía, es porque quieres estarlo —se acercó quedando a escasos centímetros de distancia—. Y no puedo hacer más si decides sacarme de tu vida.

—Necesito aprender a aceptarme, a amarme a mí misma —comenzó ella a decir sin tener la certeza de la reacción de él—. ¿Cómo se supone que te amo cuando no soy capaz de amarme a mí misma? Necesito aprender a hacerlo antes de poder embarcarme en esta relación de nuevo.

—¿Estás terminando lo nuestro? —preguntó sorprendido, aunque en sus

ojos pudo notar que había más dolor que sorpresa—, ¿quieres que me aleje de ti hasta que puedas aprender a amarte? No sabemos cuánto puede tomar eso.

—No te pido que te alejes de mí, solo que por el momento llevemos esto con calma, sin prisas. Redescubriéndonos a cada paso. Eso es lo que necesito —le pidió descansando sus manos sobre el pecho de Ángel.

Pudo ver cómo el corazón de él amenazaba con romperse una vez más, ella no hacía más que lastimarle una vez tras otra.

—No quiero perderte —le confesó intentando por todos los medios que decidiera quedarse a su lado.

—No lo harás. Nos tomaremos esto con calma —la besó con dulzura y la estrechó entre sus brazos, queriendo poder borrar tanta miseria y todos los demonios que la asechaban. Pero sabía que no podía hacer eso, solo podía estar ahí para ella cuando le necesitara.

Capítulo 23

Las sesiones con la terapeuta iban avanzando de manera positiva. Los cambios no ocurrirían de la noche a la mañana, y Sofía era plenamente consciente de ello. Llegó ese día a terapia dispuesta a ahondar más en sus problemas. Si no lograba superar aspectos de su infancia y de su pasado, no sabía cómo conseguiría tener un futuro mejor.

—Me gustaría que en esta ocasión me hablaras un poco acerca de lo que recuerdes de tu infancia —le pidió la terapeuta sentándose frente a ella en el

sillón.

—Mi infancia... —Intentó situarse en el pasado y centrarse en aquellos que fueron sus últimos recuerdos felices. Quiso encontrar el momento exacto en el que la preocupación por su peso comenzó a cobrar vida y el monstruo del espejo se apoderó de su vida.

—Sí, tu infancia —le animó ella a hablar—, ¿recuerdas cómo te sentías?, ¿cómo comenzó todo esto?, ¿a qué estuvo ligado? Ese tipo de cosas nos ayudarán a encontrar la manera de subsanar esas heridas que aún se encuentran abiertas, y comenzar a podar el camino para aceptarte a ti misma y aumentar tu autoestima.

Pensó durante unos momentos. No le apetecía tener que develar su oscuro pasado frente a una extraña, pero había acudido ahí en busca de ayuda. Quería mejorar y salir de ese oscuro agujero en el que había vivido durante largos años.

—Estaba en los primeros grados de primaria, recuerdo haber tenido siempre muy buen apetito, me gustaba la comida, adoraba comer —comenzó a acariciar sus manos en un gesto ansioso—. Mi hermana mayor era de buen comer, como yo, pero mi hermana la más cercana a mí, Isabel, no. Siempre tenían que estar obligándola y por eso era de contextura más delgada. Desde entonces comenzaron a hacer comentarios acerca

de mi peso, de la comida. Ella fue considerada como la flaquita y yo como la gordita o la Doctora Pelota, como mi abuelo me llamaba a veces —se le hizo un nudo en la garganta al comenzar a recordar todo ello.

—¿Cómo te hacía sentir eso? —preguntó ella mirándola a los ojos.

—Me hacía sentir un poco triste. Yo me consideraba mejor que los demás, siempre fue así, la más bonita. Siempre quería ser la mejor. Entonces, cuando visitábamos a mis abuelos, todo eso se venía abajo —suspiró—, porque todo lo demás no importaba, sino que yo era la gordita o rellenita de la familia. Y, ¿sabe que es lo peor? Que veo las fotos y

luzco como una niña normal, sí. Una niña con un peso saludable, ni siquiera rellenita, como ellos me hacían sentir.

—Y, ¿cuánto duró todo eso? — volvió a preguntar la terapeuta.

—Toda mi vida. Al menos hasta que cumplí quince años. Ahí las cosas comenzaron a cambiar —sonrió al recordar lo orgullosa que se había sentido cuando los sobrenombres y la percepción de ser la gordita o rellenita de la familia se había desvanecido.

—¿Qué cambio en esa época? ¿Qué hizo que dejaran de actuar de esa forma?

—Mi peso —confesó ella sin poder evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro—. Perdí mucho peso. Creo que

fue entonces cuando tomé mis primeros laxantes, no podía dejar de comer por mucho tiempo, así que recurrí a toda clase de laxantes y píldoras para la pérdida. Mi familia atravesaba una especie de crisis y yo era el menor de sus problemas, así que nadie lo notó. Yo estaba en casa con mis padres, mis hermanas se habían mudado, así que pasaba mucho tiempo sola.

—¿Qué sentías cuando te mirabas en el espejo? —Quiso saber. Sofía se revolvió en el asiento queriendo rehuir a esa pregunta. Porque lo que sentía entonces era casi lo mismo que todavía sentía cada vez que se miraba al espejo.

—Asco —confesó por fin aliviada al

hablar de forma abierta acerca del tema —. Cuando me miraba en el espejo me desagradaba todo lo que veía. Solo podía ver las imperfecciones, aquellas que desde la infancia me fueron señaladas. Por ejemplo, mi trasero, decían desde muy niña que tenía trasero de pato, así que me esforcé en cubrirlo con ropa lo máximo que pude. Mis piernas, me decían que eran muy gruesas, así que me mataba a hacer ejercicio y de hambre con la esperanza de que disminuyera su tamaño. Y todo empeoró una vez que Daniel entró en mi vida —no supo ni por qué lo mencionó. Lo había enterrado tanto en su mente, se había esforzado tanto en fingir que no

existía, evitando reconocer el papel activo que él había tenido desde que lo conoció en su estado de salud.

—¿Daniel? —preguntó ella sorprendida al escuchar aquel nombre por primera vez — ¿Quién es Daniel, Sofía? ¿Qué papel jugó él en tu vida?

—Él fue un idiota, no, la idiota fui yo por permanecer tanto tiempo a su lado —escupió ella amargamente—. Daniel fue mi novio, si a eso se le puede llamar novio. Terminé con Oscar, mi novio de la adolescencia, para estar con él, podría decirse. Sin dudas el peor error —miró a la terapeuta, quien la observaba en silencio esperando que se decidiera a responder la pregunta que

había hecho.

—Daniel... —se frotó la cara con las manos, encontrando la manera de iniciar aquella historia que prefería olvidar—, era algo así como el chico malo del colegio, decidí comenzar a salir con él porque me gustaba. En algún punto creí estar enamorada, pero no fue más que un intento de rebelarme ante mis padres, para quienes no era importante en ese tiempo —se detuvo, pero la terapeuta le hizo un ademán para que continuara con su historia—. Al principio, como en toda relación, nos iba bien; yo me sentía más segura de mí misma y comencé a comer de manera regular, por lo que recuperé peso,

entonces comenzó el calvario. Casi todos los días él me recordaba que estaba gorda, hacía referencia a esos puntos débiles, y yo, en lugar de mandarlo al demonio, me justificaba, me excusaba diciendo que estaba haciendo ejercicio y bajaría peso de nuevo. Así que eso hice, todo vino con mucha más fuerza, mucho más ejercicio, más laxantes escondidos entre la ropa y mucha menos comida. Nadie de mi familia parecía notarlo y, si lo hicieron, decidieron mirar para otro lado. Y después... —Se detuvo al recordar lo que ese bastardo le había hecho. Se estremeció al recordar su tacto sobre ella, su aliento sobre su piel, el calor de

su miembro queriendo abrirse paso dentro de su ropa interior.

—¿Te encuentras bien, Sofía? —La terapeuta se aproximó, ofreciéndole la caja de pañuelos descartables—. Este es un lugar seguro, aquí puedes hablar de lo que sea, yo estoy aquí para ayudarte —le recordó con voz suave.

—Una vez estábamos besándonos y las cosas se subieron de tono, como había ocurrido en otras ocasiones. Pero aquella vez no se detuvo, por más que comencé a negarme, él seguía presionando su cuerpo sobre el mío, aprovechando su peso para mantenerme debajo. Si no hubiese sido porque mi teléfono sonó unos minutos más tarde,

hubiese tenido éxito —fue todo lo que ella consiguió contar. No quería recordar más detalles. No quería sumergirse de nuevo en ese terreno.

—¿Lo denunciaste? —preguntó la terapeuta.

—No. No quería que mis padres se enteraran, además, sabía que en parte me culparían a mí porque yo tuve mucha responsabilidad en el asunto. Pero ¿sabe que es lo peor? —rio sarcásticamente. La mujer se mantuvo en silencio aguardando, como los terapeutas hacen —. No puse fin en ese momento. Estaba tan desesperada por atención... Estaba convencida de que él tenía razón porque era el único que parecía pensar igual

que yo cuando me miraba en el espejo. No fue hasta que se acostó con una de mis mejores amigas y la dejó embarazada que me alejé de él. Ni siquiera fui capaz de plantarle cara porque tenía miedo de que atacara mi autoestima y me terminara convenciendo de que parte de eso había sido mi culpa, para que volviera con él —soltó el aire como si lo hubiese estado guardando durante mucho tiempo.

—¿Te sientes capacitada para seguir ahondando en ese tema? —Quiso saber la terapeuta.

—Ahora no. Creo que he tenido suficiente de todo esto para una sesión —confesó ella sintiéndose cansada y a

la vez como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Está bien. Entonces lo mejor será que dejemos esto hasta aquí. Pero me gustaría que siguieras escribiendo. Es una manera de sacar todo eso que te atosiga y te atraganta; canaliza todo eso que sientes y escribe. No te preocupes por si rima o no, no te preocupes si es largo o corto. Solo déjalo salir —le entregó una hoja rotulada con un bolígrafo. Sofía lo sostuvo por un momento y, como si fuera una descarga eléctrica, todo comenzó a fluir. Se sentó en el suelo a escribir. Letra a letra cada sentimiento salía y las palabras no dichas se hacían sentir, los sentimientos

no expresados se manifestaban. Los deseos no cumplidos, los insultos callados, los reclamos retenidos en la garganta, las quejas no dichas. Todo pareció fluir de una manera catártica, dejando a Sofía con la sensación de estar liviana como una pluma.

Salió de la consulta con una sonrisa en el rostro, pero esta sonrisa fue suplantada por una expresión de asombro al chocar con una chica que se disponía a entrar al lugar de donde ella había salido.

—¿Sofía? —preguntó con una amplia sonrisa la esbelta chica.

—Luna —balbuceó Sofía.

La última vez que había visto a Luna

había sido antes de que se marchara de vacaciones navideñas en su último año de preparatoria. Luna era una chica alta y delgada, de cabellera azabache que caía como una cascada por su espalda, ahora la llevaba bastante corta permitiendo centrar la atención en su perfilado rostro y sus hermosos ojos grises. Aún recordaba la primera vez que la vio en el grupo de apoyo al que asistió por un par de meses, ella llevaba tiempo allí, había logrado superar lo que atormentaba ahora a Sofía. Era mayor que ella por tres años. Habían tardado muy poco en volverse cercanas, había sido la única que entendía de verdad por lo que atravesaba. Después de esas

navidades, Sofía dejó de responder a sus mensajes y también de asistir al grupo. Luna se mudó de ciudad persiguiendo su sueño de ser modelo y nunca más supo de ella, hasta ahora.

—Luces hermosa, como siempre — la abrazó amistosamente—, aunque bastante delgada, ¿cómo lo llevas? — Tan directa como siempre.

—Por eso estoy asistiendo aquí, a terapia —respondió Sofía evasivamente—. Tú luces muy bien también. Me gusta como se ve corto —señaló su pelo.

—A mí también. Yo pensaba que habías dejado el grupo de apoyo porque habías conseguido otro tipo de ayuda —respondió ella retomando el tema, así

era Luna, nada se le escapaba.

—Bueno, creía que podía mantenerlo bajo control por mí misma —sonrió Sofía con tristeza.

—Nunca es tarde para buscar ayuda —le sonrió Luna de vuelta.

—No, nunca lo es —Sofía sintió el teléfono vibrar en su bolsillo, dudosa acerca de si contestar o no. No se sentía cómoda haciéndolo frente a Luna. Cuando se percató que no dejaría de sonar, decidió coger la llamada.

—Un momento —se excusó antes de atender la llamada de Ángel.

—Hola —suspiró al contestar.

—¿Qué tal ha ido la sesión? —preguntó él con su melodiosa voz.

—Bien, todo ha salido bien —Sofía intentó mantener un tono neutral para no herir las susceptibilidades de ninguno de los dos. Luna la miraba de soslayo mientras ella hablaba con Ángel.

—Te llamaba porque justo he acabado el entrenamiento y pensaba pasarme por tu apartamento para que pudiéramos hacer los deberes juntos —le escuchó reír roncamente al otro lado del teléfono—. Quiero verte.

—Dame media hora y estaré en casa —sonrió ella.

—Está bien. Te amo. —Se despidió él antes de colgar.

—Yo también —susurró ella guardando el móvil en su bolso.

—Debe ser muy mono tu novio. Espero que lo sea. Si voy a estar celosa, que sea por un buen espécimen —le sonrió ella abiertamente. El rostro de Sofía se encendió de vergüenza, no esperaba aquella confesión después de más de un año—. Tranquila, que parece que te va a dar un ataque, chica —le dio unas palmaditas en la espalda con actitud divertida—, solo bromeaba. Mira, me gustaría verte de nuevo. Esta es mi tarjeta, espero me llames —le entregó una cartulina donde la mencionaba como modelo. Debajo tenía sus números de contacto, dirección de correo electrónico y redes sociales—. Nuestros caminos se separaron hace

mucho tiempo, pero por una extraña razón que desconozco, estamos aquí de nuevo. Esa debe ser una señal y sabes muy bien que creo en las señales.

—No lo sé. No creo que sea una buena idea —confesó Sofía.

—Solo quiero hablar. Me interesa tu amistad, solo eso. Piénsalo. Ya. Es mejor que entre a mi cita y haga valer el dinero que pago —señaló la puerta con diversión—. Adiós, Sofía —con un beso en ambas mejillas entró la consulta.

Se quedó de pie, confundida por lo que acaba de suceder. Ya se sentía bastante preocupada con la montaña rusa que representaba Ángel, para sumarle la versión femenina de él al asunto, porque

así era Luna; atrevida, decidida y, cuando quería algo, iba a por ello sin reparar en las consecuencias. Pensaba que siempre era mejor pedir perdón que pedir permiso, aunque nunca pidiera perdón. Ella era la personificación de lo que debería significar estar viva. Por eso, cuando la conoció, no entendía como alguien como ella había podido dejar que un monstruo como el de Sofía la consumiera. Y, al igual que Sofía, había atravesado una relación abusiva con su novio, lo que significó el despertar de Luna y la motivó a buscar ayuda. Todo con ella había sido tan confuso que había llevado a Sofía a evadirla dándole todo por terminado y

ahora se encontraba justo ahí, cuando había decidido ser sincera con Ángel acerca de todo. Aunque no sabía si las relaciones anteriores contaban dentro de eso, porque él no había hablado con ella de sus antiguas relaciones amorosas, por lo que creyó que por un tiempo estaría bien ocultar esa información.

Capítulo 24

La relación con Ángel marchaba muy bien, él seguía siendo dulce y la sorprendía con sus ocurrencias cada vez que tenía la oportunidad. Era más cuidadoso con las opciones cada vez que iban a comer o decidían preparar comida en casa. Y, a medida que él se comportaba mejor, Sofía se sentía culpable por estar ocultándole aún una parte de su vida. Sentía que esa conexión que había tenido con Luna le debía pertenecer solo a Ángel, no era justo actuar como lo hacía, así que la culpa la llevaba de vez en cuando a

perder los estribos en discusiones estúpidas, actuar de manera distante cuando él se ponía cariñoso o a mostrarse ausente en ocasiones. Y, cuando él preguntaba o se preocupaba por conocer lo que se escondía detrás de todo ese teatro, ella le distraía como había aprendido hace tiempo, teniendo sexo. Así que cada vez era más regular acabar una discusión con sus cuerpos sudados entrelazados o terminar en la cocina liándose cuando él se le quedaba mirando como si pudiera ver a través de su alma.

Un día, después de que sus amigas se marcharan tras un largo viernes de estudio, decidió llamar a Luna. Ya no

tenía los mismos sentimientos por ella que hacía más de un año, pero gracias a ella había empezado a creer en las señales, así que no podía hacer caso omiso a su encuentro.

—¿Luna? —preguntó cuándo escuchó que el teléfono dejó de repicar.

—Sofía —se mostró sorprendida—, no esperaba que me llamaras. Has dejado pasar muchos días —se quejó ella.

—Sí. No estaba segura —se excusó ella.

—¿Te parece bien mañana a la una de la tarde quedar para almorzar? —preguntó entusiasmada Luna sin reparar en cortesías ni desvíos.

—Me parece bien —fue lo único que respondió Sofía.

—Ya basta con los formalismos. Nos conocemos bastante bien. Anímate, nos vemos mañana en el café que está cerca la consulta —le indicó su vieja amiga.

—Te veo ahí entonces —se despidió Sofía antes de que Luna pudiera decir alguna cosa que la hiciera arrepentirse de reunirse con ella.

Pensó en contárselo a Ángel, pero no encontró por dónde comenzar. Necesitaba aclararlo todo primero con Luna, dejar en claro su relación con él y que solo podía ofrecerle su amistad a ella. Después podría pensar en contárselo todo para que dejaran de

haber puntos ciegos entre ellos. Aunque nunca dejas de conocer todo del otro.

Entró en la cafetería justo a la una, terminó de enviar el mensaje antes de sentarse en la mesa dónde le esperaba. Se sentó frente a ella intentando parecer despreocupada, aunque por dentro se estuviera muriendo de los nervios. No había pensado que resultaría difícil sentarse allí a hablar del pasado e intentar arreglar los espacios en blancos de tu propia historia.

—Estás radiante —se levantó Luna besándole ambas mejillas. Llevaba unos pantalones rasgados ceñidos a su esbelta figura y una camiseta blanca que le iba muy bien. Como siempre, llevaba

tacones, lucía hermosa y despreocupada. Por eso Sofía se había arreglado lo mejor que había podido, llevaba un jean blanco ceñido con las rodillas rasgadas y una blusa blanca sin mangas, subida en unas sandalias color durazno.

—Tú también —contestó tomando asiento. En el momento en que lo hizo, se acercó uno de los camareros y depositó un *cappuccino* frente a ella.

—Espero que no te moleste, lo he pedido por ti —le sonrió. Pero Sofía la conocía muy bien para saber que esa disculpa no era más que por cortesía.

—¿Qué tal te va con tu novio? —preguntó sin reparos. Lo que casi hace que Sofía escupiera su café. Eso ya ella

se lo veía venir, no dejaría pasar por alto el hecho de que ahora tuviera novio.

—Luna... —le advirtió con molestia, indicándole que no era un buen camino por dónde ir.

—No me he hecho entender, ¿te trata bien? ¿Eres feliz? —le interrogó sin vergüenza.

—Sí, estoy bien. Soy completamente feliz y, respondiendo a tu pregunta, me trata bien —respondió mordazmente.

—Disculpa, pero te he encontrado más delgada de lo que recuerdo de la última vez que te vi, lo que es mucho decir. Por no agregar que estabas saliendo de la consulta de una terapeuta, sumando a eso que tienes novio. Lo más

lógico es pensar que no te va del todo bien —soltó ella con evidente preocupación.

—Estoy bien, y Ángel no tiene nada que ver en esto.

—Si ese «bien» es como creías al estar con el desgraciado de Daniel, no me gustaría saber que es tratar mal —la confrontó exigiendo saber la verdad.

—Él no es como Daniel, ni siquiera lo compares —le detuvo ella enfadada —, todo es mucho más complicado. Él más bien me está ayudando a atravesar todo esto.

—¿Cómo puede ayudarte cuando no sabe toda la verdad?

—La sabe —sonrió Sofía.

—¿La sabe? —preguntó Luna, sorprendida—, ¿se lo has contado? — Lo último fue más una afirmación que una pregunta, parecía no poder creerlo.

—Sí —afirmó Sofía nuevamente, desviando la mirada.

—¡Guau! —exhaló aún sorprendida—. Me alegra que seas feliz. De verdad que sí, no te confundas —le sonrió tomando una de sus manos—, es que después de lo que te ha sucedido con Daniel no creía que pudieras estar con un tipo de nuevo. Aunque creo que con una chica tampoco porque, por más que me cansé de escribirte y llamarte todos los días durante esas vacaciones, nunca contestaste. Y cuando llegué al grupo de

apoyo y no apareciste, pensé que te habías cambiado a otro. Pero entendí que lo que habíamos tenido se había terminado antes de poder coger el vuelo.

—Yo... lamento mucho como manejé las cosas —se excusó con genuino pesar—, no podía lidiar con todo aquello. Realmente me importabas y me gustabas mucho, pero...

—Lo sé —le interrumpió ella con una sonrisa sombría—, sé que me enamoré de ti muy deprisa, pero ¿cómo no hacerlo? Si eras esa chica sabelotodo tan terca. Y me enamoré de ti aun sabiendo que tu no podías sentir lo mismo porque estabas en un lugar donde solo había cabida para los deseos

autodestructivos, nada bueno podía salir de eso. Estábamos en etapas diferentes, yo ya había logrado salir de ahí y tú recién comenzabas a caer. Lo que quiero que sepas es que sí, te amé, pero hoy estoy aquí como una amiga, una con la que siempre puedes contar y que te ayudará a salir de ese lugar si se lo permites.

Ángel casi se atraganta cuando observó a esa chica sujetar la mano de su novia mientras le decía que la amaba o la había amado. Todo lo demás había desaparecido, solo esas palabras se habían quedado grabadas en su mente. No entendía que clase de broma era aquella. Le había sorprendido cuando

Sofía le pidió encontrarse en esa dirección, más nunca se imaginó que se encontraría con aquello.

—¿Acaso acabo de escucharte diciéndole a mi novia que la amas? — preguntó alzando la voz Ángel mientras se acercaba a la mesa.

—Y tú debes ser el novio —se levantó Luna con una gran sonrisa, sin sentirse cohibida por el mal humor de Ángel—. Soy Luna, encantada de conocerte. Siéntate, vamos a pedir algo de comer —le instó señalándole que se sentara junto a Sofía.

—Espero que la explicación sea buena —susurró al oído de Sofía después de darle un beso en la mejilla.

Ángel esperaba que Luna se levantara y se marchara dejándolos solos para que pudieran resolver sus problemas. Pero no la conocía en absoluto, ella no tenía la más mínima intención de marcharse, todo lo contrario. Se dedicó a hablar de su carrera de modelaje, sobre el hecho de que recién se había mudado a la ciudad. Que estaba feliz de encontrar una cara conocida. Esperaba llevarse bien con él y retomar la amistad con Sofía. Le explicó de forma abierta que sí estuvo enamorada de ella en el pasado, sin embargo, no estaba interesada de esa forma en la actualidad; solo le interesaba su amistad. Le preguntó sobre

infinidad de cosas a Ángel, interesándose por él y por lo que hacía. Lo mismo hizo con Sofía, queriendo saber qué había sucedido en su vida durante ese año. Ella narró los hechos ahorrando ciertos detalles que se reservaba solo para ella, Ángel y su terapeuta. Cuando se dio por satisfecha al acabar con la comida, el postre y el café, se marchó despidiéndose de ambos con dos besos en las mejillas, lo que tomó a su novio por sorpresa.

—¿Ahora sí me contarás todo sobre ella? —preguntó mirándola a los ojos, intentando ocultar el dolor que le había causado.

—Sí —suspiró antes de adentrarse

en los detalles de su historia con Luna —. La conocí un día al comenzar a asistir a un grupo de apoyo. Me fijé en ella al instante porque no parecía encajar con el resto, era tan vibrante, tan lanzada, le importaba un demonio lo que los demás opinaran. Ella también se fijó en mí así que, al finalizar la reunión, se presentó. Yo no soy de las personas más abiertas del mundo así que me mostré evasiva. Pero cada día que asistía al grupo se mostraba más insistente, así que a la larga nos hicimos amigas. Era una amiga con la que podía hablar de todo porque entendía en carne propia por lo que había pasado. El día que terminé con Daniel llegué llorando, no

por él, sino por esa sensación de enfado conmigo misma, la sensación de que nadie podría quererme realmente. Ella me interceptó y le conté lo que había pasado, incluso cuando intentó... abusar de mí. Me consoló y se dedicó a intentar distraerme y subirme el ánimo cada vez que me notaba lejos. Se volvió parte de mi vida. No sé cómo cambió todo entre nosotras y me terminó gustando. Salimos por un tiempo. Ella fue el apoyo que necesitaba y evitó que cayera muy bajo, que tocara fondo. Pero todo fue demasiado abrumador, me sentía confusa, porque era como una especie de torbellino que quería poner todo de cabeza. Así era ella y yo necesitaba

estructura, estabilidad. Ahora me doy cuenta de que tenéis mucho en común.

—Y después, ¿qué pasó? —preguntó él sin dejar entrever alguna emoción.

—Me fui de vacaciones navideñas y, al estar lejos, pudo más mi deseo de perfección que la alegría de vivir realmente. Dejé de contestar a sus mensajes y llamadas. Abandoné el grupo de apoyo. Después se mudó a Caracas, a formar parte de una agencia de modelos, y nunca más supe de ella —le terminó de decir. Se sintió aliviada al dejar de ocultar secretos a Ángel. Sabía que él estaba molesto, pero igualmente se sentía en paz.

—¿Aún sientes cosas por ella?

¿Piensas volver con ella? —preguntó después de largo tiempo evitando la mirada de Sofía.

—¿Qué? —Rio sorprendida por las ocurrentes preguntas de Ángel. No esperaba para nada eso. No esperaba que él no estuviera enfadado, sino temeroso de perderla—. No. No tengo sentimientos amorosos hacia ella, ni tengo intenciones de tener una relación de ese tipo. ¿Ser su amiga? Sí, eso me gustaría, pero nada más—. Sujetó el rostro entre las manos y le besó despacio.

—Si quieres que te deje ir, lo haré —le respondió él con una expresión de dolor.

—Aunque lo hicieras, nada pasaría, porque yo te amo a ti. A nadie más —le confesó manteniéndose a escasos centímetros de su rostro.

—Entonces deja de alejarme —le pidió Ángel sujetando sus manos.

—Es que aún me resulta difícil tener que apoyarme en alguien. Siempre he estado sola y me he podido valer por mí misma —le explicó alargando la distancia entre ambos en actitud defensiva.

—No lo has estado. Has tenido a tu familia y a tus amigos. Has sido tú quien has decidido crear una muralla que te separara del mundo para poder controlarlo todo como si fueran objetos

o cosas. Porque si no existiera esa separación emocional, no podrías hacerlo. Y eso es lo que intentas hacer con esta relación.

—No hago eso —le contradijo Sofía a sabiendas de que tenía completa razón en lo que decía.

—Te conozco mejor de lo que alguien en media vida podría hacerlo, Sofía, y lo sabes muy bien —le dijo con esa mirada de chocolate que veía a través de su alma—. Pero lo que no sabes es que es imposible sobrevivir sola, no puedes controlarlo todo manteniendo la distancia, ni controlar a las personas, ni a mí ni a esta relación. Contra más te empeñes en hacerlo, peor

te sentirás.

—Pero lo necesito —confesó ella—, eres impredecible y me aterra. En especial porque todo es un desastre ahora. Sé que te irás cuando te des cuenta de que esto no tiene sentido, solo intento ahorrarte la molestia.

—No pienso irme a ningún sitio a menos que tú quieras. ¡No sé en qué idioma quieres que te lo diga! —Acunó su rostro entre sus manos—. Quiero estar contigo el tiempo que dure y que así lo desees. Pero no puedo estar luchando contra ti siempre para lograrlo. Tienes que quererlo tanto como yo.

—Quiero estar contigo. Hoy y siempre —dijo ella mientras una

lágrima se desbordaba.

—¿Hoy y siempre? —preguntó él con una sonrisa torcida—. ¿Estás segura de eso? ¿De querer soportarme durante tanto tiempo?

—Creo que podré hacerlo —contestó sonriendo.

—¿Contra viento y marea? —le preguntó él.

—Contra viento y marea. Siempre juntos.

Ese día, Sofía sintió que por fin era del todo sincera con él. Ya no había más secretos que ocultar. Aunque en el fondo sabía que no habían sido secretos del todo, Ángel podía leerla mejor que ella misma. Supo que había sido tonto pensar

que podría estar de nuevo sin él, era como la luz del sol; caliente, deslumbrante y puro. Pensó que en cualquier momento todo podía terminar y, al hacerlo, sintió su cuerpo estremecerse. Pero entonces miró a Ángel sentado junto a ella y se convenció de que cada dolor valdría la pena siempre que estuviese a su lado.

Epílogo

La relación de Ángel y Sofía pasó por muchos altibajos, era difícil lograr establecer acuerdos entre ambos. Sofía necesitaba planificar y controlar, mientras que Ángel era impredecible y espontáneo. Pero, justo como se prometieron una vez, contra viento y marea permanecían juntos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ángel ese día cuando salía de la consulta con su terapeuta.

—Mejor que antes, más no del todo bien. Pero tranquilo que pronto lo estaré.

—Eso lo sé.

—He pensado y creo que debería decirle a mis amigas lo que ha pasado —comentó Sofía subiendo al coche.

—¿Estás segura de hacerlo?

—Sí, lo estoy.

—Sabes que te apoyo. Si quieres hacerlo, cuentas conmigo —enredó los dedos con los suyos.

—Gracias —se inclinó hacia él dedicándole un tierno beso en los labios.

Ángel la acompañó hasta la universidad para que asistiera a clases y se marchó. Pensó en diversas maneras de confesar a sus amigas lo que había estado viviendo los últimos meses. No

obstante, resultaba imposible idear una manera correcta.

—Hola, Sofía. ¿Cómo estás? — preguntó Andrea abrazándola.

—Bien, Andrea, ¿y vosotras?

—Bien. Ha sido un fin de semana difícil con tantas evaluaciones — contestó Samanta.

—Tengo que hablar con vosotras acerca de algo muy importante.

—¿Qué ocurre? —contestaron preocupadas.

Sofía se sentó junto a ellas y comenzó a explicarles lo sucedido. Inició narrando lo último acontecido hasta remontarse a los motivos de sus problemas alimenticios. Las expresiones

de sus amigas bailaban del asombro a la tristeza, sin embargo, se abstuvieron de emitir cualquier tipo de comentarios hasta que hubo culminado su historia. Sofía suspiró al terminar y se sintió aliviada. Sabía que faltaban personas con las que sincerarse, pero no se creía capaz de hablarlo con sus padres o su hermana. No por el momento.

—¿Crees que podrás curarte con ayuda de tu terapeuta? —preguntó Samanta.

—Creo que puedo mejorar. Pero curarme del todo es difícil concebirlo en estos momentos. Creo que siempre podré tener una recaída y habrá momentos en los que todo se complique

y vuelva a esos viejos hábitos —confesó Sofía. Nunca había pensado en la posibilidad de curarse del todo.

—Y, ¿estarás bien cargando con eso por el resto de tu vida? ¿Temiendo tener una recaída? —preguntó Andrea con preocupación.

—He cargado con esto desde los catorce años, no me preocupa tener que volver a hacerlo en algún momento. Si te soy sincera, me preocupa mejorar, porque no conozco otra manera de ver y hacer las cosas. Todo es muy difícil en estos momentos, cambiar mi estilo de vida es todo un desafío para mí. No estoy del todo segura de lograr hacerlo, pero al menos planeo intentarlo.

—¿Cómo te has sentido con eso de volver a comer las tres veces? — preguntó Andrea de nuevo.

—La primera semana fue un calvario, sentir como todos esos pensamientos se arremolinaban atacándome. Sin embargo, intentaba que fueran lo más saludables posibles y con un número de calorías suficientes pero bajo para no subir de peso en grasa.

—¡Así que aún cuentas calorías! — Le señaló Samanta.

—Sí, lo admito —rio Sofía—, pero no de la misma manera. Antes me obsesionaba con no llegar a las ochocientas calorías como máximo, siempre rondaba las quinientas o

seiscientas. Ahora estoy siguiendo un plan alimenticio personalizado con la ayuda de una nutricionista. Vamos poco a poco, no he podido incluir los carbohidratos complejos por el momento.

—Tu vida suena bastante difícil. Agradezco que seas honesta con nosotras —le dijo Samanta.

—Sí, lo agradecemos. Ayudaremos en lo que podamos. No te lo pondremos más difícil comiendo toda esa comida, como hacíamos antes —se disculpó Andrea.

—Gracias, chicas. En realidad siento que me he quitado un peso de encima al contároslo

—Estamos aquí para lo que necesites —le dijo Andrea abrazándola.

—Siempre —Samanta se unió al abrazo con fuerza.

—Eso es todo lo que necesito —contestó Sofía devolviéndoles el abrazo.

Esa tarde, al llegar al apartamento, sintió por primera vez que podía con todo eso. El aire era más limpio y el ambiente menos sofocador. No temió estar sola en ese espacio vacío, al contrario, se sintió capaz de cocinar la cena para su hermana y para ella. Desde que estaba asistiendo a terapia había hecho muchos cambios dentro de sí. La soberbia y el rencor hacia José Miguel e Isabel por haberle ocultado su relación

habían desaparecido aun cuando no le habían dicho la verdad. Decidió darles el tiempo necesario para que lo hicieran.

Se sintió molesta con su enfermedad, porque eso era, una enfermedad. El monstruo del espejo la estuvo envenenando por largos años y la privó de muchos momentos especiales, desperdició tiempo valioso que jamás podría recuperar. Recordó la carta que redactó a su bebé y que ahora colgaba sobre su cama en un marco dorado, y decidió escribir una nueva carta, breve, pequeña, dirigida esta vez hacia ese oscuro pasado, hacia el monstruo del espejo.

Siento que estoy sola, que me has

dejado así y me has cambiado. Siento que ya son muchos los latigazos que lleva mi alma, ahora en mil pedazos. Te di mi alma y la deshonraste, te di mi sangre y la contaminaste, te di mi vientre ahora vacío y lo arruinaste todo, lo arrojaste al viento, lo diste al vacío.

Ahora intento armar retazos, estoy aquí intentando pegarlos y te empeñas tanto en tirarlo abajo, dejándome rota hecha pedazos. Te he dado todo, sigues en blanco. Te he hecho un circo, sigues en blanco. Te di mil lágrimas, seguiste en blanco, te quedaste inmutado en el espejo reflejado. Siempre sin un cumplido, nunca dando un resultado

positivo.

¿Por qué estoy sola? Pregunté en lo alto. ¿Por qué vacía? Si tenía tanto. Porque sigues esperando, porque te olvidaron, respondiste en lo bajo. Porque ya no importas, porque dejaste de ser la melodía de alguien, porque llegó el invierno y te dejaron helada. Ahora te digo con la frente en alto, te escuché tanto que te dejé nublar. Pero no más, me he cansado, te dejo hoy, te dreno de mi alma. Me despido por lo bajo y abandono el encierro en el que me tuviste todos estos años. Ya no eres bienvenido.

Adiós mi fiel enemigo, adiós monstruo de mi alma.

Atentamente, tu fiel ex esclava.

Con esas palabras ahora tangibles en las páginas blancas, se despidió de su mejor amigo y su peor enemigo. Sonrió genuinamente y contempló la esperanza de poder dejarlo todo atrás. La enmarcó como hizo con la carta a su bebé, como un recordatorio de lo que había perdido por su causa y de que aquella carrera aún no acababa y faltaban muchos obstáculos por superar. Colgó un nuevo espejo en la pared y observó su figura con detenimiento. La imagen reflejada continuaba pareciendo lejana a la perfección que buscaba, resultaba difícil no centrarse en los aspectos que le disgustaban de sí misma, sin embargo,

no se castigó a sí misma aquella vez con comentarios negativos, simplemente sonrió a su propio reflejo.

—Algún día lograré ver lo hermosa que eres —susurró a su reflejo en el espejo—, y aprenderé a valorarte por lo que eres, no por lo que peses.

Nota de la autora

Sofía terminó con esa carta el epílogo de su libro. Lo que había comenzado como una manera de liberarse de aquellos sentimientos, resentimientos, quejas y pensamientos guardados durante tanto tiempo, se habían convertido de un momento a otro en un libro. Uno que esperaba que algún día ayudara a alguien que estuviese atravesando el mismo camino que ella aún transitaba. Quizás, algún día, una chica lo leería en la soledad de su habitación y, justo como Ángel había hecho, destrozaría los espejos y la

báscula. Quizás, algún día, podría convertirse en una vocera en contra de los estereotipos y las publicidades que habían convertido la búsqueda de la belleza en un ideal enfermizo. Decidió añadir una pequeña nota a las futuras lectoras y con eso dio por terminada una etapa. Una de un largo camino que aún le tocaba recorrer.

Querida lectora:

Me gustaría decir que nunca más me preocupé por cosas tan triviales, que superé la obsesión de contar en mi mente cada una de las calorías que contenían la comida que ingería. Me gustaría decir que mi miedo a la comida se desvaneció en la oscuridad

y, como fruto del amor, superé todo lo referente a ese monstruo malvado que durante tantos años me ha asechado. Pero no es tan sencillo, no es algo que se supere con unas visitas a terapia obligándote a hablar de cosas que no quieres. No se supera como producto de algo malo que te ha sucedido. Cuando tienes un problema con la bebida o las drogas, inicias con alejarte de aquello que te hace mal. La comida no es algo de lo que puedas huir eternamente, porque eso te lleva a la muerte. Y aunque después de esto mi terapeuta quizás piense que mi última meta es conseguir la muerte de mi existencia, no lo es. Si solo se tratara de eso, sería

más fácil, como presionar del gatillo de un arma o saltar de un edificio. Sin embargo, no es tan sencillo. Es un proceso que conlleva tiempo, mucho, algo así como toda tu vida, porque se trata de reinventarte, de reestructurar la relación tóxica que se tiene con una misma. Y, lastimosamente, no puedes romper la relación contigo. Cuando eso sucede, algo peor ocurre y terminas en la locura. Porque, después de todo, ¿qué es peor que tenerte a ti misma en contra? Así que lo único que resta es intentar, luchar cada día, en cada oportunidad por mejorar tu relación contigo misma, por intentar hacerle ver a tu otra yo que está ciega, que su

percepción imaginaria es errónea. Es un poco difícil, por no decir imposible, o casi imposible, hacerle entender a alguien que está ciego y que no lo sabe, que no está viendo.

Por último, quiero ser honesta contigo, es imposible salir de esto completamente cuando el enemigo al que necesitas erradicar habita dentro de ti. Y cualquier batalla acabará haciéndote perder una parte de tu esencia e identidad. El camino arduo comienza justo ahí, cuando pierdes eso que definía quién eras. Es entonces cuando comienza el camino de autodescubrimiento, la búsqueda personal de conocerte a ti misma, de

reconectarte y comenzarte a aceptar como un todo con cualidades y rasgos en desarrollo. Yo aún me encuentro en ese camino. Pero sí es posible. Recuerda que al final, el límite lo colocas tú mismo y todo es posible si lo crees. Nunca pierdas la fe en ti y aprende amarte, porque será la persona con la que pasarás el resto de tu vida.

Los nombres de los personajes y las situaciones han sido modificados para salvaguardar la identidad de las personas involucradas. Pero la esencia de la historia ha sido conservada.

A mis lectores, lamento si no es el final que esperaban, si no es un feliz para siempre y Sofía no se curó de esta enfermedad. (No es algo que se cura nunca del todo). Sin embargo, esto es la realidad. Es solo una historia que aún no termina, cuyo final no está todavía escrito y que, con el tiempo, se irá escribiendo poco a poco.

Sobre la autora

Nathaly Meléndez , es psicóloga y escritora. Nació el 11 de marzo de 1992 en la Ciudad de Barquisimeto, Estado Lara; el estado cultural de Venezuela, cuna de grandes artistas. La menor de tres hermanas quien desde muy temprana edad demostró su pasión por la escritura y la pintura. Durante la adolescencia, su pasión y el arte se fue acrecentando; atraída por la opción de estudiar Arte en la universidad, y reflejó la parte literaria en la composición de cuentos y poemas.

Sin embargo, decidió avocarse a la

Psicología. A la edad de 17 años comenzó la creación de su primera novela titulada: *El Último Narciso*, la primera parte de una saga de fantasía en proceso de publicación: *Rosa Negra y El Loto Azul*, basada en eventos significativos de su vida. Participó en la colaboración de una antología solidaria a finales del año 2016, titulada *Piel de Mariposa*. Motivada por una profesora en el primer año de la universidad, publicó sus primeros escritos en una revista cultural llamada: *Lo nuestro es cultura*.

Hoy publica bajo el sello digital de Lxl Editorial, Bookit, la novela: *La Vida a través del Espejo*, la primera parte de

una transformadora y cruda historia.

